

EL ALFABETO DEL CRIMEN



SUE GRAFTON

se

La investigadora privada Kinsey Millhone tiene problemas para llegar a fin de mes el día en que no tiene más remedio que aceptar el rutinario encargo de buscar a la hermana de Mrs. Danziger, Elaine. Ahora bien, cuando llega al apartamento de ésta y se encuentra con que lo ocupa otra enigmática mujer, cuando Mrs. Danziger le pide de pronto que abandone el caso, cuando se entera de que, pocos días antes de la desaparición de Elaine, su vecina y compañera de bridge ha sido brutalmente asesinada y su casa ha desaparecido bajo las llamas, cuando el sobrino drogadicto de ésta sabe más de lo que dice, cuando se producen misteriosos registros, extrañas ingerencias y, finalmente, otro asesinato, a la obstinada y meticulosa Kinsey Millhone el asunto le va pareciendo todo menos rutinario. Y cuanto más investiga, más se ve envuelta en un diabólico laberinto de espejos en el que nada, excepto el peligro, es en realidad lo que parece ser.



Sue Grafton

B de bestias

El alfabeto del crimen 2

ePub r1.3
Titivillus 26.01.15

Título original: *B is for Burglar*

Sue Grafton, 1985

Traducción: Antonio-Prometeo Moya, 1990

Diseño original de cubierta: LaNane

Adaptación de cubierta: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Steven,
que me conoce bien.

Agradecimientos

La autora desea agradecer la ayuda incalculable que le han prestado las siguientes personas: Steven Humphrey; John Carroll; Brenda Harman, doctora en Odontología; Billie Moore Squires; De LaFond; William Fezler, doctor en Filosofía; Sydney Baumgartner; Frank E. Sincavage; Milton Weintraub; Jay Schmidt; Judy Cooley; Bill Pronzini y Marcia Muller; y Joe Driscoll, de la Agencia de Detectives Driscoll y Compañía, de Columbus, Ohio.

Prólogo

Cuando ya ha terminado todo, es natural que una se dé de bofetadas por todo lo que no comprendió en su momento. La escuela detectivesca de Si-Lo-Hubiera-Sabido, vamos. Me llamo Kinsey Millhone y casi todos mis casos comienzan del mismo modo. Empiezo diciendo quién soy y qué hago, como si al exponer siempre los mismos datos elementales pudiera desentrañar la lógica de lo que sigue.

Pero, en pocas palabras, esto es lo que puede afirmarse de mí. Soy mujer, tengo treinta y dos años, estoy soltera y trabajo por mi cuenta. Ingresé en la Academia cuando tenía veinte años y al acabar me integré en el Cuerpo Superior de Policía de Santa Teresa. No recuerdo ahora cómo me imaginaba la profesión antes de incorporarme. Probablemente tenía una idea confusa e idealista de la ley y el orden, los buenos contra los malos, y apariciones ocasionales en los juicios, donde se me pediría que declarase que tal cosa era tal cosa. Según mi perspectiva, todos los malos irían a la cárcel para que los demás pudiéramos seguir viviendo tranquilamente. Al cabo de un tiempo me di cuenta de mi ingenuidad. Los óbices y cortapisas me desanimaban, y el que a las mujeres policía se las mirase, por aquel entonces, con una mezcla de curiosidad y desprecio, hacía que me sintiera impotente. No quería pasarme la vida defendiéndome de las ofensas «bienintencionadas» ni demostrando cada dos por tres que era una tía dura. Y como no me pagaban lo suficiente por aguantar tanta mecha, me largué.

Probé diversos empleos durante dos años, pero ninguno ejercía sobre mí el mismo atractivo. A despecho de sus restantes verdades, el trabajo detectivesco no puede separarse de la intermitente sensación de vivir pendiente de un hilo. Me había quedado colgada de la fiebre adrenalínica y ya no podía volver a la vida normal y corriente.

Al final entré en una pequeña agencia de detectives privados, pasé otros dos años aprendiendo el oficio y luego me establecí por mi cuenta tras obtener la licencia correspondiente. Llevo ya cinco años en ello y sobrevivo con modestia. Ahora soy más sensata y tengo más experiencia, pero cuando un cliente toma asiento delante de mí sigo sin saber qué va a ocurrir a continuación.

Aquella mañana no hacía ni veinte minutos que había llegado al despacho. Había abierto el balcón del primer piso para que entrase un poco de aire fresco y acababa de llenar la cafetera de filtro. Estábamos en junio, y junio, en Santa Teresa, equivale a niebla fría por las mañanas y bruma por las tardes. Aún no eran las nueve. Me había puesto a mirar el correo del día anterior cuando oí un golpecito en la puerta y vi entrar a una mujer.

—Menos mal que está aquí —dijo—. Usted tiene que ser Kinsey Millhone. Yo soy Beverly Danziger.

Nos dimos la mano, tomó asiento inmediatamente y se puso a rebuscar en el bolso. Sacó una cajetilla de cigarrillos con filtro y cogió uno.

—Si le molesta que fume, dígalo —dijo, encendiendo el cigarrillo y sin esperar a que le respondiera.

Inhaló el humo, apagó la cerilla con la bocanada que expulsó a continuación y sin muchas ganas se puso a buscar un cenicero con los ojos. Cogí el que había encima del archivador, le quité el polvo y se lo tendí al tiempo que le preguntaba si quería un café.

—Sí, desde luego que sí —dijo con una carcajada—. He ido de bólido toda la mañana y no creo que me pueda poner peor. Vengo directamente de Los Ángeles y la carretera estaba medio colapsada, ¡bueno!

Le serví una taza mientras le dirigía una ojeada rápida. Le eché treinta y ocho o treinta y nueve años; era baja, elegante y parecía llena de vitalidad. Tenía el pelo lacio y de un negro brillante. Lo llevaba escalonado y tan bien cortado que le enmarcaba la cara menuda igual que un gorro de baño. Tenía brillantes ojos azules, pestañas negras y una tez clara con un leve asomo de rosa en los pómulos. Llevaba un suéter azul claro, de algodón y cuello abierto, y una falda de popelín azul claro. El bolso era de piel buena, suave y flexible, con un montón de compartimientos con cremallera y que contendrían Dios sabe qué. Llevaba las uñas largas y en punta, pintadas de rosa, y lucía un anillo nupcial engastado con rubíes. Respiraba confianza en sí misma y una despreocupada atención por el estilo, cuyo resultado era un empaquetado tradicional, como esos regalos de cumplido que se envuelven y preparan en los establecimientos de categoría.

Negó con la cabeza cuando le ofrecí la leche y el azúcar, me serví un poco de leche entera y otro poco de leche condensada desnatada, y fui al grano.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero que localice a mi hermana —dijo.

Se puso a rebuscar otra vez en el bolso. Sacó la agenda, un juego de pluma y lápiz de madera

rojiza y un sobre grande y blanco que puso en el borde de la mesa. Nunca había visto a una persona tan absorta en sí misma, aunque la situación tampoco carecía de atractivo. Me dirigió entonces una sonrisa rápida, como si estuviera al tanto de mis pensamientos. Abrió la agenda, le dio la vuelta para enseñarme el contenido y me señaló un nombre con una uña rosada.

—Querrá saber la dirección y el teléfono —dijo—. Es Elaine Boldt. Tiene un piso en una comunidad de propietarios de Vía Madrina y esto de aquí abajo es su dirección de Florida. Pasa en Boca varios meses al año.

Me sentía un tanto desconcertada, pero tomé nota de las dos direcciones mientras ella sacaba del sobre blanco un documento de aspecto legal. Lo observó por encima, como si el contenido hubiera podido cambiar desde la última vez que le echara el ojo.

—¿Cuánto hace que falta? —pregunté.

Beverly Danziger me miró con incomodidad.

—Bueno, la verdad es que no sé si «falta». Pero ocurre que no sé dónde está y tiene que firmarme estos papeles. Sé que parece una tontería. Sólo tiene derecho a un nueve por ciento y es probable que no obtenga más de dos o tres mil dólares, pero el dinero no se podrá repartir mientras no haya firmado ante notario. Mire, véalo usted misma.

Cogí el documento y lo leí. Lo había redactado un bufete de Columbus, Ohio, y estaba lleno de considerandos, precedentes, consiguientes, resultandos y toda la pesca, todo ello relacionado con el fallecimiento de un hombre llamado Sidney Rowan y con las personas allí citadas, que al parecer tenían derecho a una parte de los bienes del difunto. Beverly Danziger era la tercera heredera que figuraba en la lista, con una dirección de Los Ángeles, y Elaine Boldt la cuarta, con una dirección de Santa Teresa.

—Sidney Rowan era un primo lejano —prosiguió mi interlocutora con espíritu locuaz—. No recuerdo haberlo conocido en vida, pero recibí esta notificación y supongo que Elaine recibió otra. Firmé el documento ante notario, lo envié por correo y me olvidé de él. Por la carta adjunta podrá ver que los trámites tuvieron lugar hace seis meses. Pero hete aquí que de pronto, hace una semana, me llama el abogado..., ya no recuerdo su nombre.

Eché un vistazo al documento.

—Wender —dije.

—Eso mismo. No sé por qué se me olvida. Bueno, me llamaron del despacho del señor Wender para decirme que no sabían nada de Elaine. Supuse, naturalmente, que se había ido a Florida, como de costumbre, sin dejar ninguna dirección para enviarle el correo, así que me puse en contacto con la administradora del piso que tiene aquí. Hace meses que no sabe nada de Elaine. Bueno, al principio sí, pero no en los últimos tiempos.

—¿Ha llamado al número de Florida?

—Según tengo entendido, el abogado llamó varias veces. Elaine, por lo visto, vivía con una amiga y el señor Wender le dejó su nombre y su número de teléfono, pero no hubo contestación. Tillie no tuvo mejor suerte.

—¿Tillie?

—La administradora del edificio de Santa Teresa, donde está el domicilio habitual de Elaine. Le envía, el correo que recibe ésta y, según me ha dicho, Elaine le escribe unas palabras casi cada semana, pero desde marzo no ha recibido nada. Yo creo, francamente, que la cosa no pasa de ser una tontería, pero no tengo tiempo para localizarla por mi cuenta. —Dio una calada final al

cigarrillo y lo apagó con una serie de golpecitos. Yo seguía tomando notas, pero imagino que tenía que notarse mi cara de escepticismo—. ¿Qué ocurre? ¿No suele hacer trabajos de esta clase?

—Claro que sí, pero cobro treinta dólares por hora más los gastos. Y si no hay más que dos o tres mil dólares por medio, no sé si vale la pena. Lo digo por usted.

—Mire, tengo intención de reclamar el dinero que invierta en buscarla y de que me lo paguen de la parte que corresponde a Elaine, ya que es ella la causa de todo este lío. Mientras no obtengamos su firma, todos los trámites estarán paralizados. Debo añadir que es así como se ha comportado siempre.

—¿Quiere decir que voy a tener que tomar el avión de Florida para ir en su busca? Aunque sólo le cobrase la mitad de mis honorarios normales cuando viajo, le costaría una fortuna. Yo creo, señora Danziger...

—Beverly, por favor.

—Como quiera, Beverly. No quiero desanimarla, pero creo sinceramente que este trabajo podría hacerlo usted misma. Incluso le detallaría con gusto algunos métodos de actuación.

Me sonrió en aquel punto, aunque con un rictus de dureza, y acabé por comprender que estaba acostumbrada a salirse con la suya. Había dilatado los ojos, azules e inflexibles como el cristal, y me observaba con fijeza. Sus pestañas negras se abrían y cerraban mecánicamente.

—Elaine y yo no nos llevamos bien —dijo con voz fluida—. En mi opinión, ya he dedicado demasiado tiempo a este asunto, pero prometí al señor Wender que la encontraría para que pudiera procederse al reparto de la herencia. Los otros herederos le presionan y él me presiona a mí. Le puedo dar un anticipo, si usted quiere.

Se puso a rebuscar nuevamente en el bolso y esta vez sacó un talonario de cheques. Desenroscó la capucha de la pluma de madera y se quedó mirándome.

—¿Bastará con setecientos cincuenta dólares? —dijo.

Abrí el cajón de la mesa.

—Voy a redactar un contrato.

Ingresé el cheque en el banco, saqué el coche del aparcamiento que hay detrás del despacho y me dirigí al piso que Elaine Boldt tenía en Vía Madrina. No estaba lejos del centro.

Imaginaba que iba a ser un trabajo rutinario que solucionaría en un par de días y pensaba con dolor que terminaría devolviendo la mitad del dinero que acababa de ingresar. Aunque por el momento no es que estuviera haciendo mucho; estas cosas suelen ser lentas.

El barrio en que vivía Elaine Boldt constaba de modestos bungalows de los años treinta y de ocasionales complejos de apartamentos. Dominaban los chalecitos de madera y estuco, pero los solares, uno tras otro, se estaban reconvirtiendo con fines comerciales. Empezaban a trasladarse a la zona los especialistas de la columna vertebral y no pocos dentistas baratos dispuestos a cloroformizar a los pacientes para poder limpiarles la dentadura sin provocar aullidos de dolor, «PRÓTESIS DENTALES EN EL ACTO. GARANTÍA TOTAL». Daba escalofríos. ¿Qué harían a los pacientes que descuidaban el pago de los plazos del puente superior? La zona estaba aún intacta en su mayor parte —los pensionistas seguían apuntalando sus hortensias con tesón—, pero las inmobiliarias acabarían por derribarlo todo. En Santa Teresa hay dinero por un tubo y buena parte se dedica a dar un *look* determinado a la ciudad. No hay anuncios de neón, ni barrios pobres, ni

complejos fabriles que enturbien el paisaje con humos contaminantes. Todo es yeso y estuco, tejados de tejas rojas, buganvillas, madera envejecida artificialmente, paredes de adobe, ventanas de arco, palmeras, balcones, helechos, fuentes, paseos y flores. Abundan los edificios antiguos restaurados. Todo es extrañamente irreal, tan exuberante y refinado que impide estar a gusto en otra parte.

Llegué al domicilio de la señora Boldt, estacioné enfrente el coche, cerré con llave y empleé unos minutos en inspeccionar el lugar. Era realmente curioso. El edificio tenía forma de herradura y las dos anchas extremidades se prolongaban hasta la calzada; tres pisos, garaje en el sótano, una extraña mezcla de modernidad y estilo español de pega. En la fachada había arcos y balcones, y puertas altas de hierro forjado que comunicaban con un patio lleno de palmeras, pero los laterales y la fachada trasera eran insípidos y carecían de adornos, como si el arquitecto hubiera dado una mano colonial a un tablón de conglomerado y hubiera puesto encima una fila de tejas para sugerir un tejado donde no lo había. Hasta las palmeras parecían recortes de cartón sostenidos por palos.

Crucé el patio y me encontré en un vestíbulo con mucho vidrio y, a la derecha, una fila de buzones y timbres. A mi izquierda, a través de una sucesión de puertas de vidrio, cerradas al parecer, vi la puerta del ascensor y una salida que comunicaba con la escalera de incendios. A lo largo y ancho de la entrada había grandes macetas ordenadas con espíritu artístico. Enfrente tenía una puerta que daba a un patio interior donde entreví una piscina rodeada de hamacas y tumbonas de lona de color amarillo chillón. Repasé el nombre de los inquilinos, escrito en tiras de plástico, pegadas a su vez junto al timbre de cada apartamento. Había veinticuatro. La administradora, Tillie Ahlberg, ocupaba el apartamento número 1. En el número 9, que supuse estaría en el primer piso, vivía una tal «E. Boldt».

Pulsé primero el timbre de «E. Boldt». O mucho me equivocaba o la mujer contestaría por el interfono y mi trabajo terminaría allí mismo. Cosas más extrañas me habían sucedido en la vida y no quería pasar por una imbécil buscando en plan policía a una señora que muy bien podía estar en casa en aquellos instantes. Como no hubo respuesta, apreté el timbre de Tillie Ahlberg.

Al cabo de diez segundos crepitó su voz en el interfono como si procediera del otro mundo.

—Diga.

Pegué la boca a las ranuras del micro y levanté un poco la voz.

—Señora Ahlberg, me llamo Kinsey Millhone. Soy detective privada y trabajo aquí, en Santa Teresa. La hermana de Elaine Boldt me ha pedido que localice a ésta y me gustaría hablar con usted.

Hubo un momento de silencio y a continuación una respuesta a regañadientes.

—Está bien. Como quiera. Iba a salir, pero no creo que venga de diez minutos. Estoy en la planta baja. Cruce la puerta que hay a la derecha del ascensor, siga hasta el final del pasillo y doble a la izquierda.

Zumbó el abridor automático y empujé la puerta de vidrio.

Tillie Ahlberg había dejado entornada la puerta mientras cogía una chaqueta ligera, el bolso y un carrito plegable de la compra que estaba apoyado en la consola del recibidor. Golpeé en la jamba con los nudillos y apareció por mi izquierda. Entreví un frigorífico y un fragmento del fogón de la cocina.

Tendría sesenta y tantos años, llevaba el pelo teñido de color albaricoque y lucía una permanente que parecía recién hecha. Debían de haberle hecho más rizos de lo que le gustaba

porque se estaba ajustando un gorro de punto. Le sobresalía un mechón rebelde de pelo albaricoqueño, igual que a Ronald McDonald, y la señora bregaba por esconderlo. Sus ojos eran de color avellana y tenía la cara salpicada de pecas de color jengibre. Vestía una falda sin forma definida, calzaba calcetines y zapatillas deportivas, y parecía muy capaz de correr al galope si se lo proponía.

—No quiero parecer insociable —dijo con desenvoltura—, pero me siento perdida si no voy al mercado por la mañana.

—No le haré perder mucho tiempo, no se preocupe —dije—. ¿Podría usted decirme cuándo tuvo noticias de la señora Boldt por última vez? Por cierto, ¿es señora o señorita?

—Señora. Es viuda, aunque no tiene más que cuarenta y tres años. Estuvo casada con el propietario de una cadena de fábricas del sur. Por lo que sé, murió de un ataque al corazón hace tres años y le dejó un buen fajo de billetes. Fue entonces cuando compró el piso de aquí. Pero, por favor, siéntese.

Se hizo a la derecha y me condujo a una sala de estar con muebles antiguos de imitación. Por los visillos de color amarillo claro se filtraba una luz dorada de cualidad sedosa y alcancé a oler los restos del desayuno: beicon, café y un producto sazonado con canela.

Tras dar constancia de que tenía prisa, parecía dispuesta a concederme todo el tiempo que yo quisiera. Tomó asiento en una otomana y yo ocupé una mecedora.

—Tengo entendido que en esta época del año suele vivir en Florida —dije.

—Bueno, sí. Tiene allí otro piso. En Boca Ratón, dondequiera que esté ese sitio. Cerca de Fort Lauderdale, creo. Nunca he estado en Florida, así que para mí no son más que nombres. El caso es que suele marcharse hacia primeros de febrero y vuelve a fines de julio o principios de agosto. Dice que le gusta el calor.

—¿Y usted le envía el correo mientras está fuera?

Asintió.

—Se lo envío todo en un sobre grande una vez por semana más o menos, según lo que reciba. Y ella me escribe cuatro letras cada dos semanas. Bueno, una postal, para darme recuerdos y decirme qué tiempo hace y preguntar si hay que contratar a alguien para que limpie las cortinas y cosas por el estilo. Este año me escribió el 1 de marzo y desde entonces no sé nada de ella. Es de lo más insólito.

—¿Guarda las postales, por casualidad?

—Pues no, tengo por costumbre tirarlas. No suelo coleccionar esas cosas. En mi opinión, se acumula demasiado papel. Las leo, las tiro y me olvido de ellas.

—¿Dijo si tenía intención de hacer algún viaje o algo parecido?

—No, en absoluto. Claro que tampoco es asunto mío.

—¿Parecía afligida o angustiada?

Sonrió con tristeza.

—Bueno, es un poco difícil que un conflicto se refleje en una postal, entiéndame. No hay mucho espacio para manifestarlo. A mí me pareció que estaba estupendamente.

—¿Tiene idea de dónde puede estar?

—Ninguna. Lo único que sé es que no es propio de ella no escribir. La llamé cuatro o cinco veces. En una ocasión contestó una amiga suya, muy mal educada, pero en las restantes no respondió nadie.

—¿Quién era la amiga? ¿La conocía usted?

—No, aunque tampoco conozco a sus amistades de Boca. Pudo ser cualquiera. No tomé nota del nombre y no lo reconocería aunque usted me lo mencionase ahora.

—¿Qué me dice del correo que ha estado recibiendo? ¿Le siguen llegando facturas?

Se encogió de hombros.

—A mí me parece que sí. Yo me he limitado a reexpedirle lo que se ha venido recibiendo, sin prestarle mucha atención. Si quiere mirarlas, hay unas cuantas cartas que estaba a punto de remitirle. —Se levantó y se acercó a una arquimesa cuyo cuerpo superior era una vitrina. Abrió con una llave una de las puertas de vidrio. Cogió un pequeño fajo de sobres, apartó unos cuantos y me los tendió—. Esto es lo que suele recibir.

También yo hice una rápida clasificación. Visa, MasterCard, Saks Fifth Avenue. Un peletero llamado Jacques, domiciliado en Boca Ratón. Una factura de un tal John Pickett, de una clínica dental situada en Árbol, a la vuelta de la esquina. Cartas particulares, ninguna.

—Los recibos de la luz, el agua y demás servicios, ¿los paga también desde aquí? —pregunté.

—Ya le he enviado los de este mes.

—¿Pueden haberla detenido?

Soltó una carcajada.

—No, imposible. A ella no, ni en sueños. No es de esa clase. No conduce, pero jamás la pescarían cruzando con el semáforo en rojo.

—¿Algún accidente? ¿Enfermedad? ¿Alcohol? ¿Drogas?

Me sentía como un médico que estuviera sometiendo a un paciente a la revisión anual.

Tillie había adoptado una expresión de escepticismo.

—Siempre cabe la posibilidad de que esté en un hospital, pero nos lo habría hecho saber. A mí todo esto me parece un poco raro, la verdad sea dicha. Si esa hermana suya no hubiera venido, yo misma habría avisado a la policía. Creo que aquí hay algo que no marcha.

—Bueno, puede estar en mil sitios —dije—. Es mayor de edad. Según parece, tiene dinero y no la apremia ninguna necesidad. No tiene por qué decir a nadie dónde está, si no quiere. Puede estar de viaje en un crucero. O a lo mejor se ha echado un amante y se ha fugado con él. Incluso cabe la posibilidad de que se haya ido por ahí de marcha con esa amiga suya. Tal vez no se le ha ocurrido pensar que alguien puede querer hablar con ella.

—Por eso no he hecho nada hasta ahora, aunque me da mala espina. No creo que se haya marchado sin decir nada a nadie.

—Bueno, ¿me permitirá que eche un vistazo? No quiero entretenerla ahora, pero en algún otro momento querré ver el piso —dije; me puse en pie y Tillie hizo lo mismo automáticamente. Le di la mano y le agradecí la ayuda prestada—. Guarde el correo mientras tanto, si quiere —añadí—. Yo voy a tantear otras posibilidades, pero volveré dentro de un par de días y le contaré lo que haya averiguado. No creo que haya motivos para preocuparse.

—Espero que no —dijo Tillie—. Es una persona extraordinaria.

Antes de irme le di mi tarjeta. No quería inquietarme aún, pero se me había despertado la curiosidad y estaba deseosa de seguir con el caso.

Al volver al despacho hice una visita a la Biblioteca Municipal. Entré en la sala de libros de consulta, cogí la guía telefónica de Boca Ratón y comparé la dirección de Elaine Boldt que me habían dado con la que figuraba en el listín. No había duda, ambos números de teléfono coincidían. Tomé nota de la dirección y teléfono de sus vecinos más próximos. Por lo visto había bastantes edificios en la zona y supuse que se trataba de una «comunidad planificada» por los cuatro costados. Había una oficina central que coordinaba la venta de toda clase de artículos, un teléfono de información sobre canchas de tenis, un balneario, y un complejo dedicado al ocio y el entretenimiento. Tomé nota de todo para ahorrarme desplazamientos inútiles.

Al llegar al despacho, abrí un informe a nombre de Elaine Boldt en el que consigné el tiempo invertido en el caso hasta el momento y detallé la información que obraba en mi poder. Llamé al número de Florida, dejé que el teléfono sonara treinta veces y a continuación llamé a la oficina central de ventas de la comunidad de Boca Ratón. Me dijeron que el administrador del edificio de Elaine Boldt se llamaba Roland Makowski y que vivía en el apartamento 101. Respondió al primer timbrado.

—Makowski.

Le conté con la máxima brevedad quién era yo y por qué quería localizar a Elaine Boldt.

—Pues no ha venido este año —dijo—. Acostumbra a estar aquí por esta época, pero probablemente hizo otros planes.

—¿Está usted seguro?

—Bueno, yo no la he visto. Recorro el edificio entero un día sí y otro también y no he visto ni rastro de ella. Es lo único que puedo decirle. Vamos —añadió—, cabe la posibilidad de que esté aquí, pero siempre tendría que estar justamente donde yo no estoy. Una amiga suya, Pat, sí se encuentra aquí, pero me dijo que la señora Boldt se marchó a otro sitio. A lo mejor le dice a usted dónde. Le da por tender las toallas en el balcón y está prohibido. Un balcón no es un tendedero y se lo dije. Me despidió con cara de pocos amigos.

—¿Puede decirme su apellido?

—¿Qué?

—El apellido de Pat. La amiga de la señora Boldt.

—Ah. Sí, claro.

Aguardé unos instantes.

—Tengo papel y lápiz —dije.

—Ah. Se llama Usher. Como los de los cines^[1]. Me dijo que había alquilado el piso. ¿Cómo

dijo que se llamaba usted?

Volví a darle mi nombre y el teléfono de mi despacho, por si quería llamarme. La charla no resultó ser muy provechosa. Pat Usher parecía ser el único eslabón con el paradero de Elaine Boldt y era esencial que hablase con ella lo antes posible. Volví a llamar al teléfono de Florida y dejé que sonara hasta que los timbrazos me pusieron nerviosa. Nada. Si Pat Usher estaba aún en aquel piso, se negaba en redondo a coger el teléfono.

Consulté la lista de vecinos que yo misma había hecho y llamé a un tal Robert Perreti, que al parecer vivía al lado. No respondió nadie. Llamé a otra vecina, que también vivía al lado, y, como buena ciudadana, dejé que el teléfono sonara sólo diez veces, que es lo que la telefónica aconseja. Por fin respondió alguien, una señora bastante mayor, a juzgar por la voz.

—¿Sí?

Parecía enferma y a punto de llorar. Sin darme cuenta, le respondí en voz alta y separando mucho las palabras, como si me dirigiera a una persona medio sorda.

—¿La señora Ochsner?

—Sí.

—Me llamo Kinsey Millhone. Llamo desde California y estoy tratando de localizar a la señora que vive en el piso de al lado, en el apartamento 315. ¿Sabe usted por casualidad si está en casa? Acabo de llamarla, el teléfono ha sonado treinta veces y no ha respondido nadie.

—¿Le pasa a usted algo en los oídos? —preguntó—. Si sigue hablándome a gritos no voy a entender nada.

Me eché a reír y hablé con voz normal.

—Perdone —dije—. No sabía si oía usted bien.

—Oigo perfectamente. Tengo ochenta y ocho años y no puedo dar un paso sin ayuda, pero no me ocurre nada en los oídos. Los treinta timbrazos que usted dice los he oído a través del tabique; me hubiera dado un ataque de nervios si hubieran continuado.

—¿Sabe si está Pat Usher? Acabo de hablar con el administrador del edificio y me ha dicho que sí.

—Desde luego que está. Lo sé porque hace unos momentos he oído que daba un portazo. ¿Y qué es lo que quiere usted, si no es impertinencia preguntarlo?

—Bueno, en realidad quiero localizar a Elaine Boldt, pero tengo entendido que no ha ido este año.

—Es verdad y me sentí muy desilusionada. Ella, yo, Ida Rittenhouse y la señora Wink solemos jugar al *bridge* por parejas, pero no hemos podido jugar ni una sola partida desde las navidades. Ida no soporta estas cosas y se pone muy alterada.

—¿Tiene usted idea de dónde puede estar la señora Boldt?

—No, y tengo la impresión de que la mujer que vive en su apartamento está a punto de mudarse. Las normas de la comunidad no permiten tener inquilinos y me sorprendió que Elaine lo hiciera. Nos quejamos en firme en la reunión de propietarios y creo que el señor Makowski le ha dicho que desaloje el piso. La mujer se niega, como es lógico, porque dice que el contrato que firmó con Elaine no vence hasta fines de junio. Si quiere hablar con ella personalmente, le sugiero que venga cuanto antes. La he visto subir con cajas de la tienda de licores y sospecho que... bueno, la verdad es que *deseo* que esté haciendo el equipaje en este momento.

—Gracias. Es posible que vaya. Me ha sido usted de mucha ayuda. Si hago el viaje, le haré

una visita.

—Seguro que no sabe usted jugar al *bridge*, ¿verdad, querida? Durante estos últimos seis meses no hemos podido hacer otra cosa que jugar al tresillo y el lenguaje de Ida es cada vez más barriobajero. A la señora Wink y a mí se nos agota ya la paciencia.

—Bueno, no he jugado nunca, pero podría intentarlo —dije.

—A centavo el punto —dijo con precipitación y me eché a reír.

Llamé a Tillie. Parecía sin aliento, como si hubiera corrido para contestar.

—Hola, Tillie —dije—. Soy yo otra vez, Kinsey.

—Acabo de volver del mercado —dijo con voz entrecortada—. Espere a que recupere el aliento. ¡Uf! ¿Qué puedo hacer por usted?

—Creo que tengo que empezar a actuar. Quisiera echar un vistazo al piso de Elaine.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Bueno, en Florida dicen que no está allí, o sea que hay que averiguar a qué otro sitio ha ido. ¿Me dejará usted entrar si voy ahora?

—Claro que sí. Estoy desempaquetando la compra y eso lo hago en menos que canta un gallo.

Volví a la comunidad, la llamé por el interfono, me abrió y se reunió conmigo ante el ascensor con la llave del piso de Elaine. Le conté los detalles de la charla que había sostenido con el administrador de la finca de Florida mientras subíamos al primer piso.

—Entonces, ¿nadie la ha visto allí? Bueno, pues algo malo ha pasado —dijo—. De todas todas. Sé que se marchó y sé, sin lugar a dudas, que tenía intención de ir a Florida. Yo estaba en la ventana cuando el taxi se detuvo en la puerta, sonó el claxon y la vi subir. Llevaba el abrigo bueno de piel y un turbante de piel que hacía juego. Iba a hacer el viaje de noche, no le gustaba, pero como no se sentía bien, pensó que el cambio de clima la beneficiaría.

—¿Estaba enferma?

—Bueno, ya sabe usted cómo es la gente. Sufría una especie de resfriado, sinusitis, alergia, o lo que fuera. No quiero criticarla, pero era un poco maniática. Me llamó y me dijo que había pensado tomar el avión inmediatamente, como si se hubiera decidido en aquel mismo instante. En realidad no tenía previsto viajar hasta dos semanas después, pero como el médico le dijo que podía sentarle bien, supongo que reservó una plaza en el primer vuelo disponible.

—¿Sabe si utilizó los servicios de alguna agencia de viajes?

—Estoy casi segura de que sí. Probablemente los de alguna de los alrededores. Como no sabía conducir, solía ir a los establecimientos más próximos para no tener que andar mucho. Ya hemos llegado.

Tillie se había detenido ante el apartamento número 9, en el primer piso, y que se encontraba justamente encima del suyo. Abrió la puerta y me hizo pasar. Estaba a oscuras, con las cortinas corridas y el aire se notaba cargado. Tillie cruzó la sala de estar y abrió las cortinas.

—¿No ha entrado nadie desde que se marchó? —pregunté—. ¿La señora de la limpieza, el lampista, el electricista?

—Que yo sepa, no.

Hablábamos como si estuviéramos en una biblioteca pública o en un hospital, pero ya se sabe que estar en casa ajena cuando no se debe estar pone nervioso a cualquiera. Incluso sentía en las

tripas unos retortijones de bajo voltaje. Hicimos un rápido recorrido por la casa y Tillie dijo que todo le parecía normal. Nada que llamara la atención. Nada que no estuviera en su sitio. Nos despedimos, ella se fue por su lado y yo me quedé un rato más para rematar bien las cosas.

El piso hacía esquina y tenía ventanas a ambos lados de la fachada. Estuve un minuto mirando la calle. No pasaba ningún vehículo. Abajo, apoyado en un coche inmóvil, había un joven con el pelo cortado como un indio *mohawk*. Llevaba afeitada la parte inferior de los parietales, como un condenado a muerte, y la franja de pelo restante se erguía con tieso orgullo como el seto continuo y marchito que discurre por el centro de las autopistas. Lo llevaba teñido de un matiz rosa que no veía desde que las bragas de colores habían pasado de moda. Tendría dieciséis o diecisiete años, vestía pantalones de paracaidista de color rojo subido, con la pernera remetida en unas botas de combate, y una camiseta naranja que ostentaba en la pechera una inscripción que no alcancé a descifrar desde donde me encontraba. Lo observé mientras liaba y encendía un porro.

Me desplacé hasta las ventanas laterales, que hacían ángulo con las ventanas de la planta baja de la pequeña casa de madera que había al lado. El fuego se había ensañado con la techumbre, cuyos aleros se asemejaban a la raspa de un pescado demasiado hecho. La puerta se había condenado con tablas y los vidrios de las ventanas estaban rotos, al parecer por efecto del calor. Un rótulo de «SE VENDE» se había clavado en la hierba seca y parecía una lápida floja. Una vista realmente embriagadora para un piso de propiedad que a mi juicio tenía que haberle costado a Elaine más de cien mil dólares. Me encogí de hombros y entré en la cocina.

Las tablas y electrodomésticos despedían brillos cegadores. El suelo, por lo visto, se había fregado y encerado. La alacena estaba llena de latas ordenadas, entre ellas varias de 9-Lives Beef y Liver Platter para gatos. Los distintos compartimentos del frigorífico estaban vacíos, salvo los de la puerta, donde vi las aceitunas en adobo, las mostazas y las mermeladas de costumbre. La cocina estaba desenchufada y el cable colgaba sobre el reloj del aparato, que marcaba las ocho y veinte. En el cubo de plástico de la basura, bajo el fregadero, habían puesto una bolsa vacía de papel marrón con el borde limpiamente doblado. Era como si Elaine Boldt hubiera preparado el piso a conciencia para una ausencia prolongada.

Salí de la cocina y me dirigí al recibidor. La distribución parecía idéntica a la del piso de Tillie. Recorrí un corto pasillo y vi a mi derecha un lavabo pequeño con una pila de mármol en forma de concha, apliques chapados en oro y azulejos deslumbrantes en una de las paredes. No había nada en la pequeña papelera de mimbre que había debajo de la pileta, salvo un puñado de pelo castaño grisáceo que colgaba de un costado y que parecía el típico ovillo que se forma cuando se limpia un peine.

Enfrente del lavabo había un pequeño estudio amueblado con un escritorio, un televisor, un sillón tapizado y un sofá cama. En los cajones de la mesa estaban los bolígrafos, clips, tarjetas y carletas de costumbre, y por el momento no vi razón alguna para examinarlos de cerca. Encontré la cartilla del seguro de la propietaria y tomé nota del número. Abandoné el estudio y accedí al dormitorio principal, que contaba con un cuarto de baño adjunto.

Como las cortinas estaban echadas, el dormitorio tenía un aspecto lúgubre, pero todo parecía estar en orden también allí. A la derecha había un cuarto ropero lo bastante grande como para ponerlo en alquiler. Estaban vacías algunas de las perchas, y entre las prendas ordenadas en los estantes vi huecos donde sin duda había habido otros objetos. En un rincón vegetaba una maleta pequeña, uno de esos caros maletines de diseño que ostentan el nombre de otra persona rodeado

de ringorrangos.

Inspeccioné al azar los cajones del ropero. En unos había jerséis de lana todavía metidos en las bolsas de plástico de la lavandería. En otros no había más que bolsitas de esencia que parecían diminutos cojines perfumados. Lencería. Algo de bisutería.

El baño principal era grande y estaba en orden, y en el botiquín no había nada, excepción hecha de un par de frascos de pastillas normales y corrientes. Volví a la puerta y me quedé contemplando el dormitorio. Allí no había nada que indicara o sugiriese juego sucio, precipitación, allanamiento de morada, vandalismo, enfermedad, suicidio, alcoholismo, drogadicción, desorden u ocupación reciente. Hasta la pátina de polvo doméstico que cubría las superficies brillantes parecía estar intacta.

Salí y cerré a mis espaldas. Bajé en el ascensor al piso de Tillie y le pregunté si tenía alguna foto de Elaine.

—Creo que no —dijo—, pero si quiere puedo describírsela. Tiene más o menos mi peso y estatura, es decir, sesenta kilos y un metro con sesenta y cinco. Tiene mechaz rubias y lleva el pelo echado hacia atrás. Ojos azules. —Se interrumpió—. Un momento, creo que tengo una foto. Acabo de acordarme. Espere.

Desapareció por la salita y al cabo de unos instantes volvió con una instantánea Polaroid. Tenía un sombreado naranja y se pegaba a los dedos. En ella había dos mujeres en un patio; era una foto de cuerpo entero que se había tomado tal vez a una distancia de siete metros. Imaginé en el acto quién era Elaine, la vestida elegantemente con unos pantalones de buen corte y que sonreía con satisfacción. La otra estaba algo gorda de cintura, llevaba gafas de montura de plástico azul y un peinado que parecía un casco de quita y pon. Tendría cuarenta y tantos años y, preocupada por su imagen, hacía guiños al sol.

—La foto es del otoño pasado —dijo Tillie—. Elaine es la de la izquierda.

—¿Y la otra?

—Marty Grice, una vecina nuestra. Fue espantoso. La mataron... figúrese, hace unos seis meses. Y parece que fue ayer.

—¿Qué pasó?

—Bueno, según la policía, sorprendió a un ladrón cuando trataba de entrar en la casa. Parece que la mató allí mismo y que quiso incendiar la casa para ocultarlo. Fue horrible. ¿No lo leyó en la prensa?

Negué con la cabeza. A veces atravieso épocas en que no leo ni un solo periódico, pero hacía un minuto que había visto la casa contigua con el techo quemado y las ventanas rotas.

—Lástima —dije—. ¿Le importa si me la quedo?

—Claro que no.

Volví a mirarla. La foto tenía algo turbador, ya que reproducía un momento no muy lejano en que las dos mujeres sonreían con naturalidad, ignorantes de los sinsabores que el futuro les deparaba. Ahora una de ellas estaba muerta y la otra en paradero desconocido. No me gustaban las mezclas tan fuertes.

—¿Eran buenas amigas Elaine y esta mujer? —pregunté.

—La verdad es que no. Jugaban al *bridge* de tarde en tarde, pero por lo demás no se trataban mucho. Elaine es algo huraña y reservada con casi todo el mundo. Marty solía reaccionar con brusquedad y nerviosismo. No es que la pusiera como un trapo cuando hablaba conmigo, pero

recuerdo que a veces la criticaba. Elaine se considera poco menos que una reina, esto es algo que nadie puede poner en duda, y no entiende que no todo el mundo tiene la posibilidad de vivir tan bien como ella. El abrigo de piel, por ejemplo. Sabía que Leonard y Marty tenían apuros económicos; pues ella se ponía el abrigo para jugar al *bridge*. Para Marty era como agitar un trapo rojo delante de un toro.

—¿Se refiere usted al abrigo que llevaba cuando la vio por última vez?

—Sí, al mismo. Un abrigo de lince de doce mil dólares, con un gorro que hace juego.

—La caraba —dije.

—Pues es precioso. Daría cualquier cosa por un abrigo así.

—¿No recuerda nada más en relación con la partida de la señora Boldt?

—Yo diría que no. Llevaba poco equipaje de mano, una bolsa, creo; el taxista bajó lo demás.

—¿Se acuerda del nombre de la empresa del taxi?

—La verdad es que no me fijé, pero ella solía llamar a Taxis Urbanos y Raya Verde, a veces también a La Mejor, aunque no le caía bien. Ojalá pudiera serle de más utilidad. Pero dígame: si se fue camino de Florida y nunca llegó a Florida, ¿adónde fué?

—Es lo que quiero averiguar —dije.

Le sonreí de un modo que esperaba fuese esperanzador, aunque me sentía intranquila.

Volví al despacho y calculé por encima los beneficios acumulados hasta el momento; unos setenta y cinco dólares por el tiempo empleado con Tillie y el tiempo que había pasado en el piso de Elaine, más el tiempo que había invertido en la Biblioteca y al teléfono, amén del importe de las conferencias. Conozco detectives que llevan a cabo toda una investigación sin moverse del teléfono, pero no me parece sano. Hay demasiados engaños, demasiadas cosas que se pasan por alto cuando no se habla con la gente en persona.

Llamé a una agencia de viajes y reservé un billete para Miami, ida y vuelta. Si tomaba un avión nocturno y aguantaba sin comer, beber ni ir al lavabo, el importe de cada trayecto me salía por 95 dólares. Reservé igualmente un coche de alquiler barato en el punto de destino.

Faltaban horas para que despegara el avión, así que me fui a casa e hice *footing* a lo largo de cinco kilómetros; luego metí en el bolso el dentífrico y el cepillo de dientes... y equipaje hecho. Tendría que localizar la agencia de viajes de Elaine y averiguar qué avión había tomado, y si había reservado alguna plaza para Méjico o las islas del Caribe. Mientras, esperaba dar con la amiga que tenía Elaine en Florida; pero tendría que ser antes de que huyese del gallinero y se llevara consigo la única pista que tenía yo para conocer el paradero de Elaine.

Aún no había amanecido cuando el avión aterrizó en Miami; era las cinco menos cuarto. Había poca gente en el aeropuerto a aquella hora y tanta luz como en una funeraria. En la recogida de equipajes, las maletas abandonadas se guardaban en taquillas sombrías de puerta de vidrio. Todas las tiendas del aeropuerto estaban cerradas. Algunos viajeros dormían en las sillas de plástico duro, con la cabeza apoyada en hinchadas bolsas de lona y con la chaqueta echada sobre los hombros. Los altavoces llamaron a un viajero al teléfono de las oficinas del aeropuerto, pero el nombre se oyó confuso y creo que no acudió nadie. En el avión sólo había podido dormir una hora y me sentía hecha un asco.

Recogí el coche que había alquilado, me hice con un plano sencillo y hacia las cinco y cuarto estaba en la Nacional 1, rumbo al norte. Treinta kilómetros hasta Fort Lauderdale, otros veintidós hasta Boca Ratón. El amanecer volvía el cielo de un gris perla translúcido y las nubes se amontonaban como coliflores en un tenderete de carretera. El terreno era llano a ambos lados de la autopista, hasta cuyos bordes llegaba la arena. En el horizonte se perfilaban los campos de ciperáceas y cipreses enanos, y el curujey colgaba de los árboles como jirones de tela puestos a secar. El aire se notaba ya húmedo y perfumado, y las franjas anaranjadas del sol naciente anunciaban un día caluroso. Para hacer tiempo me detuve en un puesto de comida y me tomé unas sustancias marrones y amarillas que acompañé con un tetrabrik de zumo de naranja. Me supo todo a comida de astronauta.

Eran casi las siete cuando llegué a la comunidad donde Elaine Boldt tenía el piso, y las rociadoras mecánicas escupían chorritos de agua sobre la hierba cortada casi a ras del suelo. Había seis o siete edificios de hormigón, de tres pisos cada uno y con la bien perfilada estructura inferior jalonada de miradores. Los hibiscos daban al conjunto una pincelada rosa y carmín. Rodeé la zona avanzando a escasa velocidad por las amplias calzadas que giraban en redondo al llegar a las canchas de tenis. Cada edificio parecía tener piscina propia y algunos vecinos se bronceaban estirados en sus tumbonas de plástico. Encontré el número de la calle que buscaba y estacioné el coche en el pequeño aparcamiento que había delante. El administrador vivía en la planta baja, la puerta principal estaba abierta, pero no el cancel, que se cerraba para impedir las invasiones de los gigantescos insectos de Florida que ya lanzaban chillidos de advertencia desde la hierba.

Golpeé la jamba de aluminio.

—Estoy aquí —dijo una voz de mujer, desconcertantemente próxima.

Me llevé las manos a las sienes para protegerme los ojos y ver quién había contestado del otro

lado del cancel.

—¿Está el señor Makowski?

La mujer pareció materializarse al otro lado, con la cara a la altura de mis rodillas.

—Un momento, por favor. He estado haciendo flexiones y aún no puedo levantarme. ¡Señor, cómo duele! —Se incorporó poniéndose de rodillas y sujetándose al brazo de un sillón—. Makowski no está, ha ido a arreglar el lavabo del 208. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quiero localizar a Elaine Boldt. ¿Sabe dónde puede estar?

—¿Es usted la investigadora que llamó desde California?

—En efecto. Pensé que sería conveniente hablar con alguien de aquí por si podía darme alguna pista. ¿Dejó alguna dirección la señora Boldt?

—No. Ya me gustaría ayudarla, pero me temo que no sé más que usted. Pero entre, no se quede ahí. —Se puso en pie por fin y abrió el cancel—. Soy Charmine Makowski o lo que queda de ella. ¿Hace usted ejercicio?

—Bueno, corro un poco, pero nada más —dije.

—Mejor para usted. No haga nunca abdominales. Se lo aconsejo. Yo hago cien flexiones diarias y acabo hecha polvo. —Jadeaba todavía, las mejillas teñidas de rosa a causa del esfuerzo. Le faltaría poco para cumplir los cincuenta, llevaba un chándal amarillo chillón y se le notaba la hinchazón del embarazo. Parecía un pomelo maduro—. Lo ha adivinado —añadió—. Otra broma de la vida. Pensé que era un tumor hasta que noté las patadas. ¿Sabe qué es esto? —Se señaló un bulto que tenía inmediatamente debajo de la cintura—. Un ombligo al revés. Da hormiguilla, ¿verdad? Makowski y yo creíamos que no podíamos tener hijos. Tengo casi cincuenta años y él tiene sesenta y cinco. Bueno, diantre, ¿qué importa? Es más divertido que la menopausia, supongo. ¿Ha hablado con la mujer del 315? Se llama Pat Usher, aunque probablemente ya lo sabe usted. Dice que Elaine le alquiló el piso, pero yo no me lo creo.

—¿Y cómo es eso? ¿Es que la señora Boldt no les dijo nada a ustedes?

—Ni una palabra. Sólo sé que la tal Usher se presentó hace unos meses y se instaló en el piso. Nadie dijo nada al principio porque todos pensamos que se trataba de una visita de un par de semanas o algo por el estilo. Los vecinos tienen derecho a hospedar a quien se les antoje durante un tiempo relativamente breve, pero el contrato de venta prohíbe los arrendamientos. Los compradores en perspectiva están rigurosamente prohibidos y, si permitiéramos que los pisos se alquilasen y realquilasen, todo el mundo andaría aquí como Pedro por su casa. La comunidad empezaría a deteriorarse. El caso es que al cabo de un mes subió Makowski para tener unas palabritas con la señora, y ella dijo que había pagado a Elaine por seis meses y que no tenía intención de marcharse. Makowski está a punto de perder la paciencia.

—¿Tiene esta mujer algún contrato firmado?

—Sólo tiene un recibo que demuestra que ha dado dinero a Elaine, pero no dice a cambio de qué. Makowski le entregó una orden de desalojo, pero la buena mujer cree que tiene todo el tiempo del mundo para cumplirla. Deduzco que no la conoce usted.

—Acabo de llegar. ¿Sabe si está en casa?

—Es probable. No sale mucho, salvo para ir a broncearse a la piscina. Dele el ultimátum de parte de los administradores.

El apartamento 315 se encontraba en la segunda planta, en el recodo del edificio en forma de ele. Antes incluso de pulsar el timbre tuve la sensación de que me espiaban por la mirilla situada en el centro de la puerta. Se abrió ésta al cabo de unos instantes hasta donde lo permitió la cadena de seguridad, pero no apareció ninguna cara.

—¿Pat Usher?

—Sí.

—Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora, de California. Estoy buscando a Elaine Boldt.

—¿Para qué? —Hablabla con tono neutral, reservado, sin inflexiones ni cordialidad.

—Su hermana la necesita para que firme unos documentos. ¿Puede usted decirme dónde está? Hubo un momento de silencio preventivo.

—¿Ha venido para entregarme algún papel?

—No.

Saqué la fotocopia de mi carnet de detective y se la di por la ranura. La fotocopia desapareció con fluidez, sin un tirón, igual que una tarjeta de crédito cuando el cajero automático se la traga. Me la devolvió al cabo de un momento.

—Aguarde. Voy a ver si encuentro su dirección.

Dejó la puerta entornada, sin soltar la cadena de seguridad. Sentí un brote de esperanza. A lo mejor conseguía algo. Si en un par de días localizaba a Elaine, mi confianza profesional subiría muchos puntos, sensación que vale tanto como el dinero, sea cual fuere el caso en que se trabaje. Esperé con los ojos puestos en el felpudo. La letra B, esculpida en pelo oscuro, destacaba del pelo restante, que era de un matiz más claro. ¿Había en Florida barro suficiente para necesitar un felpudo como aquél? Era de pelo tan áspero que podía cortar la suela de los zapatos. Miré a mi izquierda. Por el balcón entreví las palmeras cuya copa parecía adornada por faldillas de abalorios. Volvió Pat Usher, pero siguió hablándome por la ranura.

—Parece que la he tirado. Lo último que supe es que estaba en Sarasota.

Estaba ya harta de hablar con la puerta y sufrí un acceso de ira.

—¿Le importaría dejarme pasar? Se trata de una herencia. Elaine Boldt podría obtener dos o tres mil dólares si firmase el papel.

Hay que tentar a la avaricia, me dije. Provocar el deseo secreto de un pellizco inesperado. Es una estratagema que utilizo a veces, cuando voy tras un moroso que no quiere pagar. Y como en la presente ocasión no había truco, la voz me salía con un maravilloso dejo de sinceridad.

—¿La ha enviado el administrador?

—Oiga, ¿le importaría aparcar un rato la paranoia? Yo busco a Elaine y quiero hablar con usted. Según parece, usted es la única persona que puede saber dónde está.

Silencio. Meditaba las respuestas como si se tratase de un test de inteligencia y pudiera modificar los resultados. Tuve que esforzarme por contener la mala uva. Era la única pista que tenía y no quería perderla.

—De acuerdo —dijo de mala gana—, pero tendrá que esperar a que me vista.

Cuando por fin abrió la puerta, llevaba puesta una saya, uno de esos vestidos de tejido fino y estampado que se meten por la cabeza cuando no hay ganas de ponerse bragas. Una tirita le

cruzaba la nariz. Tenía los ojos hinchados y rodeados de cardenales azulencos que se estaban volviendo verdes. Se había puesto tiritas también en los pómulos, y el bronceado se le había vuelto de un matiz tan cetrino que parecía aquejada de hepatitis.

—Tuve un accidente de tráfico y me rompí la nariz —dijo—. No me gusta que me vean en este estado.

Se apartó de la puerta y la saya se le hinchó por detrás como si soplara la brisa. Cerré a mis espaldas y fui tras ella. El piso era una mezcla de junco de Indias y colores suaves, y olía un poco a moho. La puerta vítrea de corredera que había a un lado de la sala de estar daba a un mirador por el que sólo alcancé a ver lujuriantes y verdes copas de árboles y nubes que se apelotonaban como pompas de jabón en la bañera.

Cogió un cigarrillo de una caja de cristal que había en la mesita del servicio y lo encendió con un encendedor de mesa que hacía juego y que encima funcionaba. Tomó asiento en el sofá y apoyó los pies en el borde de la mesita. Tenía de color gris la planta de los pies.

—Puede sentarse, si quiere.

Sus ojos eran de un verde irreal y electrizante, a causa de las lentillas coloreadas, supuse. Tenía el pelo cobrizo y con un brillo que yo jamás había podido dar al mío. Me observaba ahora con interés y con una actitud un tanto divertida.

—¿De quién es la herencia?

Hacía las preguntas sin ninguna inflexión al final de la frase, pidiendo información mediante afirmaciones taxativas a las que al parecer tenía que responder yo. Resultaba raro. Me entraron recelos y me puse a pensar las cosas antes de decirlas.

—De un primo, creo. De Ohio.

—¿No es un poco drástico contratar a una investigadora privada por tres billetes?

—Es que hay más herederos por medio —dije.

—Y usted tiene un papel que quiere que ella firme.

—Quisiera hablar con ella antes. Los demás están preocupados porque no han tenido noticias de ella. Me gustaría incluir en mi informe algún detalle relacionado con su paradero.

—¡Dios mío, si hay informe y todo! Elaine estaba inquieta. Ha estado viajando. Eso es todo.

—¿Puedo preguntarle qué relación tiene con ella?

—Claro que puede. Somos amigas. Hace años que la conozco. Vino a Florida en cierto momento y quiso tener compañía.

—¿Cuándo fue eso?

—A mediados de enero. Aproximadamente. —Hizo una pausa y se quedó mirando la ceniza del cigarrillo. Volvió a mirarme a los ojos con expresión distante.

—¿Y vive usted aquí desde entonces?

—Claro, ¿por qué no? Acababa de vencer el contrato de mi casa y me dijo que podía instalarme en la suya.

—¿Por qué se marchó?

—Eso tendrá que preguntárselo a ella.

—¿Cuándo tuvo noticias tuyas por última vez?

—Hace dos semanas, aproximadamente.

—¿Estaba entonces en Sarasota?

—Exacto. Con unas personas, unos conocidos.

—¿Sabe quiénes son?

—Oiga, ella quería que le hiciera compañía, no que fuese su niñera. Saber con quién está o deja de estar no es asunto mío, por lo tanto no me dedico a hacer preguntas.

Tuve la impresión de participar en un juego de salón en el que yo tenía muy pocas probabilidades de ganar. Además, Pat Usher se lo estaba pasando bomba y no me gustaba mi situación. Volví a la carga. ¿Estaba el mayordomo detrás de la puerta de la biblioteca con la sogá?

—¿Puede decirme alguna otra cosa de interés?

—Ignoraba que le estuviese contando cosas interesantes —dijo con sonrisa afectada.

—Trataba de entrar por la puerta del optimismo —le espeté.

Se encogió de hombros.

—Siento eclipsarle su débil rayo de esperanza. Le he dicho todo lo que sé.

—Será cuestión de dejar las cosas en este punto. Voy a dejarle mi tarjeta. Si vuelve a llamar, ¿querrá decirle que se ponga en contacto conmigo?

—Por supuesto. No hay motivo para sufrir.

Saqué una tarjeta de la billetera y al levantarme la dejé sobre la mesita.

—Tengo entendido que tiene usted problemas con la comunidad de propietarios.

—¿Y usted se lo ha creído? Vamos, pregunto si tan importante es para ellos. He pagado por mi hospedaje, no organizo fiestas, no pongo la música alta. Pero tiendo la ropa fuera y el administrador pierde los papeles. Le dio un ataque de nervios. No lo entiendo. —Se puso en pie y me acompañó a la puerta. La saya hinchada la hacía parecer más gruesa de lo que era. Al pasar ante la puerta de la cocina vi cajas de cartón amontonadas junto al fregadero. Se volvió y captó la dirección de mi mirada—. Supongo que encontraré un motel por aquí si las cosas se ponen difíciles. Sólo me falta ya que venga el *sheriff* a buscarme. Ahora que lo pienso, creí que usted lo era. En la actualidad nombran *sheriff* a las mujeres, ¿lo sabía? En vez de *sheriff*, *sheriffa*.

—Algo he oído por ahí.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Por qué se hizo detective? Es una forma muy rara de ganarse la vida, ¿no?

Ahora que estaba a punto de marcharme se volvía locuaz. Me pregunté si podría sonsacarle más información. Parecía deseosa de prolongar la velada, como quien ha estado conteniendo demasiado tiempo con una reata de niños de guardería.

—En cierto modo, no tuve más remedio —dije—, pero es mejor que vender zapatos. ¿Usted no trabaja?

—Ni por asomo. Ya he pasado la edad de la jubilación. No pienso volver a trabajar en mi vida.

—Tiene usted suerte. Yo no tengo tantas alternativas. Si no trabajo, no como.

Sonrió por primera vez.

—A mí se me fue la vida esperando la oportunidad de mejorarla. Entonces descubrí que la propia suerte depende de una misma, ¿sabe lo que quiero decir? Nadie regala nada en este mundo, joven.

Fingí estar de acuerdo y miré hacia el aparcamiento.

—Será mejor que me vaya —dije—. ¿Puedo hacerle una última pregunta?

—¿Cuál?

—¿Conoce a otras amistades de Elaine? Alguien tiene que saber cómo ponerse en contacto

con ella, ¿no cree?

—Soy la persona menos indicada —dijo—. Cuando yo vivía en Lauderdale, solía visitarme, pero no conozco a ninguna de sus amistades de aquí.

—¿Y cómo la localizó? Según me han dicho, venía a Florida cuando se le ocurría, sin avisar. Pareció confusa durante un segundo, pero recuperó la compostura.

—Pues sí, es verdad. Me llamó desde el aeropuerto de Miami y pasó a buscarme de camino.

—¿En un coche alquilado?

—Sí. En un Oldsmobile Cutlass. Blanco.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

Volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Mucho no. Un par de días, quizá.

—¿Parecía nerviosa o alterada?

Al oír aquello se puso un poco intransigente.

—Un momento. ¿Qué anda buscando? Si conociera sus intenciones, a lo mejor se me ocurriría algo.

—Es que no estoy segura —dije con amabilidad—. Estoy todavía tanteando y esforzándome por adivinar qué es lo que ocurre. Los que la conocen en Santa Teresa opinan que es insólito que haya desaparecido sin avisar.

—Pues a mí me avisó. Ya se lo he dicho. ¿Qué pasa? ¿La consideran acaso una niña que tiene que llamar a casa continuamente para decir dónde está y a qué hora va a volver? ¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema. Su hermana quiere localizarla. Ahí acaba la cosa.

—Muy bien. Mire, de vez en cuando me pongo algo quisquillosa. He estado sometida a mucha tensión y no quiero desahogarme con usted. Elaine llamará en cualquier momento y yo le daré su nombre y su teléfono, ¿le parece bien?

—Me parece genial. Se lo agradezco mucho.

Le di la mano y me la estrechó con rapidez. Tenía los dedos secos y fríos.

—Ha sido un placer hablar con usted —dije.

—Lo mismo digo —replicó.

Titubeé y me volví para mirarla.

—Si se traslada a un motel, ¿qué hará Elaine para localizarla?

Volvió a esbozar la sonrisa de afectación, pero con un brillo distinto en los ojos.

—¿Le parece bien que le deje una dirección a Makowski, el cordial administrador que vive en la planta baja? Así también usted podrá localizarme. ¿Le basta la sutil maniobra?

—Supongo que sí. Muchas gracias.

Anduve hacia las escaleras. Notaba sus ojos clavados en mi espalda, luego oí que cerraba la puerta. Bajé a pie hasta el aparcamiento, cogí el coche y me alejé. Tenía ganas de hablar con la señora Ochsner, la del piso contiguo, pero me dije que era mejor esperar. Había algo en Pat Usher que no acababa de convencerme. Y no sólo porque parte de lo que había dicho se me antojara falso. Soy una embustera nata y sé cómo se elaboran las mentiras. Hay que ceñirse a la verdad cuanto se pueda. Se finge que se da voluntariamente cierta información, pero se eligen cuidadosamente los detalles para que impresionen. Lo malo de Pat era que volaba demasiado alto y se había puesto a añadir detalles cuando habría tenido que tener la boca cerrada. Aquello de que Elaine había pasado por Fort Lauderdale para recogerla con un Cutlass blanco alquilado era una bola como una catedral. Elaine no sabía conducir. Me lo había dicho Tillie. Por el momento ignoraba por qué Pat había mentido al respecto, pero tenía que haber un motivo. Lo que en el fondo no me convencía era su falta de clase y me chocaba mucho que Elaine Boldt hubiera hecho amistad con ella. Por lo que me habían contado Tillie y Beverly, Elaine era un poco esnob, y Pat Usher no me parecía lo bastante sofisticada para darme por satisfecha.

Vi un *drugstore* a media manzana de distancia y compré dos fajos de tarjetas de fichero para las notas que tuviese que tomar; a continuación llamé por teléfono a la señora Ochsner, la del 317.

—¿Diga?

Me identifiqué y dije dónde me encontraba.

—He estado ahí hace nada para hablar con Pat Usher, pero no quiero que sepa que también quiero hablar con usted. ¿Se le ocurre alguna forma de encontrarnos?

—Ay, qué gracia —dijo la señora Ochsner—. Espere que piense. Podría bajar con el ascensor hasta la lavandería. Está al lado mismo del aparcamiento y podría pasar a recogerme.

—De acuerdo —dije—. Estaré ahí dentro de diez minutos.

—Que sean quince. Soy más lenta de lo que imagina.

La mujer a quien ayudé a instalarse en el asiento delantero del coche había salido cojeando de la lavandería y con un bastón en la mano. Era pequeña, con una dignísima joroba del tamaño de una mochila y una pelambreira blanqui-amarillenta que le erizaba el cráneo igual que la pelusa del diente de león. Tenía la cara tan fofa y arrugada como una manzana al horno, y la artritis le había deformado las manos de un modo grotesco, habilitándoselas para proyectar sombras de perros y patos en las paredes. Vestía una saya doméstica que parecía colgarle del esqueleto y llevaba

tobilleras alrededor de las espinillas. Llevaba un par de prendas dobladas en el brazo izquierdo.

—Tengo que dejarlas en la tintorería —dijo—. Podría entregarlas usted misma, si me hace el favor. También quisiera pasar por el mercado. Me he quedado sin cereales y sin leche. —Hablaba con energía, la voz le temblaba pero había emoción en ella.

Di la vuelta al coche y me senté al volante. Lo puse en marcha mientras miraba hacia el segundo piso para cerciorarme de que Pat Usher no nos estaba espiando. Arranqué. La señora Ochsner me miró con ansiedad.

—Por teléfono me pareció usted una persona totalmente distinta —dijo—. Pensé que sería rubia y con ojos azules. ¿Cómo los tiene? ¿Grisés?

—Avellana —dije. Me bajé las gafas de sol para que pudiera verlos por sí misma—. ¿Dónde está la tintorería?

—Al lado mismo del *drugstore* desde donde me telefoneó. ¿Cómo se llama su corte de pelo? Me miré por el espejo retrovisor.

—No creo que tenga nombre. Me lo corto yo misma cada seis semanas con unas tijeras para las uñas. Lo llevo corto porque no me gusta sobármelo. ¿Por qué? ¿Le parece mal?

—Aún no lo sé. Tal vez le siente bien, pero no la conozco a usted lo suficiente. ¿Qué me dice de mí? ¿Se figuró que era como soy?

Le eché un vistazo.

—Por teléfono me pareció una persona supermarchosa.

—Lo era cuando tenía su edad. Ahora debo ser prudente para que no me tomen por una cascarrabias, como a Ida. Mis mejores amigas han muerto y ahora tengo que soportar a toda una colección de carcamales. ¿Tiene suerte con el asunto de Elaine?

—No mucha. Pat Usher dice que estuvo en Boca un par de días y que volvió a marcharse.

—No es verdad.

—¿Está segura?

—Desde luego. Siempre da unos golpecitos en la pared al llegar. Es una especie de señal; viene haciéndolo desde hace años. Entonces aparece por casa antes de que pase una hora y lo prepara todo para jugar al *bridge*; sabe que para nosotras tiene mucha importancia.

Aparqué delante de la tintorería y cogí las dos prendas que la señora Ochsner había dejado en el asiento.

—Vuelvo en seguida —dije.

Hice los dos encargos mientras la señora Ochsner esperaba, luego nos quedamos sentadas dentro del coche y hablamos. Le conté la charla que había tenido con Pat Usher.

—¿Qué opinión le merece? —pregunté.

—Es demasiado agresiva —dijo—. Al principio quiso hacerse amiga mía. Yo salgo a la terraza de vez en cuando, para tomar el sol, y se ponía a hablar conmigo. Tenía siempre ese olor a hollín que se coge cuando se fuma mucho.

—¿De qué hablaban?

—De ningún tema culto, puedo asegurárselo. Ella casi siempre hablaba de comidas, aunque nunca le vi llevarse nada a la boca, salvo cigarrillos y Fresca. Tomaba refrescos sin parar y dale que te pego a esa boca que tiene, todo el rato. Muy pendiente de sí misma. Creo que nunca preguntó nada sobre mí. Le resultaba inconcebible. Yo me aburría como una ostra, como es lógico, y empecé a evitarla siempre que podía. Ahora me trata con descortesía porque sabe que no la

acepto. Las personas inseguras tienen una sensibilidad especial para todo lo que les corrobora la pobre opinión que tienen de sí mismas.

—¿Dijo algo de Elaine?

—Oh, sí. Dijo que estaba de viaje, lo que me pareció extraño. Que yo sepa, nunca ha venido para irse después a otro lugar. ¿Qué sentido tendría?

—¿Sabría decirme con quién más puede haber estado Elaine en contacto? Vamos, si tiene aquí otras amistades o parientes.

—Tendría que pensarlo. No tengo noticia de que conociera a nadie de manera informal. Supongo que sus amistades de verdad estarán en California, ya que vive allí casi todo el año.

Hablamos un rato más, pero de otras cosas. A las once y cuarto le di las gracias y la llevé otra vez al aparcamiento, le entregué mi tarjeta para que pudiera llamarme si hacía falta y luego la observé mientras se dirigía cojeando al ascensor. Tenía el paso irregular, como las marionetas. Me hizo un saludo de despedida con el bastón y se lo devolví. No me había dicho mucho, pero cuando volviera esperaba que me informase sobre lo que ocurría allí.

Fui a la playa y me quedé en el aparcamiento con las fichas, en las que anoté todo lo que recordaba del caso hasta aquel instante. Tardé una hora y la mano se me agarrotó, pero tenía que poner por escrito la información mientras recordase los detalles con claridad. Al terminar, me quité los zapatos, cerré el coche y anduve por la arena. Hacía demasiado calor para correr y la falta de sueño me volvía torpe. La brisa que soplaba del océano parecía densa a causa del olor a sal. Las olas parecían acercarse a cámara lenta y no formaban espuma. El océano era de un azul luminoso y la arena estaba alfombrada de conchas exóticas; lo único que veía de pequeña en las playas de California era burujos de algas y cascotes rotos de Coca-Cola erosionados por el mar. Me entraron ganas de tumbarme en la arena y dormir al sol, pero tenía trabajo.

Comí en un chiringuito de carretera construido con piedra artificial de color rosa mientras oía por la radio un programa en español que me pareció tan extranjero como la comida. El banquete consistió en guisado de frijoles y bolsa, una especie de empanada de hojaldre rellena de carne picada con especias. A eso de las cuatro estaba en el avión, rumbo a California. Había estado en Florida menos de doce horas y me pregunté si estaba más cerca de Elaine Boldt que al principio. Siempre había la posibilidad de que Pat Usher hubiera sido sincera al decir que Elaine se encontraba en Sarasota, pero lo dudaba. En cualquier caso, ardía en deseos de llegar a casa, y dormí como un lirón hasta que llegamos a Los Ángeles.

Cuando a las nueve de la mañana siguiente entré en el despacho, me puse a redactar una solicitud dirigida al Registro de Permisos de Conducir, del Departamento de Vehículos a Motor de Tallahassee, Florida, y otra al de Sacramento, por si, por una de aquellas, Elaine se había sacado el carnet en el curso de los últimos seis meses. Envié solicitudes parecidas al Registro de Matrículas de ambas localidades, no tanto por la esperanza de que las pesquisas surtieran efecto cuanto por mi necesidad de tantear todas las posibilidades. Puse los cuatro sobres en la bandeja, cogí la guía telefónica y me puse a buscar agencias de viaje que estuvieran cerca del piso de Elaine. Quería averiguar su ruta y si había adquirido y utilizado un pasaje de avión. Hasta el momento, la única prueba de que Elaine hubiera llegado a Miami era el testimonio de Pat Usher. Había la posibilidad de que ni siquiera hubiera llegado al aeropuerto de Santa Teresa, de que hubiera bajado del avión

en algún punto del trayecto. En cualquier caso, tenía que comprobar todos los detalles. Me sentía como si estuviese en una línea de montaje, inspeccionando la realidad con una lente de joyero. No hay lugar para la impaciencia, el desaliento o el despiste en la vida de quien se dedica a la investigación privada. A las amas de casa se les exige las mismas virtudes, según tengo entendido.

Casi todas mis investigaciones se desarrollan del mismo modo. Notas sin cuento, informaciones infinitas que hay que verificar una y otra vez, pistas que se siguen y que en ocasiones no conducen a ninguna parte. Suelo fijar un sitio desde el que empezar y avanzo despacio pero con método, sin saber nunca al principio qué es relevante y qué no. Todo se basa en los detalles, en hechos que se acumulan tras grandes esfuerzos.

En la actualidad es difícil mantener el anonimato. Hay información prácticamente sobre todo el mundo: informes bancarios en microfilm, expedientes militares, procesos, matrimonios, divorcios, testamentos, partidas de nacimiento, actas de defunción, licencias, permisos, vehículos registrados. Si un ciudadano quiere ser invisible, que lo pague todo al contado; y si yerra, que no le echen el guante. De lo contrario, cualquier buen detective, incluso un ciudadano particular curioso y pertinaz, puede dar con su paradero. Me asombra que el ciudadano medio no sea más paranoico. Casi todos nuestros datos privados figuran en archivos públicos. Basta con saber cómo acceder a ellos. Y lo que la administración nacional o local no tenga archivado, estará dispuesto a contárnoslo cualquier vecino sin necesidad de gastar un céntimo. Si no había forma de conseguir línea directa con Elaine Boldt, intentaría los accesos indirectos. Había puesto rumbo a Boca hacía dos semanas, y de noche, cosa que, según Tillie, no le gustaba hacer. Había dicho a Tillie que se encontraba mal, que se marchaba por prescripción médica, aunque hasta el momento no se había comprobado esta afirmación. Elaine podía haber mentido a Tillie. Tillie podía haberme mentido a mí. A juzgar por lo que sabía, Elaine podía haberse marchado al extranjero dejando que Pat Usher difundiera la especie de que se encontraba en Sarasota. Ignoraba por qué habría podido hacer una cosa así, y en tal caso me quedaba mucho que investigar aún.

Tras reducir la lista de agencias de viaje a seis candidaturas posibles, llamé a Beverly Danziger y le conté mi expedición a Florida. Quería tenerla al corriente, aunque el viaje no me había servido de mucho. También quería hacerle un par de preguntas.

—¿Qué hay de su familia? —inquirí—. ¿Viven aún sus padres?

—No, hace años que murieron. En realidad nunca fuimos una familia muy unida. Y no creo que Elaine haya mantenido relaciones cordiales con nuestros tíos o primos.

—¿Y el trabajo? ¿Qué empleos ha tenido?

Beverly se echó a reír.

—Parece que no tiene usted una idea muy clara de quién es Elaine. No ha movido un dedo en su vida.

—Pues tiene cartilla del seguro —dije—. Si efectivamente ha trabajado, es una nueva pista que investigar. Por lo poco que sabemos, igual está de camarera por ahí, por amor a la aventura.

—Bueno, yo creo que no ha tenido un trabajo en su vida, pero, si lo ha tenido, no creo que quisiera repetir la experiencia —dijo Beverly con determinación—. La malcriaron de pequeña. Pensaba que tenía derecho a todo y, si no se lo daban, lo cogía sin pedir permiso.

La verdad es que yo no estaba de humor para oír cómo desahogaba las penas del pasado.

—Mire, tenemos que ir al fondo del asunto. Creo que deberíamos denunciar su desaparición. Así ampliaríamos el radio de operatividad. Además, eliminaríamos determinadas posibilidades y, créame, todo sirve para este objetivo.

Siguió entonces un silencio tan absoluto que pensé que había colgado.

—¿Oiga?

—Sí, estoy aquí —dijo—. Es que no entiendo por qué quiere hablar precisamente con la policía.

—Porque es el siguiente paso que pide la lógica. Su hermana puede estar en cualquier parte de Florida, pero suponga que no es así. Por el momento no contamos más que con la palabra de Pat Usher. ¿Por qué no ampliamos pues nuestro horizonte? Que la policía emita una orden de búsqueda. Que la policía de Boca Ratón investigue en Sarasota, a ver qué consigue. Puede poner en circulación una descripción de su hermana, a través de la policía estatal y local, y averiguar si por lo menos no está enferma, muerta o detenida.

—¿Muerta?

—Sí, lo lamento. Sé que es alarmante, y a lo mejor no es el caso, pero la policía tiene acceso a toda una información que a mí me está vedada.

—Es increíble. Yo sólo quería su firma. La contraté a usted porque pensé que sería el medio más rápido de localizarla. No creo que en el fondo sea asunto de la policía. Bueno, lo que pasa es que no quiero que recurra usted a ella.

—Está bien. ¿Qué hacemos entonces? No me parece lógico que me pida que encuentre a su hermana y al mismo tiempo me obstaculice la investigación.

—¿Por qué no, si no me parece conveniente? No comprendo por qué no quiere usted dejar las cosas como están.

Esta vez fui yo quien guardó silencio. No acababa de entender la naturaleza y carácter de aquella inquietud suya.

—Beverly, ¿le parece que lo hago mal? ¿Me está usted diciendo que abandone el caso?

—La verdad es que no lo sé. Deje que lo piense y ya le diré alguna cosa. No creí que pudiera convertirse en un problema y no estoy segura de querer que siga usted adelante. Siempre cabe la posibilidad de que el señor Wender pueda prescindir de la firma. De que encuentre una fórmula para retener solamente la parte que corresponde a Elaine hasta que dé señales de vida.

—Hace un par de días opinaba usted de otro modo —dije.

—Puede que estuviera equivocada —dijo—. No nos preocupemos de eso ahora, ¿quiere? Ya la llamaré si quiero que continúe usted con el caso. Envíeme mientras el informe y la factura. Tendré que consultar con mi marido lo que conviene hacer a continuación.

—Muy bien —dije, todavía perpleja—, pero le mentiría si le dijera que no estoy preocupada.

—Pues no lo esté —dijo y en mi oído sonó el chasquido de la comunicación interrumpida.

Me quedé mirando el auricular. ¿Qué pasaba aquí? Era innegable el nerviosismo de aquella mujer, pero no podía hacer caso omiso de sus indicaciones. No me había despedido formalmente, pero me había puesto en la reserva y, en el plano técnico, no podía continuar si ella no me autorizaba.

Volví a mis fichas a regañadientes y mecanografié un informe. Me habían cortado las alas por tiempo indefinido, pero no estaba dispuesta a renunciar. Archivé la copia y metí el original en un sobre dirigido a Beverly, junto con la minuta de mis gastos hasta el momento. Aparte de los 650

dólares que me había anticipado, me había autorizado a gastar otros 250 para que el total «no excediera el millar de dólares sin aviso previo», lo cual no pasaba de ser la típica palabrería de los contratos porque ya habíamos llegado al límite. Sumando el pasaje de avión, el coche alquilado, las conferencias y unas treinta horas de trabajo, el total ascendía a 996 dólares con algunos céntimos. Beverly me debía pues 246. Sospechaba que liquidaría la cuenta y se lavaría las manos. En mi opinión, se había divertido un rato contratando a una detective para crear problemas a Elaine, que la había fastidiado no firmando el documento cuando se lo había pedido. Pero de pronto se había dado cuenta de que había puesto al descubierto un avispero.

Cerré el despacho y, camino de casa, eché el informe en un buzón. Elaine Boldt seguía en paradero desconocido y el asunto no acababa de gustarme.

A las dos y ocho minutos de la madrugada sonó el teléfono. Descolgué automáticamente, con la mente en blanco a causa del sueño.

—Kinsey Millhone. —Se trataba de un hombre y hablaba con indiferencia, como si hubiese consultado al azar la guía telefónica. Intuí que era policía, no sé por qué. Todos hablan igual.

—Sí, yo soy. ¿Quién llama?

—Señorita Millhone, soy Benedict, agente de servicio de la policía de Santa Teresa. Acaban de avisarnos de que ha habido un 594 en Vía Madrina, número 2097, primera puerta, y una señora que se llama Tillie Ahlberg no deja de preguntar por usted. ¿Podría echarnos una mano? Está con ella una de nuestras agentes, pero quiere verla a usted, y le agradeceríamos su cooperación.

Me incorporé apoyándome en un codo mientras se me calentaba un puñado de neuronas.

—¿Qué es un 594? —dije—. ¿Daños intencionados?

—Sí, señora.

Estaba claro que el agente de servicio Benedict no quería arriesgarse a dar demasiados detalles.

—¿Tillie está bien? —pregunté.

—Sí, señora. Está ilesa, pero trastornada. No queremos molestarla, pero el teniente nos ha autorizado a llamarla.

—Estaré ahí dentro de cinco minutos —dije y colgué.

Aparté el edredón, cogí los tejanos y el suéter y me puse las botas sin levantarme siquiera del sofá. Suelo dormir desnuda con el edredón porque es mucho más sencillo que abrir el sofá cama. Fui al cuarto de baño, me cepillé los dientes, me mojé la cara, me ordené las mechas indómitas con los dedos mientras cogía las llaves y salí en busca del coche. Por entonces ya estaba totalmente despejada y me preguntaba por aquel 594 de que había hablado el agente. Era evidente que Tillie Ahlberg no era la autora del delito, de lo contrario habría pedido un abogado.

La noche era fría, la niebla había avanzado desde la playa hasta invadir media ciudad y las calles vacías estaban cubiertas por una bruma tenue. Los semáforos cambiaban puntualmente del rojo al verde y del verde al rojo, aunque no había tráfico y me los saltaba siempre que podía. Había una lechera delante del número 2097 y estaban encendidas todas las luces del piso que tenía Tillie en la planta baja, aunque por lo demás todo parecía estar en orden; no había luces rojas dando vueltas ni vecinos concentrados en la acera. Me anuncié por el interfono y me abrieron. Crucé la puerta, dejando el ascensor a mi derecha, y avancé aprisa por el pasillo hasta el final, donde se encontraba el piso de Tillie. Había gente en bata y pijama ante la puerta, y un

agente de uniforme les instaba a volver a la cama. Al verme, avanzó hacia mí con las manos en las caderas, como si no supiese qué hacer con ellas. Parecía como si aún le pidieran la documentación cada vez que entraba en un bar a tomar una copa, aunque de cerca distinguí en su cara los estragos del tiempo: patas de gallo y cierto aflojamiento de la tersa piel de la mandíbula. Tenía ojos de persona mayor e intuí que había visto más miserias humanas de las que podía encajar.

Le tendí la mano.

—¿Es usted Benedict?

—Sí, señora —dijo, estrechándomela—. Y usted es la señorita Millhone, supongo. Encantado de conocerla. Y gracias por venir. —Su apretón fue firme, pero de corta duración. Hizo un ademán con la cabeza hacia el apartamento de Tillie, cuya puerta estaba entornada—. Puede pasar, si lo desea. La agente Redfern está con ella, tomando nota de los detalles.

Le di las gracias, entré en el piso y eché un vistazo a mi derecha. Por la salita parecía haber pasado un huracán. Me detuve unos momentos a contemplar el panorama. ¿Vandalismo en un lugar como aquél? Entré en la cocina. Tillie estaba sentada a la mesa con las manos hundidas entre los muslos, mientras las pecas resaltaban en su pálida faz como granos de pimienta roja. Una agente uniformada, de unos cuarenta años, estaba sentada igualmente a la mesa y tomaba notas. Tenía el pelo rubio y muy corto, y en la mejilla un antojo en forma de pétalo de rosa. Según su chapa, se llamaba Isabelle Redfern y hablaba con Tillie en voz baja y apremiante, como quien trata de convencer a un suicida de que no salte desde el puente.

Cuando Tillie me vio, las lágrimas le brotaron de los ojos y se echó a temblar, como si mi aparición la hubiera autorizado tácitamente a desmayarse. Me arrodillé junto a ella y le cogí la mano.

—Eh, todo va bien —dije—. ¿Qué ha ocurrido?

Quiso hablar, pero de su boca no salió más que un sonido silbante, como cuando se pisa un patito de goma. Hasta que alcanzó a barbotar una respuesta.

—Entró alguien. Desperté y vi a una mujer en la puerta del dormitorio. Dios mío, pensé que me daba un ataque al corazón. Tenía tanto miedo que no podía moverme. Y entonces... entonces empezó a... fue como un zumbido, un silbido, entró corriendo en la sala y empezó a romperlo todo...

Se llevó el pañuelo a la nariz y la boca y cerró los ojos. Cambié una mirada con la agente Redfern. Extraña historia. Pasé el brazo por los hombros de Tillie y le di una pequeña sacudida.

—Vamos, Tillie —dije—, ya ha pasado todo, y está usted a salvo.

—Tenía mucho miedo, mucho miedo. Creí que iba a matarme. Se comportaba como una loca, como una persona que ha enloquecido por completo, jadeando, silbando y revolviéndolo todo. Cerré la puerta del dormitorio, eché el pestillo y llamé al 911. Luego me di cuenta de que ya no se oía nada, pero no abrí hasta que llegó la policía.

—Hizo usted muy bien. Muy bien. Ya sé que tenía mucho miedo, pero hizo usted lo que debía y ya ha pasado todo.

La policía se adelantó.

—¿Vio bien a la mujer?

Tillie negó con la cabeza y se echó a temblar otra vez. La agente le cogió las manos.

—Respire hondo un par de veces. Relájese. Ya ha pasado todo y no hay que lamentar ninguna

desgracia. Respire hondo. Vamos, vamos. ¿Tiene calmantes a mano o alguna bebida alcohólica?

Me incorporé y me acerqué a los armarios de la cocina, cuyas puertas abrí al azar, aunque no vi nada que pareciera licor. Encontré un botecito de vainilla y lo vertí en un tarro para mermelada. Se lo tomó sin mirarlo siquiera.

Empezó a respirar hondo y a calmarse.

—No la había visto en mi vida —dijo con voz algo más tranquila—. Era una loca. Una chiflada. Ni siquiera sé cómo entró.

Se detuvo. El aire olía a rosquillas.

La agente alzó los ojos del cuaderno de notas.

—Señora Ahlberg, no había señales de que se hubiera forzado la puerta. Quienquiera que fuese, tenía llave. ¿Ha dado alguna vez a alguien la llave de su casa? ¿Una asistenta, una persona invitada temporalmente? ¿Alguien que le regase las plantas mientras estaba usted fuera?

Al principio negó con la cabeza, pero de pronto se interrumpió y se quedó mirándome con aprensión inesperada.

—Elaine. Es la única persona que tenía llave. —Se volvió a la agente—. Es la vecina que vive en el piso de arriba. Le dejé la llave el otoño pasado, cuando estuve en San Diego.

Intervine en aquel punto y aporté la información que faltaba: la presunta desaparición de la susodicha y el que su hermana me hubiese contratado.

La agente Redfern se puso en pie.

—Aguarde. Quiero que también lo oiga Benedict.

Cuando Redfern y Benedict terminaron, eran ya las tres y media y Tillie estaba agotada. Le pidieron que acudiera más tarde a Jefatura para firmar la declaración y yo le dije que me quedaría con ella hasta que se recuperase. Cuando por fin se marcharon los dos agentes, nos quedamos mirándonos con abatimiento.

—¿Pudo tratarse de Elaine? —pregunté.

—Lo ignoro —dijo—. No lo creo, pero estaba oscuro y la cabeza no me regía del todo.

—¿Qué me dices de la hermana de Elaine? ¿Conoces a Beverly Danziger? ¿O a una mujer llamada Pat Usher?

Negó con la cabeza sin decir palabra. Tenía aún la faz tan blanca como un plato y círculos oscuros bajo los ojos. Volvió a hundir las manos entre los muslos. La tensión la hacía vibrar igual que las cuerdas de una guitarra azotada por el viento.

Entré en la sala de estar e inspeccioné los daños con más atención. La arquimesa de puertas de cristal se había volcado y yacía boca abajo sobre la mesita, que parecía haberse roto a causa del golpe. El sofá estaba destripado y la gomaespuma sobresalía por los boquetes igual que carne cruda. Las cortinas se habían desgarrado. Las ventanas estaban rotas, las lámparas, las revistas y las macetas yacían en una abigarrada confusión de cascotes, agua y papel mojado. Parecía el resultado de un ataque de locura. De locura o de rabia incontrolada, me dije. Tenía que estar relacionado con la desaparición de Elaine. No podía creer que fuera un episodio aislado que por casualidad hubiera coincidido con mi búsqueda. Me pregunté si habría alguna manera de saber dónde había estado Beverly Danziger aquella noche. Con su buen aspecto de oropel y sus parpadeantes ojos azules era difícil imaginarla destrozando todo como una desquiciada, pero

¿cómo podía estar segura? A lo mejor se había dirigido a Santa Teresa nada más salir del manicomio con el alta provisional.

Meforcé por imaginar lo que sería despertarse a las tantas de la noche y encontrarse ante una loca furiosa. Me estremecí involuntariamente y volví a la cocina. Tillie no se había movido, pero sus ojos se posaron en mi cara con expresión de quien necesita a otra persona.

—Bueno, vamos a arreglar este desorden —dije—. Ni tú ni yo estamos para volver a la cama y no creo que debas hacerlo sola. ¿Dónde están la escoba y el recogedor?

Me señaló el cuarto trastero y a continuación, con un suspiro, se levantó y nos pusimos a trabajar. Cuando hubimos restaurado el orden le dije que quería la llave del piso de Elaine.

—¿Para qué? —preguntó con temor.

—Quisiera inspeccionarlo. Puede que ella esté allí.

—Voy contigo —dijo en un pronto.

Me pregunté sin querer si me iba a ir detrás toda la vida, como el oso Yogui y Bubú. La abracé no obstante y le dije que esperase mientras me acercaba a mi Volkswagen Cucaracha. Negó con la cabeza y me siguió al exterior.

Saqué la automática de la guantera y la sopesé. Era una pistola del 32, sencillota y normal, con empuñadura de cachas de marfil veteadas y cargador con capacidad para ocho cartuchos. En la vida del detective privado escasean los tiros y abunda el papeleo, pero hay ocasiones en que, la verdad, no bastan los bolígrafos. Me obsesionaba la posibilidad de que una desquiciada surgiese de las tinieblas y se me echara encima, igual que un murciélago. Puede que una 32 no sea la defensa ideal, pero estoy convencida de que pararía los pies a cualquiera. Me la guardé en el bolsillo posterior de los tejanos y volví al ascensor con Tillie pegada a mis talones.

—Creí que era ilegal esconder un arma así —dijo con nerviosismo.

—Tengo licencia —dije.

—Pero todo el mundo dice que las pistolas son muy peligrosas.

—¡Pues claro que son peligrosas! Por eso he cogido la mía. ¿Qué quieres que haga? ¿Que entre ahí con un periódico doblado?

Seguía haciéndome comentarios cuando llegamos a la primera planta. Saqué la automática, quité el seguro y la monté, echando hacia atrás el cerrojo. Introduje la llave en la cerradura de Elaine, la giré y empujé la puerta. Tillie se me había cogido de la manga como una niña pequeña. Aguardé unos segundos mientras escrutaba la oscuridad interior con el corazón acelerado. Dentro no había el menor ruido, ningún movimiento. Tanteé en busca del interruptor de la luz, lo accioné y miré rápidamente detrás de la puerta. Nada. Dije a Tillie por señas que se quedase donde estaba y recorrí el piso a toda velocidad, encendiendo luces a mi paso, adoptando posturas de agente secreto cada vez que entraba en una habitación. Hasta donde mi comprensión alcanzaba, no había allí el menor síntoma de que hubiese entrado nadie. Registré los armarios, eché un vistazo bajo la cama y di un suspiro al darme cuenta de que había estado conteniendo el aliento desde que entré. Volví a la puerta de la escalera, hice pasar a Tillie y cerré con llave. Recorrí de nuevo el pasillo y entré en el estudio.

Inspeccioné aprisa el escritorio, revisé los papeles. En el tercer cajón de abajo encontré el pasaporte de Elaine y pasé las hojas. Aún tenía validez y no se había utilizado desde cierto viaje a Cozumel (Méjico), en abril, hacía tres años. Me lo guardé en el bolsillo trasero. Si Elaine estaba aún en circulación, no quería que se sirviera de él para huir del país. Había algo más que me

estaba dando golpecitos en el fondo de la cabeza, pero no alcanzaba a adivinar lo que era. Me encogí de hombros y me dije que ya saldría a la superficie en el momento oportuno.

Acompañé a Tillie hasta su puerta.

—Cuando puedas, revisa todo con atención por si te faltase algo —dije—. Cuando vayas a Jefatura, la policía querrá una lista de los objetos robados, en caso de que hayan robado alguno. ¿Tienes algún seguro contra esta clase de atentados?

—No lo sé —dijo—. Tendré que comprobarlo. ¿Quieres un té? —Tenía cara de ansiedad y me cogía la mano con fuerza.

—Tillie, me gustaría quedarme un rato, pero he de irme. Sé que estás intranquila, pero no te sucederá nada. ¿Hay algún vecino que pueda hacerte compañía?

—La mujer del apartamento 6, quizá. Sé que se levanta temprano. La llamaré. Y muchas gracias, Kinsey. De verdad.

—No tiene importancia. Ha sido un placer ayudarte. Hablaremos después. Duerme un poco, si puedes.

La dejé con su expresión compungida y me dirigí al vestíbulo. Entré en el coche, volví a meter la pistola en la guantera y puse rumbo a casa. Mi cabeza era un hervidero de preguntas, pero estaba demasiado cansada para pensar. Cuando me introduje entre los pliegues del edredón, el cielo clareaba ya y el gallo con más iniciativa del barrio anunció la llegada del día.

El teléfono volvió a sonar a las ocho. Estaba ya en esa fase maravillosa y profunda en que el sistema nervioso se vuelve de plomo y nos parece que una extraña fuerza magnética nos ha soldado a la cama. Despertar a una persona en ese momento podría crearle una psicosis en dos días.

—Qué pasa —murmuré. Oí la electricidad estática, pero nada más. Hostia, ¿me habría puesto una conferencia un perverso para decirme obscenidades?—. ¡Diga!

—Ah, es usted. Creí que me había equivocado de número. Soy Julia Ochsner, de Florida. ¿La he despertado?

—No tiene importancia —dije—. Precisamente soñaba con usted. ¿Qué ocurre?

—Me he enterado de una cosa y pensé que podía interesarle. Creo que esta señora de al lado no le mintió cuando le dijo que Elaine vino hacia aquí en enero, por lo menos hasta Miami.

—¿De veras? —dije, al tiempo que me incorporaba—. ¿Cómo lo sabe?

—He encontrado el pasaje de avión en la basura —dijo con satisfacción—. No se lo creerá usted, pero se puso a hacer las maletas para marcharse y sacó varias cajas llenas de desperdicios y cosas que no quería. Yo estaba en casa del administrador y al volver vi el pasaje. Estaba encima de todo, medio hundido, y quise saber a nombre de quién se había extendido. Como no me pareció procedente pedírselo, esperé hasta que bajó al aparcamiento con un montón de ropa y entonces eché a correr y lo cogí.

—¿Que echó a correr? —dije con incredulidad.

—Bueno, no fue correr exactamente. Pero apreté el paso. Creo que no se dio cuenta.

—Pero Julia, ¿por qué lo hizo? ¿Y si la hubiera sorprendido en el acto?

—¿Qué más me da? ¡Me lo he pasado bomba! Cuando volví, me entró tanta risa que tuve que echarme en la cama.

—Entiendo. Pues no puede usted figurarse cómo están las cosas por aquí —dije—. Me han despedido.

—¿Despedido?

—Más o menos. La hermana de Elaine me dijo que olvidara el asunto por ahora. Se puso nerviosa cuando le propuse que fuéramos a la policía a denunciar la desaparición.

—No lo comprendo. ¿Por qué había de oponerse?

—Ni idea. ¿Cuándo salió Elaine de Santa Teresa? ¿Sabe usted la fecha exacta?

—Parece que el 9 de enero. La vuelta era abierta.

—Bueno, ya hemos conseguido algo. ¿Por qué no me envía el pasaje por correo, si no es mucha molestia? Puede que Beverly se arrepienta.

—¿Es ridículo! ¿Y si Elaine está en dificultades?

—¿Y qué quiere que haga yo? Me pagan por obedecer determinadas instrucciones. No puedo ir por ahí haciendo lo que me dé la gana.

—¿Y si la contratara yo?

Titubeé, un tanto apabullada por la idea, pero no reacia a la misma.

—No sé qué decirle. Podría ponernos en una situación difícil. Nada impide que dé carpetazo a mi relación con ella, pero no podría proporcionarle a usted la información obtenida mientras trabajaba para ella. Tendríamos que empezar desde cero.

—Pero ella no podría impedir que la contratase, ¿verdad? Quiero decir después de que las dos hayan hecho cuentas.

—Mire, es demasiado temprano para ocuparme de estos asuntos, aunque estudiaré la situación y veré a qué conclusión llego. Que yo sepa, puedo hacer lo que me plazca y trabajar para usted siempre y cuando no haya conflicto de intereses. Tendré que hablar con ella para contarle lo que sucede, pero creo que no puede impedirnoslo.

—Estupendo. Adelante, pues.

—¿Está segura de que quiere gastar su dinero de este modo?

—Desde luego. Tengo de sobra y quiero saber qué le ha pasado a Elaine. Además, me lo estoy pasando como nunca. Sólo tiene que decirme lo que he de hacer.

—Muy bien. Indagaré un poco y la llamaré. Otra cosa, Julia: cuídese mientras tanto —dije, pero me respondió con una carcajada.

Estuve bajo la ducha hasta que se acabó el agua caliente, salí, me puse los tejanos, un suéter de algodón y unas botas de cremallera hasta la rodilla. Me probé un sombrero de ante de ala ancha y me miré en el espejo del cuarto de baño. Serviría.

Me dirigí en primer lugar al despacho y escribí una carta a Beverly Danziger, dando por terminada nuestra relación profesional. Estaba convencida de que iba a quedarse totalmente desconcertada y me gustó la idea. Fui a las oficinas contiguas, ocupadas por la compañía de seguros La Fidelidad de California, fotocopíe la detallada minuta que iba a enviarle, estampé la fórmula «último y definitivo» y la guardé junto con la carta y una copia del informe final. Luego fui a Jefatura y le conté la desaparición de Elaine Boldt a un sargento que se llamaba Jonah Robb y cuyos dedos revolotearon sobre las teclas cuando se puso a rellenar el informe con los datos que le di.

Parecía cercano a los cuarenta y estaba algo hinchado a causa del uniforme. Probablemente le sobran diez kilos, cantidad no muy alarmante, pero a la que pronto tendría que poner freno. Tenía el pelo oscuro y muy corto, la cara blanda y redonda, y una franja blanca en el anular izquierdo revelaba que hasta hacía muy poco había llevado un anillo de boda. Me miró en aquel momento. Ojos azules con destellos verdes.

—¿Quieres añadir algo al informe?

—Su vecina de Florida me ha enviado por correo un pasaje de avión que al parecer utilizó la desaparecida. Le echaré un vistazo cuando lo reciba y veré si nos sirve de algo. Una amiga suya llamada Pat Usher jura y perjura que pasó un par de días con Elaine Boldt antes de que ésta se marchara a Sarasota, aunque no doy mucho crédito a lo que diga esta mujer.

—Seguramente aparecerá. Suele ocurrir. —Cogió una carpeta y la trabó con un clip—. Tú has sido policía, ¿no?

—Muy poco tiempo —dije—. No conseguía adaptarme. Demasiado rebelde, supongo. ¿Y tú? ¿Cuánto hace que estás en el cuerpo?

—Ocho años. Antes era representante. Vendía productos farmacéuticos para la casa Smith, Kline & French. Me cansé de conducir coches pasados de moda y de ir detrás de los médicos. Además, todo se basaba en los reclamos publicitarios. Era como vender cualquier otro producto. La enfermedad es un gran negocio. —Se miró las manos, me miró otra vez—. Bien. Espero que encuentres a esa señora. Nosotros haremos lo que podamos.

—Gracias —dije—. Te llamaré antes del fin de semana.

Cogí el bolso y me dirigí a la puerta.

—Eh —dijo—. Oye.

Me volví.

—Me gusta tu sombrero.

Le sonreí.

Al salir y pasar ante el agente de guardia vi al teniente Dolan en Identificación y Archivos hablando con una funcionaria de uniforme, joven y negra. Me miró sin prestarme atención, pero al instante volvió a posar los ojos en mí, en señal de reconocimiento. Interrumpió la conversación con la funcionaria y se acercó al mostrador del agente de guardia. El teniente Dolan es un cincuentón de cara cuadrada y fofa, y con una calvicie que trata de ocultar peinándose con ingenio el pelo que le queda. Es su única muestra de vanidad y a mí en cierto modo me estimula. Me lo imagino ante el espejo del lavabo todas las mañanas, tratando de detener el avance arrollador de la calvicie. Llevaba gafas sin montura, de las de culo de vaso, y nuevas al parecer porque no acababa de enfocarme como es debido. Primero me escrutó por encima de los pequeños vidrios semicirculares, luego por debajo. Acabó quitándose las y guardándolas en el bolsillo del arrugado traje gris.

—Qué tal, Kinsey. No te he visto desde el tiroteo. ¿Cómo sobrellevas la experiencia?

Me sentí incómoda de repente. Dos semanas atrás había matado a un sujeto en el curso de una investigación y evitaba hablar del asunto con el mayor cuidado. Nada más sacarlo a relucir me di cuenta de que a fuerza de voluntad había conseguido olvidarlo. Ni siquiera me había pasado por la cabeza y la alusión me sobrecogió tanto como esos sueños en que aparecemos totalmente en pelota en un lugar público.

—Muy bien —dije sin más y desvié la mirada.

Durante un segundo volví a ver la playa de noche, la franja de luz que se formó cuando se abrió el gran cubo de basura en que me había escondido y levanté la vista. La pequeña automática me había guiado la mano como por reflejo y había vomitado más proyectiles de los que se necesitaban para poner punto final al trabajo. El estruendo, había sido ensordecedor en un espacio tan pequeño y desde entonces los oídos me habían estado pitando con un silbido agudo, como cuando se escapa el gas por una espita estropeada. Desapareció la imagen y volví a ver ante mí al teniente Con Dolan, quién sabe si deseando mantener la boca cerrada, a juzgar por su expresión facial.

Mis relaciones con el teniente Dolan han sido siempre competitivas, distantes, basadas en un respeto mutuo a regañadientes. No simpatizar con los detectives privados es para él una cuestión de principios. Opina que deberíamos meternos en nuestros propios asuntos, sean éstos cuales fueren, y dejar el cumplimiento de la ley en manos de profesionales como él. Siempre he fantaseado con que un día nos contaríamos chismes delictivos igual que dos viejas cotorras, pero dado que él había introducido, un elemento personal me notaba retraída, desorientada por el cambio. Cuando volví a mirarle a los ojos, vi que tenía una expresión neutral y apática.

—Lo siento —dije, cabeceando—, me ha cogido usted por sorpresa. Me temo que no lo he superado aún.

Lo que en realidad me había cogido por sorpresa era el descubrimiento de que había matado a una persona y que no me importaba gran cosa. No, no era verdad. Me importaba, pero sabía que si mi vida corría peligro volvería a hacerlo. Yo siempre me había considerado buena persona. En aquellos instantes ya no sabía lo que significaba «bueno». Era evidente que las buenas personas

no mataban a otros seres humanos; ¿qué era yo, pues?

—¿Qué haces aquí? —dijo.

Volví a cabecear y me centré en el motivo de mi visita.

—Acabo de denunciar una desaparición en nombre de un cliente —dije. Titubeé mientras me preguntaba si no habría dado con Elaine al investigar el incidente del piso de al lado—. ¿No se encargó usted de aquel caso por homicidio, el caso Grice, en enero de este año?

Se me quedó mirando embobado y las facciones se le arrugaron como un acordeón. Por lo visto se había encargado del caso.

—¿Qué pasa con él?

—Me preguntaba si no interrogaría usted entonces a una mujer llamada Elaine Boldt. Vive al lado.

—Me suena el nombre —dijo con cautela—. Hablé con ella por teléfono. Tenía que venir a declarar, pero creo que no se presentó. ¿Es ella tu cliente?

—Es la persona que busco.

—¿Cuánto hace que falta?

Le conté lo que sabía y me di cuenta de que barajaba todas las posibilidades, al igual que yo. En el condado de Santa Teresa hay unas cuatro mil personas de ambos sexos que denuncian desapariciones todos los años. Se encuentra a la mayoría, pero siempre hay un pequeño porcentaje que se queda en el limbo. Hundió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones.

—Cuando aparezca, dile que quiero interrogarla —dijo.

Aquello me sorprendió.

—¿No se ha solucionado aún aquel caso?

—No, y no pienso discutirlo contigo. —Y añadió, empleando su expresión favorita—: Yo soy policía.

¡Joder! Y nada menos que el teniente Dolan. ¿Quién se atrevería a preguntarle? Yo sabía que se limitaba a defender su caso, pero ya estaba harta de que apretase tanto el culo. Según él, tiene derecho a compartir toda la información que yo recibo, pero a mí no me da ni las migajas. Empezaba a cabrearme y se daba cuenta. Me sonrió.

—Creí que te había quitado la manía de meter las narices donde no te llaman.

—Alguna vez sacará usted provecho también —dije—. Mientras, si quiere hablar con Elaine Boldt, búsquela.

Me alejé del puesto de guardia, camino de la puerta.

—Bueno, no hace falta que te lo tomes así —dijo.

Volví la cabeza. Se mostraba demasiado satisfecho de sí mismo para mi gusto.

—Está bien —dije y empujé la doble puerta.

Salí de Jefatura, accedí a la luz diurna, uniforme a causa del cielo encapotado, y dediqué unos momentos a recuperarme. El tío sabía tocarme los ovarios. La cosa estaba clara. Respiré hondo.

Andaríamos por los 20°C. Por entre las nubes se filtraban rayos de sol marchitos que teñían el barrio de un tono amarillo limón. Los arbustos se habían vuelto de color Chartreuse y la hierba parecía seca y artificial por falta de agua. Hacía semanas que no llovía y el mes de junio había sido una procesión monótona de mañanas neblinosas, tardes de bruma y noches frías. En realidad, el teniente Dolan me había abierto una puerta, y me preguntaba si la partida de Elaine y el asesinato de Marty Grice habían coincidido por casualidad o porque estaban relacionados. Si el

acto de vandalismo perpetrado en casa de Tillie estaba relacionado, ¿por qué no también lo otro? ¿Se habría marchado Elaine para que el teniente no la interrogase? Pensé que el hecho podía ayudar a concretar algunas fechas.

Me dirigí a la redacción del periódico, que está a seis manzanas de distancia, y pedí al encargado de los archivos que me enseñara todos los artículos relacionados con la muerte de Marty Grice. No había más que uno y muy pequeño, de unos cinco centímetros de extensión, inserto en la página 8, dedicada a las noticias locales, del número correspondiente al 4 de enero.

UN LADRÓN MATA A UNA MUJER Y QUEMA EL CADÁVER, SEGÚN LA POLICÍA.

Un ama de casa de Santa Teresa fue muerta a golpes anoche por un presunto ladrón en su domicilio, en el sector oeste de la ciudad. Según la brigada criminal, Martha Renée Grice, de 45 años, domiciliada en Vía Madrina, número 2095, fue golpeada repetidas veces con un objeto contundente y rociada con un líquido inflamable. El cadáver de la víctima se encontró medio carbonizado en el vestíbulo de su casa unifamiliar, parcialmente destruida, después de que los bomberos contendieran con las llamas durante media hora. Los vecinos descubrieron el incendio a las 21.55. Hubo que evacuar las dos casas contiguas, aunque no se informó de más daños. La policía no ha querido facilitar más detalles sobre el incendio en espera de otras averiguaciones.

El delito parecía demasiado espectacular para haberle dedicado un espacio tan reducido. A lo mejor no habían hallado pistas y la policía había tratado de reducir la información al máximo. Eso explicaría la actitud de Dolan. Quizá no eran ganas de cooperar lo que le faltaba. A lo mejor es que no tenía pruebas. No hay nada que vuelva más arisco a un policía. Tomé nota de toda la información que me interesaba, fui luego a la Biblioteca Municipal y consulté la última guía telefónica, que había aparecido en primavera. Según ella, Martha Grice vivía en Vía Madrina 2095 con un tal «Leonard Grice, contr. de obras». Supuse que sería el marido. El artículo no hablaba de él y me pregunté dónde habría estado durante el suceso. Según la guía, en el 2093 vivían Orris y May Snyder, ambos jubilados, aunque la guía no informaba de qué. Apunté ambos nombres y el teléfono. Podía ser interesante averiguar lo sucedido; cabía la posibilidad de que Elaine hubiera visto algo sobre lo que prefería callar. Cuanto más pensaba en esto último, más me gustaba la hipótesis. Me abrió un camino totalmente nuevo.

Fui por el coche al aparcamiento que tengo detrás del despacho y di un rodeo hasta Vía Madrina. Era ya mediodía y los estudiantes de segunda enseñanza llenaban las calles; chicas con tejanos, calcetines blancos y zapatos de tacón; chicos con pantalones de algodón y camisa de franela. En la saludable California, los jóvenes normales superaban en cantidad a los punkis, en una proporción de tres a uno, pero casi todos parecían vestidos con andrajos. Los unos con escandaloso uniforme paracaidista de marca, los otros con uniforme de camuflaje, botas incluidas, como si se hubieran preparado para un ataque aéreo. El cincuenta por ciento de las chicas, aproximadamente, llevaba entre tres y cuatro pendientes en cada oreja. En cuanto al peinado, parecían decantarse por el *look* de la gomina, que les dejaba el pelo de las sienes como un surtidor de agua.

Mientras estacionaba el coche delante del edificio, seis chicas pasaron por la acera fumando algo que olía a clavo. Con hombreras, con las uñas pintadas de verde y los labios de granate. Parecían ir a uno de aquellos bailes que organizaba el ejército en 1943. Capté un trozo de conversación.

—Pues mira, tía, yo ahora voy en plan: «¿De qué hostias te crees que hablo, soplapollas?», y él: «Que yo no te he hecho nada, so putón, ¿cómo quieres que te comprenda así?».

Me sonreí y a continuación observé con atención la casa de los Grice. Era de madera de color blanco, planta baja con medio piso encima, y un porche achaparrado y en forma de ele que abarcaba toda la fachada y que se apoyaba en cuatro columnas gruesas de ladrillo rojo, coronadas por sendas pirámides de madera. Parecía como si la hubieran levantado entera con un gato y se fuera a venir abajo de un momento a otro. Se había quemado casi todo el techo del porche. El jardín estaba lleno de basura y en él se apelotonaban las hortensias, rosáceas y azulencas, con el tallo y las ramas aún ennegrecidos y marchitos a causa del incendio, aunque ya crecían otras con vitalidad recuperada. Las ventanas de la planta baja estaban sucias de hollín por la parte superior del marco. Se había puesto un rótulo para prohibir el paso. Me pregunté si habrían adecentado el interior. Esperaba que no, aunque cabía la posibilidad de que la suerte me fuese adversa en este punto. Quería ver la casa tal y como había estado la noche del incendio. También quería tener unas palabras con Leonard Grice, pero no había el menor indicio de que la casa estuviera habitada. Incluso desde la calle se percibía el tufo de la madera carbonizada y del agua demoledora con que los bomberos, manguera en mano, habían empapado hasta el último rincón; y eso que habían transcurrido ya seis meses desde el incendio.

Me dirigía ya a casa de Elaine cuando vi salir a alguien de un pequeño cobertizo de madera que había en el patio trasero de los Grice. Me detuve a mirar. Era un chico, de unos diecisiete años. Llevaba el pelo como un indio mohawk, con un seto central de color rosa chillón y con las sienes al rape. Avanzaba con la cabeza gacha, las manos hundidas en los bolsillos del uniforme militar de faena. De pronto caí en la cuenta de que lo había visto antes: desde la ventana del piso de Elaine, cuando había ido a inspeccionarlo. En aquella ocasión lo había visto en la calle, liándose un canuto con toda tranquilidad. Pero ¿qué hacía allí ahora? Cambié de rumbo para que nuestros caminos coincidiesen ante la casa.

—Hola —dije.

Me miró con sorpresa y esbozó la típica sonrisa educada que los jóvenes guardan para los adultos.

—Hola.

La cara no pegaba con el resto. Tenía los ojos hundidos, de un verde jade enmarcado por las pestañas negras y unas cejas morenas que se le juntaban en el puente de la nariz. Tenía la tez pálida y una sonrisa simpática que le dejaba al descubierto unos dientes algo saltones. En la mejilla izquierda se le formaba un hoyuelo. Desvió la mirada y pasó de largo. Alargué la mano y lo sujeté por la manga.

—¿Puedo hablar contigo?

Me miró por encima del hombro.

—¿Conmigo?

—Sí. Te he visto salir de aquel cobertizo. ¿Vives por aquí?

—¿Cómo? Sí, claro, a dos manzanas. Esta casa es de mi tío Leonard. Tengo que vigilar y cuidar de sus cosas.

Tenía una voz fina, femenina casi.

—¿Qué cosas tienes que cuidar?

Los ojos verde jade me enfocaron con curiosidad. Sonrió y se le animó toda la cara.

—¿Eres de la pasma?

—Investigadora privada —dije—. Me llamo Kinsey Millhone.

—Guau, genial —dijo—. Yo soy Mike. ¿Y estás vigilando la zona o algo así?

Negué con la cabeza.

—Trabajo en otro asunto, pero he oído hablar del incendio. ¿Era tu tía la mujer que mataron?

La sonrisa titubeó.

—Pues sí. Y no me gustó nada, hostia. La verdad es que mi tía y yo nunca nos tratamos mucho, pero mi tío se quedó frito. Más blando que un puchero de mierda. Bueno, perdona la expresión —dijo con docilidad—. Ahora vive con otra tía mía y está como si le hubieran desconectado todos los cables.

—¿Sabes cómo se le puede localizar?

—Bueno, mi tía se llama Lily Howe. El teléfono no me lo sé de memoria, si no, te lo diría.

Comenzaba a ruborizarse y causaba un efecto extraño. Pelo rosa, ojos verdes, mejillas sonrosadas, uniforme militar verde. Parecía un pastel de cumpleaños, inocente y en cierto modo alegre. Se pasó la mano por el pelo, que en lo alto de la cabeza lo tenía tan tieso como las cerdas de un cepillo. Pero ¿por qué estaría tan nervioso?

—¿Y qué estabas haciendo allí?

Se volvió para mirar el cobertizo con un turbado encogimiento de hombros.

—Comprobar el candado. Es que me pongo un poco paranoico, porque, bueno, él me da diez dólares al mes y a mí me gusta cumplir. ¿Alguna otra cosa? Es que quisiera comer un poco antes de volver a clase.

—Desde luego. Puede que nos veamos más adelante.

—Bueno. Sería estupendo. Cuando quieras.

Volvió a sonreírme y se alejó, de espaldas al principio, con los ojos clavados en los míos, aunque al final se giró y me quedé contemplando sus hombros estrechos y sus caderas lisas. Había algo inquietante en aquel joven, pero no sabía qué. Algo que no encajaba. Su servilismo mansurrón, la expresión de sus ojos... Un chico ingenuo y a la vez astuto, un chico con la conciencia tranquila porque no tiene conciencia. Puede que comprobara también sus antecedentes; mientras siguiese con el caso. Entré en el jardín de la comunidad de propietarios.

Ví a Tillie, manguera en mano, regando el sendero ante un montón de basura y hojarasca que retrocedía empujada por el chorro. El agua goteaba de las ramas de las palmeras, y el olor a caucho de la manguera se mezclaba con el de la tierra húmeda. Unos rústicos peldaños de piedra se alzaban, aquí y allá, entre los helechos gigantes, aunque ignoraba cuál era su utilidad, si es que la tenían. Parecía la casa natural de las arañas. Tillie me sonrió al verme, apartó el dedo del gatillo del atomizador y el chorro de la manguera se cortó en seco. Vestía tejanos y camiseta y, como estaba tan delgada, parecía una niña a pesar de sus sesenta y tantos años.

—¿Pudiste dormir? —le pregunté.

—No, y no pienso quedarme en casa mientras no arreglen las ventanas. A lo mejor instalo también una alarma antirrobo. Hago esto por hacer algo. Regar es relajante, ¿no crees? Es uno de los placeres de la vida adulta. Cuando era pequeña, mi padre no me dejaba coger la manguera.

—¿Has ido ya a la policía?

—Pensaba ir dentro de un rato, aunque no me entusiasma la idea.

—Yo vengo de allí. He denunciado la desaparición de Elaine.

—¿Y qué han dicho?

Me encogí de hombros.

—Poca cosa. Que harán lo que puedan. He hablado con el policía encargado de investigar el asesinato de Marty Grice. Dice que Elaine tenía que presentarse para prestar declaración, pero que no lo hizo. ¿Recuerdas cuánto tiempo transcurrió hasta que se fue a Florida?

—Bueno, no estoy segura. Fue la misma semana, pero no podría decirte mucho más. El asesinato la había afectado mucho, fue uno de los motivos por los que se marchó. Creí que te lo había dicho.

—Dijiste que estaba enferma.

—Y lo estaba, aunque siempre tenía achaques. Dijo que el asesinato le había destrozado los nervios. Pensaba que se encontraría mejor si se iba de la ciudad. Un momento —dijo. Se introdujo entre las matas y cerró el grifo, vació el agua que quedaba en la manguera y la enrolló. Salió de los arbustos secándose las manos húmedas en los tejanos—. ¿Crees que sabía algo sobre la muerte de Marty?

—Creo que vale la pena averiguarlo —dije—. Su ventana lateral da justo al jardín de los Grice. Puede que viera al ladrón.

Tillie puso cara de escepticismo.

—¿En la oscuridad?

Me encogí de hombros.

—No parece muy probable, pero no se me ocurre nada más.

—¿No crees que hubiera acudido a la policía si lo hubiese visto?

—¿Quién sabe? Puede que no se le ocurriera. La gente tiene miedo. No quiere verse envuelta en estas cosas. A lo mejor pensó que estaba en peligro.

—La verdad es que estaba nerviosa —dijo Tillie—. Pero aquella semana todos estábamos hechos un manojo de nervios. ¿Quieres entrar?

—La verdad es que sí. Quisiera echar un vistazo a sus facturas y recibos. Por lo menos sabré hasta cuándo se ha servido de su cuenta corriente y dónde estaba en dicho momento. ¿Han llegado más recibos?

—Sólo un par. Ahora los verás.

Seguí a Tillie por el vestíbulo y por el pasillo contiguo. Abrió la puerta de su piso, entró en la salita y se acercó a la arquimesa. Puesto que habían roto los vidrios de las portezuelas, no hizo falta abrirla con la llave, y sin embargo vi que titubeaba, totalmente perpleja, y que se llevaba el índice a la mejilla como quien posa para una foto.

—Qué raro.

—¿Qué ocurre? —dije. Me acerqué y observé el interior. Habíamos vuelto a ordenar los libros desparramados durante la noche anterior y, aparte de ellos, lo único que había en los anaqueles era un pequeño elefante de bronce y una foto enmarcada en que se veía un perrito con un palo en la boca.

—No veo los recibos de Elaine y deberían estar aquí —dijo—. Bueno, no es tan extraño.

Volvió a inspeccionar los anaqueles y luego fue abriendo los cajones uno tras otro mientras miraba el contenido.

Se dirigió a la cocina y revolvió la enorme bolsa de plástico negro donde habíamos metido los vidrios rotos y todo lo demás. Pero de los recibos y facturas no había ni rastro.

—Ayer estaban en la arquimesa. Los vi con mis propios ojos. ¿Dónde pueden estar?

Se me quedó mirando. No hacía falta mucha inteligencia para sacar la conclusión más lógica.

—¿Y si se los llevó ella? —preguntó—. ¿La mujer de anoche? ¿Sería eso lo que buscaba?

—No sabría decirte. Aunque hubo algo que me llamó la atención en su momento. ¿No te parece absurdo que alguien entrara, estando tú aquí, sólo para poner la casa patas arriba? ¿Estás segura de que los viste ayer?

—Desde luego. Los que acababan de llegar los puse con los demás en la estantería. Estaban exactamente aquí. Y no recuerdo haberlos visto cuando limpiamos. ¿Y tú?

Hice memoria. Sólo en una ocasión había visto yo aquellos recibos y facturas, cuando había hablado con Tillie por primera vez. Pero ¿por qué iba a molestarle nadie en robarlos? No tenía sentido.

—Puede que la intrusa te asustase adrede para tener el campo libre mientras registraba el piso —dije.

—Si fue así, la verdad es que lo consiguió. ¡Yo no habría salido del dormitorio ni por una apuesta! Pero ¿por qué lo haría? No lo entiendo.

—Ni yo. Podría conseguir un duplicado de todos ellos, pero sería un lío y preferiría no hacerlo si puedo evitarlo.

—Lo que yo quiero saber es quién tiene llave de mi casa. Sólo de pensarlo se me hiela la

sangre.

—No te lo reprocho. ¿Sabes una cosa, Tillie? Lo que más me saca de quicio es tener ante mí dieciséis preguntas sin respuesta, en fila, una al lado de otra. Voy a averiguar todo lo que pueda sobre el asesinato de aquí al lado. Tiene que haber una relación. ¿Has hablado recientemente con Leonard Grice, Tillie?

—Bueno, desde que ocurrió no ha vuelto por aquí —dijo—. No lo he visto ni de lejos.

—¿Qué me dices de los otros vecinos, los Snyder? ¿Crees que nos echarían una mano?

—Tal vez. ¿Quieres que hable con ellos?

—No, es igual. Lo haré yo personalmente. Una cosa más. Leonard Grice tiene un sobrino..., un chico con el pelo a lo mohawk, de color rosa.

—Mike.

—Sí, ése. ¿Cabe alguna posibilidad de que fuera él quien entrase aquí anoche? Hace un momento he estado hablando con él ahí fuera y no es corpulento. Podría parecer una mujer en la oscuridad.

—No lo creo —dijo Tillie, totalmente escéptica—. No pondría la mano en el fuego, pero no creo que fuera él.

—Bien, era sólo una idea. No me gusta sacar conclusiones precipitadas en lo que afecta a los sexos. A decir verdad, pudo ser cualquiera. Voy aquí al lado, a ver qué tienen que decir los Snyder. Cuídate.

La casa del número 2093 producía la misma impresión que la incendiada... parcela de igual tamaño, idéntica desproporción, la misma conjunción de madera blanca y ladrillo rojo. El ladrillo era de factura barata, una imitación ingeniosa de los de arcilla refractaria. Delante del edificio había un cartel de SE VENDE sobre el que se había pegado un papel en sentido transversal que proclamaba ¡VENDIDA!, como si hubiera tenido lugar una subasta antes de poner yo el pie en el sendero de entrada. Un árbol enorme sumía el jardín en una oscuridad que producía escalofríos, la hiedra estrangulaba el tronco y se extendía en todas direcciones formando una alfombra densa que casi cubría el camino. Ascendí los peldaños del porche y di unos golpes en el cancel de aluminio. En la puerta principal, tras el cancel, había una ventanilla cubierta por un visillo blanco, sujeto por dos varillas. Instantes después apartaba alguien el visillo para escrutar el exterior.

—¿El señor Snyder?

El visillo recuperó la posición del principio y se entreabrió la puerta. El hombre tendría setenta y tantos años, era corpulento y de aire bonachón. La vejez le había devuelto la gordura infantil y la misma expresión de seriedad y curiosidad. Le enseñé una de mis tarjetas.

—Me llamo Kinsey Millhone. ¿Podría dedicarme unos minutos? Estoy buscando a Elaine Boldt, que vive en la comunidad de propietarios de aquí al lado y Tillie Ahlberg me ha sugerido que hable con usted. ¿Puede echarme una mano?

El señor Snyder quitó el pestillo del cancel.

—Haré lo que pueda. Pase.

Abrió el cancel y entré en la casa.

Estaba tan oscura como el interior de una lata de conservas y olía a apio. Del fondo de la casa brotó una voz aguda:

—¿Qué pasa, Orris? ¿Quién está ahí?

—¡Alguien que viene de parte de Tillie!

—¿Qué?

—Aguarde un momento —me dijo el señor Snyder—, está sorda como una tapia. Siéntese, por favor.

El señor Snyder se alejó hacia el interior arrastrando los pies. Me instalé en un sillón tapizado y de brazos de madera. El tapizado era de felpa de color marrón oscuro y el estampado reproducía esa fronda inclasificable que nadie ha visto jamás en la vida real. Los muelles del asiento estaban rotos; estaba lleno de cantos duros y olía a polvo por los cuatro costados. Vi también un sofá que hacía juego debajo de un diluvio de periódicos y una mesita, de caoba, con un óvalo de cristal incrustado que apenas se distinguía bajo el montón de objetos que lo tapaba: libros de bolsillo con orejas, flores de plástico en un jarrón de cerámica con la forma de dos ratones que se abrazaban erguidos, una reproducción en bronce de las manos juntas que rezan, seis lápices con la goma del extremo destrozada a mordiscos, frascos de pastillas, y un vaso que al parecer había contenido leche caliente y que en el borde del vidrio había dejado una especie de encaje, una mancha como la que produce la respiración de un niño. Había además una intrigante cantidad de bolitas como de pan en una bolsa cilíndrica de celofán. Me acerqué. Se trataba de un cirio. El señor Snyder habría podido sacar a la calle aquella mesita y organizar una tómbola de barrio sin añadir nada más.

Le oí al fondo de la casa dando explicaciones a su mujer con voz irritada.

—No es ningún vendedor —barbotaba—. Es una mujer que viene de parte de Tillie, ¡y dice que busca a Elaine Boldt! ¡¡Boldt!! La viuda ésa que vivía encima de Tillie, la que jugaba a las cartas a menudo con Leonard y Martha.

Siguió un comentario en voz baja y la voz masculina bajó de volumen.

—No, no hace falta que salgas. Tranquilízate y sigue con lo tuyo. Ya me encargo yo de esto.

Volvió a aparecer, cabeceando y con las mejillas coloradas. El pecho se le hundía medio sepultado por la grasa de la cintura. Tenía que ceñirse el cinturón por debajo de la enorme barriga y las perneras formaban sendos fuelles a la altura de los tobillos. Les propinaba tirones irritados porque al parecer estaba convencido de que las perdería si se descuidaba. Calzaba zapatillas, sin calcetines, y en los alrededores de los tobillos, blancos y delgados como los huesos de hacer caldo, le había desaparecido el vello.

—Encienda esa luz —me dijo—. A ella le gusta ahorrar y yo me paso la mitad del tiempo sin ver tres en un burro.

Me acerqué a la lámpara de pie y tiré del cordón. Se encendió una bombilla de cuarenta vatios que zumbaba un poco y no iluminaba gran cosa. Procedente del pasillo, oí una serie de ruidos sordos y el rumor de algo que se arrastra. En esto apareció la señora Snyder, que andaba con ayuda de una muleta en forma de caballete. Era pequeña y de aspecto frágil, y movía la mandíbula inferior sin parar. Miraba con fijeza el suelo de madera y al avanzar producía con los pies un sonido pegajoso, como si el suelo se hubiera barnizado y no se hubiera secado del todo. Se detuvo y se quedó apoyada en la muleta con manos trémulas. Me puse en pie y dije en voz alta:

—Por favor, siéntese aquí.

Se quedó mirando la pared con ojos constipados mientras se esforzaba por localizar el origen de la voz. Tenía la cabeza pequeña, como una calabaza vinatera que ha madurado en la planta y que ha encogido a causa de un reblandecimiento interior. Sus ojos eran uves angostas e invertidas, y de las encías inferiores le brotaba un diente semejante al pabito de una vela. Parecía atontada.

—¿Qué? —dijo, aunque la pregunta sonó con un dejo de desesperanza.

Me dio la sensación de que ya nadie respondía a sus preguntas.

Snyder me hizo un gesto de impaciencia.

—Se encuentra bien. Déjela a su aire. Además, dicen los médicos que tiene que estar más tiempo de pie.

La observé con desconcierto. Seguía sin moverse, con aire de aturdimiento y desánimo, igual que una niña que hubiera aprendido a erguirse apoyándose en los lados de la cuna, pero que no supiera cómo volver a sentarse. El señor Snyder no le hizo caso y se acomodó en el sofá con las piernas abiertas. La barriga llenaba esta abertura entre las extremidades como si se tratase de una mochila y tenía que resultarle tan molesta como esos pantalones de payaso que carecen de bragueta. Posó las manos sobre las rodillas y puso cara de prestarme toda la atención de que era capaz, como si yo estuviera allí para escuchar toda su historia con objeto de reproducirla en el programa *Vivir cada día*.

—Hace cuarenta años que May y yo estamos en esta casa —dijo—. La compramos en el cuarenta y tres por cuatro mil dólares. Apuesto a que no ha visto usted una casa más barata en toda su vida. Ahora vale ciento quince mil. El solar solamente. Sin incluir la casa. Se puede derribar y construir lo que se quiera. Joder, es que es la leche, es que esta mujer ni siquiera sabe apoyar la muleta en el aparador. Pues bien. Leonard, nuestro vecino, estuvo a punto de vender la suya por ciento treinta y cinco mil, se redactó la escritura y todo, pero al final quedó en nada. Estuvo a punto de perder la salud. Él sí que me da lástima. La casa incendiada. La mujer muerta. Tenía mal karma, como dirían los jóvenes de hoy.

Siguió hablando mientras yo anotaba mentalmente. Estaba saliendo mejor de lo que había esperado. Había pensado que tendría que decir algunas mentiras de poca monta y guiar con tacto la conversación desde el paradero de Elaine al asesinato de la casa vecina; pero Orris Snyder me lo estaba contando todo de manera espontánea. Advertí que se interrumpía. Ahora me miraba con fijeza.

—¿Y ha vendido la casa? He visto el rótulo fuera.

—La he vendido —dijo con satisfacción—. Nos trasladaremos a un sitio tranquilo en cuanto los chicos estén preparados. Ya tenemos reservada la casa. Estamos en la lista de espera y todo. Mi mujer es vieja. La mitad de las veces ni siquiera sabe dónde está. Si se declarase un incendio, se quedaría quieta y se achicharraría.

Me quedé mirando a la mujer. Al parecer se le habían trabado las rodillas. Me atemorizaba la posibilidad de que perdiera el conocimiento, pero al marido no parecía preocuparle. Igual que si se hubiera tratado de un mueble. Snyder prosiguió como instado por las preguntas de un público invisible.

—Sí señor, la he vendido. A ella casi le dio un ataque, pero la casa está a mi nombre, o sea que es mía y de nadie más. Pagué por ella cuatro mil dólares. A eso le llamo yo hacer negocio, ¿no le parece?

—No está mal, desde luego —dije. Volví a mirar a la mujer. Las piernas habían empezado a temblarle.

—¿Por qué no vuelves a la cama, May? —dijo el marido, que a continuación me miró con cabeceo de reproche—. No oye bien. Unas veces sí, otras no. Le sacaron «fotocopias» de esas del oído y dijeron que sólo puede ver lo que se mueve. La semana pasada se le enganchó la muleta en

la puerta del cuarto trastero y tardó cuarenta y seis minutos en soltarse. Vieja idiota.

—¿Quiere que le ayude a llevarla a la cama? —pregunté.

Snyder se revolvió en el sofá y se puso de lado para poder levantarse. Se incorporó, no sin ayuda de las manos, se acercó a su mujer y le gritó en plena cara:

—¡Échate un rato, May! ¡Ya te llevaré luego unas pastitas!

La mujer se quedó mirándole el cuello con fijeza, pero yo habría jurado que comprendía con exactitud lo que el marido le decía y que se limitaba a mostrarse tozuda e insumisa.

—¿Por qué has encendido la luz? —dijo—. Pensé que era de día.

—Tener encendida esta bombilla sólo cuesta cinco centavos —dijo el marido.

—¿Qué?

—Digo que es de noche ¡y que te vayas a la cama! —vociferó el marido.

—Está bien —dijo ella—. En ese caso, me iré.

Adelantó la muleta con esfuerzo y se puso en marcha entre grandes dificultades. Su mirada resbaló sobre mí y de pronto pareció distinguirme en la niebla.

—¿Quién es?

—Una mujer —le soltó Snyder—. Le estaba contando la mala suerte que ha tenido Leonard.

—¿Le has dicho lo que oí aquella noche? Cuéntale lo del martilleo que me tuvo en vela. Estaban colgando cuadros, bum, bum, bum. Tuve que tomar una pastilla porque me entró un dolor de cabeza muy fuerte.

—No fue la misma noche, May. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No pudo ser porque Leonard no estaba en casa y él es el único que habría podido hacerlo. Los ladrones no cuelgan cuadros.

El marido se me quedó mirando entonces y se atornilló el índice en la sien para indicarme que su mujer estaba chiflada.

—Martilleaban sin parar —siguió diciendo la mujer, aunque ahora se limitaba a murmurar para sí mientras se alejaba adelantando aquella muleta que parecía un colgador de ropa.

—Está totalmente ida —me dijo el marido girando la cabeza—. Se mea encima la mitad de las veces. Tuve que sacar todos los muebles del comedor para ponerle la cama justo donde estaba el aparador. Le dije que el día en que nos casamos sentí como si me hubiera quedado viudo. Me destroza los nervios. Además, fue entonces cuando empezó a ponerse así. Preferiría vivir con un jamón.

—¿Quién está en la puerta? —preguntó la mujer en tono apremiante.

—Nadie. Estoy hablando solo —dijo el marido.

Se alejó por el pasillo en pos de la mujer. A pesar de sus palabras, había un sesgo de ternura en su acecho. En cualquier caso, la mujer no parecía enterarse de sus enfados y pequeños despotismos. Me pregunté si se quedaría mirando y cronometrando los cuarenta y seis minutos de forcejeo entre la mujer y la puerta del cuarto trastero.

¿Acababan así todos los matrimonios? He visto parejas de ancianos que se pasean por la calle cogidos de la mano y los ojos se me han llenado de lágrimas, pero siempre es posible que en la intimidad de la casa se reproduzca el mismo infierno. Me he casado dos veces y la experiencia ha acabado en divorcio en ambas ocasiones. Antes solía reprochármelo, pero en la actualidad no estoy tan segura. Puede que mi suerte no haya sido tan mala. Preferiría envejecer sola a hacerlo en compañía de cualquiera de los que he conocido hasta ahora. No me considero una mujer solitaria,

ni incompleta, ni frustrada, pero no suelo hablar de ello. A la gente le jode; a los hombres sobre todo.

El señor Snyder volvió a la sala y se dejó caer en el sofá.

—Bueno.

—¿Qué puede decirme sobre el incendio de la casa de al lado? —pregunté—. La he visto. Tiene un aspecto espantoso.

Asintió a modo de preparativo, como si fueran a hacerle una entrevista en televisión, y se quedó mirando al frente.

—Bueno, los bomberos me despertaron a las diez de la noche. Fueron dos coches. La verdad es que no duermo bien, oí que la sirena se paraba muy cerca de aquí, me levanté y fui a ver qué pasaba. Los vecinos corrían de un lado para otro. De la casa salía el humo más negro que pueda usted imaginarse. Los bomberos entraron a saco y las llamas no tardaron en destruir el porche. Toda la parte trasera se salvó. A Marty, la esposa de Leonard, la encontraron en el suelo. Supongo que a esa altura, más o menos —dijo, señalando hacia la puerta de la calle—. Yo no la vi, pero dijo Tillie que estaba totalmente carbonizada. Se había quedado hecha un muñón, igual que un trozo de leña.

—Vaya por Dios. Tillie no me dijo nada de eso.

—Fue ella quien vio el humo y quien avisó a la policía. Yo dormía como un lirón. Me desperté cuando se presentaron los bomberos dándole a la sirena. Pensé que pasarían de largo, pero entonces vi las luces, me levanté, me puse la bata y salí. El pobre Leonard no estaba en casa. Llegó con el coche cuando ya habían apagado el fuego. Se desplomó en plena calle cuando supo que su mujer había fallecido. Nunca he visto a un hombre más apenado. May, mi mujer, siguió durmiendo como si tal cosa. Ni se enteró. Se había tomado una pastilla, y además es sorda como una tapia. Usted ha visto cómo quedó. Si el fuego se hubiera propagado hasta esta casa, mi mujer habría quedado como una costilla asada.

—¿Qué hora era cuando llegó el señor Grice?

—No sabría decírselo con exactitud. Creo que unos quince o veinte minutos después de que llegaran los bomberos. Había ido a cenar con su hermana, según dijeron, vuelve a casa y se encuentra a la mujer muerta. Se le aflojaron las piernas y se vino abajo. En plena acera, y no muy lejos de donde yo estaba. Se puso blanco y se desplomó como si le hubieran puesto fuera de combate de un gancho. Fue un espectáculo horrible. La sacaron metida en una funda de plástico...

—¿Y cómo es que Tillie pudo verla? —dije, interrumpiéndole—. Quiero decir que si la habían metido en una funda de plástico, ¿cómo pudo verla?

—Ah, bueno, es que Tillie lo ve todo. Pregúntele a ella. Seguramente se coló en la casa

cuando echaron la puerta abajo y vio a la difunta antes de que la sacaran. Me pongo enfermo sólo de pensarlo.

—Tengo entendido que Leonard vive con su hermana desde entonces.

—Sí, eso dicen. Ella se llama Howe. Vive en Carolina Avenue. Si quiere llamar, está en la guía.

—Perfecto. Procuraré ir a verla esta misma tarde. Ojalá pueda decirme algo sobre el paradero actual de la señora Boldt.

Me puse en pie y le di la mano.

—Me ha sido usted de mucha ayuda —añadí.

El señor Snyder se incorporó con gran esfuerzo, me estrechó la mano y me acompañó a la puerta. Lo miré con suma atención.

—¿A qué se refería su mujer cuando dijo que aquella noche oyó martillazos? ¿Se le ocurre a usted alguna explicación?

Hizo un aspaviento.

—No sabe lo que dice. Tiene la cabeza como una olla de grillos.

Me encogí de hombros.

—Bueno, espero que el señor Grice se haya recuperado. ¿Tenía algún seguro? Eso siempre facilita las cosas.

Cabeceó con la barbilla pegada al cuello.

—Creo que no ha tenido tanta suerte. Él y yo tenemos el mismo seguro, pero su póliza no cubre tanto como la mía, según tengo entendido. Entre el incendio y la mujer muerta, está casi en la ruina. Tiene mal la espalda y cobra un subsidio; su mujer era su único apoyo.

—Es terrible. Cuánto lo siento —dije, y aproveché la oportunidad—. ¿Cuál es su compañía de seguros?

—La Fidelidad de California.

Vaya, vaya, vaya. Noté que el corazoncito me daba un brinco. Era la primera pista que se me presentaba. Porque yo trabajaba para aquella compañía. Seguros La Fidelidad de California es una empresa pequeña que cubre lo habitual: vida y salud, inmuebles, vehículos y algunas compañías de transportes; y tiene agencias en San Francisco, Pasadena y Palm Springs. La sede central está en Santa Teresa, en el primer piso de un edificio de tres plantas de State Street, arteria que cruza el centro de la ciudad. Mis dependencias constan de dos habitaciones —un despacho y un antedespacho— y tienen puerta independiente. Yo había trabajado para los SFC durante mi primera época de detective; investigaba incendios y reclamaciones por fallecimientos exentos. Ahora que trabajo por mi cuenta, colaboramos de un modo informal. A cambio del alquiler de mis dependencias hago para ellos algunas investigaciones todos los meses.

En estas mismas dependencias entré minutos más tarde y me dispuse a escuchar el contestador automático. La luz del piloto parpadeaba, pero en la cinta sólo se oían silbidos y un par de señales agudas. Durante un tiempo había utilizado el servicio mensafónico de telefónica, pero los resultados eran un desastre por lo general. Los clientes en ciernes no me adoraban hasta el extremo de confiar sus problemas a una operadora veinteañera que apenas sabía escribir, y no digamos apuntar bien los números de teléfono. Un contestador automático es cabreante, pero quien llama se entera por lo menos de que soy mujer y descuelgo al segundo timbrado. Como aún no había llegado el correo me dejé caer por el despacho contiguo para hablar con Vera Lipton, una de

las agentes financieras de indemnizaciones.

El despacho de Vera está en el centro de un laberinto de cubículos ocupados por distintos agentes financieros. En cada cubículo hay una mesa, un archivador giratorio, dos sillas y un teléfono, más o menos como en las administraciones de apuestas mutuas. La madriguera de Vera se identifica por la nube de humo que hay suspendida encima de los paneles de separación, que llegan hasta el hombro. Es la única persona que fuma en toda la empresa y lo hace con entusiasmo, acumulando montañas de filtros manchados que parecen ampollas de nicotina destilada. También es adicta a la Coca-Cola y suele tener la mesa rodeada de envases vacíos que se incrementan a razón de uno por hora. Tiene treinta y seis años, es soltera y colecciona hombres sin grandes esfuerzos, aunque parece que ninguno acaba de convencerle. Me asomé a su cubículo.

—Pero, Vera, ¿qué te has hecho en el pelo? —exclamé nada más verla.

—He estado en pie toda la noche. Es una peluca —dijo.

Se introdujo un cigarrillo intacto entre los dientes, mordisqueándolo mientras lo encendía. Siempre he admirado su estilo de fumar. Natural y sofisticado, exquisito y con experiencia de la vida. Se señaló la peluca, vetada de mechaz rubias y de estilo despeinado.

—Estoy pensando en teñirme el pelo así. Hace meses que no soy rubia.

—Me gusta —dije.

Solía llevar el pelo de color cobre, una combinación de distintas gamas de la línea Clairol y que iban desde el tono «Jerez» hasta el «Fuego». Las gafas que llevaba aquel día eran de montura de concha con grandes cristales redondos del color del té con hielo. Le sentaban tan bien las gafas que su miopía despertaba envidia entre las mujeres.

—Estrenas ligue, seguro —dije.

Se encogió de hombros con desdén y cabeceó.

—Dos, pero no he estado en vela por lo que tú crees. Estuve leyendo un libro sobre las aplicaciones de las nuevas tecnologías. El láser, los transformadores de sistemas analógicos en digitales, y esas cosas. Ayer me entró curiosidad por la electricidad. Resulta que nadie sabe lo que es, y la cosa tiene narices. ¡Pero qué términos, oye! Que si «amplitud de oscilación», que si «semiperíodo»... Ojalá encuentre al hombre al que pueda hablarle de estas cosas. ¿Y tú qué tal? ¿Quieres una Coca?

Había abierto ya el último cajón, donde escondía una nevera portátil. Sacó un botellín de Coca-Cola del tamaño de un biberón y lo destapó engancharlo la chapa en el tirador metálico del cajón y propinándole una rápida sacudida hacia abajo. Me ofreció el botellín, pero negué con la cabeza y se lo tomó ella.

—Pero siéntate —dijo a continuación, dejando el botellín en la mesa con un golpe.

Aparté un montón de expedientes y tomé asiento en la silla de las visitas.

—¿Qué sabes de una mujer llamada Marty Grice y que fue asesinada hace seis meses? Me han dicho que tenía un seguro de SFC.

Se rozó con suavidad las comisuras de la boca con el pulgar y el índice.

—Pues sí, fui yo quien se encargó de ese expediente. Fui a ver la casa dos días después del siniestro. ¡Qué desastre, Señor! No tengo aún el informe definitivo sobre las pérdidas, pero Pam Sharkey me dijo que lo tendría listo en un par de semanas.

—¿Es ella la agente responsable?

Asintió y dio una chupada al cigarrillo. Expulsó el humo en sentido vertical, hacia el techo.

—El seguro de vida había caducado, pero seguía en vigor una pequeña póliza de dos mil quinientos dólares. En la actualidad con eso no hay ni para enterrar a un perro. El seguro contra incendios habría podido cubrirle las pérdidas, pero el tipo no tenía ninguno. Pam jura y perjura que se lo aconsejó en su día, pero el hombre no quiso cargar con los gastos adicionales. Son cosas que pasan. La gente quiere ahorrar unos duros, y al final se le viene todo encima y pierde doscientos o trescientos mil.

Sacudió en la boca del botellín vacío de Coca-Cola la ceniza del cigarrillo, que cayó en el interior con limpieza.

—¿Por qué duran tanto los trámites?

Curvó la boca hacia abajo y me guiñó el ojo, seña que significaba «pasta gansa», aunque yo no acababa de comprender por dónde.

—Quién sabe —dijo—. El tipo tiene un año para presentar la reclamación. Pam dice que está hecho unos zorros desde que se le murió la mujer. Apenas si puede estampar una firma.

—¿Había hecho testamento la mujer?

—Que yo sepa, no. De todos modos, el caso ha estado en el juzgado durante los últimos cinco meses. ¿Por qué te interesa? ¿Estás investigando la muerte de la mujer?

—No. Busco a otra mujer que vivía en la casa de al lado cuando ocurrió. Se fue de la ciudad dos días después y desde entonces no se la ha visto. Yo creo que los dos hechos están relacionados. Tenía la esperanza de que me dijeras que había por medio un seguro muy importante.

—La poli pensaba lo mismo. Tu amiguito el teniente Dolan estuvo por aquí, se pasaba los días prácticamente sentado en mis rodillas. Yo no paraba de decirle: «Olvídelo. El tío está arruinado. De ahí no va a sacar ni un duro». Creo que al final lo convencí porque desde entonces no he sabido nada de él. ¿Qué imaginas, que Grice y la vecina estaban compinchados?

—Me ha pasado por la cabeza. Aún no he hablado con él; en realidad no lo he visto en mi vida y no sé si pudo haber alguna relación entre ambos, pero la situación me parece sospechosa. Por lo que me han contado, ella se marchó de la ciudad de repente y no se encontraba bien. Lo primero que me dictó el instinto fue que había visto algo y que había decidido desaparecer para no verse envuelta en ello.

—Es posible —dijo Vera con entonación de duda.

—Pero no lo crees.

—Pienso en lo que al final ha obtenido este hombre. Si mató a su mujer para darse la gran vida, lo hizo bastante mal. ¿Por qué dejó que caducara el seguro? Si hubiera sido listo, habría aumentado el valor de la póliza dos, tres años antes, habría dejado transcurrir un tiempo prudencial para que nadie se diera cuenta y luego... zas, la mujer muere y él, a cobrar. Si la mató gratis, entonces es un berzas.

—Salvo que sólo quisiera eliminarla. A lo mejor es lo único que le importaba. Puede que dejase caducar la póliza para despistar.

—¿Y cómo voy yo a saberlo? No trabajo en la brigada criminal.

—Yo tampoco. Sólo quiero saber por qué desapareció la vecina y dónde está ahora. Aunque estés en lo cierto y Grice no tenga nada que ver con el asunto, siempre cabe la posibilidad de que esta mujer viera algo. Ese cuento del ladrón parece demasiado simple para creérselo.

Sonrió con cinismo.

—Oye, ¿y si lo hizo ella?

—Joder, eres más suspicaz que yo.

—Bueno, ¿quieres el teléfono de Grice? Tiene que estar por aquí. —Antes introdujo la colilla en el botellín de Coca-Cola. Se oyó un siseo rápido cuando la brasa tocó el resto de líquido que había en el fondo del envase. Acto seguido cogió un expediente que había bajo un montón de carpetas y me dio el número de teléfono y la dirección.

—Gracias —dije.

Me dirigió una mirada de tanteo.

—¿Te interesa un ingeniero aeroespacial en paro? Tiene pasta. Inventó no sé qué cacharro que llevan ahora todos los satélites.

—¿Y por qué no te interesa a ti? —pregunté.

Vera suele traspasar a los hombres que rechaza como si fueran regalos.

Hizo una mueca.

—Estuvo bien durante un tiempo, pero le dio por la vida sana. Y se puso a tomar píldoras de algas concentradas. No quiero besar a un hombre que se come el tarquín de los pantanos. Como a ti te va la vida sana, pensé que no te importaría. Podríais hacer *footing* juntos y compartir bocadillos de líquenes. Si te interesa, es todo tuyo.

—No sé cómo agradecerte tanta generosidad —dije—. Estaré al loro. Puede que encuentre alguna que le vaya.

—Eres demasiado quisquillosa con los hombres, Kinsey —dijo en tono de reproche.

—¿Que yo soy quisquillosa? ¿Y tú?

Se introdujo otro cigarrillo entre los dientes y antes de replicar lo encendió con un diminuto mechero de oro.

—Los tíos son como las cajas de bombones surtidos. Me gusta picar unos pocos de cada y, antes de que se pongan rancios, abro otra caja.

Era ya la una y media y, si la memoria no me fallaba, no había comido aún. Me dirigí a una hamburguesería, estacioné el coche y entré. Habría podido gritar el pedido al muñeco de la entrada^[2] y comérmelo en el coche mientras conducía, pero me entraron ganas de demostrar que una tenía clase. Devoré una hamburguesa con patatas fritas y una Coca-Cola, pagué el dólar con 69 centavos y volví a la calle al cabo de siete minutos justos.

La casa donde se alojaba Leonard Grice estaba en una sucia urbanización pegada a la autopista, en un barrio de calles serpenteantes que ostentaban el nombre de distintos estados norteamericanos, en primer lugar la Costa Este. Recorrí el paseo de Maine, el paseo de Massachusetts, el paseo de Nueva York y el paseo de Rhode Island, y comprobé que Vermont y Nueva Jersey eran calles sin salida. El constructor, al parecer, se había detenido en la avenida de Colorado, bien porque la empresa se había quedado sin dinero, bien porque sus conocimientos geográficos no habían dado para más. Una larga sucesión de solares vacíos, señalizados con un palo y un trapo blanco, indicaban las parcelas sin explotar.

Casi todos los edificios se habían construido en la década de los cincuenta. Los árboles habían crecido e invadido los solares pequeños. Las casas alternaban el estuco rosa claro con el verde claro y eran tan parecidas entre sí como los pasteles de hojaldre que llenan los anaqueles de las panaderías. Todos los techos estaban cubiertos de piedras, como si hubiese entrado en erupción un volcán próximo y hubiese provocado una lluvia de escombros. Por lo visto abundaban en la zona los garajes abiertos que enseñaban al visitante una desordenada profusión de aparatos para el césped, remolques para ir de acampada, juguetes, herramientas, maletas llenas de polvo y frigoríficos estropeados. Me sorprendió la escasa cantidad de coches que había y me dio la sensación de encontrarme en un barrio abandonado a consecuencia de alguna catástrofe natural. Puede que le hubiera afectado una epidemia o que el suelo hubiera emanado gases tóxicos, acabando con todos los gatos y perros y produciendo quemaduras en los pies de los niños. Giré a la derecha en el cruce de las calles Maryland y Virginia.

En Carolina, unos cuantos espíritus emprendedores habían reformado sus respectivas fachadas con piedra o madera de cedro y otros habían querido dar a su casa un aspecto oriental instalando rejillas de madera barata con repujados geométricos que querían pasar por chinos y levantando las esquinas de la techumbre para darle aspecto de pagoda. En comparación con las urbanizaciones de las afueras de Santa Teresa, eran casas baratas, y la impresión de que se había utilizado material defectuoso flotaba en el ambiente como la grasa de gallina flota en un caldo casero. Había grietas en el estuco y contraventanas torcidas. La chapa de las puertas principales

había saltado en muchos puntos. Hasta las persianas colgaban como si estuvieran rotas, e imaginaba las protuberancias que se habrían formado en el enlucido de los cuartos de baño y la herrumbre que se habría apoderado de los grifos.

Los Howe habían transformado el césped de la entrada en un jardín de rocalla que por lo visto había sepultado la hierba mugrienta bajo toneladas de arena y capas de grava con reflejos malva y verde. Aún podía verse un reguero de «paja» negra de plástico en aquellas orillas donde se había querido eliminar las malas hierbas. La grama había aceptado el desafío y se abría paso entre la grava a ritmo pausado. Entre las plantas carnosas había una pequeña pila para pájaros y entre los cactus asomaba una ardilla de hormigón con pétrea y eterna expresión de optimismo. Dudaba mucho que una ardilla viva sobreviviese en aquel jardín.

Estacioné el coche y anduve hacia la casa con la carpeta que solía llevar en el asiento trasero. La puerta del garaje estaba cerrada, por lo que el lugar parecía muerto y deshabitado. El perfil del porche, de estructura baja y larga, estaba sombreado por la hiedra; producía una impresión pintoresca, aunque sabía que la planta trepadora era muy capaz de llegar al techo y desmantelarlo. Las persianas estaban echadas. Pulsé el timbre, pero no oí dentro el ding-dong que me hubiera tranquilizado. Transcurrió un minuto. Golpeé con los nudillos. La mujer que acudió a la puerta parecía deprimida y sus descoloridos ojos azules me buscaron la cara con indecisión.

—¿La señora Howe?

—Yo soy la señora Howe —dijo.

Parecía la «Lección primera» de un curso de idiomas en casetes. Las ojeras le ennegrecían los párpados inferiores y tenía una voz sin inflexiones, tan monótona y seca como una galleta maría.

—Tengo entendido que Leonard Grice está viviendo aquí. ¿Me equivoco?

—No.

Le enseñe la carpeta.

—Soy de la compañía de seguros y tenía intención de hablar con él.

Es un milagro que Dios no me arranque la lengua de raíz por las muchas mentiras que digo.

—Leonard está descansando. Por qué no vuelve en otro momento —e hizo gesto de cerrar la puerta.

—Un momento, por favor —dije en el acto.

Introduje la carpeta en la ranura para que no pudiese cerrar.

—Sigue tomando calmantes por recomendación del médico —dijo. Una conclusión sin causa, pero de efecto claro e intención manifiesta.

—Entiendo. Mire, yo no quisiera molestarle, pero he hecho el viaje expresamente para verle.

Trataba de hacerme la simpática, pero por lo visto sin ningún resultado.

Me miró con expresión obstinada y pude ver que se le subían los colores. Apartó los ojos como si fuese a consultar con un compañero invisible. De pronto retrocedió y me hizo pasar al interior con la actitud de la persona acostumbrada a ceder y quejarse. Tenía el pelo gris, ralo y hasta el hombro, pegado a la cabeza como un casco y con las puntas recogidas al estilo paje. El flequillo le colgaba sobre la frente de un modo anticuado que yo recordaba haber visto por última vez en aquellas películas en que June Allyson sufría mucho y estaba encantadora. La señora Howe vestía blusa blanca y lisa y una chocante falda de lana de color gris oscuro. Estaba gorda por la cintura. ¿Qué tiene la madurez, que hace que las mujeres parezcan embarazadas?

—Voy a preguntarle —dijo y salió de la habitación.

Esperé prácticamente en el umbral de la entrada mientras supervisaba de un vistazo la alfombra deshilachada, la chimenea de ladrillos pintados de blanco, el cuadro que había sobre la repisa y en que se veía una costa rocosa azotada por el oleaje. La dueña de la casa, al parecer, había utilizado el cuadro como base de la decoración general, ya que la tapicería del sofá y de los sillones de orejas era de idéntico color turquesa apasionado y de una tela que parecía un poco mojada. Detestaba aquella parte del trabajo, aquella intromisión continua en las tribulaciones ajenas que violaba la intimidad del prójimo. Me sentía como una vendedora que va de puerta en puerta promoviendo y ofreciendo enciclopedias del mundo animal en estuche de nogal falso. También me detestaba un poco a mí misma por ser tan criticona. Al fin y al cabo, ¿qué sabía yo de peinados? ¿Qué sabía de costas rocosas azotadas por el oleaje? Es posible que el color turquesa resumiera con precisión lo que la dueña de la casa sentía por la estancia.

El alma se me cayó a los pies cuando apareció Leonard Grice. No tenía aspecto de haber matado a su mujer, por más que la teoría me sedujera. Tendría cincuenta y tantos años, pero se movía igual que un anciano. No tenía mal aspecto, aunque tenía la tez pálida y las mejillas hundidas, como si hubiera adelgazado últimamente. Hacía ademanes inconsecuentes y adelantaba las manos al andar como si tuviera los ojos vendados. Adoptaba la actitud de la persona que ha tropezado en la oscuridad con gran ruido y aparato y que quiere estar segura de que no va a sufrir más sorpresas. Desde luego cabía la posibilidad de que la hubiera matado y viviese actualmente atormentado por la culpa y los remordimientos, pero los asesinos que he conocido a lo largo de mi breve historia profesional eran personas simpáticas o personas prácticas, y no parecían comprender la causa de tanto alboroto.

Le acompañaba la hermana, que, con la mano a la altura del codo masculino, vigilaba el lugar donde el hombre ponía los pies. Lo condujo a un sillón y me lanzó una mirada para reprocharme las molestias que estaba causando. Debo confesar que me sentí abyecta.

El señor Grice tomó asiento. Pareció recuperar la vitalidad poco a poco y sacó mecánicamente una cajetilla de Camel del bolsillo de la camisa mientras la señora Howe se sentaba en el borde del sofá.

—Siento tener que molestarle —dije—, pero he estado hablando con la encargada de indemnizaciones de la Fidelidad de California y hay unos cuantos detalles que querríamos aclarar. ¿Le importaría responder a unas preguntas?

—No parece que le dejen mucho margen para no cooperar con la compañía de seguros —se entrometió la hermana con mala leche.

Leonard carraspeó y frotó dos veces la cerilla contra la lija del estuche sin conseguir encenderla. Le temblaban las manos y no estaba yo muy segura de que pudiera aplicar la llama al extremo del cigarrillo en el caso de que llegara a encender la cerilla. Intervino la señora Howe, le cogió el estuche y encendió el fósforo. Leonard tragó una profunda bocanada de humo.

—Tendrá usted que disculparme —dijo—, pero me encuentro en este estado por culpa de las medicinas que me receta el médico. Tengo la espalda mal y estoy incapacitado. ¿Qué es exactamente lo que quiere saber?

—Me han encargado el caso hace muy poco y pensé que sería interesante conocer su versión de lo ocurrido aquella noche.

—¿Pero por qué, por qué, por qué? —exclamó la señora Howe.

—Por favor, Lily, tranquilízate —dijo el señor Grice—, a mí no me importa. Estoy

convencido de que esta señorita tiene motivos para querer saberlo.

La voz se le había vuelto más enérgica y ahuyentó la impresión de debilidad que me causara al principio. Dio una chupada larga al cigarrillo, que sostenía entre los dedos índice y medio.

—Mi hermana es viuda —continuó, como si aquello explicase la hostilidad de la señora Howe—. Howe murió de un ataque al corazón hace dieciocho meses. Desde entonces Marty y yo adquirimos la costumbre de salir a cenar a un restaurante con ella todas las semanas. Sobre todo para no perder el contacto. Pues bien, aquella noche Marty había pensado salir, como siempre, aunque me dijo que se sentía como si fuera a coger la gripe y a última hora optó por quedarse en casa. Era el cumpleaños de Lily, y Marty se puso triste porque sabía que los camareros nos traerían cantando una pequeña tarta, ya sabe. Quería ver la cara que ponía Lily. El caso es que no se sentía bien, pensó que podía estropear la velada y prefirió quedarse.

Hizo una pausa para dar otra chupada larga al cigarrillo. Se le había acumulado mucha ceniza y Lily le acercó un cenicero en el instante en que aquella se desprendía.

—¿Siempre salían a cenar el mismo día de la semana? —pregunté.

—Todos los martes por la noche —dijo asintiendo.

Anoté un par de cosas en el papel timbrado de la carpeta. Esperaba dar la impresión de que tenía razones fundadas para formular aquellas preguntas. Pasé unas páginas para fingir que consultaba un par de formularios. Estaba convencida de que la carpeta era un detalle eficaz. Esperaba que Lily compartiese mi convicción. No hacía más que mirar, muerta de ganas de que anotase también algo de lo que ella decía.

—Para mí es la mejor noche de la semana —se atrevió a manifestar—. Todos los martes voy a la peluquería y me gusta salir cuando estoy arreglada.

«Martes, peluquería», escribí.

—¿Cuántas personas sabían que salían ustedes los martes por la noche?

Los ojos de Leonard recorrieron los míos con una expresión extraña. Los medicamentos le habían dilatado al máximo las pupilas, agujeros totalmente negros que parecían haberse hecho con un perforador de papel.

—¿Perdón?

—Preguntaba que cuántas personas sabían lo de sus salidas nocturnas. Si el intruso era un conocido de ustedes, puede que creyera que su mujer estaba también fuera.

La expresión se le alteró a causa de la incertidumbre.

—No entiendo qué tiene que ver su pregunta con la indemnización —dijo.

Tenía que tener cuidado con la contextualización de mi respuesta porque mi interlocutor había puesto el dedo en la llaga de mi castillo de naipes, ya que el único objeto de mis preguntas era averiguar si Elaine pudo ver al asesino. Hasta el momento ni siquiera sabía lo que había pasado realmente aquella noche y trataba de que el señor Grice no se percatase de mi ignorancia. No iba a ir a preguntarle al teniente Dolan, vamos.

Esbocé una rápida sonrisa para no desanimarme.

—Bueno, es que nos gustaría que se aclarase el crimen, como es natural —dije—. Puede que para abonar la indemnización necesitemos que se resuelva.

Alertada por la cautela del hermano, Lily lo miró y luego volvió a posar los ojos en mí.

—¿A qué se refiere con eso de que «se resuelva»? —preguntó—. No comprendo lo que quiere decir.

Leonard volvió a su actitud del principio.

—Vamos, Lily, vamos, todos queremos que se resuelva —dijo—. La compañía de seguros, igual que nosotros, quiere llegar al fondo del asunto. La policía no ha conseguido nada después de todos estos meses. —Se volvió a mí—. Tendrá usted que disculpar a Lily...

Lily fulminó a su hermano con la mirada.

—No tienes que disculparte por mí cuando estoy delante —le espetó—. Eres demasiado confiado, Leonard. Eso es lo malo de ti. Marty era igual. Si hubiese sido más prudente, tal vez estaría viva ahora.

Le tembló la voz, cerró la boca con fuerza, y de pronto, ante mi sorpresa, se puso a darme detalles.

—Estaba hablando conmigo por teléfono aquella noche cuando alguien llamó a la puerta. Tuvo que colgar para ver quién era.

El hermano intervino.

—Según la policía, es posible que conociera a la persona en cuestión, aunque también pudo ser cualquiera que pasase por la calle. La policía ha dicho cientos de veces que los ladrones llaman a la puerta si las luces de la casa están encendidas. Si abren, hacen como que se han equivocado de dirección. Si nadie responde, siguen con el plan y fuerzan la entrada.

—¿Había señales de lucha?

—Creo que no —dijo Leonard—. Nadie dijo nada en ese sentido. Yo mismo recorrí la casa de arriba abajo y no vi que faltase nada.

Me quedé mirando a Lily.

—¿Por qué llamó su cuñada? —pregunté—. ¿O fue usted quien la llamó a ella?

—La llamé en cuanto llegamos —dijo—. Volvimos un poco más tarde de lo que habíamos pensado y Leonard no quería que estuviera preocupada.

—¿Y estaba bien cuando habló con ella?

—Estaba muy bien —dijo Lily, asintiendo con la cabeza—. Parecía estar como siempre. Leonard habló con ella un instante, luego volví a coger yo el teléfono y estuvimos de palique hasta que dijo que llamaban y que iba a ver quién era. Estuve a punto de decirle que la esperaría al teléfono pero, como ya nos habíamos dicho todo, nos despedimos y colgamos.

Leonard sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones y se lo llevó a los ojos. Las manos habían empezado a temblarle mucho y la agitación pareció transmitírsele a la voz.

—Ni siquiera sé qué sucedió durante sus últimos momentos. La policía dijo que el agresor tuvo que golpearla de lleno en la cara, con un bate de béisbol o algo parecido. Debió de pasar mucho miedo.

Se le quebró la voz.

Yo no sabía dónde meterme, pero no dije nada. Pensaba para mí, por insensible que parezca, que un golpe en la cara con un bate de béisbol no deja ningún margen de tiempo para sentir nada. ¡Zas!, y te quedas frita. Ni miedo ni dolor. Sólo que se apaga todo, y a la fosa.

Lily se acercó a Leonard y le cogió la mano.

—Llevaban casados veintidós años.

—Años buenos, además —dijo, casi con entonación polémica—. Nunca nos fuimos a la cama peleados. Fue una norma que nos fijamos desde el principio. Siempre que empezáramos una disputa, debíamos terminarla. Era una mujer estupenda. Más lista que yo, no me da vergüenza

admitirlo.

Las lágrimas le asomaron a los ojos, pero yo me sentía extrañamente distante, como la única persona sobria en una reunión de borrachos.

—¿Habló la policía de la posibilidad de que hubiese testigos, de que alguien pudiese haber visto u oído algo aquella noche?

Grice negó con la cabeza mientras se secaba los ojos.

—No. Creo que no. A mí nadie me dijo nada.

—¿Alguien, quizá, de la casa de al lado? —sugerí—. O alguien que pasara por allí. Tengo entendido que también vive gente al otro lado de la calle. ¿Cree usted que alguien pudo haber advertido algo?

Se sonó la nariz y recuperó la compostura.

—Creo que no. La policía no nos dijo nada respecto a eso.

—Bien, ya les he robado mucho tiempo y tengo que pedirles disculpas por las molestias. Me gustaría entrar en la casa para evaluar los daños del incendio, si no tiene usted inconveniente. Ya ha estado en ella uno de nuestros agentes de indemnizaciones, pero para cerrar mi informe tengo que verla yo personalmente.

Asintió.

—El vecino tiene una llave. Orris Snyder, vive al lado mismo. Vaya a verle y dígame que va de mi parte.

Me levanté y le tendí la mano.

—Gracias por recibirme.

Leonard se incorporó automáticamente y me la estrechó. Fue un apretón firme y tenía la piel caliente, casi hasta un punto febril.

—Por cierto —dije, como si acabara de ocurrírseme—, ¿han sabido algo últimamente de Elaine Boldt?

Leonard Grice se me quedó mirando, confuso al parecer por aquella alusión.

—¿Elaine? No, ¿por qué?

—Me interesaba ponerme en contacto con ella por otro asunto y caí en la cuenta de que vivía en la comunidad de propietarios que hay al lado de su casa —contesté con naturalidad—. Alguien dijo que era amiga de ustedes.

—Es verdad. Antes de morir Marty, jugábamos mucho al *bridge*. Hace meses que no hablo con ella. Suele estar en Florida en esta época del año.

—Sí, es cierto. Ahora que recuerdo, creo que ya me lo dijeron. Bueno, tal vez llame cuando vuelva —dije—. Gracias otra vez.

Cuando volví a encontrarme en el coche tenía ambas axilas bordeadas de sudor.

Ya casi eran las tres y estaba muerta de cansancio. Había estado en pie desde las dos de la madrugada y sólo había podido dormir un poco al amanecer, hasta que me despertó el telefonazo de la señora Ochsner. No estaba como para volver al despacho otra vez, así que me fui a casa y me puse la ropa de correr. Empleo la palabra «casa» en el sentido más general. En realidad vivo en un garaje monoplaza reconvertido, un espacio de poco más de cuatro metros cuadrados que hace de sala de estar, dormitorio, cocina, cuarto de baño, armario y lavadero. Siempre me ha gustado vivir en lugares reducidos. De niña, poco después de que fallecieran mis padres, me pasaba horas encerrada en una caja de cartón llena de cojines, que yo fingía era un barco rumbo a tierras desconocidas. No hace falta recurrir a un psicoanalista para interpretar estos viajes, pero ahora de adulta sigo dominada por la misma tendencia, que se manifiesta de múltiples formas. Conduzco coches pequeños y me siento atraída por «pequeñeces» de toda índole, así que el lugar donde vivo encaja en mis preferencias. Por doscientos dólares al mes tengo todo lo que necesito, incluido un amable casero octogenario que se llama Henry Pitts.

Al salir miré por su ventana trasera y lo vi en la cocina preparando masa. Es un antiguo panadero que complementa la pensión que recibe fabricando pan y dulces que vende o cambia en los comercios de la vecindad. Golpeé el vidrio con los nudillos y me hizo señas para que entrara. Me gusta pensar que Henry es un «fenómeno» octogenario; es alto, esbelto, con pelo blanco muy corto y ojos de un azul hierba doncella y llenos de curiosidad. La edad lo ha concentrado y convertido en una síntesis de virilidad, humanidad, prudencia e ironía. No digo con ello que los años le hayan rodeado de espiritualidad, ni que le hayan dado una sabiduría, una clarividencia, una profundidad o una complejidad especiales; no caigamos en exageraciones. Ya era un sujeto listo desde un principio y la edad no ha mermado sus facultades ni un ápice. A pesar de que nos llevamos cincuenta años, no se comporta conmigo como un patriarca ni yo me comporto con él (creo) como una novicia. Nos limitamos a observarnos desde la barrera temporal que nos separa con un vivo y considerable interés sexual que ninguno de los dos soñaría con llevar a la práctica.

Aquella tarde Henry llevaba un trapo rojo alrededor de la cabeza, al estilo de los piratas, tenía los morenos antebrazos cubiertos de harina y revolvió y prensaba la masa con dedos ágiles y delgados como los de un mono. Utilizaba un trozo de cañería a modo de rodillo y se detenía de vez en cuando para espolvorearlo de harina y formar un rectángulo con la masa.

Me encaramé en un taburete de madera y volví a atarme los zapatos.

—¿Preparando brazos de gitano?

Asintió.

—Un vecino me ha encargado unos pasteles para no sé qué celebración. Y tú, ¿qué haces estos días, aparte de correr?

Le conté brevemente mi búsqueda de Elaine Boldt mientras él superponía capas de masa, las envolvía y las metía otra vez en el frigorífico. Cuando llegué al episodio de Marty Grice vi que enarcaba las cejas.

—Mantente al margen. Sigue mi consejo y deja que lo resuelva la policía. Sólo un tonto se metería en una historia así.

—Pero ¿y si vio a la persona que mató a Marty? ¿Y si fue éste el motivo de su fuga?

—Ya se presentará a declarar. No es asunto tuyo. Si el teniente Dolan te coge metiendo la nariz en este embrollo, te caerá una buena.

—Es verdad —admití a regañadientes—. Pero ya no puedo echarme atrás. Estoy a punto de agotar las posibilidades.

—¿Y quién dice que haya desaparecido? ¿Qué te hace pensar que no está en la playa de Sarasota dándole a la ginebra con tónica?

—Lo sabría alguien. En realidad no sé si trama algo o está en apuros, pero hasta que aparezca voy a recorrer el bosque golpeando cacerolas para ver qué caza levanto.

—Eso es perder el tiempo —dijo—. Acabarás pisándote la cola.

—Puede que sí, pero algo tengo que hacer.

Me lanzó una mirada de escepticismo. Abrió un paquete de azúcar y calculó cierta cantidad.

—Te hace falta un perro.

—No, creo que no. Además, ¿qué tiene que ver con el caso? Los perros me caen gordos.

—Necesitas protección. No te habría ocurrido lo de la playa si hubieras tenido un *doberman*.

Otra vez aquello. Señor, incluso mi reciente encuentro con la muerte había tenido lugar en un cubo de basura..., un espacio reducido y acogedor, y yo dentro, sollozando como una niña.

—Hoy he estado dándole vueltas y ¿sabes lo que pienso? Que todo ese rollo de educar y adaptar a las mujeres es caca de vaca. Los hombres nos responsabilizan de la compra y por tanto tienen derecho a meternos en cintura. Pues si alguien me amenazara hoy, volvería a hacerlo, sólo que esta vez no creo que titubeara.

Por lo visto no le impresioné mucho.

—Lamento que digas eso. Ojalá no hayas comenzado una nueva moda.

—No estaría mal. Estoy harta de sentirme indefensa y asustada —dije.

Hinchó las mejillas y me pedorreó con la boca mientras me miraba con expresión de aburrimiento. «Mucho hablar, mucho hablar, —decía dicha expresión—, pero a mí no me engañas». Cascó un huevo en el borde de la mesa, lo abrió con una sola mano encima de una taza y dejó que la clara le escurriera por los dedos. Puso la yema en un plato hondo, cogió otro huevo y repitió la operación con los ojos fijos en mí.

—Puedes decir lo que te dé la gana. Nadie te niega ese derecho. Pero déjate de retóricas. No sirven para nada. Matar es matar y sería mejor que meditases a propósito de lo que hiciste.

—Lo sé —dije, ya con menos bríos. Me turbaba su forma de mirarme y su tono de voz no me entusiasmaba precisamente—. Tal vez no haya abordado el problema en serio, pero no quiero volver a jugar el papel de víctima. Estoy hasta el moño.

Sujetó el plato hondo con un brazo, como si fuera un niño, y batió los huevos con destreza. A mí se me derrama siempre cuando lo hago.

—¿Cuándo has jugado tú el papel de víctima? —dijo—. No tienes por qué excusarte ante mí. Hiciste lo que hiciste. Procura no convertirlo en principio filosófico porque no es verdad. No es lo mismo que tomar una decisión racional después de considerar los hechos durante meses. Mataste a un hombre movida por un impulso momentáneo. Ni es una plataforma para emprender una campaña política ni un punto crítico en tu vida intelectual.

Le sonreí indecisa.

—Aún soy una buena persona, ¿verdad?

No me gustaba ponerme meditabunda. Yo quería demostrarle que era una persona adulta que sabía enfrentarse a la verdad. Ni siquiera había sabido que me sentía tan insegura hasta que me lo había oído decir a mí misma.

No me devolvió la sonrisa. Se quedó mirándome con fijeza durante un rato y volvió a concentrarse en los huevos.

—Lo que te ocurrió no cambia las cosas, Kinsey, pero tienes que andar por buen camino. Le volaste los sesos a un individuo, este es un hecho que no puedes hacer que desaparezca. Y no trates de convertirlo en una postura intelectual.

—No te preocupes —dije con inquietud.

Durante un segundo volví a ver la cara que escrutaba el interior del cubo de basura un momento antes de que yo apretase el gatillo. En virtud de una curiosa distorsión, habría jurado que veía el primer proyectil en el momento de tensarle la piel, como si fuera de goma, antes de perforarla. Ahuyenté la imagen y descendí a la realidad.

—Quiero correr —dije con nerviosismo creciente.

Salí de la cocina sin mirar atrás, aunque no se me escapaba el significado de la expresión que se había dibujado en la cara de Henry. Cautela, tristeza y dolor.

Una vez fuera, tuve que ahuyentar nuevamente la imagen, que retrocedió hasta quedar encerrada en su celdilla particular. Apreté a correr y me concentré en los cuádriceps. No corro a tanta velocidad ni tanta distancia como para necesitar mucho calentamiento. Sé que otros corredores no estarán de acuerdo, y hablarán de lesiones debidas a una preparación insuficiente antes de la carrera, pero ya encuentro bastante repugnante el ejercicio por sí solo para que encima haya que añadirle flexiones y contorsiones previas. Lo intenté al principio; me tendía de espaldas en la hierba, como Dios manda, y estiraba una pierna, y flexionaba la otra hacia la cintura, girándola como si se me hubiera roto la cadera. Después no había forma de levantarse sin caer de bruces una y otra vez, igual que un saco de patatas, y al final me dije que para conservar la dignidad valía la pena arriesgarse a tener algún esguince. Sea como fuere, nunca he sufrido lesiones al correr. Tampoco he sentido ninguna emoción especial. Aún espero la cacareada «euforia» que por lo visto experimentan todos menos yo. Me dirigí al paseo a paso rápido y con la mente en blanco.

Por lo general corro cinco kilómetros y suelo seguir el carril para bicicletas que bordea la playa. El camino está jalonado por extrañas imágenes que busco con la mirada mientras cuento los cuartos de kilómetro. El rastro de un pájaro improbable, las marcas de un neumático ancho que cruzan el asfalto y se pierden en la arena. En la playa suele haber vagabundos; unos acampan allí de manera permanente, otros están de paso; sus sacos de dormir, alineados bajo las altas palmeras, parecen larvas verdes de tamaño gigantesco, pellejos desprendidos de animales que sufrieran conmociones nocturnas.

El aire era denso y frío aquella tarde y el océano parecía inmóvil. La nébula techumbre comenzaba a resquebrajarse, aunque los jirones de cielo que asomaban eran de un azul descolorido y el sol no se veía por ninguna parte. Una motora corría en sentido paralelo al perímetro de la playa y la estela que dejaba era como una turbulenta cinta de plata que se retorció sobre sí. Tierra adentro, las montañas eran de color verde oscuro. Su vegetación subalpina, desde donde yo estaba, parecía una colcha de ante salpicada de rocas desnudas que despuntaban en la cima como si el manto de felpa se hubiese gastado por el uso.

Di la vuelta en East Beach, recorrí los dos kilómetros y medio que me faltaban, y para refrescarme fui andando por la acera de mi manzana hasta llegar a casa. Me entusiasman las sesiones de refresco. Me duché, me vestí, me metí en el coche y me dirigí al despacho que Pam Sharkey tiene en Chapel. Pam era la agente que había contratado las pólizas de Leonard Grice y que quería investigar el asunto antes de archivarlo. Me fio de Vera, pero no me gusta basarme en la palabra de los demás. Podía darse el caso de que Grice se hubiese hecho un reaseguro cuantioso en otra compañía. ¿Cómo podía enterarme?

El edificio Valdez se encuentra en el cruce de Chapel y Feria. Esta última palabra es española; lo sé porque lo he consultado. Últimamente he pensado que debería seguir un curso de español, pero aún no me he decidido. Sé decir *gracias*, pero no doy ni una con los verbos.

El Valdez es típico de la arquitectura de esta ciudad: dos pisos de paredes blancas, techumbre de tejas rojas, arcos grandes y ventanas con reja de hierro. Se ven toldos azul celeste y el paisaje es una sucesión de cuadros perfectos de césped. Las palmeras adornan el jardín y hay una fuente coronada por un niño desnudo que practica no sé qué crueldad con un pez.

El despacho de Pam Sharkey está en la planta baja, en un laberinto de cubículos idéntico al que había visto en La Fidelidad de California. Nada arquitectónicamente innovador en el mundo actual de los seguros. Tiene que ser como trabajar en una yuxtaposición de cuartos infantiles para jugar. La compañía para la que Pam trabaja, Lambeth & Creek, es una empresa independiente que contrata pólizas para otras compañías, entre ellas La Fidelidad de California.

Sólo había hablado con Pam una vez, mientras andaba tras la pista de un marido errante. La esposa, es decir, mi cliente, estaba tramitando el divorcio y quería pruebas de las infidelidades del marido para utilizarlas durante las negociaciones del acuerdo. Pam se había sentido ofendida, no porque yo hubiera descubierto que estaba liada con el marido, sino porque había descubierto que él estaba liado con dos mujeres más. Nada de esto había salido a la luz durante el juicio, pero su nombre aparecía en un lugar destacado de mi informe. No me había perdonado nunca que supiera demasiado. Santa Teresa es una ciudad reducida y nuestros caminos se cruzan con frecuencia. Mantenemos el trato, pero la cortesía está limitada por su rencor y mis burlas furtivas.

Pam es pequeña, la mala leche en miniatura. Es la única mujer que conozco que se añade diez años para que todos le digan que parece mucho más joven. Desde este punto de vista, jura que tiene treinta y ocho años. Tiene la cara pequeña y la piel oscura, y se pone colorete de distintos matices en un intento infructuoso de sombrearse las mejillas a distintos niveles. Yo solía suministrarle información. Por ejemplo, que no hay forma de ocultar las ojeras por muy hábil que sea el maquillaje. Hay múltiples ángulos desde los que cualquier persona con ojos en la cara las vería, no de color gris, pero sí de un blanco mortuorio. Es imposible dar el pego. ¿Por qué no acentuarlas en tal caso para obtener por lo menos un aire exótico y mundano, como el de Anna Magnani, o el de Jeanne Moreau, o el de Simone Signoret? Además, en los últimos tiempos le

había dado por hacerse el mismo tipo de permanente, que según creo se llama estilo «dormitorio» y que había convertido su cabello castaño en una masa rizada y de aspecto despeinado. Aquella tarde se había acicalado con un pequeño conjunto de aire cinagético: chaqueta de amazona, pantalón corto marrón, medias de color rosa y zapatos de hebilla y tacón bajo. Las únicas cacerías en que tomaba parte las practicaba en los bares de ligue, donde monteaba piezas de una sola noche como si la temporada estuviera acabando y su permiso a punto de caducar.

Pero hagamos un alto en la descripción. Sé que soy injusta. Pam me desagrada tanto como yo a ella. Cada vez que la veo me siento vulgar y mezquina, y no es mi forma favorita de sentirme. Tal vez ella me evite por la misma razón.

Su cubículo está cerca de la entrada: un símbolo de su posición, quizá. Nada más verme se puso a trastear con expedientes y documentos. Cuando conseguí llegar hasta su mesa ya estaba hablando por teléfono. Sin duda hablaba con un hombre porque se comportaba con coquetería. Mientras le daba a la lengua se toqueteaba por todas partes, se enroscaba un rizo en un dedo, se sobaba un pendiente, se rozaba la solapa de la chaqueta. Del cuello le colgaban varios collares dorados y también éstos recibieron su ración. De vez en cuando se frotaba la barbilla con el extremo de un collar y emitía una risa desenfadada y vibrante que sin duda ensayaba a última hora de la noche. Se fijó en mí, fingió sorpresa y me enseñó la palma de la mano para indicarme que tendría que esperar.

Me dio la espalda en la silla giratoria y finiquitó la charla telefónica con un murmullo íntimo. En la mesa, encima de un montón de expedientes, vi un ejemplar de *Cosmo* en cuya portada se prometían artículos sobre el punto G, la cirugía de los pechos y el estupro social.

Pam colgó por fin y se dio la vuelta mientras la animación desaparecía de su cara. Representar ante mí el numerito era perder el tiempo.

—¿En qué puedo ayudarte, Kinsey?

—Tengo entendido que suscribiste un par de pólizas a nombre de Leonard y Marty Grice.

—Y es verdad.

Esbocé una sonrisa.

—¿Podrías decirme en qué situación legal se encuentra actualmente el papeleo?

Interrumpió la comunicación visual y efectuó otra revisión digital de su periferia: pendiente, pelo, solapa. Colgó el índice de una de las cadenas de oro que llevaba al cuello y se puso a recorrer los eslabones hasta que empezó a preocuparme la posibilidad de que se desollara la piel. Ella quería decirme que Leonard Grice no era asunto mío, pero sabía que yo trabajaba de vez en cuando para La Fidelidad de California.

—¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema —dije—. Vera Lipton tiene dudas sobre la indemnización del incendio y yo necesito saber si había algún otro seguro en vigor.

—Un momento, un momento. Leonard Grice es un hombre muy sensible y estos seis meses han sido un calvario para él. Si La Fidelidad de California quiere crear problemas, lo mejor es que Vera trate directamente conmigo.

—¿Quién habla de problemas? Mientras no se adjunten las pruebas concernientes a los daños materiales, Vera no puede pagar la indemnización.

—Eso está más claro que el agua, Kinsey —dijo—. Lo que no entiendo es qué tiene que ver contigo.

Noté que me empezaba a subir la sonrisa como un cazo de leche al fuego. Me adelanté, apoyé la palma izquierda en la mesa y el puño derecho en la cadera. Me dije que había llegado el momento de aclarar nuestra relación.

—No es que sea asunto tuyo, Pam, pero estoy metida en una investigación de órdago que guarda relación con este caso. Nadie te obliga a cooperar, pero estoy a punto de dar media vuelta para entregar una orden judicial al director de estas oficinas y alguien te echará encima algo así como una tonelada de ladrillos por el embrollo que se organizará. Y ahora, ¿quieres que sigamos hablando del asunto o no?

Por debajo del maquillaje comenzaron a aparecerle manchas de color de bronce.

—No creas que me intimidas —dijo.

—No lo creo. En absoluto.

Tras lo que cerré la boca y dejé que asimilase la amenaza. Me pareció que causaba un efecto extraordinario.

Cogió un montón de papeles y los ordenó golpeándolos de canto contra la mesa.

—Leonard Grice suscribió un seguro de vida y otro contra incendios. Recibió dos mil quinientos dólares por el primero y percibirá otros veinticinco mil por los daños que sufrió la casa. El interior no estaba asegurado.

—¿Solamente veinticinco mil por la casa? Yo creí que valía más de cien billetes. Con esa cantidad no tendrá suficiente para repararla, ¿verdad?

—Cuando la compró en 1962, valía veinticinco mil dólares y por esta cantidad la aseguró. No amplió la cobertura de riesgos ni se ha hecho otro seguro. Creo personalmente que la casa ya no tiene solución. Es una ruina total y pienso que es esto lo que ha destrozado a su propietario.

Una vez obtenida la información que necesitaba, me sentí culpable por las fanfarronadas que le había soltado.

—Gracias. Me has sido de muchísima ayuda —dije—. Por cierto... Vera quería que te preguntara si tenías ganas de conocer a un ingeniero aeroespacial, con pasta y sin compromiso.

Cruzó por su cara una extraordinaria expresión de incertidumbre en la que había de todo: suspicacia, ganas de sexo, avaricia. ¿Le estaba poniendo en bandeja un pastel de los buenos o una mierda seca? Sabía lo que estaba pensando. En el mercado de Santa Teresa, un soltero dura como mucho diez días antes de que lo atrapen. Me lanzó una mirada de preocupación.

—¿Tiene algún defecto? ¿Por qué no lo pruebas tú antes?

—Acabo de terminar una historia —dije—. Estoy de baja.

Y era verdad.

—Llamaré a Vera, si acaso —murmuró.

—Estupendo. Gracias por la información otra vez —dije, y mientras me alejaba de su mesa le hice un gesto de despedida con la mano.

Si me acompañaba la suerte de costumbre, Pam se enamoraría del tipo y me pediría que fuese su dama de honor. Y yo tendría que ponerme uno de esos ridículos vestidos con las caderas llenas de volantes. Cuando me volví a mirarla me pareció que había encogido y sentí remordimientos. No era tan mala persona.

Aquella noche cené en Rosie's, un pequeño establecimiento situado a manzana y media de mi casa. Es una mezcla de bar de barrio y casa de comidas de las de antes, y sobrevive emparedado entre la lavandería automática de la esquina y un taller de electrodomésticos que lleva desde su casa un individuo llamado McPherson. Los tres establecimientos funcionan desde hace más de veinticinco años y en la actualidad son ilegales en teoría, ya que constituyen un grave y ofensivo atentado contra la política de ordenación del territorio, por lo menos para los ciudadanos que viven en otros lugares. Un año sí y otro no, a algún ciudadano celoso y exigente le da por presentarse en el Ayuntamiento para denunciar la escandalosa ruptura del paisaje urbano. Sospecho que en los años de tranquilidad hay chanchullo.

Rosie tiene alrededor de sesenta y cinco años, es húngara, baja y cabezona, una criatura de chillonas batas estampadas y con un pelo teñido con henna que le nace desde mitad de la frente. Lleva los labios pintados de un naranja intenso que por lo general desborda los límites reales de la boca y que hace pensar que su propietaria tuvo en otra época los labios mucho más grandes. Las cejas se las pinta con una gruesa raya marrón y sus ojos parecen serios y acusadores. La punta de su nariz amenaza con rozar el labio superior.

Me acomodé en el reservado en que suelo hacerlo, casi al fondo. El menú, una hoja mimeografiada y forrada de plástico, estaba empotrado entre el frasco de *ketchup* y el servilletero. El texto del menú estaba en color lila, como aquellos avisos que nos daban en el colegio para que nos los lleváramos a casa. Casi todos los nombres estaban en húngaro; palabras con multitud de acentos, zetas y diéresis, que sugerían platos fuertes y sólidos.

Rosie se me acercó con el cuaderno y el lápiz en la mano y actitud de reserva. Estaba ofendida por algo, aunque yo no le había hecho nada aún. Me quitó el menú de la mano, se lo guardó y tomó nota del pedido sin consultarme siquiera. Si al cliente no le gusta el trato es mejor que se vaya a otra parte. Acabó de escribir y consultó el cuaderno con los ojos entornados para comprobar el efecto de conjunto. No me miró a los ojos ni una sola vez.

—Hace una semana que no vienes —dijo—. Pensé que estabas enfadada conmigo. Seguro que has estado por ahí comiendo porquerías sintéticas. No hace falta que me lo digas. No quiero oírlo. No tienes por qué excusarte. Menos mal que estoy aquí para darte algo decente. Esto es lo que vas a comer —volvió a consultar el cuaderno con ojo crítico y me leyó el pedido con atención, como si también para ella fuese una sorpresa—. Ensalada de pimientos verdes. Fabulosa. Lo mejor. Sé que está estupenda porque la he hecho yo misma. Aceite de oliva, vinagre, una pizca de azúcar. Del pan olvídate, se me ha acabado. Henry no me ha servido hoy, ¿qué quieres que haga? Puede

que también esté enfadado conmigo. No sé qué le habré hecho. La gente no cuenta estas cosas. Luego te traeré un estofado de rabo de buey. —Se arrepintió y lo tachó—. Demasiada grasa. No te conviene. Te pondré a cambio *tejfeles sültponty*, carpa al horno, muy sabrosa, con crema agria, y si rebañas el plato y te lo ganas, cosa que no mereces, te serviré además cerezas rehogadas. Te traeré el vino con los cubiertos. Es austríaco, pero no está mal.

Se alejó con la espalda rígida y el pelo del color de las mondaduras secas de mandarina. Su brusquedad tiene a veces un encanto exótico, pero por lo general no pasa de ser irritante; algo que hay que soportar si se quiere comer en Rosie's. A veces no aguanto la agresividad verbal al término de la jornada y prefiero la mecánica impersonal de los restaurantes automovilísticos o la paz beatífica del bocadillo de apio con mantenguilla de cacahuete que me como en casa.

Aquella noche Rosie's estaba vacío, triste y no del todo limpio. Las paredes están cubiertas con chapa de conglomerado con profusión de manchas oscuras y un toque final mate producto del humo de cocina y de tabaco. La iluminación es francamente mala —demasiado pálida, demasiado general— y los escasos clientes que entran parece que están enfermos del hígado. El televisor que hay sobre la barra suele emitir imágenes en color, pero ningún sonido, y el pez espada que hay encima parece que se ha hecho con yeso bañado en hollín. Me da vergüenza decir lo mucho que me gusta el sitio. Nunca será una atracción turística. Nunca será un bar de ligue. Nadie lo «descubrirá» nunca, nadie le concedería ni medio tenedor siquiera. Siempre huele a cerveza derramada, a pimienta roja, a grasa caliente. Es un sitio donde puedo comer sola sin necesidad de llevarme un libro para evitar la compañía indeseada. Quien quisiera ligar en un tugurio así tendría que pensárselo dos veces.

Se abrió la puerta y entró la vieja que vive al otro lado de la calle, seguida por Jonah Robb, con quien ya había hablado aquella misma mañana en Personas Desaparecidas. Casi no lo reconocí al principio, vestido de paisano. Llevaba unos vaqueros, una chaqueta gris de mezclilla y unas camperas marrones. La camisa parecía nueva, aún se notaba el doblado de la caja y el cuello estaba tieso y crujiente. Se movía como si llevase una pistolera empotrada en el sobaco izquierdo. Según parece, había entrado a buscarme porque vino directamente a mi mesa y tomó asiento.

—Qué tal —dije—. Siéntate.

—Me dijeron que solías venir por aquí —dijo. Miró a su alrededor y las cejas se le arquearon un tanto, como si lo que se rumorease fuera cierto, aunque difícil de creer—. ¿Conocen este sitio los de sanidad?

Me eché a reír. Rosie, que salía de la cocina, se detuvo en seco al ver a Jonah y retrocedió como si tirasen de ella con una cuerda. Jonah miró por encima del hombro para ver si se le había escapado algo.

—¿Qué pasa? ¿Cómo ha sabido que soy policía? Tiene problemas con la pasma, ¿eh?

—Ha ido a retocarse el maquillaje —dijo—. Hay un espejo detrás de la puerta de la cocina.

Reapareció Rosie contoneándose como una mona y dejó sobre la mesa con recio golpe el cubierto enrollado en una servilleta de papel.

—No me dijiste que esperabas compañía —murmuró—. ¿Tomará algo tu amigo? ¿Alguna bebida? ¿Cerveza, vino, un combinado?

—Cerveza está bien —dijo Jonah—. ¿Tienen de barril?

Enlazó Rosie las manos y me miró con interés. Nunca trata directamente con un extraño y en consecuencia me vi obligada a participar en una pequeña farsa en la que yo hacía de intérprete

como si de pronto me hubiera contratado la ONU.

—¿Aún tienes Mich de barril? —pregunté.

—Pues claro. ¿Por qué habría de tener otra?

Miré a Jonah y éste asintió con la cabeza.

—Un tubo de Mich entonces. Si quieres cenar, la comida es aquí fabulosa.

—Sí, eso parece —dijo Jonah—. ¿Qué me recomiendas?

—Rosie, ¿por qué no le traes lo mismo que a mí? ¿Nos podrías hacer ese favor?

—Naturalmente. —Rosie miró a Jonah con aprobación recatada—. Ni se me había ocurrido.

Sentí que me daba un codazo imaginario. Sabía cuál era su código de valores. Le gustaba la gordura en los hombres. Le gustaban el pelo moreno y las actitudes desenvueltas. Se alejó de la mesa con astucia y nos dejó solos. No es tan amable, ni mucho menos, cuando mis compañías son femeninas.

—¿Qué te ha traído por aquí? —dije.

—Pues el no tener nada que hacer. La curiosidad. He hecho algunas averiguaciones sobre ti, así no tendremos que andarnos con presentaciones y preámbulos.

—Para poder ir directamente al grano, ¿eh? —dije—. ¿A qué grano?

—¿Crees que quiero ligar o algo parecido?

—Naturalmente —dije—. Camisa nueva. Sin alianza. Apuesto a que tu mujer te abandonó hace dos semanas y que te has afeitado hace menos de una hora. Todavía se te nota la colonia en el cuello.

Se echó a reír. Tenía cara de persona inofensiva y buena dentadura. Apoyó los codos en la mesa.

—Te contaré cómo fue —dijo—. La conocí a los trece años y he estado con ella desde entonces. Supongo que acabó por hacerse adulta; a mí me fue imposible, al menos con ella. No sé qué hacer. En realidad hace un año que se marchó. Y me parece que fue hace una semana. Tú eres la primera mujer en quien me fijo desde que se marchó.

—¿Adónde fué?

—A Idaho. Con las niñas. Dos —añadió, como si supiera que iba a preguntárselo—. Una de diez años, la otra de ocho. Courtney y Ashley. Si por mí hubiera sido, se llamarían de otro modo. Sara y Diane, o Patti y Jill, algo así. No las entiendo. Ni siquiera sé cómo piensan. Quiero a mis hijas, es verdad, pero desde que nacieron fue como si entre las tres hubieran fundado un club del que yo estaba excluido. Y sin posibilidad de hacerme socio, hiciera lo que hiciese.

—¿Cómo se llamaba tu mujer?

—Camilla. Hostia. Me ha destrozado el corazón hasta el fondo. En lo que va de año he engordado quince kilos.

—Pues ya va siendo hora de que lo olvides —dije.

—Y de hacer un montón de cosas.

Rosie volvió con una cerveza para él y vino blanco de mesa para mí. ¿De qué me sonaba aquella historia? Los hombres recién separados se comportan como colgados y a mí me pasaba tres cuartos de lo mismo. Conocía muy bien el dolor, la inseguridad, el descontrol emocional. Hasta Rosie se dio cuenta de que la cosa no marchaba. Me miraba como si no pudiera comprender por qué lo había estropeado tan pronto. Cuando vi que se alejaba, volví a nuestra conversación inicial.

—Tampoco a mí me va muy bien —dije.

—Eso dicen. Por eso pensé que, juntos, podríamos echarnos una mano.

—Pero las cosas no se hacen así.

—¿Querrás venir algún día al campo de tiro para practicar un poco?

Me eché a reír. No pude evitarlo. Su presencia llenaba totalmente el local.

—Sí. Podríamos ir juntos. ¿Qué arma tienes?

—Un Colt Python con cañón de quince centímetros. Necesita cartuchos de calibre 38 o 357 Magnum. Por lo general llevo un Trooper MK-III, pero tuve la oportunidad de hacerme con el Python y no quise desaprovecharla. Cuatrocientos dólares. ¿Es verdad que has estado casada dos veces? No comprendo cómo pudiste resignarte a una cosa así. Joder, yo pensaba que el matrimonio era un compromiso de verdad. Ya sabes, dos almas que se funden para toda la eternidad y todo eso que suele decirse.

—Cuatrocientos dólares es un robo. ¿Por qué pagaste tanto? —Le miré de soslayo—. ¿Eres católico o algo parecido?

—No, sólo un poco idiota. La idea que tengo de las relaciones amorosas la aprendí en las revistas femeninas que había en el salón de belleza que dirigía mi madre cuando yo era pequeño. El arma procede de la herencia del difunto Dave Whitaker. Su viuda detesta las armas y, como nunca le gustó la afición del marido, se deshizo de la colección en cuanto pudo. Yo habría pagado el precio normal, pero la viuda no entendía de estas cosas. ¿Conoces a esa mujer, Bess Whitaker?

Negué con la cabeza. Alcé los ojos cuando Rosie nos puso los platos delante. Por la cara que puso mi colega deduje que no había esperado los pimientos verdes a la vinagreta, ni siquiera adornados con ramitas de perejil. Rosie, por regla general, aguarda hasta que pruebo el plato y le acaricio el oído con comentarios de entendida en restaurantes, pero esta vez se lo pensó mejor, por lo visto. Jonah se inclinó hacia delante en cuanto nos dejó solos.

—¿Qué es esta mierda?

—Come y calla.

—Kinsey, los últimos diez años me los he pasado comiendo con monstruitos que se dedicaban a devorar todas las cebolletas y champiñones que había en la mesa. No sé comer sin los sobres de complementos que dan con las hamburguesas.

—Pues te vas a llevar la gran sorpresa —dije—. ¿Qué has estado comiendo desde que te abandonó tu mujer?

—Bueno, me dejó un montón de cenas preparadas en el congelador. Todas las noches descongelo una, la meto en el horno y lo pongo a ciento setenta grados durante una hora. Supongo que encontró unos saldos y compró una tonelada de esas bandejas compartimentadas que se anuncian en televisión. Quería que me alimentase de manera equilibrada, aunque financieramente me estuviera haciendo la puñeta.

Mantuve el tenedor alzado y observé a mi colega mientras trataba de imaginarme a un ama de casa congelando 365 cenas para jorobar al cónyuge. Tal era la mujer que aquel hombre había querido como compañera para toda la vida, igual que los búhos.

Acababa de tomar el primer bocado de ensalada con cara de concentración. Por su expresión se adivinaba que había dejado el pedazo de pimiento en el centro de la lengua mientras hacía movimientos de masticación alrededor del mismo. Es lo que yo suelo hacer con ese puré dulce de patatas que se sigue preparando el Día de Acción de Gracias. ¿Por qué sazonarán las verduras con

dulce de malvavisco? ¿Acaso mezclo yo el regaliz con los espárragos o añado gelatina a las coles de Bruselas? Sólo de pensarlo se me arruga la cara.

Jonah asintió filosóficamente para sí y empezó a picar en la ensalada con fruición. Debía de resultarle tan sabrosa por lo menos como la basura que le preparaba Camilla. Imaginé los montones de bandejas de atún congelado con patatas fritas apelmazadas, y con guisantes congelados en un compartimento y medallones de zanahoria en otro. Habría apostado cualquier cosa a que, para el postre, la mujer le había dejado paquetes de seis latas de macedonia de frutas. Me di cuenta de que me estaba mirando.

—¿Qué ocurre? —dijo—. ¿Por qué has puesto esa cara?

Me encogí de hombros.

—El matrimonio es un misterio.

—Lo mismo digo. Por cierto, ¿qué tal va el caso?

—Sigo husmeando —dije—. En este momento estoy investigando por encima un asesinato sin resolver. La misma semana en que desapareció la mujer que busco, fue asesinada la vecina de al lado.

—Mala señal. ¿Qué relación hay?

—Aún no lo sé. Tal vez ninguna. Pero que Marty Grice fuera asesinada y que Elaine Boldt desapareciera días después me parece una coincidencia digna de tenerse en cuenta.

—¿Hubo una identificación clara?

—¿De Marty? Lo ignoro. Dolan no da ya ni los buenos días. No quiere decirme nada.

—¿Por qué no echas un vistazo a los archivos?

—Venga, hombre. ¿Crees tú que me dejará ver los archivos?

—Pues no acudas a él. Pídemelo a mí. Si me dices exactamente lo que quieres, te puedo hacer fotocopias.

—Jonah, es capaz de reventarte las pelotas. No volverías a trabajar nunca más. Tendrías que dedicarte a vender zapatos durante toda la vida.

—¿Y por qué tiene que enterarse?

—Pero ¿cómo vas a hacerlo? Dolan se entera de todo.

—Joder. Los expedientes están en Identificación y Archivos. Apostaría a que Dolan tiene duplicados en la oficina y lo más probable es que no consulte nunca los originales. Esperaré a que se vaya y fotocopiaré lo que necesites. Luego lo devolveré a su sitio.

—¿No hay que firmar para coger un expediente?

Me dirigió entonces la típica mirada que se dirige a los ciudadanos que jamás estacionan el coche en zona prohibida. La verdad es que, aunque mentía con mucha facilidad, las normas de tráfico y el vencimiento de los libros que tomaba prestados de la Biblioteca me ponían realmente nerviosa. Era defraudar la confianza pública. Bueno, es verdad que de tarde en tarde fuerza ilegalmente alguna cerradura, pero no cuando creo que hay posibilidades de que me cojan con las manos en la masa. La idea de birlar documentos oficiales de la Jefatura de Policía me encogía el estómago igual que si fueran a ponerme una inyección antitetánica.

—No, por favor, no lo hagas —dije—. No puedes.

—¿Que no puedo? Y tanto que sí. ¿Qué te interesa ver? ¿El resultado de la autopsia? ¿El informe sobre el incidente? ¿La encuesta? ¿Los informes del laboratorio?

—Sería estupendo. Me vendrían de perlas.

Alcé los ojos con sentimiento de culpa. Rosie estaba otra vez a nuestro lado y esperaba el momento de llevarse los platos vacíos. Me retrepé en el asiento y aguardé hasta que los cogió y se los llevó.

—Oye, jamás te pediría que hicieras una cosa así.

—No me lo has pedido. Me he ofrecido yo voluntariamente. Y deja ya de comportarte como una tonta del culo. Ya me devolverás el favor en otro momento.

—Pero Jonah, a Dolan no le hace ni pizca de gracia que haya filtraciones en su sección. Ya sabes cómo se pone. Por favor, no te metas en un lío.

—No te preocupes. Los agentes de homicidios exageran a veces. No le vas a joder ningún caso. Probablemente ni siquiera sabe por dónde empezar, o sea que no hay por qué preocuparse.

Me acompañó a casa después de cenar. Todavía era temprano, pero yo tenía cosas que hacer y a él pareció tranquilizarle que el contacto no se prolongara o se volviera íntimo. En cuanto oí que se alejaba, apagué las luces exteriores, me senté a la mesa con unas cuantas fichas y revisé mis notas.

Repasé por encima las fichas que había rellenado antes y las clavé en el gran tablón de anuncios que tengo sobre la mesa. Estuve un buen rato leyéndolas una y otra vez, en espera de un chispazo revelador. Sólo me llamaba la atención un apunte curioso. Me había esmerado mucho a la hora de anotar todo lo que recordaba de mi primera visita al piso de Elaine. Lo hago de manera rutinaria, casi como un ejercicio para comprobar que no me falla la memoria. En la alacena de la cocina había visto latas de comida para gatos. «9-Lives Beef y Liver Platter», decía mi anotación. Pero allí había algo que no encajaba. ¿Dónde estaba el gato?

A las nueve de la mañana siguiente cogí el coche y fui a Vía Madrina. Llamé por el interfono pero Tillie no contestó, así que estuve un minuto consultando el nombre de los inquilinos en el directorio. Había un tal Wm. Hoover en el apartamento 10, al lado mismo del de Elaine Boldt. Llamé por el interfono.

El aparato adquirió vida.

—¿Diga?

—¿Señor Hoover? Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada, trabajo en esta ciudad y estoy buscando a Elaine Boldt. ¿Le molestaría que le hiciera unas preguntas?

—¿Ahora mismo?

—Bueno, sí, si no tiene inconveniente. Quería hablar con la administradora de la finca, pero no está en casa.

Oí un murmullo de conversación y acto seguido el zumbido de apertura de la puerta. Tuve que correr para llegar a tiempo. Tomé el ascensor y subí un piso. Cuando se abrió la puerta del ascensor, vi el apartamento número 10 enfrente de mí. Hoover se encontraba en el vestíbulo con un albornoz azul y lleno de agujeros. Le eché treinta y cuatro o treinta y cinco años. Era bajo, alrededor del metro sesenta y cinco, y tenía unas piernas delgadas y musculosas, sin vello apenas. Llevaba el pelo moreno revuelto y daba la sensación de que no se había afeitado en dos días. Aún tenía los ojos hinchados a causa del sueño.

—Dios mío, le he despertado —dije—. Lo siento mucho, es algo que detesto.

—No se preocupe, ya me había levantado —dijo.

Se pasó la mano por el pelo y se rascó la coronilla mientras bostezaba. Tuve que apretar los dientes para no bostezar yo también. Echó a andar hacia el interior, descalzo como estaba, y fui tras él.

—Acabo de poner la cafetera al fuego. Estará en un segundo. Pase y siéntese.

Tenía la voz clara y aguda.

Me señaló la cocina, que estaba a la derecha. El piso era una reproducción invertida del de Elaine Boldt; el dormitorio principal tenía que estar pared con pared con el de ella. Eché un vistazo a la salita de estar, que, lo mismo que la de ella, comunicaba directamente con el recibidor y también daba a la propiedad de los Grice. La magnífica vista exterior que se apreciaba desde el piso de Elaine era aquí menos interesante: apenas un vislumbre de las montañas que se extendían a la izquierda, vislumbre eclipsado en parte por las dos hileras de pinos mediterráneos que flanqueaban Vía Madrina.

Hoover se ajustó el albornoz y tomó asiento en una silla de la cocina con las piernas cruzadas. Tenía las rodillas bonitas.

—¿Le importaría repetirme su nombre? Discúlpeme, pero aún estoy medio dormido.

—Kinsey Millhone —dije.

La cocina olía a café casi listo y a los efluvios de unos dientes aún sin cepillar. Los suyos, no los míos. Cogió un cigarrillo negro y delgado y lo encendió, tal vez con la esperanza de camuflar con algo peor el estado matutino de su boca. Tenía los ojos de un castaño claro atabacado, la faz magra, las pestañas ralas. Me observaba con el mismo aburrimiento que una boa después de haberse zampado una marmota entera. La cafetera emitió los últimos gorgoteos y Hoover cogió dos tazas blanquiazules mientras aquella enmudecía. Una estaba decorada con conejitos follando. La otra con elefantes entregados al mismo menester. Me esforcé por no mirar. Algo que me ha preocupado durante años es cómo se apareaban los dinosaurios, en particular los dotados de una espina dorsal gigantesca. Alguien me dijo en cierta ocasión que follaban en el agua, que contribuía a aligerarles el peso, pero me cuesta creer que los dinosaurios fueran tan listos. Con aquella cabeza que tenían, pequeña y aplastada, me parece poco probable. Volví a la realidad con una sacudida de cabeza.

—¿Y a usted cómo le llaman? ¿William? ¿Bill?

—Wim —dijo. Cogió un tetrabrik de leche del frigorífico y buscó una cuchara para el azúcar. Añadí leche a mi café y le observé mientras endulzaba el suyo llenando hasta el borde dos cucharas soperas. Advirtió mi mirada—. Quiero engordar un poco —dijo—. Sé que el azúcar es mala para los dientes, pero es que todas las mañanas tengo que tragarme uno de esos mejunjes superproteínicos, ya sabe a qué me refiero, una mezcla de huevo, plátano y brotes de trigo. ¡Uf! Sabe de un modo inconfundible. Además, no soporto comer antes de las dos, así que tal vez debiera resignarme a la delgadez. Bueno, pues por eso pongo tanto azúcar en el café. Dicen que lo que no mata, engorda. Usted sí que tiene figura de sílfide.

—Corro todos los días y me olvido de comer. —Di un sorbo al café, que sabía un poco a menta. Estaba realmente bueno—. ¿Tiene usted mucho trato con Elaine?

—Hablamos cuando coincidimos en el pasillo —dijo—. Hace años que somos vecinos. ¿Por qué la busca? ¿Se ha ido sin pagar los recibos?

Le expliqué por encima la aparente desaparición de Elaine Boldt y añadí que la situación, aun sin ser de mal agüero, era sin embargo desconcertante.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—No lo recuerdo con exactitud. Tuvo que ser antes de que se marchara. Por navidad, creo. No, táchelo. La vi en Nochevieja. Me dijo que iba a quedarse en casa.

—¿Sabe por casualidad si tiene gato?

—Desde luego. Un gato de Angora gris, muy gordo y vistoso, que se llama *Mingus*. En realidad era mío, pero como yo apenas aparecía por casa, pensé que estaría mejor acompañado y se lo di a ella. No era más que un minino por entonces. Pero si hubiera sabido que iba a ser el gato más guapo del mundo, no se lo habría regalado. Me lo he reprochado muchas veces desde entonces, pero ¿qué puedo hacer? Un trato es un trato.

—¿Y cuál fue el trato?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—La hice jurar que nunca le cambiaría el nombre. Charlie Mingus. Por el músico de jazz.

También le hice prometer que no lo abandonaría nunca, porque, ¿qué sentido tenía entonces que lo regalara? Para eso hubiera seguido conmigo.

Dio una cuidadosa chupada al cigarrillo con el codo apoyado en la mesa de la cocina. Oí el crepitar de una ducha, procedente del fondo del piso.

—¿Se lo lleva a Florida todos los años?

—Desde luego. Y a veces en el mismo avión, si hay sitio. Dice que a *Mingus* le gusta estar allí, que se siente como el amo. —Cogió una servilleta y la dobló por la mitad.

—Pues es extraño que no aparezca por ninguna parte.

—Probablemente estará donde esté ella.

—¿Habló usted con la señora Boldt después de que asesinaran a la vecina?

Negó con la cabeza mientras dejaba caer limpiamente la ceniza en la servilleta doblada.

—Hablé con la policía; mejor dicho, la policía habló conmigo. Las ventanas de mi sala de estar dan a la casa y les interesaba saber lo que yo pudiera haber visto. Y la verdad es que no vi nada. El policía encargado de la investigación era el chulo más asqueroso que he visto en mi vida y no me gustó ni un pelo su actitud hostil. ¿Quiere que se lo caliente?

Se levantó para traer el café. Asentí y rellené ambas tazas con el contenido de un termo. El crepitar del agua había cesado de repente y el hecho no nos pasó inadvertido a ninguno de los dos. Se acercó al fregadero, apagó el cigarrillo poniéndolo bajo el grifo y lo tiró al cubo de la basura. Cogió una sartén y sacó del frigorífico un envoltorio con beicon.

—La invitaría a desayunar, pero no tengo con qué; a menos que quiera compartir conmigo uno de mis mejunjes de proteínas. Voy a preparar uno ahora mismo, aunque me da un asco indescriptible. Tengo que cocinar comida de verdad para un amigo.

—Me voy inmediatamente, no se preocupe —dije, poniéndome en pie.

Me hizo un ademán de impaciencia.

—Síntese, por favor. Termíñese el café por lo menos. Además, mientras esté aquí, podrá hacerme las preguntas que quiera.

—¿Sabe usted si la señora Boldt utiliza los servicios de algún veterinario del barrio?

Cortó tres lonchas de beicon, las puso en la sartén y encendió el gas. Se inclinó para observar la pequeña llama azul. Tuvo que recogerse el albornoz.

—En la esquina con Serenata Street hay una clínica para gatos. A veces lo lleva en una de esas jaulas especiales y *Mingus* se pone a maullar como un coyote. No le gustan los veterinarios.

—¿Tiene idea de dónde puede estar Elaine?

—¿Con su hermana, tal vez? Puede que fuera a Los Ángeles a verla.

—Fue la hermana quien me contrató al principio —dije—. Hace años que no ve a Elaine.

Apartó bruscamente los ojos del beicon y se echó a reír.

—¿Será bruja! ¿Quién le ha dicho eso? Si la vi aquí mismo no hace ni seis meses.

—¿A Beverly?

—Sí —dijo. Cogió un tenedor y removió las lonchas de beicon en la sartén. Volvió al frigorífico y cogió tres huevos. Sólo con ver aquellos preparativos se me hacía agua la boca. Prosiguió en tono coloquial—. Tendría unos cuatro años menos que Elaine. Pelo negro, estilo niña descarada muy conseguido, piel exquisita. —Se me quedó mirando—. ¿Tengo razón o no?

—Se parece a la mujer que conocí —dije—. ¿Por qué me mentaría?

—Quizá yo pueda explicárselo —dijo. Cogió un rollo de papel de cocina y cortó un pedazo,

que dobló junto a la sartén—. Bueno, en navidad tuvieron una pelea horrible, ya sabe. Puede que Beverly no quisiera que se supiese. Chillaban como bestias, se tiraban objetos, daban portazos. ¡Dios mío! ¡Y qué perrerías se dijeron! Fue una obscenidad. No sabía que Elaine tuviera una lengua tan sucia, aunque la otra la ganaba.

—¿Y por qué fue?

—Por un hombre, naturalmente. ¿Por qué otra cosa nos peleamos todas?

—¿Sabe de quién se trataba?

—No. Con franqueza, yo creo que Elaine es una de esas mujeres a quienes en el fondo les encanta la viudez. Despierta mucha simpatía y tiene toda la libertad que quiere. Posee un montón de dinero y no tiene con quién pelearse. Está mejor sola.

—¿Por qué se peleó entonces con Beverly?

—¿Quién sabe? Puede que les resultara divertido.

Apuré el café y me levanté de la silla.

—Me tengo que ir pitando. No quiero fastidiarle el desayuno, pero quizá tenga que volver. ¿Figura su nombre en la guía?

—Por supuesto. Trabajo... en el bar del Edgewood Hotel, junto a la playa. ¿Lo conoce?

—No llego a tanto, pero sé a cuál se refiere.

—Venga a verme cuando quiera. Todas las noches, salvo los lunes, estoy allí hasta que cierran. Desde las seis. La invitaré a una copa.

—Gracias, Wim. Iré a verle. Le agradezco su ayuda. El café estaba estupendo.

—A mandar —dijo.

Al salir vi de refilón con quién iba a compartir Wim el desayuno. Parecía salido de una revista de hombres: ojos provocativos, mandíbula perfecta, camisa sin cuello y suéter italiano de cachemir sobre los hombros, con las mangas anudadas en el pecho. Wim se había puesto a cantar en la cocina una versión personal de *El hombre que quiero*. Tenía la voz idéntica a la de Marlene Dietrich.

En el vestíbulo me encontré con Tillie, que empujaba un carro de la compra como si fuera un cochecito infantil. Lo llevaba cargado de las bolsas de papel marrón que dan en los establecimientos.

—Me parece que voy a tener que ir al mercado dos veces al día —dijo—. ¿Vienes a verme a mí?

—Sí, y como no estabas, he subido a casa de Wim para charlar un rato con él. No sabía que Elaine Boldt tuviera gato.

—Sí, hace años que lo tiene. No sé por qué, se me olvidó comentártelo. ¿Qué habrá hecho con él?

—Dijiste que aquella noche llevaba equipaje de mano al subir al taxi. ¿Crees que llevaba a *Mingus* en la jaula?

—Bueno, cabe la posibilidad. Desde luego era bastante grande y Elaine lo llevaba siempre consigo, fuera donde fuese. Igual ha desaparecido también. ¿No piensas tú lo mismo?

—No lo sé con certeza, pero es probable. Es una lástima que no padeciera ninguna extraña enfermedad felina porque en ese caso podríamos buscar al veterinario que lo trataba; tal vez nos

daría alguna pista —dije.

—No sabría decirte. Por lo que sé, ha gozado siempre de buena salud. No sería difícil reconocerlo. Es un gatazo viejo de pelo largo y grisáceo. Tiene que pesar casi diez kilos.

—¿Es de pura raza?

—No. Más aún, hizo que lo castraran al principio, es decir, que no se le ha utilizado con fines reproductores ni nada parecido.

—Bien —dije—, es posible que empiece a investigar también sobre el gato. En este momento estoy en un callejón sin salida. ¿Hablaste ayer con la policía?

—Sí, sí, y dije que, en nuestra opinión, la intrusa pudo haber robado los recibos y facturas de Elaine. El agente me miró como si estuviera loca, pero tomó nota de todo.

—Voy a decirte algo que me ha contado Wim. Según él, Beverly, la hermana de Elaine, estuvo aquí en Navidad y las dos tuvieron una pelotera de las que hacen historia. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía, y Elaine no me dijo nada tampoco —dijo Tillie, removiéndose con nerviosismo—. Bueno, Kinsey, tengo que irme. He comprado helado y se derretirá si no lo meto en seguida en el frigorífico.

—Muy bien. Volveré si necesito algo —dije—. Gracias, Tillie.

Se alejó por el vestíbulo con el carro de la compra y yo regresé al coche y lo abrí. Observé una vez más la casa de los Grice, atraída de un modo casi irresistible por aquel montón de ruinas medio quemado donde se había cometido el crimen. Movida por un impulso, volví a cerrarlo con llave y avancé hacia la puerta principal de los Snyder. El señor Snyder tuvo que verme por la ventana porque se abrió la puerta cuando ya había levantado la mano para llamar. Salió al porche.

—La he visto venir. Usted es la mujer que estuvo aquí ayer —dijo—. Ya no recuerdo su nombre.

—Kinsey Millhone. Ayer estuve hablando con el señor Grice en casa de su hermana. Me dijo que usted tenía una llave de la casa y que podía pedírsela para echar un vistazo.

—Sí, es verdad. La tengo en alguna parte. —Dio la sensación de que se cacheaba a sí mismo y acabó sacando un llavero del bolsillo. Fue pasando una llave tras otra—. Esta es —dijo. La sacó del llavero y me la dio—. Es de la puerta de atrás. Por delante está todo clavado con tablas como usted misma puede ver. Durante un tiempo tuvieron la casa acordobanada^[3], hasta que los del laboratorio lo revisaron todo.

—¿Qué pasa, Orris? —dijo alguien al fondo—. ¿Con quién hablas?

—¡Ya está bien, para el carro! —Y luego, mirándome, añadió con las papadas temblonas—: Vieja cotorra... Lo siento, tengo que irme.

—Se la devolveré cuando termine —dije, pero antes de que me diera cuenta se alejaba ya hacia el interior de la casa.

Me había dicho que su mujer estaba sorda como una tapia, pero a mí me parecía que oía la mar de bien.

Crucé el jardín de los Snyder; la hiedra crujía bajo mis pies. El césped de los Grice se había marchitado a causa del abandono y la acera estaba sembrada de desperdicios. No parecía haberse tocado desde que estuvieran allí los coches de bomberos y crucé los dedos con la esperanza de que el Servicio de Recuperación de Objetos no hubiera entrado para limpiar la casa. Doblé la esquina y pasé ante las puertas dobles y cerradas con candado que, medio vencidas hacia el interior del edificio, conducían al sótano. Ya en la parte trasera, subí cinco peldaños carcomidos y

accedí a un pequeño porche. La mitad superior de la puerta trasera consistía en un gran panel de vidrio y distinguí el interior de la cocina por entre los arrugados visillos que, sucios ya, tenían un aspecto asqueroso.

Abrí y entré. Por una vez tuve suerte. Había escombros en tierra, pero los muebles seguían en su sitio; la mesa de la cocina estaba hecha un asco y las sillas por los suelos. Dejé la puerta abierta e inspeccioné la estancia. Había platos en la tabla de mármol y por la puerta de la despensa vi anaqueles con latas de comestibles. Volví a experimentar el escalofrío nervioso que siento siempre ante tales destrozos.

La casa olía a madera quemada por los cuatro costados y todo estaba cubierto por una espesa capa de hollín. Las paredes de la cocina eran grises a causa del humo y al avanzar hacia el corredor pisé unos casquillos de vidrios rotos, que produjeron el mismo ruido crujiente que cuando se pisa azúcar. Según iba viendo, la distribución de la casa de los Grice era igual a la de los Snyder, y en consecuencia pude identificar lo que supuse era el comedor, que estaba separado de la cocina por una ennegrecida puerta batiente. Tenía que corresponder a la habitación de la casa de los Snyder que Orris había adaptado para que fuera dormitorio de su mujer. En el pasillo había un mini-baño con sólo taza y pila. El antiguo linóleo se había hinchado y doblado, dejando al descubierto los ennegrecidos maderos de debajo. La ventana del pasillo estaba rota; daba a un estrecho callejón que se abría entre las dos casas y estaba enfrente mismo del adaptado dormitorio de May Snyder. La vi con toda claridad, echada en una cama de hospital, con la cabecera subida hasta formar un ángulo de cuarenta y cinco grados. Pequeñita y encogida bajo un edredón blanco, parecía dormir. Me alejé de la ventana y fui por el pasillo hasta la sala de estar.

El fuego había quitado el color a todo y la escena parecía ahora una fotografía en blanco y negro. Las huellas del humo —semejantes al dibujo de la piel de un cocodrilo— podían verse en el marco de las puertas y en las ventanas. La destrucción se hacía más patente a medida que avanzaba hacia la parte delantera. Al pasar ante la escalera que conducía al semipiso de arriba vi que las llamas no habían dejado intactos los peldaños ni la barandilla de madera. El papel decorado estaba tan ennegrecido y estropeado como un antiguo mapa del tesoro.

Seguí avanzando, procurando orientarme bien. Faltaba la madera del suelo en un punto siniestro y próximo a la puerta, donde supuse que se había encontrado el cadáver de Marty Grice. Las llamas se habían ensañado con las paredes, dejando al descubierto cañerías y vigas ennegrecidas. En el suelo de aquella estancia, por el pasillo y escaleras arriba, había un reguero irregular y calcinado que delataba la presencia de algún reactivo. Rodeé el agujero del suelo y eché un vistazo a la sala de estar, que parecía decorada con «muebles» de vanguardia, contruidos por entero con briquetas de carbón. El sofá y los sillones parecían invitar todavía a la tertulia de sobremesa, aunque el fuego había devorado la tapicería hasta los muelles. Lo único que quedaba de la mesita del tresillo era un esqueleto calcinado.

Volví a las escaleras y subí con cuidado. El fuego había engullido el dormitorio con bocados caprichosos y al lado de un montón de libros intactos había un escabel carbonizado casi. La cama estaba hecha, pero las mangueras habían empapado la habitación, que ahora olía a fibra podrida de alfombra y a papel decorado húmedo, mantas mohosas, ropa chamuscada, y a pegotes de material aislante, que se había calentado y fundido por trechos entre la madera y el yeso de las paredes. En la mesita de noche había una foto enmarcada de Leonard; empotrada entre el marco y el vidrio había una cartilla odontológica con una cita para revisión y limpieza de dientes.

Aparté la cartilla y observé de cerca la cara de Leonard. Pensé en la instantánea de Marty que ya conocía. Menuda foca: grasa por todas partes, gafas de montura de plástico y un pelo que parecía una peluca. Leonard era mucho más atractivo; resultado de una época más feliz, presentaba un aspecto elegante, una cara distinguida, pelo gris y una expresión serena. Los hombros se le habían redondeado, sin duda a causa de los problemas de la espalda, aunque daba la impresión de que tenía una naturaleza débil o como propensa a excusarse. Me pregunté si Elaine Boldt lo habría encontrado atractivo. ¿Se habría interpuesto entre aquellos dos?

Dejé la foto donde estaba y volví a la planta baja. Al recorrer el pasillo vi una puerta entornada y la abrí con cautela. Vi a mis pies el negro abismo del sótano. Mierda. Si quería hacer las cosas bien, no tenía más remedio: tendría que inspeccionarlo. Hice una mueca para mis adentros, salí de la casa y fui hasta el coche para coger la linterna de la guantera.

Las escaleras del sótano estaban intactas. Por lo visto, el fuego había sido detenido antes de llegar allí. El destrozo de las habitaciones superiores parecía fruto de un reactivo que aseguraba como mínimo una combustión superficial en toda la casa. El haz de la linterna rasgó la oscuridad e iluminó un estrecho pasillo lleno de objetos que no quise tocar. Llegué al pie de la escalera. Casi tocaba el techo con la cabeza. La casa tenía más de cuarenta años de antigüedad y los cimientos eran nidos de arañas y de humedad malsana. El aire era denso, como el de un invernadero, sólo que todo lo que había allí abajo estaba muerto y exhalaba el vaho pantanoso de los incendios antiguos y la humedad añeja, del abandono y la podredumbre.

Recorrí las vigas con la luz de la linterna hasta llegar al agujero por el que entraba la luz del día. ¿Se había quemado el suelo, cayendo entonces el cadáver al sótano? Me acerqué y estiré el cuello para ver mejor. Me dio la sensación de que los bordes del agujero habían sido cortados a mano. Puede que el inspector de Incendios se hubiera llevado algunas muestras de madera para hacer pruebas en el laboratorio. Vi la estufa a mi izquierda, una masa gris, muda y achaparrada, con tubos llenos de hollín que se extendían en todas direcciones. El suelo era de tierra apisonada y cemento resquebrajado, y el lugar entero estaba lleno de chatarra. Los botes de pintura y las mamparas de tela metálica se amontonaban debajo de las escaleras, y en el rincón había una antigua pila de cinc con las cañerías corroídas.

Recorrí el perímetro del sótano, inundando de luz los rincones por donde las criaturas de ocho patas, llenas de horror, huían de mí. Después me felicité por haber sido una chica tan minuciosa, pero en aquellos momentos yo sólo quería salir de allí cuanto antes. Las casas vacías siempre parecen estar llenas de esos ruidos que obligan a preguntarse si no habrá por los alrededores algún asesino armado con un hacha y en busca de víctima. Enfoqué con la linterna el apartado muro por donde ascendían unos peldaños hasta la puerta doble, cerrada ahora, que se abría en la parte lateral de la casa. La luz diurna se filtraba por las rendijas, pero no el aire fresco del exterior. Sabía que la puerta doble estaba asegurada con candado por fuera, pero la madera era vieja, estaba resquebrajada y no parecía muy firme. A juzgar por lo que me había dicho Lily Howe, el intruso ni siquiera se había molestado en forzar la entrada. Por el contrario, se había dirigido directamente a la puerta principal y había tocado el timbre. ¿Había habido lucha? ¿Se había asustado el asesino al abrir ella la puerta y la había matado en el acto? Cabía la posibilidad, desde luego, de que el intruso fuera una mujer, en particular si el arma homicida había sido realmente un bate de béisbol. Con la proliferación de los gimnasios, cada vez más mujeres se sentían atraídas por los aparatos que desarrollan los músculos del brazo; homicidio con

lanzamiento de disco, de jabalina, de martillo, con arco y flechas, con el *puck* de jugar al hockey sobre hielo... se diría que las variantes son infinitas.

Avancé hacia las escaleras, estremeciéndome de manera involuntaria a causa de la oscuridad que había tras de mí. Subí los peldaños de dos en dos y a punto estuve de quedar fuera de combate porque me di con la cabeza contra una viga. Solté una maldición ruidosa que salió del sótano y volvió a entrar por el pasillo como si se persiguiera a sí misma. Algo peludo me llamó de pronto la atención y cuando me di cuenta de que era un frágil ciempiés que me reptaba por la pechera, empecé a brincar dando saltitos de rana, a darme manotazos en la blusa como si de repente hubiera estallado en llamas. ¡Lo que hay que hacer para ganarse el jornal!, me dije con rabia. Salí por la puerta trasera, cerré tras de mí y tomé asiento en los peldaños del porche. Mi respiración se fue normalizando por fin, pero aún tardé unos minutos en recuperar el aplomo.

Mientras, me dediqué a inspeccionar el patio trasero. En realidad no sé qué andaba buscando ni qué esperaba encontrar después de seis meses. Allí no había más que hierbajos y matorrales, y un naranjo pequeño, deforme por la falta de agua, y cargado de una fruta endurecida que se estaba volviendo marrón porque nadie la cogía. El cobertizo era una de esas estructuras metálicas prefabricadas que se pueden ver en el catálogo de Sears y montar en cualquier parte. Estaba cerrado con un candado grande, ancho, impresionante, que parecía a prueba de bomba. Crucé el patio y lo inspeccioné. En realidad era un candado antiguo, de los de llave grande, que sin duda abriría en unos minutos; pero no llevaba encima la ganzúa y no me hacía ninguna gracia la idea de ponerme a forcejear con un candado en pleno día. Era mejor volver cuando el sol se hubiera puesto y averiguar lo que Grice o su sobrino guardaban allí. Sin duda muebles viejos de jardín, pero nunca se sabe.

Devolví la llave al señor Snyder, cogí el coche y volví al despacho. Llené la cafetera. Aún no había llegado el correo y no había recados en el contestador automático. Abrí el balcón y salí a respirar aire puro. ¿Dónde coño estaba Elaine Boldt? ¿Y dónde estaba su gato? Había agotado ya casi todas las posibilidades de actuación y observación. Redacté un contrato para que lo firmara Julia Ochsner y lo metí en un sobre. Cuando estuvo el café, me serví una taza, tomé asiento en el sillón giratorio y me puse a girar. Cuando hay dudas y vacilaciones, me dije, lo mejor es volver a la rutina.

Puse una conferencia a dos periódicos, uno de Boca Ratón y otro de Sarasota, para poner un anuncio: «Quien conozca el paradero de Elaine Boldt, sexo femenino, raza blanca, edad 43...», etcétera, «por favor, póngase en contacto con...» mi nombre, dirección, teléfono y un desafío para practicar el cobro revertido.

Parecía práctico. ¿Qué más podía hacer? Seguí girando otro poco y llamé a la señora Ochsner. De todos modos no podía quitármela de la cabeza.

—¿Sí? —dijo, cuando descolgó por fin.

Tenía la voz temblorosa, aunque con un dejo de esperanza, como si a pesar de sus ochenta y ocho años pudiese recibir una llamada inesperada y sucederle cualquier cosa. Confiaba en sentirme también así hasta el fin de los tiempos. Aunque por el momento no era tan optimista.

—Qué tal, Julia. Soy Kinsey, de California.

—Un momento, querida, voy a bajar el volumen de la televisión. Estoy viendo mi programa favorito.

—¿Quiere que la llame dentro de un rato? Odio interrumpir.

—No, no. Prefiero hablar con usted. Un segundo.

Transcurrieron unos instantes y oí que el ruido de fondo bajaba de volumen hasta quedar reducido al silencio. Julia emprendió el viaje de vuelta al teléfono, sin duda a la máxima velocidad que podía permitirse. Seguí esperando. Por fin cogió el auricular.

—La he dejado encendida —me explicó—, aunque desde aquí lo veo todo borroso. ¿Y usted? ¿Qué tal está?

—Decepcionada —dije—. Ya no me queda prácticamente nada por hacer y quería preguntarle por el gato de Elaine. Porque usted no ha visto a *Mingus* en estos seis meses, ¿verdad que no?

—Pues no, vaya. Ni siquiera había pensado en ello. Si Elaine ha desaparecido, parece lógico que también haya desaparecido el gato.

—Eso parece. La administradora del piso de aquí dice que la vio marcharse aquella noche con lo que parecía una jaula para gatos, es decir que si realmente fue a Florida, tuvo que llegar con el gato.

—Yo juraría que el gato respiró el aire de Florida tanto como Elaine, pero puedo hacer averiguaciones en los consultorios de los veterinarios y en las guarderías para gatos de la zona —dijo Julia—. Puede que se separase de él por algún motivo.

—¿Lo haría usted? La verdad es que me ahorraría tiempo. No sé si descubrirá algo, pero por lo menos lo habremos intentado. Quiero localizar el taxi que utilizó Elaine para saber si llevaba el gato consigo cuando fue al aeropuerto. ¿Le habló alguna vez Pat Usher del gato?

—Que yo recuerde, no. ¿Sabe que ya se ha mudado? Se ha ido llevándose absolutamente todo.

—¿De veras? Bueno, no me sorprende, aunque me gustaría saber dónde está ahora. ¿Podría pedir a los Makowski la nueva dirección de esta mujer, de Pat? La llamaré a usted dentro de un par de días, pero, sobre todo, no se le ocurra llamar a Pat. No quiero que sepa que está usted metida en esto. Puede que más adelante la necesite para algún trabajito delicado y quiero mantenerla en la sombra. Bueno —añadí—, ¿cómo le va todo, por lo demás?

—Oh, muy bien, Kinsey. No se preocupe por mí. Supongo que si, después de solucionar este caso, le propongo fundar conmigo una agencia de detectives, no me tomará muy en serio, ¿verdad?

—Peores ofertas me han hecho en la vida —dije.

Se echó a reír.

—Voy a leer a Mickey Spillane, aunque sólo sea para entrar en calor. Hay un montón de palabras soeces que desconozco.

—Ya las digo yo por las dos, pierda cuidado. En fin, ya seguiremos hablando. Si mientras tanto descubre algo interesante, comuníquemelo. Ah, voy a enviarle el contrato para que lo firme. Hay que hacer bien las cosas.

—*Roger*. Corto y cierro —dijo y colgó.

Dejé mi veterano Volkswagen Cucaracha en el aparcamiento que hay en la parte trasera de mi despacho y me dirigí a pie a la compañía de taxis La Mejor, en Delgado Street. La administración se encuentra en una angosta arteria llena de establecimientos especializados en gangas y rebajas: zapatos, estéreos para coche, artículos de cocina, motos, más algún salón de belleza y algún que otro fotomatón. No es un buen enclave. La calle, de una sola dirección, va en un sentido equivocado. El aparcamiento es demasiado pequeño y, según parece, el propietario del edificio,

aunque no exige alquileres elevados, deja que los inmuebles agonicen bajo la pintura desconchada y las alfombras raídas.

La Mejor estaba empotrada entre la tienda de ropa de segunda mano La Solidaridad Humana y la Sastrería Los Corpulentos, en cuyo escaparate podía verse un traje confeccionado para los entusiastas de la grasa animal. La administración de la compañía de taxis era larga y estrecha, y la dividía en dos un tabique de conglomerado donde se había abierto una puerta. Toda ella estaba decorada como un escondrijo infantil, a tono con los dos sofás despanzurrados y la mesa coja de una pata. Vi carteles y rótulos a mano pegados a los tabiques con cinta adhesiva, basura amontonada en un rincón, ejemplares manoseadísimos de la revista *Motor* en una especie de expositor surrealista junto a la entrada principal. Al fondo había un asiento de coche apoyado en la pared, la tapicería estaba rota y el desgarrón se había subsanado pegando unas tiritas adornadas con estrellas, del año de Maricastaña. El encargado estaba encaramado en un taburete y apoyaba el codo en un mostrador más desordenado que un banco de carpintero. Tendría unos veinticinco años, el pelo rizado y negro, y bigotito de igual color. Vestía pantalón ancho de algodón y camiseta azul claro con un estampado descolorido de los Grateful Dead, y una visera le aplastaba el pelo a los parietales. La radio de onda corta emitió unos sonidos incomprensibles y el chico cogió el micrófono.

—Siete-cero —dijo, concentrando inmediatamente la mirada en el plano de la ciudad que estaba pegado a la pared, por encima del mostrador.

Vi un cenicero lleno de colillas, un tubo de aspirinas, un calendario de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, una correa de ventilador, botellas de plástico de *ketchup* y un aviso enorme, escrito con rotulador, que decía: «¿A “bisto” alguien mi linterna roja?». Clavada a la pared había una lista de direcciones de los clientes que habían pagado con cheques sin fondo, y otra de los que solían llamar a más de un taxi para ver cuál llegaba primero.

Hubo una breve y rápida sucesión de chillidos y el encargado trasladó un imán redondo de un punto a otro del plano de la pared. Era como si estuviese jugando solo a las damas. A continuación imprimió un giro circular al taburete y se me quedó mirando.

—Usted dirá.

Le tendí la mano.

—Kinsey Millhone —dije.

Pareció un tanto desconcertado ante la idea de estrechármela, pero se defendió de la manera más deportiva que supo.

—Ron Coachella.

Saqué la cartera y le enseñé la documentación.

—¿Podría usted consultar unos datos que necesito?

Tenía los ojos negros y brillantes, y su forma de mirarme me decía que podía consultar todos los datos que le diera la gana.

—Cuénteme su película.

Le conté una versión condensada al estilo del *Reader's Digest* y le di la dirección de Elaine Boldt y la hora aproximada en que había ido a buscarla el taxi.

—¿Puede mirar el 9 de enero de este año y comprobar si fue La Mejor quien hizo el servicio? Tal vez lo hicieran Taxis Urbanos o Raya Verde. Quisiera hacer unas preguntas al conductor.

Se encogió de hombros.

—Claro. Pero quizá tarde un día. Tengo todos los papeles en casa. No los guardo aquí. ¿Por qué no la llamo yo, o mejor aún, me da usted un toque? ¿Qué dice?

Sonó el teléfono, escuchó el mensaje y lo anotó. A continuación cogió el micrófono y apretó el botón.

—Seis-ocho. —Inclinó la cabeza mientras escuchaba con indiferencia. Se oyó el chisporroteo de la electricidad estática y luego un graznido—. Cuatro-cero-dos-nueve Orion —dijo y cortó la comunicación.

Le entregué mi tarjeta. La miró con curiosidad, como si nunca hubiera conocido a una mujer que utilizase tarjetas profesionales. La radio resucitó de repente y volvió a coger el micrófono. Me despedí con una seña y me la devolvió por encima del hombro.

Hice exactamente lo mismo en las otras dos compañías de taxis, que por suerte estaban lo bastante cerca para ir andando. Al contar la película por tercera vez, me sentía ya como si sufriese de parálisis aguda de lengua.

Cuando llegué al despacho, me aguardaba en el contestador automático un mensaje de Jonah Robb.

—Eeeh..., hola, Kinsey. Aquí el agente Robb, es sobre aquello que..., bueno, sobre aquello de que hablamos. Estaba pensando si querrías llamarme alguna vez..., bueno, esta tarde, por ejemplo, para buscar una forma de afrontar juntos la situación. Hoy es viernes y son..., eeeh..., las doce y diez del mediodía. Ya hablaremos. En fin. Gracias.

El número al que quería que le llamase era el de la Jefatura de Policía, extensión Personas Desaparecidas. Lo llamé y me identifiqué en cuanto se puso al habla.

—Creo que tienes cierta información que me interesa —dije.

—Sí —dijo—. ¿Te importaría pasar por mi casa más tarde?

—Supongo que no —contesté.

Tomé nota de su dirección y quedamos para las nueve y cuarto, después de cenar. Como no era momento para abordar asuntos personales, le di las gracias y colgué.

Ya no podía hacer nada más aquella tarde en relación con el caso, así que cerré la oficina y me fui a casa. No era más que la una y veinte y, como había trabajado poco, me sentía obligada moralmente a ser útil en casa. Lavé la taza, el platito y el plato que había dejado en el fregadero y los dejé en el escurridor en espera de un nuevo uso. Metí un montón de toallas en la lavadora, limpié la pila del cuarto de baño y la de la cocina, saqué la basura y pasé al aspirador por entre los muebles. De vez en cuando corro los muebles para limpiar la pelusa de debajo, pero aquel día me contenté con despejar los espacios más concurridos y con que el piso oliera a esa mezcla tan característica de aceite industrial caliente y polvo frito. Me gustan el orden y la limpieza. Cuando una vive sola, o se vuelve una cerda o limpia sobre la marcha, que es lo que yo hago. No hay nada más deprimente que terminar una jornada agotadora y volver a una casa que parece una cuadra.

Me enfundé en el pantalón del chándal y me puse a quemar energías a lo largo de cinco kilómetros. Era uno de esos días extraños en que correr se me antojó inexplicablemente grandioso.

Me duché al volver, me lavé la cabeza, dormí la siesta, me vestí, fui a comprar algo de comer y al final me instalé ante la mesa y me puse a dar vueltas a mis fichas mientras acompañaba con un vaso de vino blanco un emparedado caliente de huevo duro con mucha sal y mucha salsa mahonesa de régimen y que me supo a dinamita.

A las nueve cogí una cazadora, el bolso y las ganchúas y, ya en el coche, puse rumbo a Cabaña

Boulevard, la ancha avenida que discurre en sentido paralelo a la playa. Giré a la derecha. Jonah vivía en una travesía de Primavera, en un pequeño y extraño grupo de casas situado a casi dos kilómetros de donde me encontraba. Dejé atrás el club náutico y miré a mi izquierda al pasar ante Ludlow Beach. Aunque ya se estaba haciendo de noche, distinguí el gran cubo de basura donde había estado a punto de perder la vida hacía dos semanas. Me pregunté cuánto tiempo tendría que transcurrir para perder la costumbre inconsciente de mirar a la izquierda cada vez que pasaba ante el punto donde había pensado que iba a ajustar cuentas con la muerte de una vez por todas. Los últimos resplandores del día despertaban brillos en el agua y el cielo era de un gris argentino, vetado de rosa y un lila que se volvió magenta allí donde las montañas más próximas rompían el paisaje. Aguas adentro, las cabelleras flotantes de luz del sol creaban charcos temblorosos que envolvían a las islas en una aureola de luminosidad mágica y dorada.

Subí la colina, pasé ante el Sea Shore Park, giré a la derecha y me introduje en la red de calles que hay al otro lado de la avenida. La proximidad del Pacífico cargaba el aire de niebla fría y salitre corrosivo, a pesar de lo cual habían construido allí mismo una escuela de párvulos. Era un barrio que no estaba mal para Jonah, que había tenido que mantener a una familia con un salario de policía, pero no era un barrio de lujo ni mucho menos.

Encontré el número que buscaba y entré en el sendero del garaje. La luz del porche estaba encendida y el jardín parecía bien cuidado. La casa era una especie de rancho con mucho estuco pintado de añil y cenefas azul marino. Calculé que tendría tres dormitorios y quizás un patio embaldosado en la parte trasera. Llamé y Jonah vino a abrirme. Llevaba unos tejanos y una camisa de vestir con una raya rosa. Sostenía en la mano, cogido por el cuello, un botellín de cerveza; me hizo una seña para que entrara al tiempo que miraba el reloj.

—Llegas pronto —dijo.

—No vives lejos. Mi casa está al pie de la colina.

—Ya lo sé. ¿Quieres darme eso?

Alargó la mano, me quitó la cazadora y se la di junto con el bolso. Arrojó ambas cosas en una silla, sin ceremonias. Durante un minuto no se nos ocurrió nada que decir. Dio un sorbo a la cerveza. Me introduje las manos en los bolsillos de atrás. ¿Por qué tanta torpeza? La situación me hizo recordar aquellas bochornosas salidas de la época del bachillerato elemental en que la madre de alguna amiga nos llevaba en coche al cine y nunca sabíamos de qué hablar. Eché un vistazo en derredor.

—Bonita casa —observé.

—Ven conmigo. Te la enseñaré.

Le seguí mientras me hablaba con la cabeza vuelta hacia atrás.

—Cuando nos mudamos a este barrio era un montón de mierda. La habían tenido en alquiler unos rarillos que tenían un hurón en el armario y nunca tiraban de la cadena porque iba contra sus creencias religiosas. Seguramente los habrás visto por ahí. Van descalzos, se ponen trapos amarillos y rojos en la cabeza y se visten como en la Biblia. El dueño me contó que casi nunca le pagaban el alquiler y que cada vez que se presentaba para reclamárselo se ponían a canturrear, le cogían la mano y le miraban fijamente a los ojos. ¿Te apetece un poco de vino? Tengo uno muy bueno, sin tapón de rosca.

—Me siento halagada —dije con una sonrisa.

Dimos un rodeo hacia la cocina y me abrió una botella de blanco que me sirvió en un vaso que

aún tenía pegada en el fondo la etiqueta del precio. Me sonrió con apocamiento cuando se dio cuenta.

—Sólo me quedaban los vasos de plástico con que jugaban las niñas en el patio trasero —dijo—. Bueno, esto es la cocina.

—Lo sospechaba.

Era una casa bonita. No sé qué esperaba encontrar, pero no tuve más remedio que admitir que alguien se había preocupado de decorarla con gusto. Dominaba la sencillez: suelos de madera natural, muebles de diseño simple, superficies desnudas. ¿Por qué había abandonado Camilla todo aquello? ¿Qué más quería?

Me enseñó tres dormitorios, dos cuartos de baño, una terraza que daba a la parte de atrás, y un patio pequeño limitado por paredes enjalbegadas y cubiertas de enredadera.

—Voy a decirte la verdad —dijo—. Cuando Camilla se fue, empaqueté todas sus cosas y llamé al Ejército de Salvación para que se las llevara. Estar en casa para seguir viendo sus cagarrutas artesanales no era plan. Las habitaciones de las niñas las dejé como estaban. Camilla podía cansarse de ellas, igual que se cansó de mí, pero sus cosas no me hacían ninguna falta. Cuando «su majestad» se enteró, cogió un real cabreo, pero ¿qué esperaba? —Se encogió de hombros y estuvo un momento así, con el botellín de cerveza cogido por el gollete.

Ahora que la había visto dos veces, su cara empezaba a adquirir forma definida. Antes me había limitado a constatar cualidades como «inofensivo» y «blandito». Ya me había dado cuenta de la carga que soportaba: esa personalidad suya, mezcla de simpatía y humor con mala sombra. Era franco y directo y yo reaccionaba en consecuencia, pero poseía además un rasgo que ya había observado en algunos policías: una mezcla de seguridad y aturdimiento, como si contemplase el mundo a distancia sin ver el menor defecto en sí mismo. Estaba claro que la sombra de Camilla seguía dominando buena parte de su existencia y hasta sonreía cada vez que hablaba de ella, aunque no con afecto, sino para ocultar el rencor. Me dije que aquel hombre necesitaba salir con otras mujeres antes de tontear conmigo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué esa cara? —dijo.

Le sonreí.

—Cuidado con el perro —dije.

No estoy segura de si me refería a él o a mí. Él también sonrió, pero se dio cuenta de lo que había querido decir.

—Tengo aquí lo que te interesa.

Señaló en dirección a la mesa de comedor que había en un recodo de la sala de estar.

Me instalé junto a una lámpara, sintiéndome como una glotona que acabase de anudarse la servilleta alrededor del cuello y empuñara con firmeza el cuchillo y el tenedor. Entre los informes que me había fotocopiado se encontraban también algunas fotografías. Tenía la oportunidad de ver con mis propios ojos las consecuencias del delito y ardía de impaciencia.

Leí todo de un tirón para tener una imagen de conjunto y luego volví al principio a fin de detenerme en los detalles que me interesaban. La versión oficial del suceso, hasta donde la conocía yo, y las entrevistas con Leonard Grice, su hermana Lily, los vecinos, el inspector de incendios y el primer agente de policía que se había personado en el escenario del crimen, presentaban los hechos más o menos como me los habían contado a mí los distintos testigos que había interrogado.

Leonard y Marty tenían que haber salido con la viuda hermana del primero, la señora Howe, para asistir a su cena tradicional de los martes por la noche. Marty, que no se encontraba bien, se echó atrás a última hora. Leonard y Lily se fueron a cenar, de acuerdo con lo planeado, y volvieron a casa de los Howe a eso de las nueve de la noche, momento en que llamaron a Marty para decirle que ya habían regresado. Tanto el señor Grice como su hermana hablaron con Marty, que tuvo que interrumpir la conversación porque llamaban a la puerta. Según Lily y Leonard, tomaron una taza de café y charlaron un rato. El segundo se marchó aproximadamente a las diez y llegó unos veinte minutos más tarde a Vía Madrina, donde descubrió que se había incendiado su casa. El incendio se había dominado ya por entonces y estaban sacando el cadáver de su esposa de la vivienda parcialmente destruida. Sufrió un desmayo y fue reanimado allí mismo por enfermeros. Había sido Tillie Ahlberg quien había descubierto el humo y quien había dado la alarma a las diez menos cinco. Al cabo de unos minutos se habían presentado dos coches de bomberos, pero el incendio había alcanzado tales proporciones que la puerta principal había quedado impracticable. Los bomberos tuvieron que forzar la puerta trasera y extinguieron el incendio al cabo de unos treinta minutos. Se descubrió el cadáver junto a la entrada y se trasladó al depósito.

Fue identificado gracias a las radiografías odontológicas aportadas por el dentista de Marty y por el análisis del contenido del estómago. Según parece, la víctima había dicho a Leonard por teléfono que se había preparado una lata de sopa de tomate y un bocadillo de atún. Las latas vacías se habían encontrado en la basura de la cocina. El momento de la defunción se había fijado en un estrecho margen comprendido entre el momento de la llamada telefónica y el momento en que se había dado la alarma por el incendio.

Leí el informe de la autopsia sintetizando mentalmente un sinfín de detalles técnicos. El patólogo notificaba que no había rastros de carbono ni en los bronquios ni en los pulmones, ni óxido carbónico en la sangre u otros tejidos. Así pues, la víctima ya estaba muerta al declararse el incendio. Los análisis posteriores no habían descubierto en su organismo ningún rastro de alcohol,

cloroformo, productos estupefacientes o venenos. La causa de la muerte se atribuía a las múltiples fracturas craneanas producidas al parecer por los impactos causados por un objeto contundente. A juzgar por la naturaleza de las heridas, el patólogo estimaba que dicho objeto tenía que tener entre 10 y 13 centímetros de anchura, y aventuraba que podía haberse tratado de una tabla de madera empuñada con energía, un bate de béisbol o una porra o bastón, seguramente de metal. No se había encontrado el arma homicida. A menos que fuera un madero destruido por las llamas, si bien no había pruebas palpables que apoyaran esta suposición.

Los investigadores estaban al parecer convencidos de que se había tratado de un incendio provocado. Las pruebas del laboratorio habían revelado la presencia de rastros de petróleo en las vigas del suelo. Los regueros calcinados que recorrían toda la casa confirmaban la hipótesis. Los investigadores habían visto las mismas salpicaduras ennegrecidas y los mismos rastros de líquido que viera yo al recorrer la casa. Además, se habían servido de métodos muy precisos para calcular el punto de origen del incendio y la dirección del mismo. Se había interrogado a Leonard Grice a propósito del petróleo y había manifestado que guardaba cierta cantidad en el sótano para llenar dos lámparas y una cocina que él y Marty solían llevar consigo cuando iban de acampada, lo que aclaraba cómo había obtenido el intruso el combustible. Todo parecía indicar que el intruso se había presentado con un arma en la mano, pero sin intención de prender fuego al lugar. El incendio, por lo visto, había sido una ocurrencia posterior, un plan ideado a toda prisa para enmascarar los golpes mortales asestados a Marty Grice. No había nada que indicase que el asesino estuviera al tanto de la presencia de la víctima en la casa, por lo que la policía lo tenía difícil si pensaba que el asesinato se había planeado de antemano.

No había pruebas de que se hubiera utilizado un mecanismo de retardación, lo que descartaba la posibilidad de que Grice hubiera preparado el incendio antes de marcharse. Mike, el sobrino de Grice, había sido interrogado y declarado libre de toda sospecha. Muchos testigos desinteresados lo habían visto en un cuchitril del centro de Santa Teresa, llamado The Clockworks, durante el período crítico en que según los expertos se había declarado el incendio. No había más sospechoso ni otros testigos. Todas las demás pruebas concluyentes, entre ellas las huellas dactilares, habían sido eliminadas por el incendio. El nombre de Elaine Boldt figuraba en una lista de personas pendientes de interrogatorio y una nota indicaba que el teniente Dolan había hablado con ella por teléfono el día 5 de enero. La había citado para el día 10, pero aquella no se había presentado. De acuerdo con la información con que yo contaba, se había marchado a Florida la noche anterior.

En mitad de un informe vi un detalle que despertó muchísimo mi interés. Según una agente que estaba de servicio en Jefatura, a las nueve y seis minutos de la noche del crimen se había recibido una llamada que pudo haber sido de Marty Grice. Se había tratado de una mujer que, presa del pánico, había lanzado un grito de auxilio antes de que la comunicación se cortase. Puesto que se había llamado directamente a Jefatura y no al 911, la agente no había podido localizar el origen de la llamada. Había tomado nota de la misma, pese a todo, y al descubrirse el homicidio había informado a Dolan, quien incluyó el detalle en el informe. También había preguntado a Leonard Grice a propósito de aquello. Si de verdad se trataba de Marty, ¿por qué había llamado a Jefatura en vez de marcar el 911? Leonard había manifestado que tenían un contestador automático con agenda-marcador. Marty había introducido en la memoria el número de Jefatura y el de los bomberos. El contestador automático se había encontrado intacto en una mesa situada al fondo del

pasillo con los números claramente impresos en el índice. Marty, al parecer, se había percatado de algún modo de la intrusión, se las había arreglado para llegar hasta el teléfono y había podido lanzar una mutilada señal de socorro antes de encontrar la muerte. Si había sido ella en efecto quien había llamado, dicha llamada determinaba que la muerte se había producido a las nueve y seis minutos o inmediatamente después.

Durante unos instantes acaricié la pasajera sospecha de que Leonard Grice estuviera complicado. A fin de cuentas, y por lo que yo sabía, la policía no contaba más que con la palabra de Lily para determinar que se encontraba en casa de ésta a aquella hora. Según mi hipótesis, había podido volver antes a casa, matar a Marty, provocar el incendio y esconderse en los alrededores hasta el momento de hacer acto de presencia. Si estaba compinchado con la hermana, bastaba con que los dos afirmasen que ambos habían estado juntos en el momento del siniestro. Pero la suerte me daba la espalda. Después de leer otros tres interrogatorios, vi un párrafo que detallaba una charla que Dolan había sostenido con unos vecinos de Lily que se habían presentado inesperadamente en su casa a las nueve para entregarle un regalo de cumpleaños. El marido y la esposa habían dicho, cada uno por su lado, que Leonard estaba allí y que no se había marchado hasta las diez, más o menos. Sabían la hora aproximada porque habían tratado de convencerle de que se quedase para ver un programa de televisión que comenzaba a las diez. Se trataba de una película que reponían, pero como estaba deseoso de volver a casa con su mujer, se marchó.

Hay que joderse, pensé.

Ahora bien, ¿por qué me cabreaba tanto aquello? Ah, pues porque yo quería que Leonard Grice fuera culpable de algo. De asesinato, de ayudar a prepararlo, de ayudar a cometerlo. Me gustaba la idea por mor de pulcritud, aunque sólo fuera por razones estadísticas. En California hay más de tres mil homicidios al año y dos tercios largos corresponden a crímenes cometidos por amigos, conocidos o parientes, lo que obliga a pensar si no será mejor ser huérfano y misántropo en este estado. La cuestión es que cada vez que se comete un asesinato hay muchas probabilidades de que haya participado una persona querida y próxima a la víctima.

Medité la posibilidad, reacia a descartarla. ¿Podía Grice haber contratado a alguien para que matara a su mujer? Desde luego que sí, aunque no era tan fácil ver lo que habría ganado en tal caso. La policía, que no pecaba de ignorante, había investigado también esta pista y no había llegado a nada. No había dinero surgido de improviso, ningún encuentro con personajes indeseables, ningún motivo aparente, ningún beneficio visible.

Lo cual me hacía volver a Elaine Boldt. ¿Podía haber estado complicada en la muerte de Marty Grice? Prácticamente todo lo que había ido sabiendo de ella arrojaba un «no» tan rotundo como resonante. No había ningún indicio de que hubiera estado relacionada con Leonard ni románticamente ni de algún otro modo, salvo como ocasional pareja de *bridge*. No me cabía en la cabeza que Marty Grice hubiera sido asesinada por desbaratar un pequeño *slam*, aunque con los jugadores de *bridge* nunca se sabe. Wim Hoover me había dicho que Elaine y Beverly se habían peleado en Navidad por un hombre, pero resultaba difícil imaginarse a aquellas dos luchando a brazo partido por Leonard Grice. A mí me seguía tentando la vieja sospecha: que Elaine sabía algo o había visto algo relacionado con el asesinato de Marty y que se había ido de la ciudad para eludir la investigación de la policía de Santa Teresa.

Me centré en las fotos y desenchufé todas las clavijas cerebrales. Necesitaba conocer el lado visual de los acontecimientos y no podía permitirme el lujo de reaccionar emocionalmente. La

muerte violenta es repugnante. Mi primer impulso consiste siempre en dar media vuelta y marcharme, en proteger mi alma del espectáculo, pero se trataba del único testimonio gráfico del siniestro y tenía que verlo por mis propios ojos. Posé una mirada de indiferencia en la primera foto en blanco y negro. Las fotos en color serían insoportables y me dije que lo mejor era comenzar por las más «fáciles».

Jonah carraspeó en aquel punto y alcé los ojos.

—Yo me voy a la piltra —dijo—. Estoy hecho polvo.

—¿Ya? —Miré la hora con sorpresa. Eran las once y media. Llevaba allí sin moverme más de dos horas—. Lo siento —dije—. No sabía que llevase aquí tanto tiempo.

—Tranquila. Lo que pasa es que me he levantado a las cinco de la mañana y necesito pegar ojo. Llévate todos los papeles, si quieres. Pero si Dolan te coge con ellos, lo negaré todo y dejaré que los lobos te devoren; por lo demás, deseo que te sean útiles.

—Gracias. Ya me han sido de utilidad.

Metí las fotos y los informes en un sobre grande de papel marrón, que a su vez metí en mi bolso.

Cogí el coche y volví a casa, intranquila. No se me iba de la cabeza la imagen del cadáver de Marty: las facciones deformadas por las quemaduras, la boca abierta, tendida en un cerco de cenizas que parecía un montón de confeti gris. El calor le había contraído los tendones de los brazos y le había colocado los puños en postura pugilística. Había sido su último combate y lo había perdido, pero en mi opinión no había terminado todavía.

Quise exorcizar la imagen repasando todo lo que sabía hasta el momento. Había un pequeño detalle que seguía pinchándome. ¿Sería verdad lo que había dicho May Snyder sobre el insistente martilleo de aquella noche?

Estaba ya cerca de casa cuando me acordé del cobertizo del patio trasero de los Grice. Pisé el freno a fondo, di un giro espectacular a la izquierda y puse rumbo al centro.

Vía Madrina estaba a oscuras bajo la densa techumbre de los pinos. No había mucho tráfico a aquella hora. El cielo estaba un tanto nublado y, aunque había luna llena, la luz que se filtraba quedaba parcialmente eclipsada por el edificio de la comunidad de propietarios. Estacioné el coche y saqué de la guantera una linterna-pluma. Me puse un par de guantes de goma, cerré con llave y avancé por el sendero de entrada de los Grice. Avancé directamente por el costado de la casa sin que las bombas hicieran el menor ruido en el cemento.

Palpé la ganzúa que llevaba en el bolsillo y que tenía la forma de una mandolina plana de metal. Llevaba encima un llavero con un juego de cinco ganzúas y tenía otro juego en casa, de ganzúas más complicadas, en un estuche de cuero precioso. Me las había regalado un desvalijador foráneo que a la sazón cumplía una condena de diez meses en la penitenciaría del condado. La última vez que lo habían cogido me había contratado para que vigilase a su mujer, que según él le engañaba con el vecino. En realidad no le engañaba con nadie, y el desvalijador se sintió tan contento al enterarse que me regaló las ganzúas y me enseñó a utilizarlas. También me dio algo en metálico, pero luego resultó que era dinero robado y me pidió que se lo devolviese porque el juez le había ordenado que lo restituyera.

Hacía frío y soplabla una brisa caprichosa que despertaba suspiros entre las ramas de los árboles. En la casa que había detrás de la de los Grice había toldos de lona que daban sacudidas como las velas de los barcos y el murmullo hueco de la hierba seca daba a la aventura un clima

espectral. En cualquier caso me notaba asustadiza por haber visto las fotos del cadáver achicharrado, y sin embargo allí estaba, a punto de cometer un pequeño delito que podía enviarme a la cárcel y retirarme la licencia. Si los vecinos daban la alarma y se presentaba la policía, ¿qué podía decir? ¿Que por qué estaba haciendo lo que hacía? Bueno, pues porque quería saber qué había dentro de aquella casita metálica y no se me había ocurrido otra manera de averiguarlo.

Iluminé con la pequeña linterna la base del candado. Mi amigo el desvalijador me había dibujado un candado igual que aquél y por eso sabía que en tales artefactos hay un resorte plano en forma de horquilla que encaja en las muescas de la armella. Por lo general, sólo la punta de la llave acciona el resorte, así que era cuestión de adivinar cuál de las ganzúas podía movilizarlo. A decir verdad habría podido probar con una horquilla estirada y con un extremo doblado en forma de ele, pero precisamente era ésta la forma que tenía la primera ganzúa que empleé y el candado ni siquiera se inmutó. Probé con otra que tenía la punta en forma de hache. Tu tía. Probé la tercera con mucho cuidado. El candado se abrió en mi palma. Consulté el reloj. Minuto y medio. Tengo mi pequeña vanidad para estas cosillas.

La puerta del cobertizo chirrió cuando la abrí y me detuve unos instantes con el corazón retumbándome en la garganta. Oí el torpedeo de una moto que pasaba por la calle, pero no le hice mucho caso porque acababa de entender qué tipo de vigilancia hacía Mike en la casa de su tío. En el cobertizo, además del rimero de cacharros de alfarería, la cortadora manual de césped y una hoz, había seis estantes repletos de productos prohibidos: botes de tapa hermética llenos de anfetanas, nembutales, seconales, dexamyles, amitales, y algunas bolsas de plástico con hierba y chocolate. En fin, era demasiado tentador para decirlo con palabras. No creí que el drogadicto fuera Leonard Grice, pero habría apostado unos duros a que el sobrino había invertido todos sus ahorros en aquel paraíso artificial portátil. Tan pagada estaba de mi descubrimiento que no me di cuenta de que lo tenía detrás hasta que dejó escapar un atónito «¡eh!».

Di un salto y me volví en redondo mientras contenía una exclamación. De pronto me vi ante el muchacho, cuyos ojos verdes brillaban en la oscuridad como los de un gato. Estaba tan sorprendido como yo. Por suerte ninguno de los dos iba armado, de lo contrario habríamos podido enfrentarnos en un rápido duelo y en ese caso nos habríamos causado mucho daño inútil.

—Pero ¿qué haces aquí? —dijo.

Parecía ofendido, como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Empezaba a tener ya la cresta demasiado larga y el viento se la vencía un tanto hacia la izquierda, como la hierba de aquellos campos que aparecían en los antiguos anuncios de Kotex. Llevaba una cazadora negra de cuero y lucía un pendiente con una piedra preciosa de imitación. Calzaba botas altas y confeccionadas con un material estriado para que pareciesen de piel de serpiente, pero en realidad parecían estar leprosas. Era difícil tomarse en serio a aquel chaval, pero lo hice; no sé cómo, pero lo hice. Salí, cerré la puerta del cobertizo y eché el candado a continuación. ¡Que intentase probar algo ahora!

—Sentí curiosidad por lo que hacías aquí y vine a echar un vistazo.

—¿Quieres decir que has forzado la entrada? —preguntó. Su voz tenía ese crujido adolescente que se hereda de la pubertad y las mejillas se le habían teñido de rosa—. ¡No puedes hacer una cosa así!

—Mike, encanto, lo he hecho ya —dije—. Y estás metido en un buen lío.

Se quedó mirándome con cara de haba durante un momento.

—¿Vas a llamar a la pasma?

—¡Mierda, sí!

—Pero lo que has hecho es tan ilegal como lo mío —dijo.

Saltaba a la vista que era uno de esos chicos brillantes y acostumbrados a discutir con los adultos esgrimiendo el nombre de la justicia.

—No te enteras, chaval —dije—. No pienso quedarme aquí discutiendo contigo el código penal californiano. Te dedicas al trapicheo. Y a la pasma le traerá sin cuidado lo que yo haya hecho. Puede que pasara por aquí por casualidad y pensase que eras tú quien forzaba la entrada. Estás acabado, chico.

En sus ojos se aposentó una expresión de astucia y cambió de táctica.

—Espera un momento, por favor. No corras tanto. ¿Por qué no lo discutimos?

—Eso, ¿por qué no lo discutimos? A ver, ¿qué tienes que decir?

Casi veía corretear de aquí para allá sus células cerebrales en busca de algún pensamiento. No era tonto y no dejó de sorprenderme la táctica que adoptó.

—¿Estás investigando la muerte de tía Marty? ¿Es por eso por lo que estás aquí?

Tía Marty. Una finta eficaz, me dije. Esbocé una sonrisa.

—No exactamente, pero más o menos.

Se giró para mirar hacia la calle y a continuación bajó la cabeza para contemplarse la punta de la bota serpentina.

—Es que sé algo... bueno, digamos que tengo cierta información al respecto.

—¿Qué información?

—Es algo que no dije a la pasma. O sea que podríamos hacer un trato.

Alzó la vista hasta mí, con las manos en los bolsillos de la cazadora. Tenía cara de inocente, la piel clara, y la expresión de sus ojos era tan pura que le habría confiado a mi primogénito si lo hubiera tenido. Esbozó una sonrisita simpática y me pregunté cuánto dinero ganaría vendiendo drogas a sus amigos estudiantes. También me pregunté si no acabaría con un balazo en la cabeza por estafar a alguien situado en un plano superior en el esquema general de las cosas. Me interesaba lo que pudiera decirme y él lo sabía. Tenía que reconciliarme aprisa con mi propia corrupción, lo cual no era tan difícil. En situaciones como la presente acabo por admitir que llevo demasiado tiempo al pie del cañón.

—¿Qué clase de trato?

—Dame tiempo para limpiarlo todo antes de que lo digas. De cualquier modo, yo ya pensaba retirarme: la «estupa» nos ha metido unos «madalenos» en el colegio y tenía intención de tomarme unas vacaciones hasta que pasaran los controles.

No se habla aquí de corregirse y enmendarse a perpetuidad, queridos míos, sino de soluciones prácticas. Pero el chico por lo menos no trataba de darme gato por liebre... hasta cierto punto. Nos miramos y algo sufrió una modificación. Yo sabía que le podía echar un rapapolvo, que le podía pisotear y amenazar. Podía hacerme la pureta, la moralista y la critica. Él sabía cómo estaban las cosas, lo mismo que yo, y lo que teníamos que ofrecernos podía sernos útil a ambos.

—De acuerdo —dije—, tú ganas.

—Bien, entonces vamos a hablar a otro sitio —dijo—. Me he quedado tieso.

Me fastidió advertir que el chico había empezado a gustarme un poco.

Fuimos a The Clockworks, en State Street; él con la moto y yo detrás con el coche. Se trata de un tugurio para adolescentes y parece sacado de un vídeo de rock; consiste en un pasillo largo y angosto, pintado de gris marengo, techo alto e iluminación de tubos de neón de color rosa y morado. En conjunto quiere reproducir el interior de un reloj abstracto y futurista. Del techo penden móviles negros que parecen gigantescas ruedas dentadas y que se mueven lentamente a instancias del humo que llena el local. Junto a la puerta hay cuatro mesas de tamaño reducido y, a la izquierda, una serie de reservados para estar de pie, con una especie de mostrador hasta el pecho, donde las parejas pueden magrearse mientras se toman un refresco. En la carta pegada a la pared hay una lista de tapas, por ejemplo ensalada y tostadas con ajo, para que los chicos piquen durante horas seguidas a cambio de los 65 centavos que vale el derecho a sentarse a una mesa. También se puede pedir cerveza de dos clases y un vino blanco de la casa, si se tiene edad suficiente y pruebas tangibles de ello.

Era casi medianoche y sólo había dos personas en el local, pero el propietario conocía a Mike al parecer y me dirigió una mirada evaluadora. Me esforcé por no parecer un ligue de Mike. No me importaba liarme con un joven de tarde en tarde, pero un diecisieteañero se me antojaba casi un pecado. Desconocía además las normas que imperan cuando se negocia con los trapicheadores de colegio. Por ejemplo, ¿quién tenía que pagar las bebidas? No quería que se resintiera la imagen que tenía de sí mismo.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó mientras se dirigía a la barra.

—Vino blanco, *chablis* —dije.

Le dejé pagar, puesto que ya había sacado la cartera. Sin duda se sacaría treinta billetes al año vendiendo mierda y pastillas. El propietario volvió a mirarme y le enseñé de lejos el carnet de identidad, con indiferencia, dándole a entender que podía comprobarlo si quería, pero que iba a ser un esfuerzo inútil.

Mike volvió con el vino, que le habían servido en un vaso de plástico, y con una bebida no alcohólica para él. Tomó asiento y paseó la mirada por el local, en busca de drogas camufladas. Parecía raramente maduro y me costaba afrontar el hecho de que pareciera un *boy scout* y se comportara como un sicario de la Mafia. Se volvió a mí en aquel punto con los codos apoyados en la mesa. Había cogido un sobrecito de azúcar del servicio de la mesa y comenzó a darle vueltas mientras dirigía casi todas sus palabras al pasatiempo impreso en el dorso.

—Bien. Te contaré lo que pasó —dijo—. Y conste que es la verdad. En primer lugar, sólo he utilizado la casa de mis tíos como almacén después de que mataran a tía Marty y tío Leonard se

mudara. Cuando la pasma terminó lo que tenía que hacer allí, pensé que el cobertizo me venía muy al pelo y trasladé parte del material. Bueno, la cuestión es que pasé por la casa la noche que mataron a mi tía...

—¿Sabía ella que ibas a pasar?

—No, no, a eso voy. Bueno, yo sabía que cenaban fuera los martes por la noche y pensé que no estarían. Cuando estaba a dos velas y necesitaba algo de pasta, me dejaba caer por allí y cogía un poco de chatarra. Siempre tenían algo suelto, no mucho, pero suficiente. Otras veces cogía un objeto cualquiera y lo colocaba donde podía; nada que pudieran echar en falta y, como nadie había dicho ni palabra hasta el momento, pensaba que aún no se habían dado cuenta. Bueno, pues aquella noche fui para allá pensando que la casa estaría vacía, pero al llegar vi que la puerta estaba abierta.

—¿Abierta de dar en par?

Negó con la cabeza.

—Giré el tirador y comprobé que no habían echado la llave. Nada más asomar la cabeza, me di cuenta de que pasaba algo raro.

Esperé mientras lo miraba con inquietud.

Carraspeó y volvió la cabeza para observar la entrada. Bajó la voz.

—Yo creo que el tipo estaba aún allí. La luz del sótano estaba encendida y oí que alguien daba golpes, y además estaba la alfombra del vestíbulo, una especie de alfombra que al parecer habían puesto encima de algo, no sé qué. Entonces vi que sobresalía una mano manchada de sangre. Me largué pitando, tía.

—¿Estás totalmente seguro de que ya estaba muerta?

Asintió y quedó con la cabeza gacha. Se pasó la mano por la cresta rosada y me miró de soslayo.

—Habría debido llamar a la pasma, lo sé, pero la cosa me acojonó en serio. Son una mierda estos asuntos. ¿Qué podía hacer? No podía decir nada a la pasma y tampoco quería que se fijaran en mí, así que mantuve la boca cerrada. No creí que mi información fuera útil. Ni siquiera vi a quien lo había hecho.

—¿No recuerdas nada más? Algún coche aparcado ante la casa...

—No sé. No estuve mucho tiempo. Nada más ver aquello, salí flechado. Percibí un olor como de gasolina o algo parecido y... —Titubeó un segundo—. Espera un momento, sí, en el vestíbulo había una bolsa grande de papel marrón, de ésas de supermercado. No sé qué haría allí. Bueno, el caso es que como no sabía qué coño pasaba, me largué inmediatamente y me vine aquí para que me vieran.

Tomé un sorbo de vino y repasé lo que me había contado. El chablis sabía a zumo de pomelo fermentado.

—Háblame de la bolsa del supermercado. ¿Estaba vacía, llena, medio arrugada?

—Había algo dentro, creo. Bueno, la verdad es que no me fijé en nada concreto. Era una de esas bolsas marrones de Alfa Beta, y estaba en el suelo, a la derecha, nada más entrar.

—¿Como si tu tía hubiera ido a comprar? ¿Te refieres a eso?

Se encogió de hombros.

—Por mí habría podido contener un kilo de jaco. No sé. Quizá fuera de quien estaba en el sótano.

—Hiciste mal en no llamar a la policía, aunque fuese de manera anónima. Habrían podido llegar antes de que la casa se incendiara.

—Sí, ya lo sé. Lo pensé después y me sentí muy mal por no haberlo hecho, pero la cabeza no me funcionaba bien.

Apuré la bebida no alcohólica, agitó el hielo del vaso y se introdujo un cubito en la boca. Oí cómo lo trituraba con los dientes. Sonó igual que cuando un caballo mastica una brida.

—¿Recuerdas alguna otra cosa?

—No, creo que eso es todo. Cuando adiviné lo que pasaba, salí de la casa y me vine aquí enseguida.

—¿Sabes qué hora era?

—La hora exacta, no. Cuando llegué aquí eran las nueve menos cuarto y entre que venía y buscaba sitio para aparcar debieron de pasar diez minutos. Anduve con la moto dos manzanas para que nadie me oyese arrancar. Serían las ocho y media más o menos cuando salí de la casa.

Negué con la cabeza.

—Las ocho y media, imposible. Querrás decir las nueve y media. La mataron después de las nueve.

Se apartó el vaso de la boca y me miró con desconcierto.

—¿Cómo dices?

—Tu tío y la señora Howe dicen que hablaron con ella a las nueve y resulta que la policía recibió una llamada, de tu tía al parecer, a las nueve y seis minutos.

—Bueno, puede que me confundiera porque creí que eran las nueve menos cuarto cuando llegué aquí. Miré el reloj al entrar y luego le pregunté la hora a un colega y miró su reloj.

—Ya veremos si puede comprobarse —dije—. Por cierto, ¿qué parentesco hay entre Leonard y tú?

—Es hermano de mi padre, que es el menor de su familia.

—O sea que Lily Howe es hermana de los dos.

—Algo así.

Los tubos morados de neón empezaron a parpadear y los de color rosa se apagaron al cabo de unos instantes. El dueño exclamó, dirigiéndose a nuestra mesa:

—Cerramos dentro de diez minutos, Mike. Lamento interrumpir.

—Tranquilo, tío. Gracias.

Nos pusimos en pie y avanzamos hacia la puerta trasera. Mike no era mucho más alto que yo y me pregunté si pareceríamos hermanos o madre e hijo. No despegué los labios hasta llegar al aparcamiento.

—¿Tienes idea de quién pudo matar a tu tía?

—No, ¿y tú?

Negué con la cabeza.

—Yo que tú limpiaría el cobertizo.

—Claro, claro. Ese fue el trato, ¿no?

Se acercó a su moto, se acomodó en ella y luego la puso en marcha.

—Oye, ¿sabes una cosa? Ya no recuerdo cómo te llamas.

Le di una tarjeta y subí a mi Cucaracha. Esperó a que me pusiera en camino para arrancar a su vez.

Quería olvidarme del caso durante el fin de semana porque no sabía qué hacer. El sábado por la mañana repasé los informes de la policía y añadí unas cuantas fichas a las que ya tenía en el tablón de anuncios, pero por el momento prefería arrinconarlo. A lo mejor el lunes obtenía respuesta a los anuncios que había puesto en los periódicos de Florida o puede que supiera algo del Registro de Vehículos de Tallahassee o Sacramento. Aún esperaba el billete de avión que Julia Ochsner me había enviado por correo y no podía por menos de desear que me aportara información, fuera cual fuese. Si no aparecía nada más, tendría que volver a empezar por el principio para ensayar otras directrices. Aún tenía que investigar en los veterinarios de la localidad para ver qué se sabía del gato.

Invertí unos minutos en llamar por segunda vez a las tres compañías de taxis. El encargado de Raya Verde con el que había hablado la vez anterior me dijo que aún no había podido consultar los ficheros. El dueño de Taxis Urbanos los había consultado sin encontrar nada y Ron Coachella de La Mejor no había llegado aún al trabajo, pero el encargado de turno me dijo que estaba al caer. Tanto trabajo para nada.

Me fui al despacho. No quería, pero no pude evitarlo. Me sentía incómoda, intranquila e insatisfecha. Me revienta que las cosas me salgan mal. La Fidelidad de California cerraba los fines de semana. Abrí y recogí el correo que habían dejado en el buzón de la puerta. En el envés de uno de los sobres figuraba el nombre de Julia Ochsner. Lo dejé en la mesa y me dispuse a escuchar los mensajes del contestador automático. No había más que uno y, por lo visto, acababan de dejarlo.

—Hola, Kinsey. Soy Ron Coachella, el de la compañía de taxis. Tengo la información que buscaba. La Mejor recogió a un usuario en Vía Madrina, número 2097... vamos a ver... el 9 de enero a las diez y cuarto de la noche. El conductor era Nelson Acquistapace y su teléfono 555-6317. Le he dicho que usted lo llamará. Tengo en mi poder la hoja de ruta y puede venir cuando quiera para hacer una fotocopia y enseñársela. Puede que veinte dólares le refresquen la memoria, ya me entiende. Por lo demás, no se olvide —canturreó—: «El servicio mejor con La Mejor» —y colgó.

Sonreí. Apunté en un papel el nombre del taxista y su número de teléfono. Preparé la cafetera y abrí la carta de Julia. Escribía con caligrafía antigua y de sorprendente firmeza, con una cursiva clara, de ringorringos vistosos y mayúsculas muy bien hechas. Me decía que me adjuntaba el billete, que las lluvias de junio caían con intensidad y que Charmaine Makowski había dado a luz un niño de cuatro kilos y medio la noche anterior y quería que todos supieran que no quería quedarse embarazada otra vez. Charmaine y Roland aún no le habían puesto nombre al niño y agradecían las sugerencias. Según Julia, casi todos los nombres propuestos hasta ahora eran una imbecilidad. Terminaba dándome muchos recuerdos.

Inspeccioné el billete, que venía dentro de un sobre de la TWA. Parecía haberse expedido en el aeropuerto de Santa Teresa, ida y vuelta de Santa Teresa a Los Ángeles y de Los Ángeles a Miami. Los cuatro comprobantes de vuelo se habían arrancado, pero quedaba el papel carbón. El billete se había pagado con tarjeta de crédito. Los cuatro comprobantes arrancados. Muy interesante. ¿Habría regresado a la ciudad en algún momento? De ser así, ¿por qué se había tirado el resto del billete al cubo de la basura de Pat Usher en Boca Ratón? Volví a consultar la lista de

agencias de viaje y me esforcé por imaginar cuál utilizaría normalmente Elaine Boldt. Me decidí por Santa Teresa Travel, que se encontraba a unos pasos de la comunidad de propietarios de Vía Madrina. No era más que una corazonada, pero por algún sitio tenía que empezar. Marqué el número, y al ver que no contestaban supuse que la agencia permanecía cerrada los fines de semana.

Hice una lista de los indicios que podía seguir el lunes. Volví a inspeccionar el pasaje de avión. No vi la menor indicación de que el gato hubiera embarcado con ella, aunque no sabía cómo se hacían estas cosas. ¿Había que sacar también un billete para los gatos? Tendría que preguntarlo. Grapados al dorso del sobre había unos resguardos de equipaje, pero que estuvieran todavía allí no significaba gran cosa. En el aeropuerto de esta ciudad se recoge el equipaje sin que nadie compruebe los resguardos. Recordé que las maletas de Elaine eran muy llamativas, de piel de color granate y con la firma del fabricante impresa en grandes caracteres en el forro de tela. Yo las había admirado ya en una ocasión, pero después de pensármelo había preferido abrir una cuenta a plazo fijo.

Marqué el número de Nelson Acquistapace, el taxista de La Mejor. Estaba resfriado y en cama, pero me dijo que Ron le había explicado lo que yo quería. Tuvo que interrumpirse para sonarse dos veces.

—¿Por qué no recoge la hoja de ruta y viene aquí? Vivo en Delgado, a media manzana de La Mejor —dijo—. Estaré en la parte trasera.

Recogí la hoja de ruta y llegué a su casa a eso de las nueve y media. Lo vi en el patio trasero de un bungalow blanco de madera que se alzaba en medio de un bosque de arbustos gigantes. Estaba echado en una hamaca de armazón metálico, en el único rincón donde daba el sol. El resto estaba sumido en sombras y parecía frío e inhóspito. Tendría sesenta y tantos años, y el pelo le raleaba; iba enfundado en un albornoz verde oscuro y parecía de complejión recia. Tenía encima del pecho un pedazo de franela rosa estampada y olía a Vicks Vaporub. A su lado había una mesita metálica con medicamentos contra el resfriado, una caja de pañuelos de papel, un vaso de zumo vacío y unas revistas de crucigramas que no me eran desconocidas.

—Conozco al individuo que hace esos crucigramas —dije—. Es mi casero.

Enarcó las cejas.

—¿Vive aquí ese tío? ¡Es un sabelotodo! Pone unas definiciones que no las resuelve ni Dios. Fíjese en este crucigrama, es sobre «Novelistas ingleses del siglo XVIII», y el tío, hala, mete todos sus libros, todos los personajes y toda la pesca. Tuve que leer a Henry Fielding, Laurence Sterne y otros de los que no había oído hablar en mi vida para poder resolverlo. Es mejor que ir a la universidad, se lo digo yo. ¿Qué es? ¿Catedrático o algo así?

Negué con la cabeza al tiempo que experimentaba un orgullo tonto. Por la reacción del taxista se habría dicho que Henry era una estrella de rock.

—Era dueño de una pequeña panadería que había en el cruce de State y Purdue. Empezó a confeccionar crucigramas cuando se jubiló.

—¡No me diga! ¿Seguro que es el mismo? ¿Henry Pitts?

Me eché a reír.

—Claro que estoy segura. Siempre me está poniendo a prueba con sus definiciones. Creo que nunca he sido capaz de resolver entero ninguno de sus crucigramas.

—Pues dígame que me gustaría verle. Cuando quiera. Tiene un sentido del humor muy

retorcido, pero a mí me gusta. Hizo uno exclusivamente con rarezas botánicas, ¿se acuerda? Era desesperante. Estuve en vela toda la noche. No puedo creer que ese tío viva aquí, en Santa Teresa. Yo estaba convencido de que era todo un catedrático del Instituto Tecnológico de Massachusetts o de algún sitio así.

—Le contaré lo que opina de él. Le emocionará saber que tiene un admirador.

—Dígale que se pase por aquí cuando quiera. Dígale que Nelson Acquistapace está a su disposición. Si necesita un taxi, que llame a La Mejor y pregunte por mí.

—Se lo diré —dije.

—¿Ha traído la hoja de ruta? Ron me dijo que andaba usted buscando a una señora que ha desaparecido. ¿Es verdad?

Saqué del bolso la hoja de ruta y se la alargué.

—No se acerque demasiado, muñeca —dijo. Sacó un pañuelo del bolsillo del albornoz, se limpió la nariz, se sonó y se lo guardó. Desdobló la hoja y se la puso a la distancia del brazo totalmente estirado—. Me he dejado las gafas dentro. ¿Cuál es?

Le señalé la dirección de Vía Madrina.

—Ah, sí, ya me acuerdo. La llevé al aeropuerto y allí la dejé. Recuerdo que quería coger el último avión de Los Angeles. No sé si me dijo adónde iba.

—A Miami, Florida.

—Sí, sí, ahora me acuerdo.

Inspeccionaba la hoja de ruta como si fuesen cartas de tarot dispuestas en un orden difícil de interpretar.

—¿Sabe qué es esto? —Golpeó el papel—. ¿Quiere saber por qué le cobré tanto? Fijese. Dieciséis dólares. No cuesta tanto ir de Vía Madrina al aeropuerto. Aquella mujer me hizo parar y me tuvo esperando quince minutos con el taxímetro corriendo. Una parada en mitad de trayecto. Espere, a ver si recuerdo dónde fue. En algún punto de Chapel. Sí, sí, ahora caigo. Fue en la clínica que está cerca de la autopista.

—¿Una clínica?

Aquello me cogió por sorpresa.

—Sí, bueno, un dispensario. Para el gato. Lo dejó para que lo sometieran a no sé qué intervención de urgencia, volvió al taxi y nos marchamos.

—Supongo que no la vería subir al avión, ¿verdad?

—Pues sí. Ya había terminado el turno de noche. Puede verlo en la hoja de ruta. Fue mi última cliente, subí al bar del aeropuerto y me tomé un par de cervezas en la terraza. Como le dije que iba a estar arriba, se volvió para decirme adiós con la mano al dirigirse hacia el avión.

—¿Iba sola?

—Que yo sepa, sí.

—¿La había cogido anteriormente?

—No. Yo vivía en Los Ángeles y me trasladé aquí en noviembre del año pasado. Esto es el paraíso. Me encanta esta ciudad.

—Bueno —dije—, le agradezco su ayuda. Por lo menos sabemos ya que subió al avión. Supongo que lo que hay que saber ahora es si llegó a Boca Ratón.

—Ahí es donde dijo que iba. Pero ¿sabe una cosa? Como iba con un abrigo de pieles, le dije que fuera a un sitio frío. Donde por lo menos pudiera ponérselo. Se rió.

Apreté el botón de pausa de mi mando a distancia mental y me quedé contemplando la imagen inmóvil. Había en ella algo raro y molesto a la vista. Imaginé a Elaine Boldt con el abrigo de pieles y el turbante, camino del sol y el calor, volviéndose para saludar al taxista que la había llevado al aeropuerto. Había algo inquietante en aquella imagen última de la mujer y de pronto caí en la cuenta de que no era así como me la había imaginado hasta entonces. Había barajado la posibilidad de que hubiese huido, pero en el fondo del corazón me la imaginaba muerta. Y en ningún momento había dejado de creer que quien hubiese matado a Marty Grice la había matado también a ella. Sólo que era incapaz de adivinar por qué. Ahora volvía a dominarme el mismo desconcierto. Algo no encajaba en esa imagen, pero era incapaz de adivinar el qué.

Bueno, por lo menos ya tenía algo que hacer. Cuando me despedí de Nelson se estaba tomando la temperatura con un termómetro digital y me confesó con timidez que tenía una pasión secreta por aquella clase de artilugios. Le deseé una rápida mejoría, subí al coche y puse rumbo a Chapel.

La clínica veterinaria es un pequeño prisma de vidrio y piedra artificial del color de la masilla que se emplea para las ventanas, y se alza en el tramo sin salida de resultas de haber cortado la Autopista 101. Me encantan estas calles sin salida, son como recuerdos de lo que la ciudad ha sido, y una refrescante desviación del dominante estilo colonial español. Las pequeñas casas de madera de la zona, con sus barandillas talladas a mano, sus exóticos detalles decorativos, sus contraventanas de madera y sus techos puntiagudos, son en realidad chalecitos victorianos para la clase trabajadora. En la actualidad parecen antiguallas desvencijadas, pero aún permiten imaginar la época en que estaban recién construidas y pintadas, y en que los árboles hoy adultos no eran más que esbeltos pimpollos plantados en medio de los huertos y jardines recién sembrados. La ciudad de entonces debía de estar llena de carruajes y carreteras polvorientas. Me cuento entre las personas que desearían que quedasen más residuos de aquella época.

Dejé el coche en el aparcamiento de detrás de la clínica y entré por la puerta trasera. Alcancé a oír un lejano y furioso ladrido colectivo, chillidos agudos que suplicaban compasión, libertad y consuelo. Sólo había dos animales en la sala de espera, dos gatos de aire aburrido que parecían cojines adormilados. Sus dueños humanos les hablaban con un acento felino y una entonación aguda que me dio dolor de cabeza. Cada vez que sonaba al fondo el aullido de algún perro, parecía que los gatos esbozaban una sonrisa.

Tenía que haber dos veterinarios de servicio porque se llamó a los dos gatos al mismo tiempo, se los instaló en sendos carritos y se los llevaron por el corredor mientras yo me quedaba sola con la recepcionista. Tendría veintiocho o veintinueve años, era pálida, tenía ojos azules y se ceñía el pelo liso y rubio con una cinta azul al estilo de Alicia en el País de las Maravillas. El marbete identificador que llevaba decía «Emily».

—¿Qué desea?

Hablaba como si su crecimiento se hubiera detenido a los seis años: con un hilo de voz tenue y resollante, modulado con dulzura y quizás ensayado a propósito para calmar animalejos histéricos. De vez en cuando tropiezo con mujeres que hablan así, y no deja de intrigarme este infantilismo crónico en un mundo donde los demás nos esforzamos por madurar. Al dirigirme a ella me sentí como un defensa de un equipo de rugby.

—Me gustaría obtener cierta información.

—Veré lo que puedo hacer —murmuró. Tenía la voz dulce y musical y un comportamiento sumiso.

Iba a enseñarle la fotocopia de mi licencia de detective, pero me asustó la posibilidad de que resultara un gesto brusco y grosero. Opté por dejarla en el bolsillo para poder encañonarla con ella más tarde si tenía necesidad de apretarle las clavijas.

—En enero de este año una señora trajo un gato para someterlo a una intervención de urgencia y quería saber si volvió para recogerlo.

—Si lo desea, puedo mirar en los ficheros. ¿Me dice el nombre, por favor?

—Sí, la señora se llamaba Elaine Boldt. El gato, *Mingus*. Creo que fue el 9 de enero por la noche.

En sus mejillas se formaron dos lunares de color de rosa y se humedeció los labios mientras me observaba con fijeza. ¿Habría vendido el gato a un viviseccionista?

—¿Qué ocurre? —dije—. ¿Sabes de qué gato te hablo?

—Sí, sé a cuál se refiere. Estuvo aquí semanas enteras —dijo.

Su voz había adoptado un dejo nasal y parecía brotarle de la nariz, como si practicase la ventriloquia. No era exactamente un gemido quejumbroso, pero sí el tono que he visto emplear a los niños en los grandes almacenes cuando las mamás les acusan de portarse mal y les amenazan con arrancarles el brazo de cuajo. Estaba claro que se había puesto a la defensiva, pero ignoraba por qué. Alcanzó una caja metálica y pasó los dedos por una sucesión de fichas. Cogió la que buscaba y la depositó en la mesa con puritanismo voluntarioso.

—Sólo abonó tres semanas de hospitalización, no contestó a ninguna de nuestras llamadas y notas, y en febrero dijo el doctor que teníamos que tomar medidas porque estamos faltos de espacio. —Estaba realmente excitada.

—Emily —dije con acopio de paciencia—. ¿Te llamas así o llevas la chapa de otra?

—Me llamo Emily.

—Pues bien, Emily. No me interesa saber dónde está el gato. Lo que en realidad quiero saber es si volvió aquella señora.

—No, no volvió.

—¿Y qué fue del gato? Sólo por curiosidad.

Me contempló durante un segundo con la barbilla alzada. Se echó el pelo por detrás del hombro con un ademán rápido.

—Me lo quedé. Es un gato fabuloso y fui incapaz de llevarlo al depósito municipal.

—Un gesto realmente admirable. Me han dicho que es un gato estupendo, me alegro de que te lo quedaras. Disfruta de su compañía. Me llevaré tu secreto a la tumba. Pero si reaparece la señora, ¿me lo dirás?

Puse mi tarjeta en la mesa. La leyó y asintió sin decir palabra.

—Gracias.

Volví al despacho. Pensaba llamar a Julia Ochsner para decirle que había localizado al gato y ahorrarle así un innecesario rastreo por los veterinarios y guarderías de Boca. Dejé el coche en el aparcamiento trasero y subí por las escaleras de la parte posterior. Al llegar al despacho vi a un

hombre en el pasillo que garabateaba no sé qué en un trozo de papel.

—¿Puedo serle útil?

—Eso depende. ¿Es usted Kinsey Millhone? —Parecía sonreír con superioridad afectada, como si poseyera una información demasiado valiosa para compartirla.

—Sí.

—Soy Aubrey Danziger.

Tardé un segundo en identificar el nombre.

—¿El marido de Beverly?

—Exacto —dijo, y emitió una carcajada muy breve que le resonó en la glotis.

No me pareció que ninguno de los dos tuviera hasta el momento ningún motivo para ponerse exultante de alegría.

Era alto, un metro noventa quizá, y tenía la cara delgada y de cutis fino. Tenía el pelo muy negro y liso, como de tacto sedoso, ojos castaños y boca altanera. Vestía un traje gris claro, con chaleco y todo. Tenía aspecto de jugador de barco fluvial, de dandi, de petimetre, en el caso de que estos estereotipos sigan existiendo.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

Introduje la llave en la cerradura, abrí la puerta y entré. Me siguió, inspeccionando la estancia con una mirada escrutadora por la que supe que estaba evaluando los muebles, juzgando mi infraestructura, calculando mis impuestos y preguntándose por qué su mujer no había preferido una agencia de prestigio.

Me senté ante el escritorio y le observé mientras tomaba asiento y cruzaba las piernas. Raya impecable en los pantalones, tobillos aristocráticos, zapatos italianos de piel, bajos y sin cordones, puntera estrecha y reluciente. Entreví los puños de su camisa, blancos como la nieve, y el monograma azul claro de sus iniciales —A.N. D.—, sin duda bordado a mano. Sonrió mientras nos contemplábamos como dos tontos. Sacó una pitillera plana del bolsillo interior de la chaqueta, cogió un cigarrillo delgado y de papel negro cuyo extremo golpeó sobre la superficie de aquella, se lo puso entre los labios y lo encendió con un mechero que disparó tal llamarada que temí se le fuera a incendiar el cabello. Tenía manos finas y le habían arreglado a la perfección unas uñas que ostentaban un borde blanco y brillante. Confieso que estaba superimpresionada, sobre todo por el perfume que despedía y que sin duda era uno de esos *aftershaves* de lujo que se llaman Rogue o Magnum. Observó la brasa del cigarrillo y a continuación me fulminó con la mirada. Sus ojos me recordaron la arcilla seca: castaños, exánimes, sin calor ni energía.

No le invité a tomar café. Le acerqué el cenicero, igual que había hecho con su mujer. El humo de su cigarrillo olía a fogata ahogada y sabía que, aun después de que su dueño emprendiera el regreso a Los Ángeles, se quedaría pegado a los muebles durante mucho tiempo.

—Beverly recibió su carta —dijo—. Se alteró mucho. Y estimé oportuno venir personalmente para charlar un rato.

—¿Y por qué no ha venido ella? —repuse—. También sabe hablar.

La observación le hizo gracia.

—A Beverly no le gustan las escenas. Me pidió que hablase yo en su nombre.

—Tampoco a mí me chiflan las escenas, pero no sé cuál es el problema. Ella me dijo que buscara a su hermana. Aún lo estoy haciendo. Quiso ponerme condiciones y opté por trabajar para otra persona.

—Oh, no, no. Usted la entendió mal. Ella no quería rescindir el contrato. Sólo que no quería que acudiese usted a Personas Desaparecidas.

—Y en ese punto disentimos. No me pareció honrado cobrar por hacer caso omiso de los consejos de mi cliente. —Traté de sonreírle con indiferencia mientras hacía girar un poco la silla—. ¿Acaso había algo más? —pregunté.

Estaba convencida de que se traía algo entre manos. Saltaba a la vista que no había recorrido ciento cincuenta kilómetros sólo por aquello.

Se removió en el sillón y probó un tono más cordial.

—Me temo que hemos empezado con mal pie —dijo—. Me gustaría saber qué ha averiguado sobre mi cuñada. Si la he ofendido, quisiera presentarle mis excusas. Ah. Puede que le interese esto.

Sacó un papel doblado del bolsillo de la chaqueta y me lo alargó. Por un momento pensé que se trataría de una dirección, un teléfono, alguna información que realmente sirviese de algo. Era un cheque por los 246 dólares con 19 centavos que me debía Beverly. Por su actitud parecía una especie de soborno y no me gustó. Acepté el dinero de todos modos. Se diera cuenta o no, a mí me daba igual.

—Hace dos días mandé el informe a Beverly. Si usted quiere saber el resultado de mis averiguaciones, pregúntele a ella.

—He leído el informe. Lo que quisiera saber es lo que ha averiguado desde entonces, si es que está dispuesta a cooperar.

—La verdad es que no. No quisiera parecer grosera, pero lo que haya averiguado incumbe sólo a mi cliente actual y es confidencial. Sí voy a decirle algo. Acudí a la policía y se distribuyó una descripción de Elaine, pero como sólo han transcurrido dos días aún no se sabe nada. ¿Le importaría responder ahora a una pregunta?

—Sí me importaría —dijo, aunque se echó a reír.

Empezaba a comprender que la causa de su comportamiento era probablemente la torpeza, así que continué.

—Beverly me dijo que hacía tres años que no veía a su hermana, pero un vecino de Elaine no sólo afirma que estuvo en su casa por navidades sino que encima tuvieron una pelea sonada. ¿Es cierto?

—Bueno, sí, creo que sí. —Se le había dulcificado la voz y ahora parecía menos distante. Dio una última chupada al cigarrillo y decapitó la brasa estrangulando la colilla con los dedos—. Si he de serle franco, me preocupaba que Beverly se complicara demasiado en esto.

—¿Cómo es eso?

Había dejado de mirarme. Giró la colilla entre los dedos hasta que no quedó de ella más que un montoncito de hebras de tabaco y un trozo de papel negro.

—Tiene problemas con el alcohol. Los tiene por temporadas, aunque seguramente usted ni se daría cuenta. Es una de esas personas capaces de no probar ni gota durante seis meses, y de pronto, zas, se tira por ahí tres días bebiendo. Los períodos de incontinencia a veces duran más. Yo creo que lo que ocurrió en diciembre fue eso.

Volvió a posar los ojos en mí y entonces vi que había desaparecido buena parte de su solemnidad. Era un hombre que sufría.

—¿Sabe usted por qué se pelearon?

—Más o menos.

—¿Fue por usted?

Sus ojos me enfocaron con un primer destello de vida auténtica.

—¿Por qué dice eso?

—El vecino dijo que al parecer se peleaban por un hombre. Y, que yo sepa, usted es el único que había por medio. ¿Me invita a comer?

Fuimos a un local llamado Jay's y que está al doblar la esquina. Es muy oscuro, con macizos reservados de estilo *art-déco*: cuero gris ceniza y mesas de mármol negro que parecen pequeñas piscinas irregulares. Les brilla tanto la superficie que pueden hacer de espejos, como en los anuncios de líquidos limpiamuebles. Las paredes están recubiertas de napa gris y la alfombra que se pisa es tan mullida que parece que se ande por la playa. El local entero, silencioso y casi a oscuras, parece una cámara de insensibilización para astronautas, pero las bebidas que se sirven son generosas y el barman prepara unos increíbles bocadillos calientes de ternera ahumada y pan integral. Es demasiado caro para mí, pero me pareció que Aubrey Danziger encajaba allí perfectamente. Por lo menos parecía estar en situación de poder pagar la cuenta.

—¿En qué trabaja usted? —le pregunté cuando nos sentamos.

La camarera apareció antes de que pudiera responderme. Sugerí dos cócteles de Martini y un par de bocadillos de ternera. Volvió a dibujarse en sus facciones la misteriosa expresión de regocijo, pero manifestó su conformidad con un indiferente encogimiento de hombros. Pensé que no estaba acostumbrado a que las mujeres hicieran el pedido, pero no detecté ningún efecto secundario peligroso. En mi opinión se trataba de mi número y quería ser yo quien controlara las luces. Sabía que podíamos acabar electrocutados, pero por lo menos le desaparecería la capa de celofán que le envolvía y se humanizaría un poco.

Me respondió cuando se fue la camarera.

—Yo no trabajo —dijo—. Soy propietario de varias inmobiliarias. Compramos terrenos y construimos edificios de oficinas, zonas comerciales enteras y a veces comunidades de pisos de propiedad.

Hizo una pausa como para darme a entender que habría podido seguir hablando sin parar, pero que bastaba con lo dicho. Volvió a sacar la pitillera y me la ofreció. Dije que no y encendió otro cigarrillo delgado de papel negro. Inclino la cabeza.

—¿Hay algo en mí que la irrite? Me ocurre continuamente.

Había recuperado la sonrisa de superioridad, pero esta vez no me sentí ofendida. Puede que su cara fuese así.

—Parece usted un engreído y es muy astuto —dije—. Y no para de sonreír como si supiese algo que yo ignoro.

—Hace mucho tiempo que tengo montañas de dinero, o sea que lo llevo en la sangre. Con franqueza, la idea de que una chica sea detective me hace mucha gracia. Es uno de los dos motivos por los que estoy aquí.

—¿Y el otro?

Titubeó como si se debatiera entre hablar y callarse. Dio una chupada larga al cigarrillo.

—Creo que Beverly no me ha contado toda la verdad. Es una retorcida y una manipuladora.

Me gusta comprobar las cosas.

—¿Se refiere usted a la relación que estableció conmigo o a la que tenía con Elaine?

—Bueno, conozco su relación con Elaine. No la soporta. Pero tampoco la puede dejar en paz.

¿Ha odiado usted así alguna vez?

Esboqué una sonrisa.

—Últimamente, no. En mi época, supongo que sí.

—Siempre está encima de ella. Si se entera de que le va bien, corre a fastidiarla. Y si se entera de que le va mal, se alegra, pero no se queda contenta del todo.

—¿Qué estaba haciendo aquí en Navidad?

Llegaron los cócteles y tomó un sorbo prolongado del suyo antes de contestar. El mío era frío y suave como la seda, y con ese poco de vermut que me hace estremecer automáticamente. Suelo comerme en seguida la aceituna porque combina muy bien con el sabor de la ginebra. No le pasó inadvertido mi escalofrío de placer.

—Si quiere quedarse a solas con el cóctel, me marchó.

Me eché a reír.

—No lo puedo evitar. No suelo probar estas cosas, pero ¡cielos, qué frenesí! Incluso noto ya la gestación de la resaca.

—Hoy es sábado, diantre. Tómese el día libre. No creí que pudiera localizarla en el despacho. Pensaba dejarle una nota e irme por ahí, a ver si averiguaba algo sobre Elaine por mi cuenta y riesgo.

—Entiendo entonces que acerca de su paradero sabe usted tanto como los demás.

—Yo creo que está muerta —dijo cabeceando—. Creo que la mató Bev.

Aquella salida no pudo por menos de atraer mi atención.

—¿Por qué habría tenido que hacerlo?

De nuevo el titubeo prolongado. Miró hacia el interior del local fijándose en los detalles decorativos y haciendo no sé qué operaciones mentales, como si para saber dónde estaba tuviera que reducir el entorno a su valor en dólares. Volvió a posar los ojos en mí y a esbozar la sempiterna sonrisa.

—Descubrió que había estado liado con Elaine. Fue culpa mía. Hacienda quiso revisar nuestras declaraciones de los tres últimos años y yo, tonto de mí, le dije a Beverly que buscara unos cheques anulados y ciertos talones de compra con tarjeta de crédito. Así dedujo que yo había estado en Cozumel cuando Elaine se trasladó allí, a poco de morir Max. Yo le había dicho que había sido un viaje de negocios. El caso es que aquel día, al volver del despacho, me atacó con tanta rabia que es un milagro que aún esté vivo. Estaba borracha, naturalmente. Un pretexto para romper la vajilla. Cogió unas tijeras de cocina y me las clavó en el cuello. Justamente aquí, encima de la clavícula. La corbata y el cuello de la camisa me salvaron de la muerte, y quizá también el hecho de que me almidonen mucho las camisas. —Se echó a reír, cabeceando con inquietud ante aquellos recuerdos—. Al ver que no resultaba, me hirió en el brazo. Catorce puntos. Llené la casa de sangre. Cuando bebe es como Jekyll y Hyde. No es mala persona cuando está sobria... maliciosa y agarrada como un clavo, pero no actúa con irracionalidad.

—¿Y cómo es que se lió con Elaine?

—No lo sé, ¡diantre! Fue una estupidez. Hacía años que la deseaba, supongo. Es una mujer muy guapa. Suele ir a la suya y no privarse de nada, pero esas características no hacían más que

aumentar su atractivo. Su marido acababa de morir y se sentía confusa. Lo que comenzó siendo una preocupación fraternal acabó convirtiéndose en lujuria sin freno, como en la contraportada de las novelas baratas. Yo había tenido ya alguna que otra aventurilla, pero nada que se pareciese a aquello. Dice el refrán que nadie tira piedras a su propio tejado. Pero la verdad es que me pasé.

—¿Duró mucho?

—Hasta su desaparición. Bev no lo sabe. Le dije que la cosa había durado seis semanas y que ya se había acabado todo, y se lo tragó porque era lo que quería creer.

—Y descubrió el pastel en Navidad.

Asintió. Hizo una seña a la camarera y se me quedó mirando.

—¿Le apetece otro?

—Claro.

Alzó dos dedos y la camarera se dirigió a la barra.

—Sí, fue entonces cuando lo descubrió. Me puso de vuelta y media, cogió el coche y se vino aquí. Llamé a Elaine para ponerla sobre aviso, para que por lo menos coincidieran nuestras versiones, pero en realidad no sé qué se dijeron. Ya no pude volver a hablar con ella y no he vuelto a verla.

—¿Qué dijo Elaine cuando la llamó?

—Bueno, no le entusiasmó que Bev lo supiera, pero tampoco podía hacer nada ya. Dijo que trataría de arreglarlo.

Llegaron los cócteles con los bocadillos y dejamos de hablar un rato mientras nos dedicábamos a comer. Aquel hombre acababa de darme una pista completamente nueva y tenía muchas preguntas que formularle.

—¿Qué ocurrió, según usted? —dije cuando hubimos terminado—. Por lo que yo sé, Elaine estuvo en Santa Teresa hasta la noche del 9 de enero. Era lunes. He seguido su pista desde su casa hasta el aeropuerto y tengo un testigo que la vio subir al avión. Conozco a otra persona que dice que llegó a Miami, que cogió un coche y que se dirigió a Boca pasando por Fort Lauderdale. Ahora bien, esta última persona jura que se quedó en Boca muy poco tiempo, que volvió a marcharse y que lo último que supo de ella fue que se encontraba en Sarasota, según parece con unos amigos. Me cuesta creerlo, pero es lo que me han contado. Entonces, ¿cuándo la pudo matar Beverly, y dónde?

—Tal vez la siguiera hasta Florida. Poco después de Año Nuevo se fue por ahí de borrachera. Estuvo fuera diez días y volvió hecha un desastre. Nunca la había visto tan mal. No me dijo una sola palabra sobre dónde había estado o sobre lo que le había sucedido. Yo tenía que cerrar un trato en Nueva York aquella semana, así que me aseguré de que no le faltaba nada y me fui. Estuve fuera hasta el viernes siguiente. Ella pudo haber ido a cualquier parte mientras tanto. ¿Y si la siguió hasta Florida y la mató a la primera oportunidad que tuvo? Después vuelve a casa, ¿y quién se entera?

—No habla usted en serio —dije—. ¿Tiene alguna prueba? ¿Algo que vincule a Beverly con la desaparición de Elaine, aunque sea superficialmente?

Negó con la cabeza.

—Mire, sé que estoy especulando y que podría estar equivocado de medio a medio. Deseo estarlo con todas mis fuerzas. Seguramente habría sido mejor no decir nada...

Mientras le buscaba la lógica a lo que acababa de decir empecé a sentirme molesta.

—¿Por qué me contrató Beverly si mató a Elaine?

—Puede que quisiera fabricarse una coartada. El asunto ese de la herencia del primo es auténtico. Llega el aviso por correo. ¿Qué hace entonces? Supongamos que sabe que Elaine yace en el fondo del océano con unos zapatos de hormigón armado. Tiene que actuar como si no supiera nada, ¿no cree? No puede hacer caso omiso de la situación porque alguien podría preguntarse por qué no está más preocupada. Entonces coge el coche, viene a Santa Teresa y la contrata a usted.

Lo miré con escepticismo.

—Y cuando yo le digo que voy a acudir a la policía, le entra el pánico.

—Exacto. Luego piensa que le conviene protegerse por ese lado y habla conmigo.

Acabé el cóctel mientras pensaba en lo que me había dicho. Era demasiado complicado y no me gustaba. Tenía que admitir, no obstante, que era posible. Me puse a trazar círculos en el

impecable mantel con la base de mi copa. Pensé en la persona que había entrado a lo bestia en casa de Tillie.

—¿Dónde estaba Beverly el miércoles de esta semana por la noche?

Trató de recordar.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Me preguntaba dónde estaría entre el miércoles por la noche y la madrugada del jueves. ¿Estaba con usted?

Arrugó el entrecejo.

—No. El lunes por la noche tomé el avión de Atlanta y volví ayer. ¿De qué se trata?

Estimé más oportuno reservarme los detalles por el momento. Me encogí de hombros.

—Hubo aquí otro incidente. ¿La llamó usted desde Atlanta?

—No. Antes solíamos hacerlo cada vez que me iba en viaje de negocios. Nos poníamos muchas conferencias. Ahora es un alivio estar fuera de casa. —Tomó un sorbo de licor mientras me observaba por encima del borde de la copa—. No se cree nada de lo que le digo, ¿verdad?

—Lo que yo crea no tiene importancia —dije—. Lo que quiero es averiguar la verdad. Hasta ahora todo es pura hipótesis.

—Sé que carezco de pruebas concretas —dijo cabeceando—, pero tenía necesidad de contárselo a alguien. No dejaba de importunarme.

—¿Sabe qué es lo que me importuna a mí? —dije—. ¿Cómo puede vivir con una persona que para usted es sospechosa de asesinato?

Se quedó mirando la mesa durante unos instantes y cuando recuperó la sonrisa la vi infectada por la arrogancia de siempre. Creí que me iba a responder, pero el silencio se prolongó y al final se limitó a encender otro cigarrillo y a hacer una seña para que le llevaran la nota.

Llamé a Jonah a media tarde. El encuentro con Aubrey Danziger me había deprimido y los dos cócteles que había tomado durante la comida me habían producido un dolor molesto entre los ojos. Necesitaba aire, sol y actividad.

—¿Te apetece que vayamos al campo de tiro? —le pregunté cuando se puso al habla.

—¿Dónde estás?

—En mi despacho, pero tengo que pasar por casa para coger munición.

—Pues pásate por aquí y me recoges a mí también —dijo.

Al colgar esbocé una sonrisa. Bien.

Las nubes pendían sobre las montañas como bocanadas de humo blanco que hubiera dejado tras de sí uno de aquellos trenes antiguos y gigantescos que hacían chu-chú. Tomamos la vieja carretera que cruza el desfiladero y el Cucaracha no hizo más que quejarse hasta que puse la segunda y a continuación la primera. La carretera serpeaba entre la salvia y las lilas. A medida que avanzábamos, el verde oscuro de la vegetación lejana se fragmentaba en arbustos individuales que se aferraban con tenacidad a las laderas. Los árboles escaseaban. A la derecha veíamos campos en pendiente sembrados de alforfón californiano y salpicados de mímulos de faz naranja y floxias de color rosa subido. El zumaque venenoso abundaba y su lozano desarrollo ocultaba casi las hojas plateadas de la artemisa que crecía junto a él y que es su antídoto.

Miré a la izquierda al llegar a la cima. Estábamos a una altura de 800 metros y el océano

parecía extenderse a lo lejos como una neblina gris que se fundía con el gris del cielo. La costa se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista y Santa Teresa parecía tan intangible como una foto aérea. Vista desde allí, la cadena montañosa parecía hundirse en el Pacífico para asomar los cuatro picachos escabrosos que formaban las islas que veíamos desde la costa. El sol apretaba allí de lo lindo y los fluidos volátiles que exhalaban los matojos impregnaban el aire de un olor alcanforado. En la falda montañosa podían verse aún algunas gayubas, ennegrecidas, deformadas y peladas por un incendio que había asolado la zona hacía dos años. Todo lo que crece en estas alturas quiere quemarse; la cascara de las semillas sólo se abre cuando hace un calor intenso y las lluvias se encargan de la germinación. Es un ciclo que no deja mucho margen a la intervención humana.

La carretera que conducía al campo de tiro se desviaba hacia la izquierda en la misma cima del monte y ascendía sobre un plano sesgado entre grandes masas de arenisca que parecían tan ligeras y falsas como un decorado cinematográfico. Me detuve en la zona de estacionamiento, llena de polvo y grava, bajamos del vehículo y cogimos las pistolas y la munición que llevábamos en el asiento trasero. Creo que ni siquiera pronunciamos seis palabras en todo aquel trayecto de treinta minutos, pero el silencio era tranquilizador.

Abonamos la entrada y nos pusimos las orejeras de espuma para amortiguar el ruido. Yo me había llevado además unos auriculares para mayor protección. Ya había sufrido algunas lesiones en el aparato auditivo que esperaba no fueran permanentes. Con los tapones puestos, oía entrar y salir el aire por la nariz, fenómeno al que no presto mucha atención de ordinario. Me gustaba aquella paz. En el corazón de la misma escuchaba los latidos del mío como si dos pisos más abajo golpease alguien en un tabique de yeso.

Avanzamos hacia la línea de tiro, cubierta por una marquesina de unos diez metros de longitud. No había más que un hombre haciendo prácticas y empuñaba una pistola de competición Heckel und Koch del 45 que Jonah deseó con toda su alma en cuanto le puso los ojos encima. Los dos se pusieron a hablar del gatillo ajustable y de las miras ajustables mientras yo introducía ocho cartuchos en el cargador de mi pequeña herramienta. Esta automática sin marca la heredé de la mismísima tía soltera que se hizo cargo de mí al morir mis padres. Me enseñó punto y ganchillo cuando tenía seis años y cuando cumplí ocho me trajo a estas elevadas latitudes y me enseñó a tirar al blanco, atándome los brazos a una tabla de planchar que llevaba en el portaequipajes del coche. Nada más instalarme en su casa me había enamorado del olor de la pólvora. Me sentaba en los peldaños de cemento del porche de mi tía con un martillo y traca para pistolas de juguete y, armada de paciencia, golpeaba las diminutas cabezuelas hasta que estallaban y diseminaban su contenido aromático. Los peldaños quedaban cubiertos más tarde por un rocío de papelitos rojos y manchas grises de pólvora quemada del tamaño de un agujero de cinturón. Imagino que después de dos años de martilleo incesante pensó que ya era hora de enseñarme a tirar de verdad.

Jonah se había traído sus dos Colts y efectué algunos disparos con ambos, pero se me antojaron excesivos. Empuñar las cachas de nogal del Trooper era como palpar un mazacote de madera petrificada y el cañón de diez centímetros me impedía apuntar bien. El arma me saltaba en la mano igual que en esos reflejos automáticos que se producen cuando el médico nos golpea en la base de la rodilla, y cada vez que daba un brinco me venía a la cara un rebufo de pólvora. No me fue mejor con el Python, pero cuando volví a empuñar mi 32 fue como recuperar un placer familiar e inequívoco, igual que estrechar la mano de un viejo amigo.

A las cinco guardamos los pertrechos y nos dirigimos a un antiguo mesón de la época de las diligencias y que se alza en una hondonada umbría, no muy lejos del campo de tiro. Tomamos cerveza, comimos guisantes al horno con pan y charlamos de naderías.

—¿Qué tal te va el caso? —me preguntó—. ¿Has llegado ya a alguna conclusión?

Negué con la cabeza.

—He descubierto algo que puede que necesite consultarte en otro momento, pero no ahora.

—Pareces derrotada —dijo.

Sonreí.

—Es mi forma favorita de joderme. Siempre quiero resultados rápidos. Me deprimó si no soluciono las cosas en un par de días. ¿Y cómo te va a ti? ¿Estás bien?

Se encogió de hombros.

—Echo de menos a las niñas. Antes pasaba los sábados con ellas. Te agradezco que me llamaras. Por lo menos he hecho algo, aparte de arrastrarme por los suelos.

—Sí, por los suelos estoy yo —dije.

Me palmeó la mano y me la apretó ligeramente. Fue un gesto breve y solidario y se lo devolví.

Lo dejé en su casa a eso de las siete y media y me fui a la mía. Ya estaba harta de preocuparme por Elaine Boldt, así que me senté en el sofá y me puse a limpiar la pistola; aspiré con fruición el olor del aceite; desmontarla, pasar el trapo y montarla otra vez fue una operación relajante. Luego me desnudé, me envolví en el edredón y me puse a leer un libro sobre huellas dactilares hasta que me venció el sueño.

El lunes por la mañana, camino del despacho, pasé por Santa Teresa Travel y hablé con una empleada llamada Lupe, esbelta como un gato y mezcla interesante de sangre negra y chicana. Tenía veintitantos años, piel cobriza y un pelo rizado y moreno con reflejos dorados que se adaptaba al perfil de la cara. Llevaba gafas pequeñas de cristal rectangular y vestía un elegante traje chaqueta azul marino, rematado por una corbata a rayas. Le enseñé el calco del pasaje de avión y dije lo que buscaba. No me había fallado la intuición. Hacía años que Elaine era cliente habitual del establecimiento, aunque a Lupe pareció desconcertarle el papel carbón. Deslizó las gafas hasta la punta de la nariz y se me quedó mirando. Tenía los ojos de un color oro mate, igual que los lémures, lo que le daba a la cara un rasgo exótico. Boca gordezuela, nariz pequeña y recta. Tenía las uñas largas y curvadas y parecían duras como el cuerno. Puede que en otra vida habitase en una madriguera. Devolvió las gafas a su sitio sin abandonar el talante pensativo.

—Bueno, no sé qué pensar —dijo—. Siempre nos ha encargado a nosotros los pasajes, pero éste se compró en el aeropuerto. —Rozó una punta del papel carbón y le dio la vuelta al billete para que yo pudiera ver el dorso. Me recordó a aquellas maestras de párvulos que sabían leer los libros ilustrados mientras los sostenían con las páginas abiertas hacia los alumnos—. Estos números quieren decir que lo extendió la compañía aérea y que se pagó con tarjeta de crédito.

—¿Con qué tarjeta?

—American Express. Es la que suele utilizar, aunque es extraño. Había hecho una reserva... espera un momento. Voy a comprobarlo. —Tecléo unos números en su terminal y fue como si las uñas bailaran un zapateado sobre las teclas. El ordenador se puso a emitir líneas de caracteres verdes, como los de imprenta. Lupe se quedó mirando la pantalla—: Tenía reservada una plaza de

primera clase para salir de Los Ángeles el 3 de febrero y otra para volver el 3 de agosto; el importe de ambos vuelos se abonó.

—Oí decir que se marchó por decisión espontánea —dije—. Si hizo la reserva durante el fin de semana, tuvo que hacerla a través de la compañía aérea, ¿no?

—Desde luego, pero no es lógico que se olvidara de los billetes que ya tenía. Aguarda un segundo, voy a ver si pasó a recogerlos. Puede que los canjeara.

Se puso en pie, se dirigió al archivador de la pared del fondo y empezó a mirar fichas. Cogió un sobre y me lo alargó. El sobre era de la agencia y contenía los pasajes y una guía. El nombre de Elaine estaba claramente impreso en el dorso.

—Mil dólares valen estos billetes —dijo Lupe—. Lo normal es que al llegar a Boca nos hubiera llamado para que le devolviéramos el importe.

Sentí un escalofrío.

—No estoy segura de que llegara —dije.

Estuve un minuto entero con los pasajes en la mano. ¿Qué era aquello? Busqué en el bolso y saqué el sobre de la TWA que Julia Ochsner me había mandado por correo. Los cuatro resguardos numerados del equipaje seguían grapados a la última hoja. Lupe me observaba. Pensé en el rápido vuelo que había hecho yo a Miami; había bajado del avión a las cinco menos cuarto de la madrugada y había pasado ante las taquillas de portezuela de cristal donde se almacenaban las maletas no recogidas.

—Por favor, ¿podrías llamar a Miami Internacional? —dije—. Se trata de reclamar un equipaje perdido, a ver qué responden.

—¿Has perdido alguna maleta?

—Sí, cuatro. De cuero granate con forro gris. Con conteras en las esquinas y de tamaño escalonado, y además tengo la intuición de que una es en realidad un bolso de mano. Aquí están los resguardos.

Le pasé el sobre de la TWA por encima de la mesa y tomó nota de los números.

Le entregué mi tarjeta y dijo que me llamaría en cuanto supiese algo.

—Una pregunta más —dije—. ¿Era sin escalas el vuelo que tomó?

Lupe echó un vistazo al papel carbón y negó con la cabeza.

—Eso es lo malo. Que tuvo que hacer escala y cambiar de avión en San Luis.

—Gracias.

Al entrar en el despacho vi que parpadeaba el piloto del contestador automático. Apreté la tecla de retroceso y luego lo puse en marcha. Resultó ser Mike, mi amiguete el punki.

—Hola, ¿Kinsey? Joder, un contestador. Bueno, no importa. Volveré a llamarte. Bueno, soy Mike y quisiera hablar contigo de una cosa, pero es que ahora tengo una clase. En fin, te llamaré más tarde. Hasta luego.

Tomé nota. El cronómetro del contestador señalaba que la llamada se había efectuado exactamente a las 7.42 de la mañana. Puede que volviera a llamar a mediodía. Lamenté que no hubiera dejado ningún teléfono en el que pudiera localizarlo; lástima.

Llamé a Jonah y le conté lo de la escala de Elaine.

—¿Podrías enviar una descripción suya a la policía de San Luis?

—Claro. ¿Crees que es allí donde está?

—Eso espero.

Tenía ganas de charlar un rato con él, pero no me dejaron. Oí un golpe y se abrió de súbito la puerta del despacho. Beverly Danziger se encontraba en el umbral y parecía furiosa. Le dije a Jonah que volvería a llamar, colgué y centré la atención en Beverly.

—¡Hija de la gran puta! —Cerró de un portazo echando chispas por los ojos.

No me hace ninguna gracia que me hablen así. Las mejillas empezaron a arderme y la caldera de la rabia se me puso a hervir de manera automática. A lo mejor quería desafiarme a una pelea cuerpo a cuerpo. Le sonreí para demostrarle que el histrionismo no me impresionaba.

—¿Qué pasa, Beverly?

Incluso yo me di cuenta de que había reaccionado en plan niñata lista y pensé que más me valía buscar algo contundente para darle en la boca, por si se lanzaba en picado sobre mí. Pero no encontré más que un lápiz sin punta y un tubo de pegamento.

Se me puso con los brazos en jarras.

—¿Por qué coño llamaste a Aubrey? ¿Cómo te has atrevido? ¡¡Cómo coño te has atrevido!!

—Yo no llamé a Aubrey. Fue él quien vino a verme.

—Yo te contraté. Yo. ¡No tenías ningún derecho a hablar con él, ningún derecho a discutir mis asuntos a mis espaldas! ¿Sabes qué voy a hacer? ¡Voy a llevarte a los tribunales por esto!

Que presentara una denuncia no me preocupaba. Me preocupaba que sacara unas tijeras del bolso y se hiciera un edredón con mis pedazos. Estaba ahora casi subida a la mesa y amenazaba con perforarme la cara con el índice estirado. De su boca parecían brotar mensajes explosivos, como en los tebeos. Adelantó la barbilla, las mejillas coloradas, la saliva acumulándosele en las comisuras de la boca. Me entraron ganas de partirle la cara de una hostia, pero no me pareció prudente. Comenzaba a agitarse la respiración y el pecho le subía y bajaba a toda velocidad. La boca empezó a temblarle y los feroces ojos azules se le llenaron de lágrimas. Lanzó un sollozo. Dejó caer el bolso y se llevó las manos a la cara igual que una niña pequeña. ¿Estaba loca o qué?

—Síntese —dije—. Encienda un cigarrillo y dígame qué le ocurre.

Miré el cenicero. Allí seguían las reveladoras hebras del tabaco de Aubrey y el fragmento de papel negro. Lo vacié con discreción en la papelera. Se dejó caer en el asiento con pesadez; la cólera había cedido el paso a una aflicción profunda. Lamento decir que no me sentí conmovida. Cuando hace falta, la sangre se me vuelve muy fría.

Preparé café mientras lloraba. Se entreabrió la puerta, Vera asomó la cabeza y me miró a los ojos. Al parecer había oído el alboroto y quería comprobar que me encontraba bien. Enarqué las cejas, le hice un visaje y desapareció. Beverly sacó un pañuelo de papel, se cubrió la nariz y se lo pegó a los ojos como para extraerse las últimas lágrimas que le quedasen. El cutis de alabastro se le había cubierto de manchas y el pelo negro y reluciente había adquirido un aspecto estropajoso, como una estola de piel a merced de la lluvia.

—Lo siento —murmuró—. Sé que no debería haberlo hecho. Pero ese hombre me pone furiosa. Me está volviendo completamente loca. Es un hijo de puta. ¡No soporto su fanfarronería!

—Tómeselo con calma, Beverly. ¿Quiere un café?

Asintió. Sacó una polvera del bolso, se miró los ojos, se envolvió un dedo con un pañuelo de papel y se limpió un poco de rímel corrido. Dejó estar la polvera y se sonó sin hacer ruido. No pasó de estrujarse las aletas. Volvió a abrir el bolso y buscó el tabaco y las cerillas. Las manos le temblaban, pero en cuanto encendió el cigarrillo pareció liberarse de toda la tensión. Tragó una bocanada profunda de humo como si fuera el éter que se inhala poco antes de una operación. Ojalá el tabaco me sentara a mí igual de bien. Cada vez que doy una calada la boca me sabe a hierbajos chamuscados y huevos podridos. Y estoy convencida de que el aliento me huele igual. El despacho estaba ahora como si se hubiera llenado de niebla. Se puso a cabecear con desesperación.

—No puede usted imaginar lo que he pasado —dijo.

—Oiga —dije—, será mejor que...

—Ya sé que usted no ha hecho nada. Que no ha sido culpa suya. —Los ojos se le humedecieron otra vez—. Ya tendría que haberme acostumbrado.

—¿A qué?

Se puso a arrugar el pañuelo en el regazo. Hablaba con lentitud, luchando por dominarse, separando las frases con momentos de silencio y murmullos quejumbrosos cuando el llanto la ahogaba.

—Le gusta... emmm... a él le gusta ir chismorreando por ahí. A los demás les dice... emmm... que bebo mucho y a veces dice que soy una ninfómana o que me tratan con electroshocks. Lo primero que se le ocurre. Lo que cree que va a hacerme más daño.

Yo no sabía qué hacer. Él me había dicho que ella era una alcohólica. Él me había dicho que se iba por ahí a correrse borracheras de tres días. Él me había dicho que ella le había atacado con unas tijeras y que había la posibilidad de que hubiera matado a su hermana para vengarse por la aventura que había tenido con ella. Y ahora se me presentaba hecha un mar de lágrimas y con el corazoncito destrozado para decirme que él era el causante de todo aquel tinglado patológico. ¿A cuál de los dos tenía que creer? Beverly volvió a estrujarse la nariz de manera silenciosa y recuperó la compostura. Se me quedó mirando con el blanco de los ojos manchado de rosa.

—¿Verdad que le ha dicho algo así? —preguntó.

—Yo creo que sólo estaba preocupado por Elaine —dije, tratando de escurrir el bulto hasta dar con una solución—. En realidad no hablamos de nada personal, así que deje de preocuparse. ¿Cómo se ha enterado de que estuvo aquí?

—Se le escapó mientras hablábamos —dijo—. Ya no recuerdo qué dijo. Pero así es como se comporta. Se dedica a darme pistas y espera hasta que las capto. Y si no descubro por casualidad de qué se trata, me lo restriega por la cara y finge que está arrepentido y confuso.

Iba a decirle «Como con el lío que tuvo con Elaine», pero pensé de pronto que a lo mejor no era verdad, o que, de ser verdad, podía ocurrir que ella no estuviera al tanto del asunto.

—Póngame un ejemplo —dije.

—Tuvo una aventura con Elaine. Ponerse a follar con mi propia hermana. Dios mío, no puedo creer que me hiciera una cosa así. Por lo que respecta a ella no me cupo la menor duda. Siempre fue una envidiosa. Cogía todo lo que podía. ¿Pero él? Me sentí como una idiota. Se puso a follar con ella nada más morirse Max y yo fui tan burra que tardé años en adivinarlo. ¡Años!

Emitió una de esas risas que, más histéricas que alegres, tropiezan con una burbuja de saliva.

—Pobre Aubrey —continuó—. Tuvo que poner a prueba todo su ingenio para que yo me percatara de sus insinuaciones. Al final se inventó una artimaña absurda diciendo que Hacienda quería revisarle las declaraciones. Le dije que ya se encargaría el contable de esas cosas, pero me dijo que Harvey quería que revisáramos los cheques anulados y los recibos de las tarjetas de crédito. Y yo piqué como una retrasada mental y acabé enterándome.

—¿Por qué no se separan? —pregunté—. No entiendo por qué siguen manteniendo una relación así.

Siempre digo lo mismo. Cada vez que oigo una historia parecida. Embriaguez, palizas, infidelidad y violencia verbal. No lo entiendo. ¿Por qué lo aguantará la gente? Ya se lo había dicho a Aubrey y supuse que también podía decírselo a ella. Aquel matrimonio era un fracaso y, al margen de quién tuviera razón, ambas partes eran desdichadas. ¿Era infelicidad lo que se buscaba?

—Bueno, no sé. También está por medio el dinero, creo —dijo.

—A la mierda el dinero. En este estado rigen los bienes gananciales.

—A eso me refiero —dijo—. Él se quedaría con la mitad de todo cuanto poseo y no me parece justo.

La miré con perplejidad.

—¿Es de usted el dinero?

—Pues claro —dijo y le cambió la cara—. El le dijo que era suyo, ¿verdad?

Me encogí de hombros con fastidio.

—Más o menos. Me dijo que era propietario de varias inmobiliarias.

Sufrió un sobresalto momentáneo y a continuación se echó a reír. Y le entró un ataque de tos y se palmeó el pecho. Se quitó el cigarrillo de la boca y lo aplastó en el cenicero. Le salía humo de la nariz como si se le hubiera incendiado el cerebro. Cabeceó mientras le desaparecía la sonrisa.

—Lo siento, pero lo que acaba de decirme es nuevo para mí. Habría tenido que imaginármelo. ¿Qué más le dijo?

Alcé la mano en son de queja.

—Oiga, ya está bien. No quiero jugar a esto. No sé cuáles son sus problemas y me trae sin cuidado que...

—Tiene razón, tiene razón. ¡Señor, debemos de parecerle una familia de locos! Lamento que haya acabado usted por involucrarle. No es asunto suyo, sino mío. ¿Cuánto le debo por el tiempo que ha perdido?

Rebuscó en el bolso y sacó el talonario de cheques junto con el dichoso juego de pluma y lápiz de madera. Sentí que volvía a encendérseme la cólera.

—No quiero su dinero. No sea ridícula. ¿Por qué no me responde con franqueza, para variar?

Parpadeó mientras me miraba y sus ojos azules destellaron como un charco helado.

—¿A qué?

—Un vecino de Elaine dice que usted estuvo aquí en navidad y que tuvieron una pelea sonada. Usted me dijo que hacía años que no la veía. Vamos, explíquese.

Se atascó y se puso a buscar otro cigarrillo para tener tiempo de preparar la respuesta. No la dejé.

—Adelante, Beverly. Dígame la verdad. ¿Estuvo aquí o no?

Cogió una caja de cerillas y sacó un fósforo, que frotó contra el lado de la caja sin el menor resultado. Lo arrojó al cenicero, fósforo gafe al parecer, y cogió otro. Esta vez sí pudo encender el cigarrillo.

—Estuve —dijo con lentitud.

Golpeó el cigarrillo encendido contra el borde del cenicero como para desmochar una ceniza que aún no se había formado. A punto estuvo de gritarle que se metiera aquel cigarrillo en el culo.

—¿Se peleó con ella o no?

Volvió a adoptar un tono servicial, imprimiendo a la boca un rictus afectado.

—Mire, Kinsey, acababa de descubrir lo de su aventura amorosa. Claro que nos peleamos. Es precisamente lo que Aubrey se proponía, estoy segura. ¿Qué habría hecho usted?

—Pero ¿qué importancia tendrá eso? Yo no estoy casada, así que a nadie le importa lo que hubiera hecho yo. Lo que quiero es saber por qué me mintió usted.

Fijó la mirada en la mesa y en sus facciones se dibujó una expresión obstinada. Probé con un nuevo ataque.

—¿Por qué me despidió? ¿Por qué no me dejó avisar a la policía?

Siguió fumando tan tranquila y al principio pensé que tampoco esta vez iba a responder.

—Me preocupaba la posibilidad de que Aubrey hubiese hecho algo.

La miré de hito en hito. Se percató de la mirada y se inclinó hacia la mesa muy seria.

—Está loco. Está como una auténtica cabra y me preocupaba que hubiera... no sé... creo que me preocupaba la posibilidad de que la hubiera matado.

—Razón de más para avisar a la policía, ¿no cree?

—Usted no lo entiende. Yo no podía poner a la policía tras este asunto. Por eso la contraté a usted. Cuando surgió la historia esa del testamento, apenas si le presté atención. Era una minucia. Supuse que mi hermana firmaría el documento y que se lo mandaría al abogado. Pero cuando supe que nadie sabía nada de ella, pensé que algo andaba mal. Ya ni me acuerdo de lo que pensé en concreto.

—Sin embargo, cuando le mencioné la posibilidad de que estuviese muerta, usted se arrugó.

Empezaba a aburrirme. Y a mostrarme desdeñosa también. Se removió con nerviosismo.

—Digo antes. Creo que no me habría atrevido a planteármelo con claridad hasta que se lo oí decir a usted; entonces comprendí que tenía que estudiar la situación otra vez, antes de hacer nada.

—¿Por qué cree que Aubrey está implicado?

—Aquel día... cuando llegué y me puse a discutir con Elaine... me dijo que su relación había durado años. Pero que al final había llegado a la conclusión de que Aubrey era un psicópata y que estaba preparando la ruptura. —Hizo una pausa y sus ojos azules se clavaron en los míos—. Usted no comprende aún lo que le ocurre a Aubrey. No sabe qué clase de persona es. A él no se le abandona. No se rompe con él. Ya le he amenazado yo con hacerlo. No crea que no lo he pensado. Pero me es imposible. No sé lo que haría él, pero yo nunca le dejaría. Nunca. Me seguiría hasta el fin del mundo para hacerme volver, sólo que entonces me lo haría pagar caro.

—Bev, tengo que decirle que me cuesta creerla —dije.

—Eso es porque le ha gustado. Entró aquí contoneándose y le echó los tejos. La engañó como a una tonta y ahora no quiere admitir que le han tomado el pelo. Ya lo ha hecho otras veces. Se lo hace a todo el mundo. Ese hombre está loco de atar. Estuvo años en Camarillo hasta que Reagan fue elegido gobernador. ¿Se acuerda? Recortó los presupuestos del Estado y puso a todo el mundo

en la calle. Fue entonces cuando conocí a Aubrey Danziger y mi vida se convirtió en un infierno.

Cogí un lápiz, me puse a tamborilear en el borde de la mesa, dejé el lápiz.

—¿Sabe? Quiero encontrar a Elaine. Es lo único que me interesa. Soy igual que un perdiguero. Me dicen que haga algo y lo hago. Pienso llegar hasta el fondo de este asunto. Voy a averiguar qué le ha sucedido y dónde ha estado todos estos meses. Y será mejor que rece para que la investigación no se vuelva contra usted.

Se levantó. Cogió el bolso y apoyó las manos en la mesa.

—Será mejor que rece usted para que la investigación no se vuelva contra Aubrey, querida — me espetó.

Y se fue, dejando tras de sí un tufillo a whisky que le había notado ya en el aliento.

Cogí la máquina de escribir y redacté un informe detallado que pensaba mandar a Julia, pormenorizándole los gastos de los dos últimos días. Necesitaba tiempo para asimilar lo que Beverly me había dicho de Aubrey. Era como esa adivinanza de las dos tribus salvajes, una de las cuales miente siempre mientras que la otra siempre dice la verdad. ¿Cómo podía saberse quién mentía y quién no? Aubrey me había dicho que Beverly era una especie de *Mister Hyde* cuando bebía. Ella me había dicho que él estaba loco de atar, pero según parece estaba bebida cuando me lo dijo. No tenía ni la más remota idea de quién era sincero y quién no, e ignoraba cómo averiguarlo. Ni siquiera sabía si la cosa tenía importancia. ¿Estaba muerta realmente Elaine Boldt? Es verdad que lo había pensado más de una vez, pero no se me había ocurrido que Beverly o Aubrey pudieran estar implicados hasta las orejas. Hasta el momento había buscado en la dirección opuesta, dando por sentado que la desaparición de Elaine estaba relacionada con el asesinato de Marty Grice. Ahora tenía que retroceder para buscar en otro sentido.

Volví a casa a la hora de comer y corrí un rato. Sabía que en aquel momento apenas me mantenía a flote, pero en cierto modo estaba obligada a esperar. Tenía que suceder algo. Algo desconocido saldría a la luz. Mientras tanto, se me acumulaba la tensión y necesitaba eliminarla. La carrera me sentó como un tiro y me puso de un humor de perros. Había corrido kilómetro y medio cuando sentí una punzada en el costado. Pensé que se me pasaría. Me hundí los dedos y me doblé por la cintura, creyendo que si era un calambre, desaparecería. Un cuerno. A continuación probé a expulsar el aire doblándome otra vez por la cintura. El dolor no aumentó, pero tampoco desapareció. Al final reduje la marcha y anduve al paso hasta que remitió, pero en el mismo instante de echar a correr otra vez, el costado se me agarrotó y tuve que parar en seco. Ya había llegado al final del trayecto de ida, pero seguir corriendo se me antojó absurdo y recorrí andando y maldiciendo los dos kilómetros y medio que me faltaban para llegar a casa. Ni siquiera había sudado y mi frustración, lejos de desaparecer, había aumentado.

Me duché y me vestí. No quería volver al despacho, pero me obligué a hacerlo. Tenía que volver al principio y echar al agua sedales nuevos, a ver si pescaba algo. Estaba a punto de quedarme sin recursos y era imprescindible que encontrara más en algún sitio.

Al entrar en el despacho vi parpadear el piloto del contestador automático. Abrí el balcón para que entrase el aire y apreté la tecla de retroceso.

—Hola, Kinsey. Soy Lupe, de Santa Teresa Travel. Parece que con lo del equipaje diste en el clavo. Llamé a Reclamación de Equipajes de la TWA y pedí que miraran. Las cuatro maletas

estaban allí. El empleado me dijo que si quieres las pueden embarcar esta misma tarde. Llámame para saber qué hago.

Detuve la cinta, agité los puños en el aire y grité «¡Por fiiiiiiiiin!» para mis adentros con una sonrisa de oreja a oreja. Llamé a Jonah antes que nada y le conté cómo estaban las cosas. Me sentía como nueva. Era la primera buena noticia que recibía desde la localización del gato.

—¿Qué hago, Jonah? ¿Necesito una orden judicial para abrir las maletas?

—Déjate de bobadas. Tienes los resguardos, ¿no?

—Claro, en el bolsillo.

—Entonces ve a Florida y recoge las maletas.

—¿No es mejor que me las envíen?

—¿Y si ella está *dentro* de una?

Aquello me hizo pensar en una escena que no me gustó. Sentí un par de retortijones.

—¿No crees que ya lo habrían notado? Ya sabes, el olor... algún goteo...

—¡Venga ya, mujer! Una vez encontramos un cadáver que llevaba seis meses en el portaequipajes de un coche. Era una prostituta, le habían metido un zapato de aguja por la boca y acabó momificada. No me preguntes cómo ni por qué, pero no se descompuso. Se secó y ya está. Parecía una estatua de cuero.

—Puede que haga lo que dices.

A las diez en punto de la noche ya estaba en el avión.

Lloviznaba y la temperatura había rebasado los 20°C cuando aterrizamos; eran exactamente las 4.56 de la madrugada, hora local. Aún era de noche, pero el aeropuerto, con su iluminación monótona y su aire acondicionado, parecía una estación espacial que girase a cientos de kilómetros de la tierra. Los pasajeros madrugadores avanzaban con decisión por los pasillos vacíos mientras las puertas se abrían y cerraban con silbante automatismo y los altavoces canturreaban sin parar ni esperar respuesta. Tenía entendido que todo el sistema estaba automatizado y que a aquella hora funcionaba sin que la mano humana interviniese para nada.

La oficina del servicio de equipajes de la TWA no abría hasta las nueve, así que me dediqué a matar el tiempo. No había llevado equipaje, sólo una bolsa de lona donde había metido el cepillo de dientes y demás trebejos de la vida cotidiana, entre ellos unas bragas limpias. Nunca voy a ninguna parte sin un cepillo de dientes y unas bragas limpias. Fui al lavabo de señoras para lavarme un poco. Me mojé la cara y me pasé las manos húmedas por el pelo, sin dejar de advertir lo macilento de mi piel a la luz de los tubos fluorescentes. Detrás de mí había una mujer cambiándole los pañales a uno de esos niños crecitos y de mejillas sonrosadas que parecen adultos llenos de dignidad. No paraba de mirarme con tanta seriedad como fijeza. Los gatos me miran a veces de ese modo, como si fuéramos agentes extranjeros intercambiándonos mensajes silenciosos en un apartadísimo punto de reunión.

Me detuve en un quiosco y compré un periódico. La cafetería estaba abierta y mientras engullía unos huevos revueltos con beicon, tostadas y zumo de frutas, leí un artículo lleno de interés humano acerca de un hombre que había legado toda su fortuna a un estornino. No puedo hacer frente a las noticias de primera página antes de las siete.

A las nueve menos cuarto, después de recorrer un par de veces el aeropuerto de un extremo a otro, me puse en la ventanilla de reclamación de Equipajes con un carrito cuyo alquiler me había costado un dólar. Vi las maletas de Elaine alineadas con pulcritud en un extremo de las taquillas de portezuela de vidrio. Como si se hubieran sacado de debajo del montón y se tuvieran allí preparadas. Por fin, un cuarentón con uniforme de la TWA y un nutrido manojo de llaves tintineantes abrió el despacho y encendió las luces, fue como si se alzase el telón de una pieza corta de teatro que contase con un decorado sencillo.

Me presenté y le enseñé los resguardos, le acompañé hasta las taquillas exteriores y esperé mientras sacaba las maletas y las ponía en el carrito. Creí que me exigiría algún documento identificador, pero por lo visto le traía sin cuidado quien pudiera ser yo. Puede que los equipajes perdidos sean como las crías de los gatos que nadie las quiere. Que alguien se las llevara le

quitaría sin duda un peso de encima.

Cuando abrieron la caseta de Penny Alquiler de Coches, pedí un utilitario. Había llamado a Julia la noche anterior y por tanto sabía que estaba al llegar. Sólo tenía que buscar la autopista y poner rumbo al norte. Una vez fuera, fui con el carrito hasta la parcela donde estaba aparcado el coche de alquiler. La llovizna se me pegó a la piel como una túnica de seda. Hacía bochorno y el aire olía a lluvia y a polución aeronáutica. Metí las maletas en el portaequipajes y puse rumbo a Boca. Sólo al llegar al parking del edificio y descargar me di cuenta de que las cuatro maletas estaban cerradas y de que no tenía las llaves. Pues qué bien. Tal vez se le ocurriese algo a Julia. Las llevé hasta el ascensor, subí a la primera planta y las trasladé hasta la puerta de Julia en dos viajes.

Llamé y esperé un rato mientras Julia se acercaba con el bastón, dándose ánimos en voz alta.

—Ya casi estamos. No te rindas ahora. Un par de metros más y lo habrás conseguido.

Esbocé una sonrisa ante la puerta todavía cerrada y me volví para echar un vistazo a la puerta de Elaine. No había ni la menor señal de actividad. Incluso habían entrado o tirado el felpudo, dejando en su lugar un rectángulo de polvillo filtrado a través de las cerdas.

Julia abrió por fin. La joroba le sobresalía entre los omoplatos igual que una piedra que la obligara a curvarse bajo su peso. Con los ojos a la altura de mi cinturón, tenía que ladear la cabeza para poder mirarme a los ojos. Tenía la piel transparente como el caucho y le cubría las manos como unos guantes de cirujano. Se veían las venas y los capilares rotos, y los nudillos, que parecían callos. La vejez la volvía transparente, la aplastaba por los cuatro costados como se estruja una lata de refresco.

—¡Bravo, Kinsey! Sabía que era usted. Estoy despierta desde las seis, esperando su llegada. Entre, por favor.

Se hizo a un lado para dejarme paso. Dejé las cuatro maletas en la entrada y cerré la puerta. Golpeó una con el bastón.

—Sí, son éstas.

—Por desgracia, están cerradas con llave.

Las cuatro, por lo visto, tenían cerradura de combinación con el disco de los números engastado en el cierre metálico.

—Ajajá, esto es trabajo de detectives —dijo con satisfacción—. ¿Le apetece un café antes? ¿Qué tal el viaje?

—No me vendría mal una taza —dije—. El viaje, bien.

El piso de Julia estaba atestado de antigüedades y en conjunto era una mezcla muy personal de artículos de Oriente y objetos de la época victoriana. Ví un aparador inmenso de madera de cerezo tallada y tablero de mármol; y un sofá de pelo negro de caballo; una mampara de marfil recargadísima, figurillas de jade, una mecedora de tabla, dos lámparas de cinabrio, alfombras persas, un espejo-bastidor con el marco de caoba, un piano cubierto por una mantilla, visillos de encaje, tapices de seda bordada. Un televisor portátil de veinticinco pulgadas se alzaba al fondo de la habitación rodeado de fotos de familia incrustadas en marcos macizos de plata. El televisor estaba apagado y su muda pantalla grisácea resultaba extrañamente atractiva en una estancia tan llena de objetos memorables. El único ruido que se oía en el piso era el tictac uniforme de un reloj de péndulo, que sonaba como si alguien tamborilease con unos palillos en una mesa de formica.

Fui a la cocina, serví café para las dos y volví a la sala de estar con las tazas que tintineaban en el platito respectivo como sacudidas por un mini-terremoto californiano.

—¿Son antigüedades de familia? Algunas son realmente preciosas.

Julia sonrió y agitó el bastón.

—Soy la única superviviente de la familia y a falta de otros herederos me he ido quedando con todo. Era la menor de once hermanos y mi madre decía que era la rebelde. No paraba de decir que nunca llegaría a nada, y yo me limitaba a callar y a tener paciencia. Un buen día se murió, y mi padre también, como es lógico. Tenía ocho hermanas y dos hermanos y todos están muertos. Poco a poco fui heredándolo todo, aunque ahora apenas tengo ya espacio para meter nada. Al final se acaba regalando cuanto se tiene. Se empieza en una casa de diez habitaciones y se termina sola en un asilo, sin más espacio que el que ocupa una mesita de noche y una palmatoria. No me gustaría verme así.

—Por lo que veo, usted tiene medios para seguir tirando.

—Eso espero. Tengo intención de resistir hasta que pueda, después atrancaré la puerta y me mataré, si la naturaleza no me lleva antes. Espero morir en mi propia cama cualquier noche. Es la cama en que nací y sería hermoso terminar en ella. ¿Tiene usted mucha familia?

—No, sólo quedo yo. Me crió una tía, pero hace diez años que murió.

—Estamos entonces en el mismo barco. Es tranquilizador, ¿no le parece?

—Es una forma de decirlo —dije.

—Procedo de una familia de chillones y buscaruidos. Siempre tirándose cosas: vasos, platos, mesas, sillas, lo primero que tenían a mano. El aire siempre estaba lleno de proyectiles voladores que surcaban las habitaciones de un extremo a otro y, cuando daban en el blanco, alarido que te crió. Le hablo sobre todo de las chicas, aunque todos teníamos un enemigo irreconciliable. Una vez, cuando yo era pequeña, una de mis hermanas me tiró un pomelo como si fuese una pelota de béisbol y caí de la silla infantil, y la papilla saltó por todas partes. Se llamaba Eulalie. Ahora, al recordar aquella época, comprendo que éramos más vulgares que la roña, pero prácticos también. Todos conseguimos en la vida lo que queríamos y nadie pudo acusarnos nunca de inútiles o pusilánimes. En fin. Vamos a solucionar lo de esas maletas. En el peor de los casos, siempre las podemos tirar por el balcón. Seguro que se abren al llegar abajo.

Enfocamos el problema como si hubiese una clave que tuviese que ser descifrada. La teoría de Julia, que resultó acertada, era que Elaine podía haberse servido de una combinación numérica que para ella tuviese ya una función. Por ejemplo, el número de su casa, el código postal, el teléfono, su número de la seguridad social, la fecha de nacimiento. Elegimos sendos grupos de cifras y nos pusimos a trabajar con maletas distintas. Acerté con la mía a la tercera cuando marqué los cuatro últimos dígitos de su cartilla de la seguridad social. Las cuatro maletas compartían el mismo código, lo cual nos facilitó el trabajo.

Las abrimos en el suelo de la salita. Contenían ni más ni menos que lo que cualquiera habría esperado: ropa, cosméticos, bisutería, champú, desodorante, zapatillas, traje de baño, aunque todo revuelto como en las películas, cuando la mujer abandona al marido en medio de una bronca de las gordas. A los vestidos no les habían quitado siquiera la percha, las prendas se habían enrollado y amontonado, y los zapatos estaban encima de todo. La mayor de las maletas estaba como si se hubiesen vaciado los cajones dentro. Julia se había encaminado a la mecedora y allí estaba sentada ahora, apoyada en el bastón como si fuera una planta inestable. Yo tomé asiento en

el sofá de pelo de caballo, sin quitar ojo a las maletas. Me volví hacia Julia con aprensión.

—No me gusta esto —dije—. Que yo sepa, Elaine tenía un sentido del orden casi compulsivo. Tendría que haber visto cómo dejó su casa: todo bien ordenado y en su sitio. ¿Se la imagina haciendo el equipaje de este modo?

—No. A menos que tuviera una prisa de mil diablos —dijo.

—Bueno, puede que la tuviera; pero aun así, no creo que hiciera las maletas de este modo.

—¿Qué piensa usted? ¿Qué cree que significa esto?

Le conté lo de los pasajes de avión repetidos, lo de la escala en San Luis y otros detalles que estimé pertinentes. No estaba mal aquello de contar con otra persona para cotejar ideas. Julia era inteligente y, al igual que a mí, le gustaba buscarle tres pies al gato.

—No acabo de creer que llegase aquí —dije—. En este sentido, sólo contamos con la palabra de Pat Usher y a ninguna de las dos nos merece mucho crédito. Tal vez se bajara del avión en San Luis por algún motivo.

—¿Sin el equipaje? Y si además se dejó el pasaporte en casa, como usted dice, ¿adónde podía ir?

—Bueno, se llevó el abrigo de lince —dije—. Pudo empeñarlo o venderlo.

Le estaba dando vueltas a una idea que no dejaba de obsesionarme, pero no acababa de concretarla del todo.

Julia hizo un aspaviento disuasorio.

—No creo que vendiera el abrigo. ¿Por qué iba a hacerlo? Tiene dinero a montones. Acciones, obligaciones, sociedades de cuentas en participación. No le hace falta empeñar nada.

Medité aquello. Estaba claro que tenía razón.

—No puedo descartar la posibilidad de que haya muerto. El equipaje llegó, es verdad, pero puede que no lo hiciera ella. Tal vez esté en algún depósito de cadáveres con una etiqueta colgando del dedo gordo del pie.

—¿Cree usted que alguien la hizo bajar del avión y la mató?

Cabeceé sin estar del todo convencida.

—No sé. Es posible. También es posible que no hiciera el viaje.

—Me pareció oírle decir que una persona la vio subir al avión. El taxista del que me habló.

—No fue en realidad una identificación segura y definitiva. Mire, un taxista recoge a una pasajera y la pasajera dice que es Elaine Boldt. No la ha visto en su vida, así que ¿cómo puede estar seguro? Acepta su palabra y ya está, y lo mismo nos pasa a todos. ¿Cómo sabe la gente que yo soy Kinsey Millhone? Pues porque digo que lo soy. Otra persona pudo hacerse pasar por ella para fabricar una pista falsa.

—¿Con qué objeto?

—Pues mire, eso no lo sé. Hay dos mujeres que pudieron haberlo hecho: una es su hermana Beverly.

—Y Pat Usher la otra, ¿no? —dijo Julia.

—A Pat le benefició la desaparición de Elaine. Ha vivido de gorra durante varios meses en un piso de Florida.

—Es la primera vez que oigo que matan a una persona a cambio de alojamiento y comida —dijo con sarcasmo.

Sonreí. Sabía que empezábamos a desbarrar, pero siempre podíamos dar con algo. También

pude haber terminado este capítulo en aquel punto.

—¿Dejó Pat alguna dirección, como prometió?

Negó con la cabeza.

—Charmaine dice que dejó una, pero era falsa. Hizo el equipaje y se fue el mismo día que estuvo usted aquí; nadie ha vuelto a verla desde entonces.

—Mierda. Sabía que lo haría.

—Bueno, usted no podía impedirlo —dijo con generosidad.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y me puse a barajar hipótesis.

—También pudo haber sido Beverly. A lo mejor le abrió la cabeza en el lavabo de señoras del aeropuerto de San Luis.

—O la mató en Santa Teresa y la suplantó a partir de entonces. A lo mejor fue ella quien hizo las maletas y subió al avión.

—Probemos la otra posibilidad —dije—. Con Pat, quiero decir. ¿Y si Elaine no conocía de nada a Pat Usher y trabó conocimiento con ella en el avión? Puede que se pusieran a charlar y que Pat se diese cuenta... —Abandoné la idea en cuanto vi la cara que me ponía Julia—. Suena un poco forzado —dije.

—Bueno, especular no hace daño a nadie. Puede que Pat la conociera en Santa Teresa y la siguiese desde allí.

Medité aquello.

—Bueno, es posible. Tillie dice que Elaine, al menos ella creía que era Elaine, estuvo mandándole postales hasta marzo, aunque supongo que cualquiera podría falsificarlas.

La informé de mis encuentros con Aubrey y Beverly y, mientras se lo contaba, la memoria me envió un aviso; fue una de esas fabulosas sacudidas mentales que se parecen a las descargas que producen los enchufes en malas condiciones.

—Un momento. Acabo de recordar algo. Elaine tenía una factura de un peletero de Boca. ¿Y si lo localizamos y le preguntamos si ha visto el abrigo? Podría darnos una pista.

—¿Y de qué peletero se trata? Porque por aquí hay varios.

—Tendré que preguntárselo a Tillie. ¿Puedo poner una conferencia a California? Si seguimos la pista del abrigo, puede que lleguemos hasta ella.

Movió el bastón en dirección al teléfono. Al cabo de unos minutos había dado con Tillie y le explicaba lo que quería.

—Bueno, ya sabes que esa factura la robaron junto con los demás papeles, pero acabo de recibir otra. Espera, voy a ver qué dice. —Dejó el auricular y fue a mirar el correo. Volvió a ponerse al teléfono—. Le exigen que pague. Es el segundo aviso que manda un establecimiento llamado Jacques: setenta y seis dólares de limpieza y doscientos por arreglar el abrigo. Es increíble, ¿verdad? Aquí veo una cara sonriente, dibujada a mano, y dice: «Gracias por su encargo», y a continuación una cara triste que dice: «Esperamos que su demora en el pago sea sólo un descuido». Han llegado otras facturas también. Espera, veré de qué son. —Oí que rasgaba sobres al otro extremo de la línea—. Vaya. Todos son acreedores. Parece que ha acumulado un montón de deudas. Veamos. ¡Madre mía! Visa, MasterCard. La última fecha que pone aquí es de hace diez días, imagino que es la fecha de facturación, no la de compra. Le dicen que no puede utilizar las tarjetas hasta que no salde la deuda.

—¿Se consigna dónde se hicieron las compras? ¿Fue en algún lugar de Florida?

—Sí, parece que casi todas se hicieron en Boca Ratón y en Miami, pero será mejor que lo mires tú cuando vuelvas. Como he cambiado la cerradura, ahora estarán a salvo.

—Gracias, Tillie. ¿Me das la dirección del peletero?

La apunté y Julia me dio algunas indicaciones. Me despedí de ella y bajé al parking. El cielo era de un gris amenazador y los truenos retumbaban a lo lejos igual que cuando bajan un piano por la rampa de madera de un camión de mudanzas. Hacía bochorno y la luz era de una blancura eléctrica que volvía la hierba de color verde fosforescente. Esperaba resolver mi asunto antes de que empezara a llover a cántaros.

Jacques se encontraba en un elegante centro comercial rodeado por un enrejado de madera y adornado con frágiles abedules plantados en grandes macetones de color azul claro. De las ramas pendían ristas de luces de colores que en medio de la lóbreguez que precede a la tormenta parpadeaban como en una navidad anticipada. La fachada de los establecimientos era de granito grisáceo y las palomas que se pavoneaban en la acera parecían haberse colocado allí exclusivamente por su efecto decorativo. Hasta el sonido que emitían era de buen gusto, un murmullo chirriante que surcaba el aire matutino semejante al frufrú de los billetes cuando un cajero los cuenta a toda velocidad.

El escaparate de Jacques se había decorado con sentido artesanal. Un abrigo de marta cebellina yacía arrojado como por descuido sobre una especie de duna que contrastaba con el azul celeste del telón de fondo. En la cresta de la duna crecían unos arbustos y en la superficie de arena un crustáceo había dejado tras de sí una estela angosta que parecía un bordado. Era como un instante congelado en el tiempo: una mujer —rica y alocada— había bajado a la playa y se había despojado del abrigo de lujo para meterse desnuda en el agua, o bien para hacer el amor con quien fuese en la cara oculta de la duna. Habría jurado que la hierba se inclinaba ante una brisa inexistente y casi alcanzaba a oler el rastro de perfume que la mujer había dejado al pasar.

Empujé la puerta y entré. Si hubiera tenido dinero y hubiese ido con mi carácter aquello de ponerme animales peludos encima, me habría dejado un montón de billetes en aquel establecimiento.

En el interior dominaban los azules apagados y de la elevada techumbre colgaba una lámpara rutilante. Por todos los rincones del establecimiento sonaba la música de cámara como si hubiera un cuarteto de cuerdas oculto en alguna parte. Había sillas *Chippendale* dispuestas en agradables grupos de sobremesa y forraban las paredes espejos enormes de marco dorado. El único detalle que estropeaba un salón dieciochesco, perfecto por lo demás, era la pequeña cámara que escrutaba todos mis movimientos desde un rincón del techo. Ignoraba por qué. No había ni una sola piel a la vista y los muebles sin duda estaban clavados al suelo. Hundí las manos en los bolsillos traseros única y exclusivamente para dar a entender que sabía comportarme. Me vi reflejada en un espejo, con mis tejanos descoloridos y mi blusa de tirantes y sin mangas, y con cara de haber sido depositada por equivocación en aquel ambiente barroco por una máquina del tiempo estropeada. Flexioné el brazo, pensando si no debería ponerme otra vez a levantar pesas. El bíceps que me salió en el brazo izquierdo parecía una serpiente que hubiera engullido hacía poco algo muy pequeño, como unos calcetines doblados.

—¿Sí?

Me di la vuelta. El hombre que estaba ante mí parecía tan fuera de lugar como yo. Era inmenso, pesaría alrededor de ciento treinta kilos y vestía una especie de chilaba que le daba el aspecto de una tienda de campaña con miriñaque. Tenía sesenta y tantos años y una cara que necesitaba apuntalarse con muletas. Los párpados le caían a plomo, la boca le colgaba y una papada doble le adornaba el gáznate. Se echaba hacia las orejas lo que le quedaba de pelo. No estoy segura, pero me pareció que emitía un ruido grosero por debajo de la camisa.

—Quisiera hablar con usted acerca de una factura sin pagar —dije.

—Es la contable quien se encarga de eso. Y no está ahora.

—Una clienta dejó aquí un abrigo de lince de doce mil dólares para que lo limpiaran y arreglaran. Y no pagó el importe.

—¿De veras?

Aquel sujeto no sólo estaba bien alimentado. Era también un tipo gracioso.

—¿No está Jacques? —pregunté.

—Está usted hablando con él. Yo soy Jack. ¿Y usted?

—Kinsey Millhone —dije. Saqué una tarjeta y se la di—. Soy investigadora privada, de California.

—No fastidie —dijo. Observó la tarjeta con atención y luego posó los ojos en mí. Miró alrededor con suspicacia, como si pudiese estar protagonizando, sin saberlo, un episodio de

Objetivo Indiscreto—. ¿Qué quiere de mí?

—Busco información sobre la mujer que trajo el abrigo.

—¿Tiene orden judicial?

—No.

—¿Ha traído el dinero que nos debe esa mujer?

—No.

—¿Por qué me molesta entonces? No tengo tiempo, hay cosas que hacer.

—¿Le importa que hable con usted mientras hace esas cosas?

Se me quedó mirando. Producía al respirar ese ruido silbante que a veces emiten los gordos.

—Sí, claro. ¿Por qué no? Haga lo que guste.

Le seguí hasta una enorme trastienda desordenada mientras aspiraba el aroma que emanaba de su cuerpo. Olía igual que uno de esos bichos que pasan el invierno en una cueva.

—¿Desde cuándo confecciona artículos de piel? —pregunté.

Se volvió en redondo y me miró como si le hubiese hablado en chino.

—Desde que tenía diez años —dijo al final—. Mi padre confeccionaba artículos de piel y su padre hacía lo mismo.

Me señaló un taburete, tomé asiento y dejé en el suelo el bolso de lona. A mi derecha vi una mesa grande de costura con un patrón de papel de estraza encima. Se había cosido ya la parte delantera de un abrigo de visón y Jack, por lo visto, seguía trabajando con él. La pared de la izquierda estaba cubierta por patrones de papel y a la derecha había máquinas de coser de aspecto muy antiguo. Todas las superficies hábiles estaban llenas de pieles, retales, abrigos sin terminar, libros, revistas, cajas y catálogos. Había dos maniqués juntos que parecían hermanas gemelas posando con deliberación para un fotógrafo. El omnipresente olor a cuero y maquinaria y el clima artesanal me recordaban el taller de un zapatero remendón. Jack cogió el abrigo, lo inspeccionó de cerca y echó mano de un artilugio de cortar, dotado de una hoja curva de aspecto asqueroso. Me miró. Sus ojos tenían el mismo matiz pardo que el visón.

—Bueno, ¿qué quiere saber?

—¿Se acuerda de la mujer?

—Me acuerdo del abrigo. Y por supuesto también de la mujer que lo trajo. La señora Boldt, ¿no es eso?

—En efecto. ¿Sabría decirme cuándo la vio por última vez?

Volvió a posar los ojos en el abrigo. Practicó un corte. Se dirigió a una de las máquinas al tiempo que me hacía una seña para que le siguiese. Tomó asiento en un taburete y se puso a coser. Comprendí entonces que lo que me había parecido una Singer antigua era en realidad una máquina especial para coser artículos de piel. Juntó verticalmente los dos retales, con la piel hacia abajo, y los aseguró entre dos discos planos de metal, semejantes a dos dólares de plata unidos por el canto. Pespuntó los bordes de las piezas con la mano en la rueda mientras remetía la piel con habilidad para que la aguja no la perforase. La operación duró alrededor de diez segundos. Extendió la costura y la alisó por el revés con el pulgar. En la prenda había unos sesenta cortes parecidos, separados entre sí por centímetro y medio. Quise preguntarle qué era aquello, pero no quería distraerle.

—Vino en marzo y dijo que quería vender el abrigo.

—¿Cómo supo que era suyo?

—Porque le pedí la factura de compra y la documentación.

Volví a hablarme con un dejo de irritación, pero no le hice caso.

—¿Dijo por qué quería venderlo?

—Porque se había cansado de él. Le apetecía más un visón, de color claro tal vez, y le dije que podía cambiarlo por otro abrigo, pero ella quería dinero contante y sonante y yo le dije que me lo pensaría. No me entusiasma la idea de comprar un abrigo usado. Por lo general no vendemos artículos de segunda mano. Nadie viene a comprarlos a este establecimiento y son más bien un engorro.

—O sea que hizo usted una excepción con ella.

—Pues sí, así fue. El caso es que el abrigo de lince estaba en perfectas condiciones y hacía años que mi mujer quería que le regalase uno. Tiene ya cinco abrigos, pero cuando vi aquel, me dije: contentemos a la parienta, qué caramba; total, por lo que va a costarme. La señora Boldt y yo regateamos y al final me lo quedé por cinco mil dólares, con lo cual salimos ganando los dos, sobre todo porque me quedé con el sombrero de complemento. Le dije que tendría que abonar la limpieza y los arreglos.

—¿Por qué había que arreglarlo?

—Mi mujer no levanta ni metro y medio del suelo. Por si le interesa su estatura exacta, mide un metro cuarenta y siete, pero no se le ocurra decirle que yo se lo he dicho. Ella cree que es un defecto de nacimiento o algo así. ¿No se ha fijado? Las mujeres bajas piensan todas lo mismo. Al llegar a la adolescencia empiezan a ponerse plantillas para parecer más altas de lo que son. ¿Sabe lo que al final hizo la mía? Aprender a patinar. Dijo que sólo así se sentía un ser humano auténtico. Bueno, pues, el caso es que pensé regalarle el abrigo en cuestión. Es magnífico. ¿Lo ha visto usted?

Negué con la cabeza.

—Nunca.

—Pues, oiga, tiene usted que verlo. Lo tengo aquí en la trastienda. Ni siquiera lo he cortado aún.

Se dirigió hacia el fondo y fui tras él con sumisión. Abrió la maciza puerta metálica de la cámara acorazada. Brotó una ráfaga de aire helado como si fuese el frigorífico de una carnicería. Los abrigos de piel colgaban a ambos lados de dos series de perchas, con las mangas tocándose casi, igual que cientos de mujeres que hicieran cola de espaldas. Avanzó por el pasillo mirando los abrigos al pasar y resoplando a causa del esfuerzo. Necesitaba perder kilos con urgencia. Sus pulmones gemían igual que un sofá de cuero cuando alguien se sienta encima, y aquello no era síntoma de salud.

Cogió un abrigo del perchero superior, salimos de la cámara y la puerta se cerró con un chasquido. Levantó el abrigo de Elaine Boldt para que lo inspeccionase. Era de dos colores, blanco y gris, exquisitamente combinados, con las pieles dispuestas de forma que las puntas ahusadas confluyeran en la orilla. Por la cara que puse, tuvo que adivinar que nunca había visto de cerca un abrigo tan caro.

—Adelante —dijo—, pruébeselo.

Titubeé durante una fracción de segundo y me lancé sobre él. Me lo puse sobre los hombros y me miré en el espejo. Me llegaba casi hasta los tobillos y los hombros sobresalían como si fueran hombreras de protección para practicar un extraño deporte nuevo.

—Parezco la Abominable Hembra de las Nieves —dije.

—Está usted elegantísima —dijo. Apartó los ojos de mí para mirarme a través del espejo—. Se lo arreglamos en un santiamén. Hay que meterle en las mangas. Aunque, si le viene grande, puede que le quede mejor el zorro.

Me eché a reír.

—Con lo que gano, llevar un jersey de cremallera ya me parece un lujo. —Me quité el abrigo, se lo devolví y reanudé la conversación—. ¿Por qué le pagó usted lo acordado antes de que ella le abonase la limpieza y los arreglos? ¿Por qué no dedujo éstos de los cinco billetes y extendió un cheque por la cantidad restante?

—La contable prefirió la otra operación. No me pregunte por qué. De todos modos, la limpieza no vale tanto y los arreglos los hago yo personalmente. ¿Qué más me da? Hice un buen negocio. Adele la acosaría para que pagara, como es lo normal, pero eso no cambia las cosas.

Mientras devolvía el abrigo a la cámara, fui a buscar el bolso y cogí la foto de Elaine y Marty que me había dado Tillie Ahlberg.

Se la enseñé cuando volvió a reunirse conmigo.

—¿Es ésta la mujer con quien habló?

Miró la foto un segundo y me la devolvió.

—No. No he visto a ninguna de las dos en toda mi vida —dijo.

—¿Qué aspecto tenía?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Sólo la vi una vez.

—¿Era joven, vieja? ¿Alta, baja? ¿Gorda, delgada?

—Sí, algo así. Cuarentona y de pelo tirando a rubio. Llevaba vestido suelto estampado y fumaba sin parar. No me hubiera gustado verla otra vez por aquí porque no quiero que las pieles se empapen de humo.

—¿Qué documentación le enseñó?

—Pues lo de siempre. El carnet de conducir. Un saldo bancario. Tarjetas de crédito. ¿Va a decirme que el abrigo es robado? Pues no me lo diga porque no quiero saberlo.

—No creo que «robar» sea la palabra exacta —dije—. Sospecho que alguien ha estado haciéndose pasar por Elaine Boldt. Pero no sé dónde ha estado ni dónde está ahora la auténtica Elaine Boldt. Yo en su lugar no tocaría el abrigo para nada hasta que averigüemos lo que ha sucedido.

La última vez que lo vi se pellizcaba las papadas con cara de lástima; no se ofreció a acompañarme hasta la puerta.

Salí a la opresiva humedad de Florida. El manto de nubes convertía la hora en un crepúsculo prematuro y sobre el asfalto caliente comenzó a caer el primero de una serie de aguaceros intensos. Corrí hacia el coche medio encogida, como si reduciéndome de tamaño evitara mojarme. Pensé en la descripción que Jack había hecho de la mujer que se había hecho pasar por Elaine Boldt. Había visto la foto y juró que no era ella. Por lo que yo sabía, tenía que tratarse de Pat Usher. Recordaba el encuentro que había tenido con esta mujer; su actitud cautelosa y resabida, las preguntas sobre Elaine que se había dedicado a desviar, sus mentiras y verdades a medias. ¿Había suplantado sin más a otra persona? Había estado viviendo en el piso de Elaine, pero ¿de qué otro

sitio había podido sacar aquel abrigo de piel? Si era ella quien se había dedicado a comprar con las tarjetas de crédito de Elaine, tenía que estar segura de que ésta no iba a enterarse. En mi opinión, sólo podía haber vencido este obstáculo sabiendo que Elaine estaba muerta, lo cual, por otra parte, ya sospechaba yo desde hacía días. Podía haber otra explicación, pero ninguna que lo trabase todo tan bien.

La lluvia había arreciado y los limpiaparabrisas del coche alquilado oscilaban igual que metrónomos, sin conseguir otra cosa que extender por el vidrio una fina capa de suciedad. Localicé una cabina telefónica y llamé con la tarjeta de crédito a la Jefatura de Policía de Santa Teresa, para hablar con Jonah. La conexión era pésima y entre el crepitar de la electricidad estática apenas nos entendíamos, pero me las ingenié para decirle lo que quería, es decir, si podía acelerar los trámites de la solicitud que yo había enviado al Registro de Vehículos de Tallahassee. Lo único que habría necesitado conseguir Pat Usher era un carnet de conducir, dado que Elaine no tenía, aunque no habría sido difícil falsificarlo. No habría tenido más que solicitarlo a nombre de Elaine Boldt, pasar el examen y esperar a que el carnet le llegase por correo. Hay estados en que se puede salir del Registro con el carnet en la mano minutos después del examen, para renovarlo por lo menos. Ignoraba los trámites que había que seguir en Florida. Jonah me dijo que llamaría a Tallahassee y que me comunicaría los resultados. Esperaba estar en Santa Teresa al día siguiente y le dije que ya le llamaría yo al llegar.

Volví en el ínterin a la comunidad de propietarios y sostuve una breve charla con Roland Makowski, el administrador, que corroboró lo que ya sabía por Julia. Pat Usher se había marchado con todo lo suyo el mismo día en que yo había estado hablando con ella. Obediente, había dejado una dirección —un motel cercano a la playa—, pero cuando Roland quiso hablar con ella por teléfono, descubrió que el motel no existía. Le pregunté el motivo de aquella llamada. Me dijo que Pat Usher, a modo de despedida, había echado un montón de porquería en la piscina y escrito su nombre en el hormigón con un pulverizador de pintura.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye —dijo—. Dejó flotando en el agua un zurullo del tamaño de un chorizo polaco. Tuve que hacer que la vaciaran y desinfectaran, y aun así hay vecinos que ya no quieren bañarse. Esa mujer está loca. ¿Y sabe qué es lo que la puso así? ¡Que le dijera que no podía tender las toallas en el balcón! Habría tenido que ver cómo reaccionó. Le entró tal ataque de furia que los ojos se le pusieron en blanco y empezó a jadear. La verdad es que me asusté mucho. Está *enferma*.

Le miré de hito en hito.

—¿Ha dicho que empezó a jadear?

—Casi le salió espuma por la boca.

Pensé en la persona que había entrado por la noche en casa de Tillie.

—Creo que hay que echar un vistazo al piso de Elaine —dije con actitud terminante.

El hedor nos recibió a puñetazos en cuanto abrimos la puerta. Lo habían destrozado todo bestialmente y a conciencia. Había rastros de excremento por todas partes y habían acuchillado el sofá y las sillas. Saltaba a la vista que la responsable lo había hecho con el mayor sigilo. Al contrario que en casa de Tillie, no se había roto ningún cristal ni volcado ningún mueble. En su lugar, había abierto todas las latas de comida y las había vaciado en las alfombras y moquetas. Se había dedicado a cubrir el suelo de galletas, fideos, mermelada, especias, café, vinagre, sopa, fruta pasada y aportaciones de su propio intestino grueso. La pasta de olor inefable llevaba allí

varios días, y el calor y la humedad de Florida la habían convertido en un vivero de hongos y putrefacción. Las bolsas de congelados que había abierto sobre aquel pantano pegajoso bullían con una hormigueante vida propia que no me atreví a inspeccionar. En derredor zumbaban con malignidad las moscardas de cabeza brillante como un fanal.

Roland se había quedado sin habla y cuando me volví, los ojos se le habían humedecido.

—Esto ya no hay quien lo limpie —dijo.

—No tiene por qué hacerlo usted —dije de manera automática—. Contrate a alguien. Puede que el seguro se haga cargo. Mientras tanto, será mejor que llame a la policía.

Asintió, cruzó la puerta de espaldas con la mano en la boca y el piso quedó a mi disposición. Puse mucho cuidado en ver dónde ponía los pies y en mi agenda mental apunté que nunca, nunca, bajo ningún pretexto, reprocharía nada a Pat Usher. Por mí podía colgar las toallas donde le diera la gana.

Dado que la pasma estaba en camino, no tenía mucho tiempo. Anduve por el piso abriendo cajones con precaución y con un pañuelo en la mano para no alterar las posibles huellas digitales. No encontré nada después de una revisión superficial, aunque no me sorprendió en absoluto. Había desnudado la casa. Todos los cajones y armarios estaban vacíos. No había dejado siquiera un tubo de dentífrico. Ella podía estar en cualquier parte en aquellos momentos, aunque tenía una intuición acerca de su paradero. Sospechaba que había vuelto a Santa Teresa sirviéndose de los dos pasajes que le quedaban. Cerré la puerta y fui a casa de Julia para contarle lo sucedido. Eran las dos y media de la tarde, tenía que coger el avión a las cuatro y había una hora de camino hasta el aeropuerto. El cielo volvía a estar despejado, el aire olía a una humedad dulzona y el vaho brotaba de las aceras. Volví a meter las maletas de Elaine en el coche alquilado y partí, no sin prometer a Julia que la llamaría en cuanto hubiese alguna novedad. El caso estaba tocando a su fin. Me lo decía un sexto sentido. Llevaba ya en él una semana y había conseguido sacar a Pat Usher de su escondrijo. Ignoraba lo que le había hecho a Elaine y por qué, pero la había puesto en fuga y yo le iba a la zaga. Íbamos a cerrar el círculo volviendo a Santa Teresa, donde todo había comenzado.

Al llegar al aeropuerto de Miami devolví el coche alquilado y recogí la tarjeta de embarque en el mostrador de la TWA, donde facturé las cuatro maletas. Subí al avión seis minutos antes de emprender el vuelo. Comenzaba a experimentar una inquietud subterránea, ese nerviosismo que se siente cuando sabemos que nos van a operar dentro de una semana. No corría peligro inmediato, pero fantaseaba con un futuro lleno de incertidumbre que me llenaba de temor y retortijones. Pat Usher y yo nos habíamos lanzado a la carrera y estábamos destinadas a chocar, pero no estaba segura de resistir el impacto.

Como entre costa y costa hay tres horas de diferencia, tuve la sensación de que llegaba a California apenas una hora después de partir de Florida y al cuerpo le costó aceptarlo. Tuve que esperar una hora en el aeropuerto internacional de Los Ángeles para salvar la escasa distancia que me separaba de Santa Teresa, pero aun así eran sólo las siete de la tarde cuando llegué a casa, arrastrando las maletas de Elaine igual que un carrito de supermercado. Aún era de día, pero estaba rendida. No había comido y en el avión sólo me habían dado unos objetos cuadrados y envueltos en papel transparente que ni siquiera había abierto a causa del cansancio. Había sido uno de esos vuelos llenos de sacudidas y descensos bruscos e incomprensibles que impiden echar una siesta. A casi todos los pasajeros nos preocupaba mucho cómo iban a recomponer e identificar los cadáveres cuando nos estrelláramos envueltos en llamas. Una señora que tenía

detrás y que iba con dos críos de los que no paran de gimotear estuvo casi todo el tiempo hablándoles a propósito de su comportamiento, sin resultado alguno. «Kyle, cariño, recuerda que mamá te dijo que no le gusta que muerdas a Brett porque le hace daño. Vamos, ¿te gustaría que mamá te mordiera a ti?»». Un buen tortazo a tiempo habría ahorrado muchos rodeos educativos, pero la mamá de marras no me consultó.

A lo que íbamos. Nada más llegar a casa, fui derecha al sofá y me quedé dormida sin desnudarme siquiera. Por eso no me di cuenta hasta la mañana siguiente de que alguien había estado registrando la casa con discreción, en busca de Dios sabía qué. Me levanté a las ocho, corrí un rato, volví, me duché y me vestí. Me senté a la mesa y cogí la llave para abrir el cajón superior. Es una mesa normal de oficina con un cajón superior cuya cerradura abre y cierra la columna de cajones de la derecha. Por lo visto, alguien había introducido una navaja en la cerradura y la había forzado hasta abrirla. Saber que alguien había estado allí hizo que la nuca se me pusiera como un cepillo.

Me aparté del escritorio, me levanté y giré con rapidez para revisar la casa. Comprobé la puerta de la calle, pero no había indicios de que nadie hubiera toqueteado el cerrojo de doble llave. Siempre cabía la posibilidad de que se hubiese hecho un duplicado, en cuyo caso tendría que cambiar la cerradura. Nunca me ha preocupado la seguridad y no lleno la casa de trampas que me garanticen la inviolabilidad domiciliaria: ni echo polvos de talco junto a la puerta, ni pego cabellos en las ranuras de las ventanas. Me fastidiaba tener que afrontar aquella intrusión, tener que tomar medidas para garantizar una seguridad que siempre había dado por sentada. Comprobé las ventanas y recorrí con tiento el perímetro de la estancia. Nada. Entré en el cuarto de baño e inspeccioné la ventana. Con un cortavidrios habían practicado una pequeña abertura cuadrada encima mismo del pestillo. Estaba claro que habían utilizado esparadrapo para impedir el ruido del vidrio al romperse o al caer. Aún había rastros de pegamento allí donde había estado el esparadrapo. La mampara de tela metálica estaba levantada por una esquina. Sin duda la habían doblado por allí y luego la habían enderezado. Habían hecho el trabajo con pericia, tanto que habrían podido transcurrir semanas sin que lo descubriera. El agujero era lo bastante grande para descorrer desde fuera el pestillo de la ventana y abrirla para entrar y salir. En dicha ventana hay una cortina y, con todo en su sitio, el agujerito del vidrio ni siquiera se veía.

Volví a la otra estancia e hice una inspección a fondo. Al parecer no faltaba nada. Presentía sin embargo que alguien había introducido una mano furtiva entre la ropa doblada de la cómoda y en los ficheros, dejándolo todo como estaba, pero ligeramente desordenado. Me reventó aquello. Me reventaron la astucia y el cuidado con que se había hecho todo, la satisfacción que el intruso había tenido que sentir al cumplir su cometido con eficacia. ¿Y con qué objeto? Que me maten si era capaz de echar nada en falta. Yo no tengo nada de valor y los ficheros no tienen mucha importancia. Casi todos los expedientes que guardaba en casa pertenecían a casos cerrados y en cuanto a las notas sobre Elaine Boldt, las tenía en el despacho. ¿Qué más obraba en mi poder que pudiera interesar a nadie? Lo que por otra parte me torturaba era la sospecha de que pudiera ser obra de Pat Usher. Si aparte de ser una salvaje era capaz de conducirse con astucia y sigilo, era mucho más peligrosa de lo que había pensado.

Llamé a una cerrajera y quedó en que pasaría más tarde a cambiar todas las cerraduras. El cristal de la ventana lo podía cambiar yo sola. Tomé un par de medidas de urgencia y salí a la calle. Por suerte, no me habían forzado la puerta del coche, aunque no me gustó la idea de que

alguien quisiera hacer aquello también. Saqué la 32 de la guantera y me la guardé en los riñones, entre el pantalón y la camisa. Por el momento tendría que guardarla bajo llave en el archivador del despacho. Estaba relativamente convencida de que el despacho era un lugar seguro. Puesto que estoy en el primer piso y el balcón se ve desde los cuatro puntos cardinales, pensaba que nadie iba a arriesgarse a forzar aquella entrada. El edificio se cierra por la noche y la puerta del vestíbulo es un bloque sólido de roble de cinco centímetros de grosor, con una cerradura de doble llave que sólo podría abrirse con una sierra eléctrica. Sin embargo, seguía llena de aprensiones cuando dejé el coche en el aparcamiento de detrás y acabé subiendo de dos en dos los peldaños de la escalera trasera. No me tranquilicé hasta que abrí la puerta del despacho y comprobé que allí no había estado nadie.

Guardé la pistola y cogí el expediente de Elaine Boldt. Pasé a máquina más notas y actualicé todos los detalles. Por dentro me seguía sulfurando la idea de que en mi casa se hubiera colado un intruso. Habría tenido que avisar a la policía, pero no quería interrumpirme. Traté de concentrarme en lo más inmediato. Había muchas preguntas sin respuesta y ni siquiera sabía cuáles eran las decisivas en aquel momento. Por ejemplo: ¿por qué Pat Usher se había marchado tan bruscamente después de mi primer viaje a Boca? La intuición me decía que, una vez enterada de que yo buscaba a Elaine, no había tenido más remedio que renunciar a sus planes. Sospechaba que había venido a Santa Teresa y que había sido ella quien había entrado subrepticamente en casa de Tillie para llevarse el fajo de facturas y recibos. Pero ¿con qué objeto? Las facturas no habían dejado de recibirse y si alguna información útil podía obtenerse analizándolas a fondo, sólo restaba esperar a que llegara la siguiente remesa. Pero también contaba con lo que Mike había visto la noche del asesinato de su tía. No sabía muy bien qué significado atribuirle, en el caso de que tuviera alguno. Entre el momento en que, según su versión, se había producido la muerte de Marty Grice y la hora en que su marido y su cuñada decían haber hablado con ella, había una diferencia de treinta minutos y éste era un dato que seguía sin aclararse. ¿Estaban Leonard y Lily confabulados?

También estaba el pequeño detalle aportado por la vecina, May Snyder, que había oído martillazos en casa de los Grice aquella noche. Orris juraba que estaba sorda y que lo confundía todo, pero no estaba dispuesta a descartarla como testigo tan a la ligera.

Sonó el teléfono, di un respingo y cogí el auricular de manera automática. Era Jonah. Ni siquiera se molestó en identificarse. Sólo dijo:

—He recibido contestación del Registro de Vehículos de Tallahassee. ¿Quieres echarle un vistazo?

—En seguida estoy ahí —dije, colgué y salí.

Jonah me esperaba en el vestíbulo de Jefatura, cruzamos las puertas de seguridad y me condujo por el pasillo que lleva a Personas Desaparecidas.

—¿Cómo es que te han respondido tan rápidamente? —pregunté.

Me abrió la puerta para que pasara y entré en la zona de los calabozos, donde Jonah tenía el escritorio. Esbozó una ligera sonrisa.

—Pues porque para asuntos así los policías somos mucho más eficaces que los detectives privados —dijo—. Tenemos acceso a cierta información que vosotros no podríais ni oler.

—¡Oye, fui yo quien envió la solicitud! Es información pública. No la puedo conseguir tan aprisa como tú, pero iba por buen camino y tú lo sabes.

—No te acalores —dijo—. Era una broma.

—Muy original. Enséñamelo —dije, alargándole la mano.

Me dio un dibujo hecho con ordenador, una reproducción electrónica de un permiso de conducir extendido en enero a nombre de Elaine Boldt, domiciliada en la comunidad de propietarios de Florida. Contemplé la foto de la mujer que me devolvía la mirada y lancé un «¡ah!» imprevisto e involuntario. Conocía aquella cara. Era Pat Usher: los mismos ojos verdes, el mismo pelo cobrizo. Había algunas diferencias palpables. Yo la había visto después de sufrir un accidente de tráfico, cuando aún tenía la cara hinchada y con moraduras. El parecido, sin embargo, era manifiesto. Por San Dios que lo era.

—Ya la tengo —dije—. ¡Ya la tengo, yujuuuuu!

—¿A quién?

—Pues no lo sé aún. Ella dice que se llama Pat Usher, pero sin duda es un nombre falso. Apuesto lo que quieras a que Elaine Boldt está muerta. Pat tenía que saberlo, de lo contrario no habría tenido ovarios para solicitar un permiso de conducir a nombre de Elaine Boldt. Ha vivido en el piso de ésta desde que desapareció. Ha utilizado sus tarjetas de crédito y probablemente ha metido mano en alguna cuenta corriente. Mierda. ¿Podemos pedir información a los archivos centrales de la Dirección General de la Policía? Este organismo podía suministrarnos información sobre Pat Usher en cuestión de segundos.

—El ordenador acaba de ser desconectado. Acabo de comprobarlo. Me sorprende que no lo pensaras antes.

—Antes no tenía los datos exactos. Contaba con un nombre, pero no con información numérica. Ahora sé la fecha de nacimiento. ¿Puedo hacer una fotocopia?

—Quédatelo —dijo con dulzura—. Yo ya tengo una fotocopia para mis ficheros. ¿Por qué crees que la fecha de nacimiento es auténtica?

—Es sólo una corazonada. Aun en el caso de que el nombre sea falso, lo lógico es que utilizara la fecha de nacimiento auténtica. Ha tenido que inventarse un montón de cosas, ¿para qué complicarse la vida y falsear también esto? Es muy lista. No creo que haya tomado más precauciones de las necesarias. —Inspeccioné la reproducción acercándola a la luz—. Mira esto. Han puesto una cruz en la casilla que dice «lentes de corrección». Asombroso. Tiene que llevar gafas para conducir. Qué fuerte, ¿no? Fíjate en la información que tenemos ya. Estatura, peso. Bueno, parece cansada en la foto. Y mira lo gorda que está. Fíjate en las bolsas que tiene debajo de los ojos. Habrías tenido que oírla cuando hablé con ella en Florida. Es de un creído...

Se había sentado en el borde de la mesa y me sonreía, al parecer porque le hacía gracia mi emoción.

—Bueno, me alegro de haberte sido útil —dijo—. Voy a estar fuera de la ciudad un par de días y ha sido una suerte que esto haya llegado a tiempo.

Me fijé en su expresión por primera vez. Había algo de rigidez en su sonrisa y un poco de preocupación en su actitud.

—¿Vas a tomarte unas vacaciones? —le pregunté.

—Sí, más o menos. Camilla tiene problemas con una de las niñas y he pensado que es mejor ir personalmente. No es un gran plan, pero ya sabes cómo están las cosas.

Mientras lo miraba me puse a interpretar lo que acababa de decir. Camilla había chascado los dedos y él perdía el culo por verla. Las niñas, y un jamón.

—¿Qué ocurre? —dije.

Hizo un gesto vago y me contó una historia inacabable sobre mojar la cama, pesadillas, consultas a un psiquiatra infantil que había recomendado una sesión con toda la familia. Yo decía «ajá, ajá» sin entender siquiera a cuál de las niñas se refería. Hasta había olvidado sus nombres. Bueno, sí, Courtney y no sé qué.

—Estaré de vuelta el sábado, te daré un toque. Si te viene bien, podríamos volver allá arriba para pegar unos cuantos tiros —dijo y sonrió otra vez.

—Sí, sería estupendo —dije, devolviéndole la sonrisa.

Estuve a punto de sugerirle que se trajera una foto de Camilla para que nos sirviera de blanco, pero contuve la lengua. Sentí un poco de tristeza, lo cual me sorprendió un montón. Ni siquiera me había ido a la cama con él... vamos, es que ni se me había ocurrido (bueno, quizás en algún momento). Pero ya había olvidado cómo son los hombres casados, hasta qué punto siguen casados aunque la «ex» viva en otra ciudad... sobre todo cuando la «ex» vive en otra ciudad. La cosa era mucho más sencilla porque ya había sospechado yo que aquella «ex» en concreto no había perdido los papeles todavía. En cualquier caso, a él se le estaban acabando las cenas congeladas y ella había tenido que darse cuenta ya de que había muy pocas oportunidades en el país de los «sinpareja». Advertí de pronto que empezaba a preocuparme por mí misma también.

—Bueno. Será mejor que siga con lo mío. Muchas gracias. Me has hecho un gran favor.

—A mandar —dijo—. Si necesitas algo, Spillman estará a cargo de esto mientras yo esté fuera. Le daré instrucciones para que sepa de qué va, pero quiero que tengas cuidado.

Me apuntó con el índice como si fuera una pistola.

—No te preocupes. No me arriesgo a menos de que sea necesario —dije—. Espero que las cosas se arreglen en el norte. Hablaremos cuando vuelvas.

—Claro que sí. Buena suerte.

—Lo mismo te digo. Saluda a las niñas de mi parte.

Fue una imbecilidad. Ni las conocía ni era capaz de acordarme del nombre de la otra. ¿Sarah? Empujé la puerta.

—Kinsey. —Me volví—. ¿Dónde tienes aquel sombrero que llevabas? Me gustaba. Deberías llevarlo puesto siempre.

Sonreí, me despedí con la mano y me fui. No necesitaba consejos sobre cómo vestirme.

Era media mañana y de pronto me entró tanta hambre que me habría comido un obispo. Dejé el coche delante de Jefatura, donde lo había estacionado, y fui andando hasta una especie de quiosco que se llama El Huevo y Yo. Pedí mi desayuno habitual, que consiste en beicon, huevos revueltos, tostadas, mermelada, zumo de naranja y café a discreción. Es la única comida a la que soy adicta sin remedio porque contiene todos los elementos que me hacen falta: cafeína, sal, azúcar, colesterol y grasa. ¿Cómo resistirse? En California hay tantos capullos dietéticos pululando por ahí que el solo hecho de comer un plato como éste se considera intento de suicidio.

Leí el periódico mientras comía, fijándome en los asuntos locales. Acababa de engullir la segunda tostada de pan integral cuando entró Pam Sharkey acompañada de Daryl Hobbs, el director de Lambeth & Creek. Me vio y la saludé con la mano. No lo hice con entusiasmo. Fue un saludo sin compromiso alguno, para darle a entender que yo era una buena colega y que no me sentía superior porque la hubiera vencido en nuestro último encuentro. La cara se le descompuso, desvió su mirada y pasó junto a mi mesa sin decir ni pío. El desaire fue tan manifiesto que hasta Daryl pareció avergonzarse. Yo me sentí confusa, pero no ofendida, y me encogí de hombros con resignación. A lo mejor el ingeniero aeroespacial había resultado un berzas.

Terminé el desayuno, pagué, cogí el coche y pasé por el despacho para dejar los papeles que me había dado Jonah. Estaba cerrando otra vez la puerta cuando vi a Vera en el pasillo en el momento de salir de la Fidelidad de California.

—¿Podemos hablar? —dijo.

—Claro. Pasa. —Abrí el despacho y entré delante de ella—. ¿Qué tal te va? —dije, pensando que se trataba de una conversación de carácter social.

Se echó detrás de la oreja un mechón de pelo rojizo mientras me miraba por las lentillas azules que le hacían los ojos más grandes y serios.

—Bueno, mira, es que tengo que decirte una cosa —dijo con algo de nerviosismo—. Se ha armado un lío impresionante por el asunto ese de Leonard Grice.

La miré estupefacta.

—No entiendo.

—Parece que Pam Sharkey le llamó después de que hablaras con ella. No sé qué le contaría, pero el hombre está que trina. Ha contratado a un abogado que ha dirigido una carta a La Fidelidad amenazándonos con llevarnos ante los tribunales para reclamarnos hasta la camisa. Hay millones en juego.

—Pero ¿por qué?

—Nos acusan de calumnia y difamación, de incumplimiento de contrato, de agresiones. Andy está que arde. Dice que no sabía que estuvieses tú por medio. Dice que nadie te autorizó a ir a casa del individuo a hacerle preguntas, ni La Fidelidad de California ni Cristo que la fundó. Etcétera, etcétera, etcétera. Ya sabes cómo se pone Andy cuando se cabrea. Quiere verte en seguida.

—Pero ¿qué es todo esto? ¡Leonard Grice ni siquiera ha presentado la reclamación!

—Sigues sin enterarte. La presentó a primera hora del lunes y quiere el dinero ya. Y presentó la demanda encima. Andy está arreglando los papeles a toda velocidad y está que muerde. Le ha dicho a Mac que nos has metido en tal lío que lo mejor es cancelar el acuerdo que tenemos contigo. Los demás pensamos que es un cretino de mierda, pero de todos modos me ha parecido conveniente contarte lo que pasa.

—¿A cuánto asciende la reclamación como tal?

—A veinticinco billetes por los daños ocasionados por el incendio. Es la cantidad que figura en el contrato de la casa y el individuo nos ha detallado las pérdidas hasta el último orinal. El seguro de vida no se ha discutido para nada. Parece que ya cobró algo por la muerte de su mujer, dos mil quinientos dólares, y se pagaron hace meses, según nuestros libros. Kinsey, ese tipo quiere la cabeza de la persona responsable, quiere tu cabeza. Andy está buscando a quién acusar para que Mac no lo acuse a él.

—Mierda —dije.

No se me ocurría nada. Lo último que quería en aquel momento era que me echara la bronca Andy Montycka, el encargado de reclamaciones de La Fidelidad. Andy es un cuarentón conservador e inseguro, cuyas obsesiones más elementales consisten en morderse las uñas y pasar inadvertido.

—¿Le digo que no estás? —preguntó.

—Sí, hazme ese favor, ¿quieres? Oigo lo que haya en el contestador automático y desaparezco —dije. Abrí el archivador, cogí el expediente de Elaine y me volví—. ¿Sabes? Esto es dinamita pura. Leonard Grice ha tenido seis meses para presentar una reclamación y no ha movido un dedo. Ahora, de pronto, entra a saco en la compañía de seguros para que le paguen. Me gustaría saber qué le ha estimulado.

—Oye, lo siento pero me voy, si no, vendrán a buscarme —dijo Vera—. Y, por favor, no te cruces hoy en el camino de Andy o te lo hará pagar caro.

Le di las gracias por avisarme y quedamos en llamarnos. Salió al pasillo y cerró a sus espaldas. Noté con algo de retraso que se me encendían las mejillas y el corazón se me ponía a cien. Una vez, en primera enseñanza, me mandaron al despacho de la directora por pasar chuletas en clase y aún no me he recuperado del miedo que pasé. Era culpable de lo que me acusaban, pero jamás me había metido en líos. ¡Si me hubierais visto! Una criatura apocada, de piernas huesudas, y con tanto miedo que me fui directa a casa deshecha en lágrimas. Mi tía me llevó de vuelta inmediatamente y se puso a vociferar contra todo el mundo mientras yo estaba en el patio, sentada en un banco de madera, pidiendo al cielo que me matara. Es difícil hacerse la adulta cuando una parte de mí sigue estancada en los seis años, totalmente sometida a la autoridad.

Una sola mirada al contestador automático me reveló que no había mensajes. Volví a cerrar con llave y bajé por la parte delantera para no tener que cruzar las puertas dobles de vidrio de La Fidelidad de California. Cogí el coche y volví al antiguo piso de Elaine. Quería ver a Tillie para

contarle lo que pasaba. Giraba ya a la derecha para acceder a Vía Madrina cuando miré por el espejo retrovisor y vi que tenía a un motorista pegado al tubo de escape. Me hice a un lado para dejarle pasar y volví a mirar por el retrovisor. El tipo se puso a pitarme con insistencia. ¿Habría atropellado a su perro? Me acerqué a la acera y el motorista se detuvo detrás de mí, apagó el motor y de una patada puso en posición el caballete. Vestía una especie de uniforme negro de paraca, guantes y botas negros y se cubría con un casco negro de visera ahumada. Salí del coche y anduve hacia el individuo, que se desprendió del casco en aquel punto. Oh rábanos, era Mike. Habría tenido que figurármelo. El rosa de su cepillo craneal parecía descolorido y me pregunté con qué se lo retocaría, con tintes Rit, con azafrán o con caldo de remolacha. Estaba furioso.

—¡Hostia, vengo tocándote el claxon desde hace rato! ¿Por qué no me has llamado? El lunes te dejé un aviso en el contestador —dijo.

—Lo siento. No me di cuenta de que eras tú. Además, creo que dijiste que volverías a llamarme.

—Bueno, lo he intentado, pero lo dejé estar porque siempre me respondía el contestador. ¿Dónde has estado?

—Fuera de la ciudad. Volví anoche mismo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Ha ocurrido algo?

Se quitó los guantes y los metió en el casco, que sostenía con un brazo como si fuera un niño de teta.

—Creo que tío Leonard tiene una amiguita. Pensé que te gustaría saberlo.

—Vaya por Dios. ¿Cómo te has enterado?

—Bueno, yo estaba limpiando... o sea, estaba sacando la mercancía del cobertizo aquel, y entonces lo vi entrar en el edificio que hay al lado.

—¿La comunidad de propietarios?

—Sí, bueno, eso creo. Vamos, el edificio ese de pisos grandes.

—¿Cuándo fue?

—El domingo por la noche. Por eso te llamé el lunes por la mañana. Al principio no estaba seguro de que fuera él. Me pareció verle aparcar enfrente, pero estaba muy oscuro y no veía bien. Pensé que querría coger algo de la casa y metí la mercancía en el petate a toda velocidad. Joder, tía, no se me ocurría nada para explicar mi presencia allí. Al final me encerré en el cobertizo, cerré la puerta y lo espí por una ranura. En vez de acercarse a la casa, vi que entraba en el otro edificio.

—Ya. Pero ¿por qué crees que tiene una amiguita?

—Porque lo vi con ella. Como no tenía otra cosa que hacer, crucé la calle, me escondí en un árbol y esperé hasta que salieron. No estuvo en el edificio más que cinco o diez minutos, luego se apagaron las luces, las del primer piso a la izquierda. Salieron inmediatamente después, metieron no sé qué en el portaequipajes y subieron al coche.

—¿La viste a ella?

—No muy bien. Era difícil verles desde donde estaba y además iban con prisa. Luego, cuando estuvieron dentro, empezaron a meterse mano. Casi la desnudó en el asiento delantero. Era bastante raro, quiero decir que no es normal ver cómo se magrea la gente a esa edad. Además, nunca me habría imaginado a mi tío haciendo esas cosas. Pensaba que no era más que un viejo carcamal al que ni siquiera se le levantaba. Vamos, que ni siquiera tenía paquete que pudiera ponerse gordo.

—Mike, tu tío tiene cincuenta y dos años, según creo. ¿Te importaría dejar en paz ese tema? ¿Qué aspecto tenía ella? ¿La habías visto antes?

Se llevó la mano a la barbilla.

—Estaba allí para verse con él. De eso me di cuenta. Llevaba el pelo echado hacia atrás y sujeto por una especie de pañuelo, bueno, como se llame. No la había visto en mi vida. Vamos, que no es que me dijese ah, sí, coño, es aquella, ni nada parecido. Era eso, una tía y nada más.

—Oye, hazme un favor. Coge papel y lápiz y escríbelo todo, ahora que aún es reciente. Me especificas la fecha, la hora y todo lo que recuerdes. No tienes por qué explicar qué hacías allí. Siempre puedes decir que fuiste a comprobar cómo estaba la casa o algo parecido. ¿Podrás hacerlo?

—Pues claro. ¿Y tú? ¿Qué harás?

—Aún no lo he decidido —dije.

Volví al coche y al cabo de cinco minutos me abrió Tillie la puerta del zaguán. Me estaba esperando en la puerta de su apartamento y me hizo pasar a la salita. Las gafas le habían resbalado hasta la punta de la nariz y me observaba por encima de la montura. Se sentó en la mecedora y siguió con el bordado. Se trataba de una especie de tapiz que reproducía un paisaje con bosques y montañas, los ciervos pacían aquí y allá y un torrente discurría entre las rocas. Se había rodeado de pegotes de guata y los estaba pegando en el reverso del paño con una aguja de hacer ganchillo. El relleno daba tridimensionalidad a los ciervos que, perfilados con aguja e hilo, producían un efecto acolchado.

—¿Qué haces? —dije, tomando asiento también—. ¿Lo estás guateando?

Esbozó una ligera sonrisa. Había acabado por dejar en paz la permanente que se había hecho hacía poco y su cabeza era un gorro de baño aureolado de rizos tiesos de color albaricoque.

—Pues sí, es lo que hago. Se llama bordado de realce. Haré que lo enmarquen cuando lo termine. Es para la subasta de beneficencia que se celebra en otoño. El algodón lo he ido cogiendo de los tapones de los frascos de píldoras; ya sabes, si tienes que comprar un frasco de Tylenol o de pastillas para el resfriado, guardarme el envase. Siéntate. Hace días que no te veo. ¿A qué has venido?

Le expuse un resumen de lo acontecido desde el día en que la había visto por última vez, es decir, el viernes. No se lo dije todo. Le conté cómo había encontrado el gato, pero pasé por alto la farmacopea que tenía Mike en el cobertizo de la casa vecina. Le hablé de Aubrey Danziger y de la posterior escena con Beverly, de las maletas, del viaje a Florida, de la posibilidad de que me llevaran ante los tribunales y de lo que me había contado Mike sobre que Leonard Grice tenía una amante en el piso de arriba. Al oír aquello, se quitó las gafas y cerró las patillas.

—No lo creo —dijo con voz terminante—. Mike debía de estar drogado.

—Lo estaba, Tillie, pero la hierba no produce alucinaciones.

—Entonces es que se lo ha inventado.

—Yo me limito a contar lo que me contó él —dije.

—Bueno, ¿y quién puede ser? Yo no creo que Leonard esté liado con ninguna vecina, pondría la mano en el fuego. Y por lo que me has dicho, se reunieron en el piso de Elaine y eso es imposible.

—Vamos, Tillie, vamos. No seas ingenua. Es el apaño perfecto. ¿Por qué no puede tener una amante en este edificio?

—Porque no hay nadie en todo el edificio que encaje en la descripción.

—¿Y la vecina del apartamento sexto? La que pensaste que podía estar levantada el día que te asaltaron la casa.

—Tiene setenta y cinco años.

—Bien, y aquí hay muchas vecinas.

—Matrimonios jóvenes. Mira, Kinsey, aquí hay más *solteros* dispuestos a liarse con Leonard que solteras capaces de hacerlo.

—Te creo. ¿Y qué me dices de Elaine? ¿Por qué no pudo ser ella?

Cabeceó con tozudez.

—¿Y tú?

Se echó a reír dándose palmadas en el pecho.

—Ay, gracias por el piropo. Me gustaría creer que aún soy capaz de ir por la calle mareando el culo, pero Leonard no es precisamente mi tipo. Además, Mike me conoce. Me habría reconocido incluso en la oscuridad.

Tuve que admitirlo. A decir verdad, me era imposible imaginarme a Tillie en una escena de amor con Leonard Grice. Resultaba incongruente.

—¿Y por qué no Elaine? —insistí—. ¿Y si ella y Leonard estaban liados desde hacía tiempo y decidieron eliminar a la mujer del segundo? Ella hace el trabajo serio mientras él está en casa de su hermana aquella noche. Se va a Florida días después y se esconde durante seis meses, en espera de que él solucione sus asuntos y así huir juntos al final hacia el crepúsculo. Pero cuando se dan cuenta de que he encontrado una pista, ponen la directa y pisan el acelerador.

Me miró durante un rato sin decir nada.

—Entonces, ¿quién es Pat Usher?

Volví a encogerme de hombros.

—Tal vez le pidieron ayuda y ella se ha dedicado a protegerlos.

—Pero ¿quién entró aquí y por qué? Creí que estabas convencida de que había sido Pat Usher. Me di cuenta de que empezaba a crisparme.

—Tillie, yo no lo sé todo. Lo único que digo es que puede que él tuviera una amiguita escondida aquí. Y puede que fuera Pat.

No respondió. Se puso otra vez las gafas y empezó a guatear la montaña con algodón, hinchándola igual que Mount St. Helens antes de entrar en erupción.

—¿Me das la llave del piso de arriba?

—Desde luego —dijo—. Yo también voy.

Dejó la labor y se dirigió a la arquimesa, de cuyo cajón cogió un juego de llaves. Me alargó un fajo de facturas y me las guardé en el bolsillo trasero de los tejanos. Aquello me recordó algo por encima, pero no supe decir qué.

Cerró el piso con llave y fuimos al ascensor.

—¿No has oído a nadie pasearse o hacer ruido en el piso de arriba?

Volvió la cabeza y dijo:

—Pues no, aunque las paredes son sólidas y cualquiera podría estar arriba sin que yo me enterase. ¿De veras crees que Leonard ha tenido a alguna persona escondida en el piso de arriba?

—Es una hipótesis admisible —dijo—. Con Elaine fuera de circulación, es el nido de amor perfecto. Puede que Pat Usher diera con una forma de entrar. Estoy convencida de que esta mujer

se encuentra en la ciudad. Si tuvo acceso a la casa de Florida, ¿por qué no a ésta también? A propósito, ¿estabas aquí el domingo por la noche?

Negó con la cabeza.

—Estuve en un acto organizado por la parroquia y no volví hasta pasadas las diez.

Se abrió la puerta del ascensor en la primera planta y Tillie avanzó por el pasillo de la izquierda, mientras me hablaba por encima del hombro. Llegó a la puerta de Elaine y giró la llave en la cerradura.

—No puedo creer que haya estado alguien aquí —dijo mientras entrábamos.

Se equivocaba. Wim Hoover, el vecino del apartamento 10, estaba tendido en el vestíbulo con un balazo detrás de la oreja derecha. El aire apestaba a humo de tabaco estancado y al horrible hedor que exhalaba el cuerpo del cadáver en trance de descomposición. Hubiera jurado que llevaba muerto por lo menos tres días.

Tillie se puso pálida y bajó a toda prisa a su casa para llamar a la policía.

Como siempre, hice un rápido recorrido por la casa mientras Tillie llamaba a la policía. Le había dicho que no mencionara mi nombre porque no quería interrumpir el trabajo para sufrir otro de los dichosos exámenes del profesor Dolan. Ya tenía bastantes problemas con La Fidelidad de California para, encima, tener que soportar al teniente Dolan. El piso olía tan mal que no creí que Tillie tuviera dificultades a la hora de explicar por qué había subido a meter la nariz. No hacía falta ser Sherlock Holmes para deducir que Pat Usher había estado viviendo en aquel piso. No había hecho nada por ocultar su presencia. La prenda de gasa con que la había visto en Boca Ratón la había arrojado de cualquier manera sobre la cama deshecha de Elaine. Por lo visto había metido mano a todo lo que le había dado la gana, comida, ropa, cosméticos. Había platos sucios por doquier, ceniceros llenos hasta el borde y la basura sobresalía de la bolsa de papel marrón de borde impecablemente doblado. Los especialistas en huellas se lo iban a pasar en grande en aquel piso, pero lo que a mí me interesaba era el estudio. Se habían abierto todos los cajones, el contenido se había esparcido con violencia, vi carpetas rasgadas por la mitad. Parecía fruto de la furia e impaciencia habituales de Pat Usher. Me pregunté qué habría estado buscando y si lo había encontrado. No toqué nada. Habían transcurrido cinco minutos desde que Tillie bajara a su piso y me dije que ya era hora de ahuecar. No quería estar en el barrio cuando llegaran las lecheras desgañitándose.

Me detuve en el vestíbulo y eché un vistazo a Wim. Estaba boca abajo, con la mano entre el suelo y la mejilla, como si durmiera la siesta. La carne se le había hinchado, la piel estaba amoratada y el agujero del balazo era tan redondo y perfecto como el ojal de un zapato. El arma utilizada era probablemente del calibre 22, no causaba la muerte por regla general, pero, si el proyectil alcanzaba un cráneo humano, sufría una desviación capaz de convertir los sesos en tortilla en un abrir y cerrar de ojos. Pobre Wim. Ignoraba por qué le habría matado aquella mujer. Ya no me cabía la menor duda de que se trataba de Pat. ¿Había matado también a Marty Grice? La autopsia no había descubierto heridas de bala, sólo impactos reiterados de un objeto contundente sin identificar. ¿Qué objeto era éste? ¿Y dónde estaba?

Bajé en el ascensor y salí del edificio sin despedirme de Tillie. Abrí el coche, entré y entonces me apercibí del crujido que producían los papeles que llevaba en el bolsillo del tejano. Cogí las facturas que me había dado Tillie y lancé un «aaaaah» involuntario. Acababa de comprender lo que posiblemente había buscado Pat Usher en el piso de arriba. El pasaporte de Elaine. Lo había encontrado al inspeccionar aquel piso por segunda vez y me lo había guardado en el bolsillo trasero del pantalón. No recordaba haberlo llevado al despacho, o sea que tenía que

estar en mi casa. ¿Por eso había forzado Pat la entrada de mi casa? ¿Para buscarlo? Si lo había encontrado, lo más probable es que estuviera ya en cualquier avión, rumbo a lo desconocido. Por otra parte, Leonard no había cobrado aún el dinero del seguro, por lo que cabía la posibilidad de que los dos estuvieran en la ciudad todavía.

Puse en marcha el vehículo y arranqué, decidida a abandonar el vecindario antes de que llegase la policía. Me puse a pensar intensamente. Pat y Leonard habían tenido que eliminar a Marty primero, luego se habían encargado de Elaine Boldt, tal vez porque ésta había imaginado lo que pasaba. En cualquier caso, la situación tuvo que abrir una posibilidad totalmente nueva. Habían accedido a las propiedades de Elaine y a todas sus cuentas bancarias, y se habían dedicado a saquearle el crédito mientras Leonard esperaba los seis meses que se necesitaban para liquidar los bienes de Marty. Probablemente no ascenderían a mucho, pero sumados al capital de Elaine Boldt producirían unos beneficios nada despreciables. Cuando Leonard fuese el único propietario del inmueble de Vía Madrina, lo podría vender por ciento quince mil. El solar valía más sin la casa, probablemente. En el ínterin le había bastado con hacerse el viudo desconsolado y fingir desinterés por los trámites. Así, no sólo se ganaba simpatías sino que además desviaba la atención de sus verdaderas motivaciones, que habían sido económicas desde el principio. El plan habría podido ir sobre ruedas, pero de pronto se había presentado Beverly Danziger en busca de una firma rutinaria para un documento de menor cuantía. La versión de Pat relativa a que Elaine se había marchado a Sarasota para estar con unos amigos no resistía ni el análisis más superficial por la sencilla razón de que no se podía constatar realmente el paradero de Elaine. Pero ¿cómo iba yo a demostrar todo esto? No hacía más que formular hipótesis, cometiendo errores circunstanciales sin duda, pero aun en el caso de tener la verdad en la palma de la mano, no podía ir a la policía sin contar con pruebas concretas.

Leonard, mientras tanto, me había cortado el paso poniéndome en jaque, por lo menos en lo que afectaba a la compañía de seguros. Ya no me atrevía a interrogarle otra vez y sabía que en lo sucesivo tendría que tener cuidado con las preguntas e indagaciones que hiciera. Cualquier pista que siguiese iba a considerarse ofensiva o difamatoria desde su punto de vista. ¿En qué ratonera me había metido? Porque o Leonard Grice y Pat Usher detenían en seco mis investigaciones, o el plan entero les estallaría en la cara.

Me detuve en el almacén para comprar un vidrio para la ventana y volví a mi domicilio. Tenía que encontrar el pasaporte de Elaine. Miré en las bolsas de la basura, detrás de los cojines del sofá, debajo de los muebles y en todos los rincones donde solía dejar la quincalla. No recordaba haberlo archivado ni se me había ocurrido esconderlo. Sabía que no lo había tirado, lo que significaba que tenía que estar en algún sitio. Me puse en el centro de la casa y giré trescientos sesenta grados sobre mi propio eje para supervisar todos los rincones: el escritorio, el anaquel de los libros, la mesita de servicio, el pequeño mostrador que aísla la cocina.

Fui al coche y miré en la guantera, en la cartera de los planos y mapas, debajo y detrás de los asientos, en el parasol, en el maletín, en los bolsillos de la cazadora. Mierda. Volví dentro y me puse a inspeccionar todo otra vez. ¿Dónde lo habría puesto? *Tenía* que estar en el despacho. Resolví probar allí después de que La Fidelidad de California cerrase y Andy Montycka se hubiese ido a casa. ¿Qué le habrían contado a éste, joder? Estaba ya que me subía por las paredes y sólo deseaba terminar antes de que se pusiera nervioso y pagara la indemnización.

Miré la hora. Pasaba un poco de la una y había quedado a las cuatro con la cerrajera. Me senté

a la mesa y saqué el expediente de Elaine Boldt. Tal vez hubiera algo allí que había pasado por alto. Preparé el cebo y empecé a echar el anzuelo al azar. Había repasado aquellas notas un centenar de veces y no podía creer que saliera a la superficie nada nuevo. Volví al principio y leí todos los informes que obraban en mi poder. Clavé todas las tarjetas de fichero en el tablón de anuncios, primero por orden, luego de cualquier manera, para ver si se ponía de manifiesto alguna incongruencia. Releí todo el material de Homicidios que Jonah me había fotocopiado y miré con lupa las fotos tomadas en el escenario del crimen hasta que me supe de memoria todos los pormenores. ¿Cómo habían matado a Marty Grice? Cualquier objeto podía ser un «objeto contundente».

Había muchas cosas que me molestaban, preguntas menores que me zumbaban en el fondo del cerebro igual que una nube de mosquitos. Había empezado a creer que si Elaine estaba muerta, la habían matado al principio de todo. No tenía pruebas aún, pero sospechaba que Pat se había hecho pasar por Elaine y había representado la farsa del viaje a Florida como un ejercicio de prestidigitación, para dejar una pista falsa que hiciera creer que Elaine seguía con vida y con buena salud y que se marchaba de la ciudad, cuando en realidad ya estaba muerta. Pero si la habían matado en Santa Teresa, ¿dónde estaba el cadáver? Esconder un cadáver no es moco de pavo. Arrojadlo al mar y se hinchará y saldrá a flote. Si lo escondéis en el monte, seguro que lo encuentra cualquier practicante de *footing* a las seis de la mañana. ¿Qué otra cosa puede hacerse? Enterrarlo. A lo mejor estaba escondido en el sótano de los Grice. Me acordé del suelo de aquel lugar —cemento resquebrajado y tierra apisonada— y me dije: ajá, por eso no quiso Leonard que bajara el equipo de limpieza y recuperación. La primera vez que había inspeccionado la casa de los Grice me había contentado con reconocer que había tenido suerte, pero incluso entonces me había parecido excesiva para ser verdad. Puede que Leonard no quisiera que los albañiles picaran en aquellas profundidades.

También Pat Usher me producía comezón. Jonah no había podido hacer averiguaciones sobre ella en los archivos centrales de la Dirección General de Policía porque el ordenador se había desconectado. Y ahora se encontraba en Idaho, aunque a lo mejor conseguía que Spillman me hiciese la consulta, a ver qué salía. Estaba convencida de que Pat Usher era un nombre falso, pero podía aparecer como alias, en el caso de que tuviese ficha, cosa bastante improbable a estas alturas. Cogí un cuaderno de papel timbrado y escribí algunas notas. Tal vez, con un pequeño rastreo retrospectivo y sensato acababa averiguando quién era y cómo se había relacionado con Leonard Grice.

Repasé las facturas de Elaine que me había dado Tillie y fui descartando el correo comercial. Ví una cartilla de visitas de un dentista del barrio y la aparté. Elaine Boldt no conducía, y sabía que utilizaba los servicios de los establecimientos a los que podía ir andando desde su casa. Me acordé de que en el primer fajo de facturas que había visto había una del mismo dentista. John Pickett, doctor en odontología. ¿En qué otro sitio había visto yo aquel nombre? Repasé los papeles procedentes de Homicidios al tiempo que recorría las páginas con los ojos. Ajá. No me extrañó que el nombre me hubiera llamado la atención. Era el dentista que había aportado la radiografía de la boca con la que se había podido identificar a Marty Grice. Sonó un golpe en la puerta y alcé los ojos con sobresalto. Eran ya las cuatro de la tarde.

Pegué el ojo a la mirilla y abrí. La cerrajera era joven, tendría veintidós años quizá. Me dedicó una sonrisa que le puso al descubierto una preciosa dentadura inmaculada.

—Ah, hola —dijo—. Soy Becky. Es aquí, ¿no? Llamé a la puerta principal y un viejo me dijo que probablemente eras tú a quien buscaba.

—Sí, es aquí —dije—. Pasa.

Era más alta que yo, y muy delgada, llevaba desnudos los largos brazos y los tejanos azules le colgaban de las caderas estrechas. Alrededor de la cintura llevaba una cincha de carpintero de la que el martillo le colgaba igual que un revólver con funda. Llevaba muy corto el pelo rubio y un flequillo rebelde le cruzaba la frente con aire infantil. Pecas, ojos azules, pestañas claras, nada de maquillaje y desgarrada como una adolescente. Tenía el aspecto sano y envidiable de una gimnasta y olía a jabón Ivory. Eché a andar hacia el cuarto de baño.

—La ventana está aquí dentro. Quiero que me pongas un marco muy resistente, que no se pueda romper.

Cuando vio el agujero del vidrio le chispearon los ojos.

—No está mal, oye. Un trabajo fino, te lo digo yo. ¿Quieres que también cambie el pestillo de las demás ventanas o sólo el de ésta?

—Quiero pestillos y cerraduras nuevas en todas partes, incluso en la mesa. ¿Podrás dejar aquí el que hay?

—Desde luego. Puedo hacer lo que quieras. Si ya has comprado el vidrio, yo te lo pondré. Me encantan estas cosas.

La dejé instalando el nuevo marco de metal. Me puse a recoger la ropa sucia desperdigada por la sala. No hay como la mirada indiferente de un extraño para darse cuenta del estado del propio entorno. Metí dos toallas playeras, la parte superior de un chándal y un vestido estival de algodón encima de las prendas que ya había en la lavadora. Suelo utilizarla como cesta de la ropa sucia porque ando muy mal de espacio. Eché una taza de detergente. Giré el mando para poner el programa corto, el de la ropa que no hay que planchar, y ya iba a cerrar la tapa cuando vi el pasaporte de Elaine sobresaliendo del bolsillo trasero de unos tejanos azules. Creo que di un grito de sorpresa porque Becky asomó la cabeza por la puerta del cuarto de baño.

—¿Me llamabas?

—No, no es nada. Es que acabo de encontrar algo que andaba buscando.

—Ah. Estupendo, me alegro por ti.

Volvió a la faena. Guardé el pasaporte en el fondo del último cajón del escritorio y lo cerré con llave. Menos mal que tengo el pasaporte, me dije. Menos mal que ha aparecido. Era como un talismán, como un buen presagio. Llena de animación, pensé que podía pasar a máquina las últimas notas que había tomado, cogí la máquina portátil y puse manos a la obra. Desde allí oía a Becky trastear en la ventana y al cabo de un rato volvió a asomar la cabeza.

—Oye, Kinsey, esto ya está montado. ¿Quieres que lo ponga?

—Sí, por supuesto que sí —dije—. Si consigues que la ventana quede como nueva, te encargaré un par de cosas más.

—Marchando —dijo y volvió a desaparecer.

Oí el chirrido del marco de la ventana cuando Becky lo arrancaba. Daba grima tanta energía y entusiasmo. Me pareció oír que algo se rompía.

—No te preocupes por el ruido —dijo en voz alta—. Se lo vi hacer una vez a mi padre y es lo mejor.

Momentos más tarde cruzaba la estancia de puntillas y con un dedo en los labios.

—Siento molestarte, pero tengo que ir a la furgoneta para coger material. Tú sigue con lo tuyo. Me lo había dicho con un murmullo gutural, como si al hablar en voz baja me hubiera interrumpido menos.

Alcé los ojos al cielo y seguí tecleando. Tres minutos más tarde llamaba a la puerta. Tuve que levantarme para hacerla pasar. Se excusó otra vez con un par de monosílabos y desapareció en el cuarto de baño. Empecé a redactar una carta a Julia para poner al día nuestras cuentas. Becky daba martillazos expertos en el cuarto de baño. Al cabo de unos minutos apareció de nuevo.

—Ya está. ¿Quieres verlo?

—Un momento —dije.

Terminé de poner la dirección en el sobre, me levanté y me dirigí al cuarto de baño. Me pregunté si tener un niño en casa sería como aquello. Ruido, interrupciones, constantes llamadas de atención. Hasta las madres normales y corrientes me llenan de asombro. Qué nervios, qué aguante, Señor.

—Mira, mira —dijo con entusiasmo.

Izó la guillotina. Antes era como levantar un pedrusco de veinticinco kilos. Se estancaba a mitad, chirriaba, y de pronto se disparaba y casi se astillaba el vidrio al chocar contra el marco. Para bajarla tenía prácticamente que colgarme de ella y aun así cedía con mucha lentitud. Por este motivo la dejaba cerrada casi siempre. Ahora se deslizaba sin la menor dificultad.

Se apartó para que probara yo. Me erguí para bajarla, pero las mejoras efectuadas me pillaron desprevenida porque cayó tan a plomo que los contrapesos golpearon con fuerza contra los topes. Se echó a reír.

—Ya te dije que la había arreglado.

Mis ojos iban de ella a la ventana y de la ventana a ella. Acababan de ocurrírseme dos ideas al mismo tiempo. Pensaba en la radiografía bucal del doctor Pickett y en lo que había dicho May Snyder sobre los martillazos que había oído la noche en que Marty había muerto.

—Tengo que ir a un sitio —dije—. ¿Has terminado ya?

Se echó a reír otra vez; la misma alegría falsa e inquieta que brota cuando se habla con una persona que sólo puede calificarse de desequilibrada.

—Bueno, no. Antes dijiste que había un par de cosas por hacer.

—Mañana. O mejor pasado —dije. La empujé hacia la puerta al tiempo que cogía el bolso. Se dejaba empujar sin oponer resistencia.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó.

—Ya hablaremos mañana —dije—. Gracias por todo.

Volví al barrio de Elaine Boldt y di la vuelta a la manzana, para acceder a la calle del Árbol y buscar el consultorio del doctor Pickett. Lo había visto en otra ocasión; era uno de esos chalecitos de madera y una sola planta que tan de moda habían estado antaño en los alrededores. Casi todos habían sido transformados en filiales de inmobiliarias y tiendas de antigüedades con rótulo colgado en la entrada, y parecían mini-habitaciones ocupadas por familias numerosas.

El doctor Pickett había plantado unos macizos de flores para delimitar una zona de estacionamiento. En ella no había más que un vehículo, un Buick de 1972 con una matrícula especial de pago con la inscripción «DENT POST». Aparqué junto al Buick, cerré con llave y me dirigí al porche de la entrada. Sobre la puerta había un cartel que decía: «ENTRE POR FAVOR», y eso hice. El interior era clavado a la antigua escuela donde hice la primaria: suelos de madera

pulimentada y olor a caldo de verduras. Oí cacharrear a alguien en la cocina. En algún sitio había una radio sintonizada con una emisora de música *country*. Cruzado en oblicuo en mitad del receptor había un escritorio lleno de rasguños y arañazos con un timbre y un rótulo que decía «LLAME Y LE ATENDEREMOS». Pulsé el timbre con decisión.

A la derecha había una sala de espera con mesas bajas de contrachapado y sofás de plástico en plan moderno. Las revistas estaban bien ordenadas, pero sospeché que habían vencido las suscripciones: vi un ejemplar de *Life* con el siguiente titular en portada: «La joven actriz Janice Rule»^[4]. Se había levantado un tabique entre la recepción y el consultorio del doctor Pickett. Por la puerta entreabierta vi un sillón de dentista del año del catapún, con asiento de plástico negro y una escupidera de porcelana blanca. La bandeja del instrumental era redonda y giraba al parecer sobre un brazo metálico. La superficie de la bandeja estaba cubierta por un papel blanco, a modo de salvamanteles, y los instrumentos estaban ordenados encima igual que en un museo odontológico. Me llenó de alegría no necesitar una limpieza de boca en aquel preciso instante.

A la izquierda había unos archivadores de madera pegados a la pared. Solitarios, los pobres. Sentí el murmullo del diablo en mi oído. Hice sonar el timbre otra vez, como estaba mandado, pero la música *country* estaba demasiado alta. Conocía la canción y la letra me hacía llorar casi siempre que la oía. En la parte frontal de cada archivador había una etiqueta de cartulina blanca, enmarcada en una ventanilla de latón, con letras escritas a mano. En la primera ponía A-C. En la siguiente, D-F. Ya se sabe que estos archivadores antiguos no pueden cerrarse con llave. Bueno, a veces sí, pero aquellos concretamente, no. Luego iba a tener que afilar las uñas, y que pintármelas también. A lo mejor estaba siguiendo una pista equivocada, lo que sólo haría perder el tiempo a todo el mundo, yo incluida. Si titubeé un momento fue únicamente porque los tribunales arman la de Dios cuando se trata de la licitud de las pruebas conseguidas. No parece muy normal robar una información que se tiene intención de presentar más tarde como «Prueba n.º 1 de la Acusación». Ya se sabe que la pasma se queda con todo lo relativo a las pruebas, lo etiqueta, lo clasifica y abre un minucioso expediente a propósito de quiénes tenían acceso a la información y dónde estaba. Verificación de las pruebas, se llama a esto. Que lo sé porque me leyeron la cartilla, vamos.

—¡Yujuuu! —exclamé, y mientras esperaba me pregunté si «yujuuu», al igual que «mamá» y «papá», era una de esas expresiones que existen en todos los idiomas. Si no aparecía nadie en diez segundos, me llevaba los ficheros con mueble y todo.

Entonces apareció la señora Pickett. Al menos eso supuse. Era corpulenta, de cara grande y redonda, gafas sin montura y nariz de perro pachón. Llevaba un vestido de rayón azul marino, estampado con flechitas blancas que volaban en todas direcciones. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza y sujeto por una goma, desde la que caían los rizos en cascada, como si fuera una fuente. Llevaba delantal blanco y ancho, con peto, y al reparar en su aspecto se alisó la parte del regazo.

—Hola, me pareció oír a alguien, aunque creo que no la conozco —dijo.

Tenía la voz melodiosa, con ligero acento del Sur.

Durante un segundo eterno estuve dudando entre decirle la verdad o no. Le tendí la mano y le dije cómo me llamaba.

—Soy detective —dije.

—¿De veras? —exclamó con los ojos como platos—. ¿Y en qué puedo servirla?

—La verdad es que aún no lo sé —dije—. ¿Es usted la señora Pickett?

—En efecto —dijo—. Espero que no esté haciendo averiguaciones sobre John.

La voz le subía y bajaba musicalmente, con teatralidad.

Negué con la cabeza.

—Investigo la muerte de una mujer que vivía en este barrio.

—Apuesto a que se refiere a Marty Grice.

—Premio —dije.

—Oh, fue algo terrible. No sabe lo mal que me puse cuando me enteré. Una mujer tan simpática, acabar de esa forma. La vida ya no es como antes.

—Sí, fue terrible —dije.

—¿Sabe una cosa? No pudieron detener al culpable.

—La señora Grice era paciente del doctor Pickett, ¿no?

—Desde luego. Y la persona más bondadosa del mundo. ¿Sabe?, nos visitaba muy a menudo. Se quedaba un rato y charlábamos. Cuando la artritis me daba fuerte, me ayudaba respondiendo al teléfono y con lo que hiciera falta. Nunca vi a John tan alterado como cuando tuvimos que ir a identificar los restos. Creo que estuvo una semana entera sin pegar ojo.

—¿Fue él quien hizo las radiografías de la boca durante la autopsia?

—El patólogo. John llevó las que había hecho en el consultorio y se cotejaron en el lugar mismo de los hechos. No había ninguna duda, naturalmente. Según nos dijeron, era sólo una formalidad. No hacía ni seis semanas que había hecho las radiografías. Sentí tanta lástima por su

marido que pensé que me moría. También fuimos al entierro y no quiero ni contarle cómo me puse. Lloré como una niña y John también se echó a llorar. Bueno, pero seguro que es con él con quien quiere hablar usted. Es su día libre, pero no tardará en volver. Ha ido a hacer unos recados. Espérole o vuelva más tarde, como prefiera.

—A lo mejor usted puede prestarme la ayuda que pensaba pedirle a él —dije.

—Si está en mi mano... —dijo en tono dubitativo—. No tengo título, pero he sido su enfermera desde que nos casamos. A veces dice que podría empastar una muela igual que él, pero a mí no me gusta la novocaína esa. Y no me gusta tontear con las agujas. Mis manos se agarrotan y la piel de los brazos se me pone de gallina. —Se frotó las manos y reprodujo un escalofrío en broma para que comprobase lo mal que se ponía—. Pero, en fin, pregunte lo que tenga que preguntar. No quisiera obstaculizar su trabajo.

—Creo que el doctor Pickett tenía una paciente llamada Elaine Boldt —dije—. ¿Podría mirar los ficheros y decirme cuándo fue su última visita?

—Me suena el nombre, pero así de pronto no se me ocurre quién pueda ser. No creo que sea paciente habitual, eso puedo asegurárselo porque si hubiera venido más de una vez la conocería. —Se inclinó hacia mí—. Supongo que no le está permitido decirme para qué quiere saberlo —dijo en tono confidencial.

—Pues no —dije—, lo que pasa es que eran amigas. La señora Boldt vivía al lado de la señora Grice.

Asintió brevemente y arqueó las cejas como si comprendiera de qué iba la cosa y no tuviera intención de repetir una sola palabra. Se acercó a los archivadores y abrió el cajón superior. Me puse a su lado. No sabía si le molestaba que mirase por encima de su hombro, pero no puso reparos. El cajón estaba tan lleno que apenas podía introducir el dedo entre las fichas. Se puso a recitar nombres.

—Vamos a ver. Bassage, Berlín, Bewley, Bevis... Ah, eh, alto ahí. Esta no está en su sitio —dijo. Cambió de orden las fichas y continuó—. Birch, Blackmar, Blount. Aquí está, Boles. ¿No era ése el apellido?

—Boldt —dije—. Be, o, ele, de, te. Sé que le enviaron una factura en cierta ocasión y no hace mucho he visto una cartilla donde figuraba una revisión semestral pendiente.

—Creo que tiene razón. Yo misma rellené la cartilla, ahora lo recuerdo. Vía Madrina, ¿verdad? —Volvió a repasar las fichas, deteniéndose en las que precedían y seguían a la que buscaba—. Apuesto a que la tiene mi marido encima de la mesa —dijo—. Vamos a echar un vistazo, venga conmigo.

La seguí por el corto pasillo y entramos en un despacho que se abría a la izquierda y que sin duda había sido antaño un lavabo de señoras. El escritorio del doctor Pickett estaba lleno de expedientes y la mujer puso los brazos en jarras como si nunca hubiera visto cosa igual.

—Dios nos asista, vaya desorden.

Se puso a mirar en el montón que tenía más cerca.

—¿Por qué habría de estar aquí? —pregunté.

—Puede que nos hayan solicitado su historial clínico; no se me ocurre otra explicación —dijo—. Hay pacientes que se van a vivir a otro estado.

—¿La ayuda?

—Gracias, gracias, es usted un cielo. A este ritmo podríamos estar aquí todo el santo día.

Me puse a mirar en el montón más cercano y luego repasé el que había mirado ella por si se le había pasado por alto. No había ninguna Elaine Boldt.

—Aún nos queda otro sitio —dijo. Alzó un dedo y encabezó el desfile que nos condujo a la mesa de la entrada, abrió el cajón de arriba y sacó un pequeño fichero metálico—. Estas son para recordar las consultas pendientes. Si esa señora recibió un aviso, su ficha tiene que estar aquí. Supongo que no le habrá dicho cuándo vino.

—Pues no —dije—. Pero si se le ha recordado hace poco que tenía que pasar la revisión semestral, deduzco que tuvo que ser en diciembre.

Me dirigió una mirada de elogio.

—Bien pensado. Supongo que por eso es usted detective y yo no. Bueno, bueno, veamos qué nos depara diciembre. —Pasó unas quince fichas. Yo ya estaba preocupada por los ingresos anuales del doctor Pickett, dado que ni siquiera tenía un paciente al día.

—Un mes descansado —dije mientras la observaba.

—Está medio jubilado —dijo, absorta en la búsqueda—. Atiende aún a los ancianos de los alrededores, pero no quiere ampliar la clientela. Tiene unas varices peores que las mías y su médico no quiere que esté todo el día de pie. Salimos a pasear siempre que podemos. Estimula la circulación. ¡Aquí está!

Alzó una tarjeta y me la entregó con una mezcla de alivio y triunfo. Puede que estuvieran a punto de jubilarse, pero el consultorio estaba todavía bien organizado.

Inspeccioné la ficha. Lo único que constaba en ella era el nombre y la dirección de Elaine Boldt y la fecha de su primera y única visita. 28 de diciembre. ¿Estaba en el buen camino? Me puse a pensar en ello.

—Marty Grice tuvo que venir primero —dije—, habló con Elaine y le recomendó que visitara al doctor Pickett.

—Eso es fácil de comprobar —dijo al instante la señora Pickett—. ¿Lo ve? Detrás de cada ficha está esta casilla que dice «enviado por», sí, fíjese, fue la señora Grice. En realidad lo hacemos por si se olvidan de pagar, para localizar al paciente.

—¿Podría ver el expediente de Marty? —pregunté.

—No veo inconveniente alguno.

Volvió a los archivadores, cogió un pliego del cajón que ostentaba las letras G-I y me lo tendió. El nombre de Marty estaba escrito a máquina en la etiqueta de la cubierta. Abrí el expediente. Contenía tres hojas. La primera era un cuestionario médico con preguntas relativas a medicamentos, alergias y enfermedades que hubiera tenido la paciente. Marty lo había rellenado y firmado, autorizando automáticamente de aquel modo «cualquier intervención odontológica». La segunda era un historial odontológico que se interesaba por los alvéolos dentarios, las encías sangrantes, la halitosis ocasional y los dientes que se trababan o rechinaban. La tercera hoja contenía información sobre el tratamiento practicado, así como un dibujo de ambos maxilares, trazado como una proyección de Mercator y con los empastes señalados con bolígrafo. El nombre de Marty se veía con claridad en la cabecera del documento. Debajo había unas notas a mano del doctor Pickett. Una visita de rutina. La paciente se había sometido a una limpieza general. No constaba que tuviese caries. Se le habían hecho radiografías y se la había emplazado para volver en junio.

Estuve un buen rato mirando el expediente y repasando en la cabeza toda la serie de

acontecimientos. Nada parecía anormal, salvo la fecha, 28 de diciembre. Me acerqué a la ventana y miré la hoja a contraluz. Me di cuenta de que esbozaba una sonrisa crispada porque sin saber cómo había tenido la certeza de que me iba a encontrar algo así. No acababa de creer que hubiese encontrado la prueba realmente. Y sin embargo, allí estaba. Habían borrado el nombre original y mecanografiado encima el de Marty. Pasé el dedo por la cabeza de la hoja y palpé el nombre de debajo como si se hubiera escrito con signos de Braille. Bajo el nombre de Marty Grice alcanzaba a percibirse el nombre de Elaine Boldt. Las últimas teselas del mosaico encajaron de pronto en el conjunto. Ahora sabía que los restos carbonizados que se habían encontrado en casa de los Grice aquella noche eran los de Elaine Boldt. Cerré los ojos. Todo se me antojó extraño de repente. Había estado siguiendo la pista de Elaine durante diez días sin darme cuenta de que ya la había visto en una foto de Homicidios, aunque inidentificable a causa de las quemaduras. Marty Grice estaba viva y yo sospechaba que ella y Pat Usher eran la misma persona. Aún quedaban detalles por ajustar, pero me había formado una idea muy clara de cómo se había perpetrado el asesinato.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien —dije con sequedad.

—¿Aún quiere hablar con John?

—En este momento no, pero sí más adelante. Me ha ayudado usted muchísimo, señora Pickett. Gracias.

—Bueno, no sé qué habré hecho, pero de nada, de todos modos.

Le di la mano, consciente a medias de la mirada de perplejidad que me dirigió al irme. Subí al coche y estuve un rato sin saber qué haría a continuación. Dios mío, ¿qué habrían hecho para que coincidiera el contenido de ambos estómagos? Había sido una jugada muy astuta. El informe de la autopsia decía que el grupo sanguíneo era O positivo, el grupo más corriente, o sea que por este lado todo había sido más sencillo. Marty y Elaine eran de estatura parecida. Hubiera sido muy distinto si la víctima fuera una completa desconocida. Todos habían supuesto que se trataba de Marty y las radiografías no habían hecho más que confirmar la identidad. No había habido ningún motivo para pensar que la víctima fuera otra persona. Leonard y su hermana habían hablado con ella por teléfono a las nueve y Lily había dicho que Marty había tenido que colgar porque llamaban a la puerta. El telefonazo a la policía había sido un detalle decorativo, ideado para impresionar. Mike estaba en lo cierto a propósito de la hora. A las ocho y media de aquella noche había visto efectivamente un cadáver de mujer envuelto en una alfombra. Sólo que no era su tía. A Elaine habían tenido que matarla a golpes un poco antes, dejando intacta parte de la mandíbula y la dentadura con objeto de facilitar la identificación. Un sinfín de cosas encajaba de pronto. Wim Hoover había tenido que reconocer a Marty mientras ésta entraba o salía de casa de Elaine. Marty o Leonard le habían dado alcance antes de que llegara al teléfono.

Arranqué, abandoné la acera y giré a la izquierda. Fui a Jefatura y aparqué en una zona azul de quince minutos que había al otro lado de la calle. Una vez dentro, me detuve ante el mostrador de la izquierda. Detrás del mostrador estaba la puerta que daba al puesto de guardia. Un madaleno al que no había visto en mi vida pasó ante la puerta y me vio. Se detuvo.

—¿Quiere algo?

—Busco al teniente Dolan.

—Voy a preguntar. Acabo de pasar por su despacho y allí no lo he visto.

Desapareció. Esperé dirigiendo miradas furtivas a Identificación y Archivos, que tenía a mis

espaldas. No había a la vista más que una funcionaria de raza negra que escribía a máquina a velocidad pasmosa. No conseguía quitármelo de la cabeza. Las piezas encajaban de un modo clarísimo. Marty Grice había ido a Florida y se había instalado en el piso de Elaine. No era difícil adivinar lo que había hecho. Perder kilos. Teñirse el pelo y cambiar de peinado. Habría sido distinto si hubiera tenido que ocultarse; pero allí no la conocía ni Dios. Ya con los dineros de Elaine a su disposición, sin duda se había dedicado a empingorotarse. Rememoré el encuentro que había tenido con ella: la cara hinchada y con moraduras, la tirita que le cubría la nariz. No había sufrido ningún accidente de tráfico. Se había hecho la cirugía plástica, una cara nueva para una nueva identidad. Ella misma me había dicho que se había «retirado» y que no pensaba volver a trabajar en su vida. Ella y Leonard habían tenido una mala época y hete aquí que entra en escena Elaine Boldt, con montones de dinero para fundir y una manifiesta inclinación al lujo. Cómo debió de hervir la sangre de Marty al verla. La sed de justicia se había traducido en crimen, al tiempo que el robo de todos los bienes de la difunta garantizaba a los asesinos una pensión para toda la vida. Lo único que tenía que hacer Marty a partir de aquel momento era esperar a que Leonard se viese libre de toda traba; entonces se reunirían. Era un caso para Dolan. Si aparecía el arma homicida, tendría pruebas suficientes para entrar en acción. Por el momento sólo le podía contar lo ocurrido. No me parecía prudente guardarme la información. Volvió el madaleno.

—Se ha ido y no volverá en todo el día. Si puedo ayudarla...

—¿Se ha ido? —dije. Contuve los versitos de amor que suelo murmurar en estos casos, mientras por dentro vociferaba «¡Mierda, mierda!»—. Volveré mañana a primera hora.

—Estupendo. ¿Quiere que le dé algún recado?

Saqué una de mis tarjetas y se la di.

—Dígale solamente que volveré mañana para contárselo todo.

—De acuerdo —dijo.

Volví al coche y arranqué. Creía saber dónde estaba el arma homicida, pero antes quería hablar con Lily Howe. Si esta mujer había adivinado lo que sucedía, estaba en peligro. Miré la hora. Las seis y cuarto. Vi un teléfono público en una gasolinera y me detuve. El miedo había empezado a acelerarme el corazón. No quería que Mike se metiera en la boca del lobo. Si se había dado cuenta de que su tía estaba viva, también él tendría problemas. Todos íbamos a tenerlos, hostia. Las manos me temblaban mientras pasaba las hojas de la guía telefónica en busca de los Grice restantes. Encontré a un tal Horace Grice, domiciliado en Anaconda, y que no parecía mala alternativa; tuve que rebuscar en el fondo del bolso para reunir veinte centavos. Marqué el número y contuve la respiración mientras el aparato sonaba una vez, dos veces, cuatro, seis. Colgué a los doce timbrazos. Arranqué la página del listín y me la guardé en el bolso, con la esperanza de tener otra oportunidad para llamar.

Volví al coche y puse rumbo a la casa de Lily Howe. ¿Dónde estarían Leonard y Marty en aquel momento? ¿Habían huido o seguían los dos en la ciudad, en casa de Lily tal vez? Pasé de largo ante Carolina Avenue y tuve que dar la vuelta, atenta a los números de las casas mientras avanzaba. Vi el domicilio de los Howe y reduje la velocidad ante el desconcierto de los ocupantes del vehículo que me seguía. Pasé de largo otra vez y di la vuelta en la entrada de un garaje, seis casas más allá. Al acercarme a la acera para aparcar, el corazón me dio un vuelco. Leonard y su dama de compañía acababan de entrar en el sendero de Lily.

Me encogí en el asiento sin pensármelo dos veces y me golpeé la rodilla contra la consola de

mandos. Joder, menuda hostia. Me incorporé poquito a poco, oteando por encima del volante. Al parecer no habían reparado en mí porque en aquel momento salían del vehículo y se dirigían hacia la puerta de la casa de Lily sin mirar atrás para nada. Llamaron y Lily les abrió la puerta sin que de sus labios brotara ninguna exclamación de sorpresa, horror, conmoción o consternación. Me pregunté desde cuándo sabría que Marty estaba con vida. ¿Había estado confabulada con ellos desde el principio? Observé la casa con inquietud. Estaba más o menos convencida de que, mientras Leonard estuviese allí, Lily estaría a salvo, pero no creí que a Marty le gustara la idea de dejarla con vida cuando se marcharan.

Iba a tener que vigilar un poco a Lily Howe, a hacer de ángel de la guarda, tanto si lo sabía como si no.

Mientras reflexionaba sobre el paso que daría a continuación, empezó a salirme en la rodilla un cardenal que dolía lo indecible y que quizá no se me fuera nunca. No quería irme de allí ahora que tenía a tiro al enemigo. No había ningún teléfono público en varios kilómetros a la redonda, y ¿a quién podía llamar, por otra parte? Pensé en salir del vehículo y arrastrarme hasta la casa, pero nunca se me han dado bien estas operaciones. Nunca encuentro ventanas abiertas donde más las necesito. Las pocas veces que me he acercado lo bastante para escuchar a hurtadillas sólo me he enterado de estupideces. Nadie se pone a enumerar en voz alta los detalles fundamentales de sus delitos más recientes. Ponte a espiar por una ventana y lo más probable es que sorprendas a los malos jugando al julepe. Jamás he visto a nadie descuartizar un cadáver o repartir el botín de un atraco. En consecuencia, decidí quedarme en el coche y esperar.

No hay nada tan llamativo como una persona sola al volante de un coche aparcado en un barrio residencial. Con un poco de suerte, me vería un vecino aburrido, llamaría a la policía y yo tendría que dar un montón de explicaciones enrevesadas a los agentes. Preparé en la cabeza una versión resumida de la trama que había desembocado en asesinato para poder contarla con toda rapidez si se presentaba la oportunidad. La casa estaba en silencio. Pasó una hora y tres cuartos y la oscuridad creciente redujo los objetos tridimensionales a un plano de sombras. Las luces de las casas se fueron encendiendo, y también las de la casa de Lily Howe. Un vecino fumigó el barrio con perfume de barbacoa. Tenía hambre, quería cambiar el agua al canario, pero la idea de acucillarme tras un matorral me parecía arriesgada. Creo que no siento envidia del pene, pero en momentos así añoro ciertas ventajas anatómicas.

A las nueve y veinte se abrió la puerta principal y salieron Leonard y Marty. Me pegué a la ventanilla y entorné los ojos para ver mejor. No hubo despedidas largas. Entraron en el coche, cerraron las portezuelas y el vehículo reculó hasta la calle. Esperé hasta que se perdieron de vista y me acerqué a la casa. Habían apagado la luz del porche. Llamé con la mano. Hubo un instante de silencio y a continuación oí que echaban la cadena de seguridad. Lily había leído todos los manuales sobre la prevención de las violaciones. Bravo por ella.

—¿Quién es? —dijo dentro una voz amortiguada.

—Yo —dije entre susurros—. Me he dejado el bolso.

Lily quitó la cadena de seguridad y entreabrió la puerta. Empujé con tanta energía que la puerta casi le rompió la nariz. Oí el impacto y la mujer lanzó un grito, pero yo ya había cerrado la puerta a mis espaldas.

—Tenemos que hablar —dije.

Se había llevado la mano a la cara y las lágrimas le desbordaban de los ojos, no porque yo le hubiese hecho daño, sino porque estaba hecha un manojo de nervios.

—Ella me dijo que me mataría si decía una sola palabra.

—Va a matarte de todos modos, tonta del higo. ¿Qué te piensas? ¿Que se va a marchar tranquilamente, dejándote aquí para que le riegues las macetas? ¿Te ha contado lo que hizo con Wim Hoover? Pues le metió una bala detrás de la oreja. Eres carnaza. No tienes escapatoria.

Se puso pálida. Un sollozo empañó la superficie igual que una burbuja de aire cuando surge del fondo de una piscina, aunque pareció recuperarse. Cerró los ojos y cabeceó, como un prisionero ante el potro de tortura. Pero le traía sin cuidado lo que le dijera, no tenía intención de hablar.

—¡Maldita sea tu estampa, dime qué ha ocurrido!

La expresión se le endureció y me pasó por la cabeza una imagen vivida de lo que tuvo que haber sido aquella mujer de pequeña. La hermana de Leonard sabía cómo tratar a las bravuconas como yo. Con tozudez, con pasividad, con una actitud defensiva que por lo visto había perfeccionado con el tiempo a modo de táctica para repeler las agresiones. Sencillamente se escondía, se encerraba en sí misma igual que un molusco. De pequeña tuvieron que tener la costumbre de amenazarla cotidianamente con todo y por todo, con ponerle inyecciones antitetánicas si no se lavaba las manos cada vez que se tiraba un pedo, con llamar a la policía si no miraba a ambos lados antes de cruzar la calle. Y en vez de aprender las reglas del juego, había aprendido a desaparecer.

Vi asombrada que tomaba asiento en uno de los sillones azul turquesa sin pronunciar palabra. Cogió el mando a distancia, puso en marcha el televisor y recorrió seis canales hasta que vio una teleserie cómica que le gustó. Acababa de encender el televisor y quería apagarme a mí. Me acerqué al sillón, me puse en cuclillas junto a ella y le hablé con la mayor seriedad mientras permanecía inmóvil y con los ojos clavados en la pantalla, contemplando con fijeza obsesiva a una rubia tetona y oxigenada, ataviada con una blusa corta de tirantes, que preparaba un pastel de cumpleaños.

—Señora Howe, creo que no acaba de entender lo que está ocurriendo. Su cuñada ha matado a dos personas y, según parece, no lo sabe nadie salvo nosotras.

Se hinchó la masa harinosa y formó una nube enorme que ocultó la cara infantil de la rubia. Por lo visto, la muy tonta había puesto sucedáneo de levadura y levadura auténtica, y la harina seca había subido hasta el techo. Apretaron el botón de la risa y la aguja de las carcajadas se detuvo en «hilaridad». ¡Qué muchacha! ¿Verdad que era graciosa? Lily esbozó una ligerísima sonrisa, tal vez al recordar los desastres culinarios que ella misma había provocado.

Le toqué el brazo.

—Se nos acaba el tiempo, Lily, porque, ¿sabes?, creo que Marty Grice va a volver para matarnos también a nosotras. Si no, vivir para ver.

Nada. Puede que lo que yo le decía no tuviera para ella más realidad que aquel desaguisado con el pastel. La rubia partía huevos ahora y las yemas le saltaban a la cara. Se violaban las sencillas leyes de la naturaleza porque la rubia era el motivo de la gusa. Entró el marido. Se quedó boquiabierto al ver el estropicio. Más carcajadas histéricas. ¿Habrá algo en el mundo real, me pregunté, capaz de aflojarme tanto la risa?

—¿Adónde han ido? —dije—. ¿Se han marchado de la ciudad?

Se echó a reír con fuerza. La rubia acababa de volcar el cuenco en la cabeza del marido. Y encima le acusaba. Sonaron unos compases de la melodía de la serie y comenzó una tanda de anuncios. Me acerqué al aparato y bajé el volumen hasta enmudecerlo. Un perro patinó en silencio en el linóleo mientras perseguía una lata de hígado picado.

—Eh —dije—, Leonard está en un lío. ¿Vas a ayudarlo o no?

Me miró y vi que se le movían los labios. Acerqué el oído.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Se le notaba en la cara que estaba haciendo un esfuerzo y parecía tener la mirada desenfocada. Me contempló con la misma concentración que una persona embriagada, incapaz de dominarse y de valerse por sí misma.

—Leonard no ha hecho daño a nadie —dijo—. No sabía lo que había hecho ella hasta que fue demasiado tarde.

Ya me había dicho Mike que Leonard adoraba a su mujer. Para mí no era precisamente una víctima inocente, pero mantuve la boca cerrada.

—Está en peligro desde el momento en que lo supo. Podré salvarle si me dices adónde han ido.

—A Los Ángeles —dijo en un susurro—, estarán allí hasta que reciban el nuevo pasaporte de Marty, luego tomarán un avión a Sudamérica. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Puede que ya no le vea nunca más. Siempre hemos estado muy unidos. No puedo entregarle, no puedo traicionarle, ¿es que no lo comprendes?

—Lo que tienes que hacer es ayudarlo, Lily. Él lo entenderá.

—Ha sido espantoso. Una pesadilla. Cuando apareciste tú, pensé que se moría de miedo. Estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón, fue entonces cuando volvió ella. Dijo que tú habías cogido el pasaporte de Elaine y está furiosa porque significa un retraso en sus planes. Leonard tiene miedo de ella. Siempre ha tenido miedo de esos ataques que le dan...

—No se lo reprocho. También yo le tengo miedo. Está loca. ¿Se han llevado el equipaje en el coche?

Se estaba desmoronando, hundiéndose totalmente. La idea de que Leonard la hubiera abandonado era demasiado dolorosa, y la imagen de las maletas preparadas no pudo por menos de romperle el corazón. Era demasiado. Ahora que se iba de su lado, ¿qué importancia tenía ya nada?

—Han ido en su busca —dijo. Había hablado en medio de una boqueada y la nariz había empezado a moquearle—. Primero al motel que hay junto al desfiladero y después a la casa. Discutieron, pero ella no tenía intención de abandonarla porque era una prueba.

—Abandonar ¿qué?

—El... bueno, ya sabes...

—¿El arma homicida?

Asintió, asintió una y otra vez. Pensé que no iba a detenerse nunca. Era como si los tendones del cuello se le hubieran soltado y la cabeza estuviera condenada a moverse eternamente. Parecía uno de esos perros de cabeza bamboleante que suelen ponerse en la ventanilla trasera de los coches.

—Escucha, Lily. Quiero que llames a la policía. Escóndete en la casa de cualquier vecino y quédate allí hasta que llegue alguien. ¿Entiendes lo que te digo? Vamos, muévete. ¿Necesitas algo? ¿Un suéter, un bolso? —Quise gritarle que se diera prisa, pero no me atreví.

Me miraba con ojos preocupados y abatidos, con una mirada tan confiada como la de un perro. La ayudé a ponerse en pie, apagué la televisión y la conduje hasta la puerta. Oteé la calle, no había nadie a la vista. No podía creer que Leonard permitiese que Marty hiciera daño a su hermana, pero todos sabíamos quién mandaba allí. Tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo, pero tenía que dejar a Lily Howe en un lugar seguro. Nos dirigimos a la primera vivienda en que vimos luz, una casa de cedro situada a escasa distancia.

Llamé al timbre. Abrió la puerta un hombre, empujé a Lily hacia el interior y dije que aquella mujer estaba en peligro y que necesitaba ayuda. La alenté a que llamara a la policía y me marché. No estaba muy segura de que lo hiciera.

Cogí el coche y salí pitando, los neumáticos chirriaron cuando patiné al tomar una curva dos manzanas más allá. Conducía con los músculos en tensión, me saltaba las señales de stop, adelantaba a otros vehículos de cualquier manera. Tenía que llegar a la casa antes que ellos. Frené en seco en un semáforo y aproveché la breve interrupción para buscar la linterna en la guantera. Comprobé el estado de las pilas. Parecían estar bien. El semáforo se puso en verde y salí disparada.

Me di cuenta demasiado tarde de que había dejado la pistola en el archivador del despacho. A punto estuve de pisar a fondo el freno y dar media vuelta, pero no tenía tiempo. Si habían ido primero al motel, entre que hacían el equipaje, lo comprobaban y lo metían en el coche, me darían margen suficiente para hacerme con el arma del crimen antes de que llegaran. Si me ganaban por la mano, iría derecha a casa de Tillie para llamar a la policía. No tenía intención de detener a Marty Grice yo sola.

Sentí que por dentro me inundaba un chorro de adrenalina, las neuronas se me pusieron al rojo y un arrebató de júbilo coronó el ciclo. En mi cabeza detonó la respuesta a una antigua pregunta y supe de pronto cómo se había manipulado el contenido estomacal de Elaine Boldt. Marty se había llevado la basura de la cocina de Elaine. Así de sencillo. La bolsa de supermercado que Mike había visto en el vestíbulo era la basura de Elaine Boldt, una bolsa de basura con la lata vacía de atún y la lata de sopa que la mujer había cenado aquella noche. Marty había tenido tiempo de sobra para preparar la operación y me puse a repasar la película de los hechos como si fuera una vidente. Leonard sale a cenar con Lily, y Marty llama a Elaine para invitarla con cualquier pretexto. Elaine acude a la cita y en cierto momento recibe una serie de golpes mortales en la cara. Marty coge las llaves y va a casa de Elaine en cuanto oscurece. Coge la basura de la cocina, vuelve con ella a su casa y la deja en el vestíbulo durante los dos minutos que tarda en bajar al sótano para coger el petróleo. En esto aparece Mike, abre la puerta y la vuelve a cerrar cuando se da cuenta de que algo anda sospechosamente mal. Marty termina de rociar la casa con el combustible y se pone a esperar la llamada telefónica, acordada de antemano, que Leonard ha de efectuar a las nueve, y cuando suena el teléfono le cuenta lo que ha comido Elaine para que más tarde pueda decírselo a la policía. Sopa de tomate y un bocadillo de atún. Puede que, para que todo cuadre y parezca auténtico, deje Marty las sobras en el frigorífico. Marty prende fuego a la casa y acto seguido se cuelga en el piso de Elaine, donde permanece escondida hasta que coge el avión de Florida el lunes siguiente por la noche. Supongo que se tiñó el pelo antes de marcharse y sospecho que el manojo de cabellos grises que vi en la papelera del cuarto de baño de Elaine durante mi primera inspección constituía, en realidad, otra prueba de la presencia de Marty Grice en el lugar.

Llegué a casa de los Grice, estacioné el coche al otro lado de la calle y dediqué unos minutos a observar el edificio y el jardín. Los destrozos causados por el incendio apenas se veían en la oscuridad, pero la casa emanaba todavía aquel aura de ruina y abandono. No había ni rastro del coche en la entrada. Ni luces en el edificio. Ni peatones en la calle.

Salí del vehículo sin cerrar la puerta con llave. Quería asegurarme la retirada y una fuga silenciosa, llegado el caso. Abrí el portaequipajes y cogí las herramientas que me hacían falta. Cuando vi que no había moros en la costa, crucé la calle y entré en la propiedad por un lado del jardín.

Avanzaba en silencio por el sendero al tiempo que vigilaba las ventanas. Casi todas las de la parte delantera se habían roto a causa del incendio y condenado con tablas después, pero aún quedaban dos intactas cerca de la parte trasera. Elegí una y la forcé. Todo estaba oscuro como boca de lobo y el vecindario, excepción hecha de los grillos que cantaban en la hierba, estaba en silencio. Sabía que me convenía prepararme un camino de retirada, pero tampoco podía correr riesgos. Si aparecían, verían en el acto la puerta o la ventana que estuviese abierta. Tenía que moverme aprisa, pues, con la esperanza de que mis suposiciones sobre el arma homicida resultaran acertadas. No tenía tiempo para cometer errores.

Me colé en la cocina y cerré la ventana. El suelo estaba alfombrado de vidrios rotos que crujieron en cuando di unos pasos. El haz de la linterna iluminó puertas ennegrecidas, paredes tiznadas de hollín, el pasillo en sombras. Contuve la respiración, agucé el oído. El silencio era uniforme y unidimensional. La electricidad estaba cortada y eché en falta el zumbido suave de los electrodomésticos. No había frigorífico, ni cocina eléctrica, ni reloj de pared, ni siquiera un calentador de agua que chisporrotease en la estancia contigua. Pensé en la expresión «silencio sepulcral», pero la deseché en el acto.

Seguí avanzando y di un respingo cuando oí crujir un trozo de cristal. ¿Habría alguien arriba? Iluminé el techo con la linterna, medio esperando ver un reguero de huellas en relieve. La imaginación tiene reflejos primitivos, casi de película de dibujos animados, como cualquier niño atestiguaría. Volví a ponerme en movimiento. Había algo de luz al fondo, una claridad procedente de la casa de al lado. Me detuve junto a la ventana desde la que se veía la sala de estar de los vecinos. El señor Snyder veía la televisión y las imágenes parpadeaban en silencio. La otra ventana de aquel costado de la casa era un tragaluz que había en la cocina, cerca de la parte trasera. Pensaba que sabía ya la causa del martilleo que May Snyder había oído aquella noche y quería comprobarlo. Oteé el dormitorio de la mujer, pero estaba ya a oscuras. Me pregunté si la vejez consistiría en aquello, en dormir cada vez más horas hasta que llega el día en que ya no vale la pena despertar.

Pasé los dedos por el marco de la ventana e iluminé con la linterna la pintura blanca levantada, arrugada y apergaminada por el fuego, como un pellejo marchito y sin vida. Vi el punto por donde se había levantado la madera, vi el punto por donde había vuelto a clavarse: pum, pum, pum. Apoyé la linterna en el alféizar. Tardé unos minutos en colocarla de modo que pudiese ver lo que hacía con ambas manos libres. Introduje el extremo curvo de la palanqueta en la ranura del marco de la ventana y cedió con un crujido tan ruidoso y ensordecedor que el corazón me dio un vuelco. Pensaba que a Elaine la habían matado con un contrapeso de la guillotina y que, acabada la operación, lo habían restituido y habían vuelto a clavar al marco. Se me había ocurrido en un chispazo intuitivo al ver cómo golpeaba la ventana de mi cuarto de baño contra el jambaje.

Era ingenioso. A Marty tuvo que gustarle el sentido de orden casero que entrañaba. Si la casa se hubiera incendiado totalmente aquella noche, ¿quién lo habría descubierto? Las excavadoras habrían derribado los restos del edificio, los hubieran cargado en camiones de caja abatible y éstos los hubieran depositado en los basureros municipales. Pero incluso con la casa en el estado actual, ¿quién iba a descubrirlo? En cierto modo se comportaba como una idiota imprudente por querer recoger el arma homicida. ¿Por qué no la dejaba donde estaba? Sin duda se había puesto nerviosa, había sido presa del pánico y quería atar todos los cabos sueltos para sentirse a salvo dondequiera que estuviese. Podían detenerla, pero ¿qué podía demostrarse? En el arma homicida estarían sin duda sus huellas. Incluso era posible que aún pudiesen detectarse en ella cabellos de Elaine, fragmentos de hueso, partículas microscópicas de carne. Me pregunté qué pensaría hacer con aquel objeto siniestro. Enterrarlo en algún lugar, probablemente, arrojarlo al agua desde cualquier muelle.

Metí un destornillador grueso en la estrecha rendija que había entre el marco y el madero que lo sujetaba. Pensé que las distintas partes y secciones de un ventana tenían que tener designación específica, pero ignoraba los nombres. Yo me limitaba a imitar el arte de mi cerrajera Becky. El resultado iba a ser el mismo. Desmonté el marco y quedaron al descubierto los dos juegos de contrapesos, la correa que los movilizaba y las poleas que regulaban la subida y bajada de la guillotina. Los puse bien a la vista, guardándome de tocar nada. Mierda, allí no iba a verse ni una sola huella. El metal estaba cubierto por una fina película de serrín y suciedad. La humedad había generado tanta herrumbre que cualquier huella latente se habría borrado ya. Que hubieran transcurrido seis meses no mejoraba las cosas. Los restos de sangre seca se podían ver a través del microscopio, pero ignoraba qué más podía descubrirse. Recorrí la guillotina con el haz luminoso de la linterna. Enganchados en un nudo de color marrón oscuro vi brillar unos cabellos rubios. Hice una mueca de asco.

Puse un plástico alrededor y lo pegué con cinta adhesiva. Abrí la hoja de la navaja multiuso que había cogido y corté las correas, haciendo chocar los contrapesos sin querer al meterlos en una bolsa de plástico. El teniente Dolan y sus expertos en huellas habrían apretado los puños si me hubieran visto tratar de aquel modo las pruebas, pero no tenía elección. Metí la navaja multiuso en la bolsa de plástico, junto con el resto de las herramientas, haciendo crujir la bolsa con cada movimiento; por eso no oí a Leonard y Marty hasta que los tuve en la puerta trasera.

La llave se introdujo en la cerradura y sentí un trallazo en la cabeza. El miedo se apoderó de mí como una descarga eléctrica y el corazón empezó a latirme con tanta fuerza que noté las palpitaciones en el cuello. Mi única ventaja consistía en que yo sabía que ellos estaban allí, mientras que ellos ignoraban mi presencia.

Cogí la linterna y me coloqué bajo el brazo los contrapesos envueltos en plástico. Me puse en movimiento y a calcular mis posibilidades con un cerebro que sentía lento y enfriado, como sumergido en agua helada. Me tentaba la idea de subir al piso de arriba, pero contuve el impulso. No había allí ningún escondrijo ni medio de acceder al tejado.

Me dirigí hacia la izquierda, hacia la cocina, con los oídos aguzados al máximo. Capté retazos de una conversación en voz baja. Al parecer trataban de orientarse encendiendo una linterna a intervalos. Si Marty no había estado en la casa desde la noche del incendio, puede que estuviera reaccionando ante el espectáculo, asqueada momentáneamente, como yo, al ver aquellas ruinas carbonizadas. No lo sabían aún, pero no tardarían en saberlo. En cuanto vieran la ventana se pondrían a buscarme.

La puerta del sótano estaba entornada, dibujando una raya negra en sentido vertical que destacaba entre las tinieblas del pasillo. Encendí y apagué la linterna en una fracción de segundo, me colé por la abertura y bajé lo más aprisa que pude sin hacer ruido. Sabía que las puertas oblicuas que daban a un lado del patio estaban cerradas con candado, pero por lo menos allí abajo encontraría algún sitio donde esconderme. Eso esperaba.

Seguí bajando y me detuve al pie de las escaleras para orientarme. Oí arriba el roce, el crujido de pasos. Me encontraba en un lugar más oscuro que la boca de un túnel. Me daba la sensación de que las tinieblas se me pegaban a los ojos como un antifaz grueso y negro que ninguna luz pudiera traspasar. Tuve que arriesgarme a encender otra vez la linterna. Aunque llevaba allí muy poco tiempo, el resplandor me deslumbró y tuve que volver la cabeza para protegerme los ojos. Parpadeé para acostumbrarlos a la luz. Dios mío, ¿cómo iba a salir de aquella?

Hice una inspección rápida, trazando con la linterna una circunferencia completa. Tenía que ocultar los contrapesos y no contaba con mucho tiempo. Puede que me sorprendieran, pero no quería que cogieran el arma homicida, objetivo concreto de su presencia en la casa. Me acerqué a la estufa, voluminosa y apagada, y con un aspecto tan amenazador como un tanque. Abrí la portezuela y metí los contrapesos, encajándolos entre la pared exterior y la caja de los quemadores del gas. Los goznes chirriaron al cerrar la portezuela.

Me quedé helada y alcé los ojos automáticamente, como si pudiera calcular con la vista hasta dónde había llegado el ruido.

Silencio arriba. Tenían que estar ya en el vestíbulo, tenían que haber visto ya lo que había hecho en la ventana. Estarían escuchando por si me oían, del mismo modo que yo estaba atenta a lo que ellos hicieran. En la oscuridad de una casa antigua como aquella, el ruido puede ser tan engañoso como la voz de un ventrílocuo.

Busqué a toda prisa un lugar donde esconderme. Los recodos y rincones que veía eran demasiado pequeños, demasiado superficiales para que me sirvieran. Oí crujir una viga del techo. No tardarían mucho ya. Ellos eran dos. Se separarían. Uno iría al piso de arriba, el otro bajaría al sótano.

Fui hacia la izquierda, avanzando de puntillas hasta los escasos peldaños de cemento que desembocaban en el mundo exterior. Me agaché, subí arrastrándome y me agazapé en el espacio angosto del final. Quedé con la espalda pegada a las puertas de madera, las piernas encogidas. Puesto que habían cortado la luz general de la casa, tendrían que buscarme con la linterna y cabía la posibilidad de que no me vieran. Esperaba que fuera difícil localizarme allí hecha un ovillo, pero no podía estar segura.

Mientras tanto, lo único que me separaba de la libertad era aquella superficie oblicua de madera que tenía a la espalda. Percibía el aroma del aire húmedo de la noche que se filtraba por las grietas. La dulce fragancia de los jazmines plantados junto a la casa se mezclaba desagradablemente con la fetidez del hollín y la pintura podrida. El corazón me retumbaba en el pecho, la ansiedad me atenazaba con tal fuerza que los pulmones me dolían. Empuñé la linterna como si fuera una porra y reduje la respiración a un hálito mínimo.

Empezó a molestarme un bulto que se me clavaba en el muslo. Eran las llaves del coche. Cambié de punto de apoyo y estiré la pierna derecha con cuidado, temerosa de que la bamba rozara el arenoso cemento del peldaño. Dejé la linterna con la misma precaución en el escalón inferior y saqué las llaves poco a poco, apretando con fuerza el manajo para evitar que tintineasen. Inserto en el llavero había un disco metálico de adorno, del tamaño de una moneda de cincuenta centavos, pero sin reborde, y, de todo lo que tenía al alcance de la mano en aquel lugar, era lo que más se parecía a una herramienta. Pensé con añoranza en la navaja multiuso, en la palanqueta y el martillo metidos en la bolsa de plástico y escondidos en la estufa con los contrapesos.

Palpé con la izquierda la puerta que tenía encima, en busca de las bisagras. La que encontré tenía forma de ala de avión, era plana y tendría unos quince centímetros de longitud. Los tornillos sobresalían de manera irregular, los unos se habían aflojado con el tiempo y los otros se habían caído. Quise utilizar el borde del disco a modo de destornillador, pero la cabeza de los tornillos estaba cubierta de pintura y la muesca que quedaba era demasiado superficial para hacer palanca. Me erguí y empujé hacia arriba. Noté que cedía un poco. Animada por la posibilidad, repasé las llaves y elegí la del Cucaracha, que era más larga que las restantes. La introduje entre la chapa metálica del gozne y la madera e hice presión. Oí un leve chirrido metálico. Si aflojaba un poco la bisagra, tal vez pudiera abrir la puerta a fuerza de empujar. Puse manos a la obra, apretando los labios con tesón para no jadear a causa del esfuerzo.

Me detuve. Lo único que oía era mi respiración, que, con los forcejeos por soltar la bisagra, se había vuelto fatigosa. La madera era de pino, vieja, podrida y blanda. Volví a cambiar de punto

de apoyo para ver si conseguía disponer de más espacio para moverme. Crujió la puerta del sótano.

Oí el roce de un zapato en las escaleras.

Oí entonces un jadeo y supe quién lo producía. Giré la cabeza a la derecha, muy despacio. Distinguí el resplandor amarillento de una linterna, de esos cacharrazos del tamaño de una fiambarrera y que emiten un haz luminoso semejante al de un faro. Pero tenía las pilas casi agotadas porque la luz que daba era muy tenue. Pese a ello, reconocí a la mujer que había conocido en Florida. Pat Usher... Marty Grice. No tenía buen aspecto. El pelo rojizo parecía no tener vida, sus ojos eran dos agujeros profundos y los pómulos se le pronunciaban excesivamente a causa de la posición de la linterna. Enfocó la pared del fondo. Contuve el aliento mientras me preguntaba si habría alguna posibilidad, por remota que fuese, de que no viera mi escondrijo. Desapareció por unos momentos de mi campo visual.

No me atreví a moverme. Los huesos me dolían a causa de la tensión. Noté que las piernas empezaban a temblarme con esas sacudidas ingobernables que suelen provocar la tensión, los calambres y la necesidad de movimiento. Era el impulso de huir pero al revés, hacia dentro, con el cuerpo inmovilizado y sin ningún alivio ni desahogo en perspectiva.

El haz luminoso giró despacio hacia mí, enfocando todo lo que encontraba a su paso, objeto tras objeto. Iban a descubrirme de un momento a otro e hice lo único que podía hacer. Me lancé hacia lo alto igual que una ballena que emerge a la superficie y empujé las puertas cerradas con tal fuerza que a punto estuvieron de saltar por los aires. Pero no tenía apoyo suficiente y aquella mujer corría demasiado. Me puse en tensión y volví a empujar.

Ella debió de cruzar el sótano como una exhalación. El movimiento ascendente me puso casi en pie y las puertas se elevaron entre crujidos. Resbalé en aquel punto y me di de cabeza contra el peldaño de cemento. El haz luminoso acababa de hacerse a un lado y ahora enfocaba la pared con una luz tan ineficaz como la pantalla de un televisor cuando se han acabado las emisiones. Pero en la densa oscuridad del sótano bastaba para ponerme en desventaja.

Me moví de lado y traté de incorporarme. Se lanzó sobre mí, sujetándose a mis ropas y rodeándome la cabeza con los brazos. Retrocedí, perdí el equilibrio y caí con ella encima. Quise desembarazarme de mi agresora empujándola de costado, rodando por las escaleras y golpeándola contra los escalones. Pero me sujetaba como un pulpo, con tentáculos, ventosas y una boca devoradora. Empezaba a sentirme vencida. Quise clavarle un codo, pero no tenía fuerza suficiente para hacerle daño. Alcé una mano, la cogí del pelo y tiré hacia delante con tanta brusquedad que, arrastrada por su propio peso, aterrizó sobre el hormigón con un gruñido.

Me pareció, alertada por un ruido agudo, que empuñaba algo, pero no tuve tiempo de agacharme. Oí un golpe sordo y nauseabundo. Se había lanzado sobre mí con lo que me pareció el mango de un hacha y me había golpeado con tanta fuerza que no noté ningún dolor al principio. Fue como el intervalo que discurre entre el relámpago y el trueno y me pregunté si se podría calcular la intensidad del dolor por los segundos que tardaba en manifestarse en el desprevenido cerebro. El mango del hacha volvió a abatirse sobre mí, pero esta vez levanté una mano para protegerme la cara y recibí el impacto en el antebrazo. Ni siquiera relacioné el ruido crujiente que oí con el dolor que me sacudió el esqueleto entero. Se me abrió la boca, pero de ella no brotó grito alguno.

Volvió a la carga, los ojos brillantes, la boca crispada por lo que los locos considerarían una

sonrisa. Me agaché y esta vez paré el golpe con el hombro. Fue como si me pusieran una plancha al rojo en el costado. Los dedos se me cerraron alrededor del pasamanos. Me sujeté a las escaleras con desesperación. Una nube cegadora me reducía la visión a un punto y supe que cuando se cerrase aquel agujero estaría muerta. Tragué aire a bocanadas y sacudí la cabeza, comprobando con alivio que la oscuridad retrocedía.

Alcé el puño derecho. Me impulsé con un grito y lo descargué con las últimas fuerzas que me quedaban. Di en el blanco y el impacto hizo que el brazo entero me vibrara. Sentí que entre mis nudillos magullados y su cara corría un flujo de dolor y oí que dejaba escapar una queja que me satisfizo. Retrocedió, me lancé sobre ella y le hice una llave con el brazo alrededor del cuello. La giré de costado para derribarla y al mismo tiempo me eché hacia atrás para que no pudiese apoyar los pies. Quedó colgada de su propio peso. Estreché el abrazo para afianzar la presa con que le atenazaba el cuello. Oí una especie de taponazo y durante un segundo creí que le había roto las vértebras. Se desplomó como un saco de patatas. Solté la presa para no caer encima. La miré con la mente en blanco y a continuación levanté la vista. Leonard estaba ante mí, empuñaba una 22 y me apuntaba con ella. Marty emitió un quejido.

—Me has dado a mí, idiota —murmuró con voz ronca.

La mirada de Leonard se posó en ella con estupefacción.

Retrocedí. La bala le había dado en el costado; no era una herida mortal, pero por lo menos le había dado una pequeña lección. Marty estaba ahora de rodillas, con los brazos apretados contra el tórax. Le hacía daño y emitía gemidos breves de protesta y dolor.

Yo estaba sin aliento, y tragaba todo el aire que me cabía en los pulmones, pero sentía con todo la extraña exaltación del triunfo. Había estado a punto de matarla. Unos segundos más y habría convertido en cadáver aquel cuerpo vivo. Leonard no sabía disparar y le había dado a ella, echándolo todo a rodar, pero había sido yo quien había ganado. Iba a romper a reír cuando advertí su expresión.

El júbilo que me inundara durante unos minutos desapareció como por ensalmo y comprendí que volvía a estar en un aprieto. Estaba de pie igual que una estatua. En algún momento había recibido un puñetazo en la boca y notaba el sabor de la sangre. Tanteé con la lengua por si me faltaba algún diente, pero comprobé que tenía la dentadura intacta. No era momento para preocuparse por los posibles chichones, pero eso fue lo que hice.

Trataba de concentrarme, pero me resultaba muy difícil. Tenía unas ganas locas de tumbarme en el suelo junto a Marty, de resoplar como un animal herido que busca la forma de huir arrastrándose para esconderse. No tardaría en ocuparme de Leonard. Ya había transcurrido demasiado tiempo y sabía que estaba perdiendo terreno.

Me miraba con ojos inexpresivos. De todos modos no sabía cómo interpretar su actitud.

—Venga, Leonard. Ya está bien.

No respondió. Me esforzaba por emplear un tono coloquial, como si me pasara parte del día hablando con tipos que querían matarme.

—Estoy cansada y se hace tarde. Vámonos. Marty necesita ayuda.

Mal dicho. Marty pareció recuperarse y se le quedó mirando. Ya no representaba amenaza alguna, pero Leonard titubeaba al borde del abismo, paladeando tal vez, como yo había hecho, la sensación extraña e insólita que produce el trato directo con la muerte.

—Mata a esa puta —murmuró Marty—. ¡Mátala!

Saqué fuerzas de flaqueza y concentré hasta el último gramo de fortaleza que me quedaba. Apreté el gatillo en el momento en que yo saltaba hacia delante, arrastrada por mi propio ímpetu. «¡No!», grité y le di en la rodilla con tanta fuerza que oí un ruido crujiente.

Se desplomó y empezó a quejarse con curiosa musicalidad. La pistola había resbalado en el suelo. Creí que Marty iría en pos de ella, pero se quedó contemplándola mientras yo me agachaba para cogerla. Saqué el cargador y lo miré. Contenía aún cuatro cartuchos. Volví a meterlo, comprobé que el seguro estaba quitado y levanté el arma para tener a los dos a tiro. Leonard se había sentado en el suelo y se mecía. Me miró con furia pasajera.

Estiré el brazo y le apunté a la cara.

—Le mataré si se mueve, Leonard. Últimamente he practicado mucho y soy capaz de abrirle un agujero entre los ojos.

Marty se echó a llorar. Fue un ruido extraño, como el que produciría un niño con dolor de barriga. Leonard se le acercó y la rodeó protectoramente con un brazo.

Yo también deseé que hubiera alguien allí para consolarme. El brazo izquierdo me colgaba igual que una tabla a la que le faltase un perno. Me lo miré y vi que por la manga me corría la sangre que manaba de un agujero del tamaño de un guisante. El muy capullo me ha disparado, pensé aturdida. Sujeté el arma con firmeza con la mano sana y me puse a pedir ayuda a gritos. Fue May Snyder quien al final me oyó y avisó a la policía.

Hace dos días que estoy en el hospital con el brazo izquierdo enyesado. Esta tarde vendrá un ortopédico para mirar las radiografías y decirme qué ejercicios de rehabilitación necesitaré cuando salga. He hablado por teléfono con Julia Ochsner y me ha invitado a pasar el período de recuperación en su casa de Florida. Me garantiza sol y descanso, pero sospecho que lo que quiere es que yo sea el cuarto miembro de sus partidas de *bridge*.

Mis honorarios ascienden a 1987,50, pero me ha dicho que no me dará un céntimo hasta que me presente en su casa. Hay que estar al loro con estas ancianitas, son muy duras de pelar, cosa que no me atrevo a decir de mí misma. Me duelen todos los músculos y huesos habidos y por haber. Me miro en el espejo y veo una cara desconocida: boca hinchada, mejillas llenas de moraduras, el puente de la nariz medio aplastado.

Siento también un dolor de otra naturaleza, aunque no sé de qué se compone. Estoy a punto de cerrar este expediente, pero la historia no ha terminado aún. Habrá que esperar, a ver qué deciden los tribunales; he aprendido a ser cautelosa en este sentido. Mientras tanto, miro las palmeras por la ventana y me pregunto cuántas veces bailaré con la muerte antes de que la orquesta recoja los instrumentos y se vaya a casa.

Atentamente,
Kinsey Millhone



SUE TAYLOR GRAFTON (Louisville, Kentucky, 24 de abril de 1940). Hija de C. W. Grafton, abogado y escritor de novelas de misterio, es licenciada en Literatura Inglesa por la Universidad de Louisville y obtuvo diplomaturas en Humanidades y Bellas Artes. Ha trabajado en Hollywood, escribiendo guiones y adaptaciones de novelas para cine y televisión, algunos con su primer marido Steven Humphrey.

Es mundialmente famosa por la serie de novelas de misterio cronológicas conocidas como *El alfabeto del crimen*, protagonizadas por la detective Kinsey Millhone, personaje que creó en 1982, según confiesa ella misma, para desquitarse de los disgustos causados por su divorcio.

Sus novelas han sido traducidas a numerosos idiomas, y algunas han obtenido premios en su género, tan importantes como el Mysterious Stranger Award, el Shamus Award o el Anthony Award. En 2004, Grafton recibió el Premio Literario Ross Macdonald, dado «a una escritora californiana cuya obra supera el estándar de la excelencia literaria», en 2008 fué galardonada con el premio Cartier Dagger de la Crime Writer's Association británica en honor a toda su vida como escritora. En 2009 recibió de la Mystery Writers of America el Grand Master Award.

Notas

[1] *Usher*, entre otras cosas, significa «acomodador». (*N. del T.*) <<

[2] En muchas hamburgueserías americanas de acceso automovilístico hay un muñeco que hace de micrófono, a través del cual se puede formular el pedido sin bajar de coche. (*N. del T.*). <<

[3] El personaje confunde acordonar (*to cordon off*) con un verbo inventado por él (*to cordovan off*). (*N. del T.*) <<

[4] Actriz de teatro, cine y TV, nacida en 1931. (*N. del T.*) <<